



GEORGE R. R.
MARTIN

EL CABALLERO
DE LOS
SIETE REINOS

CANCIÓN DE HIELO Y FUEGO:
LA PRECUELA



Doscientos años después de la Conquista, la dinastía Targaryen vive su apogeo. Los Siete Reinos de Poniente atraviesan un momento de relativa paz en los últimos años del gobierno del rey Daeron. Es en este escenario que Dunk, un muchacho pobre del Lecho de Pulgas, tiene la oportunidad única de dejar su vida miserable y convertirse en el escudero de un auténtico caballero.

Pronto, el caballero muere y Dunk decide tomar su lugar y hacer historia en el torneo de Vado Ceniza. Ahí conoce a Egg, un niño de 10 años, tímido y enjuto, quien es mucho más de lo que aparenta. Dunk lo acepta como su escudero y mientras viajan juntos por Poniente en busca de trabajo y aventuras, una amistad duradera nace entre ellos. Años más tarde, ambos tendrán un papel fundamental en la estructura de poder de los Siete Reinos.

George R.R. Martin

El Caballero De Los Siete Reinos

Canción De Hielo y fuego: Los Cuentos De Dunk y Egg

Vol 0

eBook v1.0

achim_311 12.07.16

*La historia contada aquí tiene lugar cerca de un siglo
antes de los sucesos descritos en Juego de tronos.*

EL CABALLERO ERRANTE

La tierra estaba blanda por las lluvias de la primavera y Dunk cavó la fosa sin dificultad. Eligió la falda occidental de una colina, porque al viejo siempre le había gustado ver ponerse el sol. "Otro día que se va", solía suspirar. "A saber qué nos deparará el de mañana, ¿eh, Dunk?"

Pues bien, uno les había deparado lluvias que los habían calado hasta los huesos, el siguiente viento a rachas y húmedo, y el tercero frío. Amanecido el cuarto, el viejo ya no tenía fuerzas para montar. Ahora estaba muerto. Hacía pocos días aún cantaba a caballo la vieja tonada de la doncella de Puerto Gaviota, sólo que cambiaba el nombre de la ciudad por Vado Ceniza. "Voy a Vado Ceniza, a ver a mi bella dama, vaya, vaya, vaya", recordaba Dunk, cavando con tristeza.

Cuando el agujero le pareció bastante hondo, tomó en brazos el cadáver del viejo y lo llevó al borde. Había sido un hombre bajo y delgado, y ahora que ya no llevaba cota de malla, yelmo ni cincho para la espada, pesaba igual que un saco de hojas secas. Dunk poseía una estatura descomunal para su edad. A sus dieciséis o diecisiete años —nadie sabía de cierto cuántos— su cuerpo larguirucho y poco grácil alcanzaba ya los cinco codos, y eso que aún no robustecía. El viejo había dedicado muchos elogios a su fortaleza. Siempre había sido pródigo en ellos. Nada más tenía que dar. Dunk lo depositó en la fosa y aguardó un poco antes de cubrirla. El aire volvía a oler a lluvia. Habría que echar tierra antes de que cayeran las primeras gotas, pero no era fácil sepultar aquel rostro viejo y cansado. "Debería estar un septón para dedicarle unas oraciones, pero sólo me tiene a mí." El viejo le

había transmitido toda su ciencia sobre espadas, escudos y lanzas, pero no había sido buen profesor de palabras.

—Le dejaría la espada, pero se oxidaría —dijo Dunk al fin, como quien pide perdón—. Yo creo que los dioses le darán otra. Ojalá no hubiera muerto, ser —enmudeció unos instantes sin saber qué añadir; no conocía ninguna oración entera, pues el viejo no había sido hombre de oraciones—. Fue un caballero cabal y jamás me golpeó sin merecimiento —logró decir al cabo—, salvo aquella vez en Poza de la Doncella. Ya le dije que el pastel de la viuda se lo comió el mozo de la posada, no yo. En fin, ya no importa. Vaya con los dioses, ser.

Echó tierra con el pie. Después llenó la fosa de manera metódica, sin mirar lo que yacía al fondo. "Tuvo una larga vida", pensó. "Seguro que estaba más cerca de los sesenta que de los cincuenta. ¿Cuántos pueden presumir de lo mismo?" Al menos había visto otra primavera.

Cerca del crepúsculo dio de comer a los caballos. Eran tres: el jamelgo de Dunk, el palafrén del viejo y Trueno, su caballo de batalla, un corcel zaino reservado para los torneos y la guerra. Trueno había perdido la rapidez y fuerza de antaño, pero conservaba el coraje, el brillo en la mirada y era la posesión más valiosa de Dunk. "Si vendiera a Trueno y al viejo Castaño, con sus sillas y bridas, me darían suficiente plata para..." Frunció el entrecejo. Sólo conocía una vida, la de caballero errante: cabalgar de castillo en castillo, servir a tal o cual señor, luchar en sus batallas, comer en sus salones y, terminada la guerra, proseguir el viaje. De vez en cuando también había torneos, si bien con menor frecuencia. Dunk sabía que en los inviernos crudos algunos caballeros errantes se dedicaban al robo. No había sido el caso del viejo.

"Podría buscarme a otro caballero errante que necesitara a un escudero para cuidarle las bestias y limpiarle la cota", pensó, "o ir a alguna ciudad, Lannisport o Desembarco del Rey, y unirme a la Guardia de la Ciudad. También podría..."

Había dejado amontonadas las pertenencias del viejo al pie de un roble. El monedero de tela contenía tres piezas de plata, diecinueve peniques de cobre y un granate mellado. La mayor parte de las riquezas terrenales del viejo había sido gastada en caballos y armas, como era la norma entre

caballeros errantes. Ahora Dunk era dueño de varias cosas: una cota de malla a la que había quitado mil veces la herrumbre, un morrión de hierro con barra nasal ancha y una muesca en la sien izquierda, un cincho de cuero agrietado, una espada larga con funda de madera y cuero, una daga, una navaja de afeitar, una piedra de afilar, grebas, gola, una lanza de seis codos —de fresno, con punta de duro hierro— y un escudo de roble con ribete mellado de metal y las armas de Arlan del Árbol de la Moneda: un cáliz con alas, plata sobre marrón.

Contempló el escudo y levantó el cinturón. Después volvió a mirar el escudo. El cincho se había confeccionado para las caderas estrechas del viejo y a Dunk le quedaba tan pequeño como la cota. Ató la funda a una cuerda de cáñamo, se la pasó por la cintura y desenvainó la espada.

La hoja era recta, muy pesada: buen acero forjado en el castillo. La guarnición era de cuero blando sobre madera y el pomo una piedra negra pulida. Era una espada sencilla, pero que se amoldaba bien a la mano. Dunk conocía su filo por haberlo aguzado muchas noches con piedra de afilar y hule, antes de acostarse. "La empuño con la misma facilidad que él", rumió, "y en Vado Ceniza se celebra un torneo".

El trote de Paso Quedo era más ágil que el del viejo Castaño. Aun así, cuando divisó la posada, una estructura alta de madera y adobe, Dunk ya estaba cansado y dolorido. La cálida luz amarilla que se derramaba por las ventanas era tan acogedora que fue incapaz de pasar de largo. "Tengo tres monedas de plata", se dijo. "Bastante para una buena cena y toda la cerveza que me venga en gana."

Mientras desmontaba vio llegar del río a un niño desnudo que empezó a secarse con una capa marrón de tela basta.

—¿Eres el mozo de cuadra? —preguntó Dunk. Enclenque, paliducho y con barro hasta los tobillos, el chico no aparentaba más de ocho o nueve años. Lo más raro era que no tenía pelo—. Me gustaría que me cepillen el palafrén y les pongan avena a los tres. ¿Te encargas tú?

El niño miró a Dunk con descaro.

—Sólo si quiero.

Dunk frunció el entrecejo.

—No me hables así, que soy un caballero. No me obligues a demostrártelo.

—No lo pareces.

—¿Son todos iguales?

—No, pero tú no lo pareces. Llevas una cuerda por cinturón.

—Lo importante es que la funda aguante. Vamos, llévate los caballos. Si me los cuidas bien te daré una moneda de cobre, y si no un golpe en la oreja.

Dio media vuelta, sin importarle la reacción del mozo, y abrió la puerta con un hombro.

Lo previsible a aquella hora era encontrar la posada llena, pero en el comedor casi no había nadie. En una de las mesas roncaba un joven señor con buen manto de damasco, sobre un charco de vino. Por lo demás, ni un alma. Dunk miró la sala sin saber qué hacer hasta que salió de la cocina una mujer baja, rechoncha y de tez blanca.

—Siéntese donde guste —le dijo—. ¿Qué le sirvo, cerveza o comida?

—Las dos cosas.

Escogió una silla al lado de la ventana, lejos del joven dormido.

—Hay cordero asado con hierbas, que está muy rico, y mi hijo cazó unos cuantos patos. ¿Qué se le antoja?

Hacía más de medio año que Dunk no comía en una posada.

—Las dos cosas.

Ella rio.

—Espacio no le falta —llenó una jarra de cerveza y la llevó a la mesa de su nuevo cliente—. ¿También quiere una habitación?

—No —Dunk soñaba con dormir bajo techo, en un blando colchón de paja, pero había que administrar las monedas con prudencia. Se conformaría con el suelo—. En cuanto tenga comida y cerveza en el estómago seguiré el viaje hacia Vado Ceniza. ¿Cuánto falta?

—A caballo, un día. Cuando llegue al molino quemado y vea que el camino se bifurca, vaya hacia el norte. ¿Y sus caballos? ¿Se los cuida mi niño o volvió a escaparse?

—No, ya me los cuida —dijo Dunk—. Veo poca clientela.

—Medio pueblo se fue a ver el torneo. Los míos también querían, pero se los prohibí. Cuando muera les dejaré la posada, pero el niño prefiere estar de vago con la soldadesca, y la niña... Cada vez que mira pasar a un caballero sólo ríe como tonta y suspira. ¡Le juro que no entiendo! Son como los demás hombres, y no sé de ninguna justa que haya cambiado el precio de los huevos —lanzó a Dunk una mirada curiosa; la espada y el escudo eran indicio de algo que al mismo tiempo desmentían el cinturón de cuerda y la túnica de tela basta—. ¿También va al torneo?

Antes de contestar, Dunk tomó un trago de cerveza. Era de color tostado, algo pastosa al paladar, tal como le gustaba.

—Sí —dijo—. Quiero ser paladín.

—¿De veras? —preguntó la posadera con educación.

Al fondo, el joven señor levantó la cabeza del charco de vino. Tenía el pelo enmarañado, la cara con mal color y la incipiente barba más rubia que el cabello. Después de pasarse la mano por la boca, miró a Dunk.

—Acabo de soñar con usted —dijo y lo señaló con una mano temblorosa—. No se acerque a mí, ¿eh? Manténgase bien lejos.

Dunk lo miró con semblante perplejo.

—¿Mi señor?

La posadera se agachó para decirle algo.

—No le haga caso. Se pasa el día bebiendo y hablando de sus sueños. Voy por la comida.

Y se alejó.

—¿Comida? —el joven señor pronunció la palabra como si le diera asco; después se levantó con dificultad, con una mano apoyada en la mesa—. Estoy a punto de vomitar —declaró; tenía la parte delantera de la túnica cubierta de manchas viejas de vino—. Quería una puta, pero no queda ninguna. Todas se fueron a Vado Ceniza. Que los dioses me asistan. Necesito vino.

Salió del comedor con pasos vacilantes. Dunk lo oyó subir por la escalera con una canción en los labios.

"Qué triste espectáculo", pensó. "Pero ¿por qué creyó reconocerme?", meditó entre tragos de cerveza.

El cordero era de los mejores que había probado, pero el pato lo superaba, cocinado con cerezas, limón y menos grasa de lo habitual. La posadera trajo chícharos con mantequilla y un pan de avena aún caliente. "Ser caballero es esto", se dijo Dunk, chupando los huesos con ahínco: "Buena comida, cerveza a pedir de boca y nadie que te lance coscorrónes". Pidió tres jarras más: una para el resto de la cena, otra para digerir y la cuarta porque nadie se lo impedía. Cuando estuvo satisfecho pagó una moneda de plata a la posadera y aún recibió un puñado de las de cobre.

Al salir de la posada descubrió que era de noche. Tenía la barriga llena y el monedero un poco más liviano, aunque se dirigió al establo con una sensación de bienestar. Escuchó un relincho.

—Tranquilo —dijo una voz de niño.

Dunk apretó el paso con el entrecejo fruncido.

Encontró al mozo a lomos de Trueno, con la armadura del viejo puesta. La cota de malla le llegaba por debajo de los pies y había tenido que inclinar el yelmo hacia atrás para que no le tapara los ojos. Estaba muy concentrado. Y muy ridículo. Dunk se quedó riendo a la puerta del establo.

El niño levantó la cabeza, se ruborizó y saltó a tierra.

—¡Ser, yo no quería...!

—Ladrón —dijo Dunk, intentando poner voz seria—. Quítate la armadura y da gracias de que Trueno no te haya pegado una coz en esa cabeza de chorlito. Es un caballo de batalla, no un poni para niños.

El mozo se quitó el yelmo y lo tiró por la paja.

—Yo sabría montarlo tan bien como tú —dijo en el colmo del atrevimiento.

—Cierra la boca, que no quiero insolencias. Y quítate también la cota de malla. ¿Qué te proponías?

—¿Cómo quieres que lo diga con la boca cerrada?

El niño se quitó la cota con cierta dificultad y la dejó caer.

—Ábrela, pero sólo para contestar —dijo Dunk—. Ahora recoge la cota, quítale el polvo y devuélvela al lugar de donde la tomaste. Lo mismo para el morrión. ¿Cumpliste mis instrucciones? ¿Les diste de comer a los caballos y cepillaste a Paso Quedo?

—Sí —contestó el muchacho, sacudiendo la cota para desprender la paja—. Te diriges a Vado Ceniza, ¿verdad? Llévame contigo.

Ya se lo había advertido la posadera.

—¿Y qué diría tu madre?

—¿Mi madre? —el niño arrugó la cara—. Nada, porque está muerta.

Dunk se sorprendió. ¿Entonces no era hijo de la posadera? Quizá lo tuviera como aprendiz. La cerveza le había enturbiado un poco el entendimiento.

—¿Eres huérfano? —preguntó.

—¿Y tú? —replicó el niño.

—Lo fui —reconoció Dunk.

"Hasta que el viejo me tomó a su cargo."

—Si me llevas contigo sería tu escudero.

—No me hace falta.

—Todos los caballeros necesitan escuderos —dijo el niño—, y tú tienes aspecto de necesitarlo más que ninguno.

Dunk levantó la mano en actitud amenazadora.

—Y tú, de necesitar un buen golpe en la oreja. Lléname un saco de avena. Salgo para Vado Ceniza... yo solo.

El niño disimulaba bien su miedo, si es que lo tenía. Permaneció unos instantes con los brazos cruzados y encarándolo, pero justo cuando Dunk estaba a punto de dejarlo por necio, dio media vuelta y salió en busca de la avena.

Para Dunk resultó un alivio. "Lástima", pensó, "pero aquí en la posada vive bien, mejor que sirviendo a un caballero errante. No le haría ningún favor si me lo llevo". Aun así permaneció sensible a la desilusión del niño. Al montar en Paso Quedo y tomar la rienda de Trueno, pensó que tal vez un penique lo alegraría.

—Ten, muchacho, por tu ayuda.

Le tiró la moneda con una sonrisa, pero el mozo no hizo el ademán de recogerla. Cayó al suelo entre sus pies descalzos y ahí se quedó.

"En cuanto me marche la tomará", se dijo Dunk. Hizo dar media vuelta al palafrén y se alejó de la posada, seguido por los otros dos caballos. La luna iluminaba los árboles y el cielo despejado relucía de estrellas. Al

avanzar por el camino Dunk sintió a sus espaldas la mirada del niño, hosco y silencioso.

Mientras se extendían las sombras vespertinas, Dunk tiró de las riendas al borde del gran prado de Vado Ceniza. Ya había sesenta pabellones: pequeños, grandes, de lona, de lino, de seda... Si en algo coincidían era en sus colores vivos y en los largos estandartes sujetos al poste central, que ofrecían un espectáculo cromático superior al de un prado de flores silvestres: rojos intensos, amarillos luminosos, matices infinitos de verde y azul, negros, grises, morados...

Algunos de los caballeros habían sido compañeros del viejo. A otros Dunk los conocía por historias que se contaban en los mesones y alrededor de las hogueras. Nunca había aprendido la magia de la lectura y la escritura, pero el viejo había puesto todo de su parte para inculcarle nociones de heráldica en forma de largos sermones cuando iban a caballo. Los ruiseñores pertenecían a lord Caron de las Marcas, tan buen arpista como justador. El ciervo coronado identificaba a ser Lyonel Baratheon, la Tormenta que Ríe. Dunk reconoció el cazador de los Tarly, el relámpago morado de la casa de Dondarrion y la manzana roja de los Fossoway. El león de Lannister rugía en oro sobre gules y la tortuga marina de los Estermont nadaba, verde oscuro, en campo de sinople. La tienda marrón sobre la que ondeaba un caballo rojo sólo podía alojar a ser Otho Bracken, merecedor del apodo de Bestia de Bracken por haber matado a lord Quentyn Blackwood tres años atrás, durante un torneo en Desembarco del Rey. Se decía que el golpe de ser Otho con el hacha roma había sido tan fuerte, que había hundido la visera del yelmo de lord Blackwood y le había destrozado la cabeza. Dunk también vio algunos estandartes de los Blackwood. Estaban en el límite occidental del prado, lo más lejos posible de ser Otho. Marbrand, Mallister, Cargyll, Westerling, Swann, Mullendore, Hightower, Florent, Frey, Penrose, Stokeworth, Darry, Parren, Wylde... Parecía que todas las casas nobles del norte y el sur hubieran enviado a Vado Ceniza a uno o más caballeros para ver a la bella dama y justar en su honor.

Por gratos que aquellos pabellones fueran a la vista, Dunk era consciente de que no estaban destinados a él. Pasaría la noche con el único

abrigo de una capa raída de lana. Los grandes del reino y los caballeros cenarían capones y lechones, mientras que él se conformaría con un tasajo de buey correoso. Bien sabía que el hecho de acampar en aquel prado multicolor lo sometería a mudos desdenes y burlas abiertas. Quizá unos pocos lo trataran con consideración, pero en cierto modo eso era peor.

Para un caballero errante el orgullo era una cuestión capital, pues sin él valía tan poco como un mercenario. "Debo ganarme un puesto entre esta gente. Si combato bien es posible que algún señor me tome a su servicio; entonces cabalgaré en noble compañía, cenaré a diario carne fresca en una sala del castillo y plantaré mi propia tienda en los torneos. Lo primero, sin embargo, es destacar." No tuvo más remedio que dar la espalda al campo de justas y volver al bosque con sus caballos.

Por los alrededores del prado, a unos mil pasos de la ciudad y el castillo, encontró el recodo de un riachuelo donde el agua era profunda. Estaba bordeado de un juncar muy poblado, a la sombra de un olmo de gran copa. Ningún estandarte era más verde que aquella hierba primaveral, mullida al tacto. El lugar era hermoso y aún no había sido reclamado por nadie. "Será mi pabellón", se dijo Dunk, "un pabellón con techo de hojas y más verde que los estandartes de los Tyrell y los Estermont".

Lo primero eran los caballos. Una vez atendidas sus necesidades, Dunk se desnudó y se metió en el agua para quitarse el polvo del camino. "Cualquier caballero que se precie debe ser tan limpio como pío", solía decir el viejo, que insistía en que se bañaran de pies a cabeza cada cambio de luna, tanto si olían mal como si no. Dunk juró hacerlo porque ya era caballero.

Se sentó desnudo al pie del olmo para secarse y disfrutar de la calidez primaveral que le acariciaba la piel. Contempló el vuelo perezoso de una libélula por los juncos. "¿Por qué las llamarán dragones?",^[*] se preguntó. "No se parecen en nada." No es que Dunk hubiera visto algún dragón, pero el viejo sí. Dunk lo había oído contar cincuenta veces la misma historia, aquélla de cuando era niño y su padre lo había acompañado a Desembarco del Rey, donde vieron al último dragón, un año antes de que muriera. Era una hembra de color verde, pequeña y debilitada, con las alas atrofiadas. Todos sus huevos se habían echado a perder. "Hay gente que dice que la

envenenó el rey Aegon", contaba el viejo. "Deben de referirse al tercero, no el padre del rey Daeron, sino aquel al que llamaban Veneno de Dragón o Aegon el Funesto. Vio al dragón de su tío devorar a su propia madre y les tenía mucho miedo. Desde la muerte del último dragón los veranos se han acortado y los inviernos son más largos y crueles."

Cuando el sol se ocultó en las copas de los árboles empezó a refrescar y llegó un momento en que a Dunk se le puso la piel de gallina. Sacudió la túnica y los pantalones contra el tronco del olmo para desempolvarlos lo mejor posible y volvió a ponérselos. La inscripción en el torneo, previa búsqueda del maestro de justas, podía esperar a la mañana siguiente. Sus esperanzas de participar dependían de que aprovechara la noche en otros menesteres.

No le hizo falta ver su reflejo en el agua para saber que no ofrecía un aspecto demasiado caballeresco. Se echó pues el escudo de ser Arlan a la espalda, a fin de dejar el emblema a la vista. Después maneó los caballos y dejó que pacieran bajo el olmo, mientras él caminaba hacia el escenario de las justas.

Como era costumbre, el prado surtía de tierras comunales a los habitantes de la villa de Vado Ceniza, situada en la otra orilla del río. El torneo la había transformado. De la noche a la mañana había surgido otra población, no de piedra, sino de seda, mayor que su hermana y más hermosa. Al borde del prado habían plantado sus puestos decenas de comerciantes que vendían toda clase de artículos: fieltro, fruta, cinturones, zapatos, pieles, piedras preciosas, halcones, objetos de metal, especias, plumas... Entre el público circulaban juglares, titiriteros y magos. También putas y ladrones, que aprovechaban para ejercer su profesión. Dunk vigilaba sus monedas.

A su nariz llegó el olor de las salchichas, que al freírse desprendían un humo espeso, y se le hizo agua la boca. Se gastó una moneda de cobre en una salchicha y un cuerno de cerveza. Mientras comía, presencié la lucha entre un caballero de madera pintada y un dragón del mismo material. No menos pintoresca resultaba la persona que movía los hilos del dragón, una joven alta, con la piel oscura y el cabello negro típicos de Dorne. Era delgada como una lanza, apenas con pecho, aunque a Dunk le gustó su cara

y el movimiento de dedos con que hacía caracolear el dragón al otro extremo de los hilos. Si le hubiera sobrado una moneda se la habría arrojado, pero no era el caso.

Sus esperanzas de encontrar vendedores de armas y armaduras quedaron confirmadas. Vio a un tyroshi con barba azul en doble punta que ofrecía yelmos profusamente adornados, piezas prodigiosas de oro y plata con formas de pájaros y otros animales. También encontró a un espadero que pregonaba hojas de acero a bajo precio, y a otro que las comercializaba mucho más finas, pero Dunk ya tenía espada.

El hombre al que buscaba estaba al final de una hilera de puestos, sentado a una mesa en la que descansaban una cota de malla de excelente factura y un par de guanteletes que Dunk inspeccionó con detenimiento.

—Eres un buen artesano —dijo.

—El mejor.

El armero en cuestión superaba a duras penas los siete palmos. Empero, tenía el torso igual de ancho que Dunk, además de una barba negra, manos enormes y ni el menor asomo de humildad.

—Necesito una armadura para el torneo. Una buena cota de malla, gola, grebas y yelmo completo.

El morrión del viejo era de su talla, pero Dunk deseaba protegerse la cara con algo más que una simple barra nasal.

El armero lo miró de arriba abajo.

—Eres alto, pero he hecho armaduras para otros que lo eran todavía más —salió de detrás de la mesa—. Arrodíllate y te mediré los hombros, y ese cuello que parece un tronco de árbol —Dunk obedeció. El armero le pasó por los hombros una cinta de cuero con nudos, gruñó, usó la misma cinta para el cuello y volvió a gruñir—. Levanta el brazo. No, el derecho —gruñó por tercera vez—. Ya puedes levantarte —la parte interior de una pierna, el grosor de la pantorrilla y el tamaño de la cintura suscitaron nuevos gruñidos—. Es posible que te convengan algunas piezas que llevo en el carro —dijo al acabar—. Sin adornos, ¿eh? Ni oro ni plata. Sólo acero, sencillo pero del bueno. Yo hago yelmos que parecen yelmos, no cerdos alados ni frutas exóticas. Ahora bien, si recibes un lanzazo en la cara te serán de mayor utilidad los míos.

—No pido más —dijo Dunk—. ¿Cuánto pides?

—Ochocientas monedas, y te estoy haciendo un favor.

¡Ochocientas! Era más de lo esperado.

—Hum... Podría darte una armadura usada, hecha para un hombre más bajo... Un morrión, una cota de malla...

—Pate sólo vende lo que fabrica él mismo —declaró el armero —, aunque el metal podría aprovecharse. Si no está demasiado oxidado, me lo quedo y te armo por seiscientas.

Dunk tenía la posibilidad de rogar a Pate que le fiara, pero no se hacía ilusiones de la respuesta. Había pasado bastante tiempo en compañía del viejo para saber que los comerciantes recelaban sobremanera de los caballeros errantes, algunos de los cuales eran poco menos que ladrones.

—Te doy dos monedas de plata y mañana traigo la armadura y las que faltan.

El armero lo miró con atención.

—Con dos monedas te doy un día de plazo. Si no lo cumples, venderé la armadura a otra persona.

Dunk sacó las monedas de la bolsa y las depositó en la mano encallecida del mercader.

—Las tendrás todas. Vine al torneo para ser un paladín.

—Claro —Pate mordió una de las monedas—. Y supongo que los demás sólo vinieron a apoyarte.

Cuando emprendió el camino de regreso al olmo, la luna ya estaba muy por encima del horizonte. A sus espaldas, el prado de Vado Ceniza aparecía salpicado de antorchas. Se oían cantos y risas, pero Dunk no estaba de humor para festejos. Sólo se le ocurría una manera de conseguir el dinero para la armadura. Y si lo derrotaban...

—Sólo necesito una victoria —musitó—. ¡Tampoco es tanto!

Poco o mucho, el viejo jamás lo habría deseado. Ser Arlan no había participado en ninguna justa desde la de Bastión de Tormentas, donde había sido arrojado de su montura por el príncipe de Rocadragón, y de eso hacía ya muchos años. "Pocos hombres pueden presumir de haber quebrado siete

lanzas contra el mejor caballero de los Siete Reinos", decía. "¿Para qué insistir si jamás obtendría mayor gloria?"

Dunk había sospechado que el retiro del viejo guardaba más relación con su edad que con el príncipe de Rocadragón, pero nunca se había atrevido a decirlo. El viejo había conservado su orgullo hasta el final. "Soy rápido y fuerte", pensó Dunk, obstinado. "Él mismo me lo decía. Que él no pudiera no significa que no pueda yo."

Caminaba entre matorrales, barruntando sus posibilidades de victoria, cuando entrevió una hoguera a través de la vegetación. ¿Qué sería? Desenvainó la espada sin pensárselo dos veces y avanzó por la hierba.

Emergió de allí profiriendo palabras malsonantes, pero frenó en seco al ver junto a la hoguera al niño de la posada.

—¿Tú? —bajó la espada—. ¿Qué haces aquí?

—Pescado a la brasa —dijo el crío, siempre lenguaraz—. ¿Se te antoja?

—Lo que te pregunto es cómo llegaste aquí. ¿Robaste un caballo?

—Subido al carro de un hombre que llevaba corderos al castillo para la despensa del señor de Vado Ceniza.

—Pues ve averiguando si sigue por aquí o búscate otro carro, porque yo no te quiero.

—No puedes obligarme —dijo el niño con impertinencia—. Ya estoy harto de la posada.

—Basta de insolencias —advirtió Dunk—. Lo que debería hacer es echarte a lomos de mi caballo y devolverte a casa ahora mismo.

—Te perderías el torneo —dijo el niño —, porque soy de Desembarco del Rey.

"Desembarco del Rey." Dunk sospechó que le tomaba el pelo, pero aquel muchacho no podía saber que él también era nativo de la misma ciudad. "Seguro que es otro pobre diablo del Lecho de Pulgas. No me extraña nada que quisiera marcharse."

Se sintió ridículo con la espada en la mano, delante de un huérfano de ocho años. La envainó con mala cara, para que el niño se diera cuenta de que no toleraría más desplantes. Pensó que debería propinarle unos azotes, pero le daba demasiada lástima. Echó un vistazo alrededor. La hoguera

ardía con fuerza en su círculo de piedras. Los caballos habían sido cepillados y la ropa puesta a secar en el olmo, por encima del fuego.

—¿Qué hace mi ropa colgando?

—La lavé —contestó el niño—. También limpié los caballos, encendí el fuego y pesqué esto. Quería montar la tienda, pero no la encontré.

—Éste es mi pabellón.

Dunk levantó el brazo para señalar las ramas que los cubrían.

—Eso es un árbol —dijo el niño, impasible.

—A un caballero de verdad no le hace falta otro pabellón. Preferiría dormir con las estrellas como techo que en una tienda llena de humo.

—¿Y si llueve?

—Me protegerá el árbol.

—Traspasa.

Dunk rio.

—Es verdad. Te seré sincero: no tengo con qué pagar un pabellón. Y ya que estamos en esto, te aconsejo que gires el pescado o se chamuscará de un lado y quedará crudo del otro. No sirves para pinche.

—Si quisiera sí —dijo el niño.

Aun así giró el pescado.

—¿Qué pasó con tu pelo? —preguntó Dunk.

—Me lo raparon los maestros.

El niño se puso la capucha de su capa marrón, como si de repente se avergonzara.

Dunk había oído contar que era un remedio contra los piojos o determinadas enfermedades.

—¿Estás enfermo?

—No —dijo el niño—. ¿Cómo te llamas?

—Dunk.

El pobre muchacho se rio a carcajadas, como si fuera lo más divertido que hubiera oído en su vida.

—¿Dunk? —repitió—. ¿Ser Dunk? No es un nombre de caballero. ¿Es una abreviación de Duncan?

¿Una abreviación? Dunk no recordaba haber sido llamado de otra manera por el viejo ni guardaba demasiados recuerdos de su vida anterior.

—Sí —contestó—. Ser Duncan de... —No tenía apellido ni linaje. Ser Arlan lo había encontrado viviendo por los lupanares y callejones del Lecho de Pulgas, como un simple vago que no conocía a sus padres. ¿Qué contestar? "Ser Duncan del Lecho de Pulgas" no sonaba muy caballeresco. Podía ponerse del Árbol de la Moneda, pero ¿y si le preguntaban dónde quedaba eso? Dunk nunca había estado en Árbol de la Moneda ni sabía mucho de la población por boca del viejo. Frunció el entrecejo, guardó silencio y acabó por añadir—: Ser Duncan el Alto.

Lo de alto era indiscutible y sonaba imponente.

El renacuajo no dio muestras de compartir su opinión.

—Es la primera vez que oigo el nombre de ser Duncan el Alto.

—¿O sea que conoces a todos los caballeros de los Siete Reinos?

El niño lo miró con descaro.

—A los buenos sí.

—Yo no estoy por debajo de nadie. Al final del torneo quedarán convencidos. ¿Y tú, ladrón? ¿Te llamas de alguna manera?

El niño titubeó.

—Egg^[*] —dijo al fin.

Dunk evitó reírse. "Es verdad que tiene una cabeza que parece un huevo. Los niños pequeños pueden ser muy crueles, igual que las personas mayores."

—Egg —dijo—, debería darte una buena paliza y despacharte, pero la verdad es que no tengo pabellón ni escudero. Si juras cumplir mis órdenes te permitiré servirme lo que dure el torneo. Después veremos. Si decido que me convienen tus servicios, irás vestido y comido. Puede que la ropa que te dé sea muy tosca y la comida, tasajos de carne y pescado con alguna que otra pieza de caza cuando no haya guardias forestales rondando, pero hambre no pasarás. Además, prometo no pegarte si no te lo mereces.

Egg sonrió.

—Sí, mi señor.

—Ser —lo corrigió Dunk—. Sólo soy un caballero errante.

Se preguntó si el viejo lo estaría viendo desde las alturas. "Le enseñaré las artes de la batalla, ser, las que tú me enseñaste a mí. Parece que tiene madera y no se debe descartar que llegue a caballero."

El pescado, cuando lo comieron, resultó un poco crudo por dentro y el mozo no había quitado todas las espinas, pero no dejaba de ser una exquisitez en comparación con la dureza del tasajo de buey.

Egg no tardó en caer dormido junto a las brasas. Dunk se tendió de espaldas, a poca distancia, con las manos en la nuca, contemplando el firmamento estrellado. A sus oídos llegaba la música del prado, a unos mil pasos de distancia. Las estrellas se contaban por millares. Vio caer una, trazando un rastro verde que brilló y desapareció.

"Las estrellas fugaces dan suerte al que las ve", pensó, "pero a estas horas los demás caballeros se encuentran en sus pabellones, viendo seda en lugar de cielo. La suerte, por lo tanto, es toda mía".

En la mañana lo despertó el canto de un gallo. Egg seguía acurrucado debajo de la peor de las dos mantas del viejo. "No aproveché la noche para escapar. Por algo se empieza."

Lo sacudió con el pie.

—Arriba, que hay trabajo —el niño se levantó con rapidez, frotándose los ojos—. Ayúdame a ensillar a Paso Quedo.

—¿Y el desayuno?

—Hay tasajo de buey, pero será para después.

—Preferiría comerme el caballo —dijo Egg—. Ser.

—Si no obedeces te comerás mi puño. Ve a buscar los cepillos. Están en la alforja. Ésa, sí.

Cepillaron juntos la gualdrapa del palafrén, le echaron al lomo la mejor silla de ser Arlan y ataron las correas. Dunk comprobó que, cuando Egg se concentraba, era buen trabajador.

—Calculo que estaré fuera todo el día —le dijo después de montar—. Tú quédate, arregla el campamento y cerciorate de que no merodee ningún otro ladrón.

—¿Me puedes dejar una espada para ahuyentarlos? —preguntó Egg.

Dunk reparó en que tenía los ojos azules y muy oscuros, casi violetas. Su calvicie hacía que parecieran enormes.

—No —contestó—. Bastará con un cuchillo. Y más vale que te encuentre aquí a mi regreso, ¿eh? Como me robes y huyas juro que te perseguiré. Con perros.

—No tienes —señaló Egg.

—Ya los conseguiré —dijo Dunk—. Sólo para ti.

Dirigió a Paso Quedo hacia el prado y salió al trote, confiado en que la amenaza persuadiera al muchacho. A excepción de la ropa que llevaba, la armadura de la alforja y el caballo que montaba, dejaba el resto de sus pertenencias en el campamento. "Fue una sandez fiarme tanto del niño", pensó, "pero el viejo hizo lo mismo por mí. Debió de enviarlo la Madre para darme la oportunidad de saldar mi deuda."

Al cruzar el prado oyó martillazos a la orilla del río. Eran carpinteros que montaban barreras y una tribuna de considerable altura. También se erigían nuevos pabellones, mientras los caballeros que ya estaban aposentados descansaban de la juerga nocturna o desayunaban. Dunk olió a humo y tocino.

Al norte del prado corría la Ría de los Mejillones, afluente del caudaloso Mander. La ciudad y el castillo estaban al otro lado del vado, de escasa profundidad. Durante sus viajes con el viejo, Dunk había visto varias villas de mercado. Vado Ceniza se contaba entre las más bellas. Las casas encaladas, con techumbre de paja, presentaban un aspecto acogedor. De pequeño siempre había tenido curiosidad por saber cómo se vivía en aquellos lugares: dormir siempre bajo techo, despertarse cada mañana entre los mismos muros... "Es posible que no tarde en descubrirlo. Y Egg también." ¿Por qué no? Cosas más raras se veían a diario.

El castillo de Vado Ceniza era una construcción de piedra de forma triangular, dotada de torres redondas de cuarenta varas de altura en cada ángulo y un grueso recinto amurallado que las unía. En sus almenas había estandartes anaranjados con el blasón de su señor: un sol y un cheurón blancos. Varios alabarderos con librea anaranjada y blanca guardaban las puertas del castillo; observaban a la gente y parecían menos ocupados en mantenerla a distancia del portón que en cruzar bromas con alguna lechera de buen ver. Dunk tiró de las riendas delante del individuo bajo y con barba al que tomó por el capitán y preguntó por el maestro de justas.

—Al que buscas es a Plummer, el mayordomo. Sígueme.

Una vez en el patio de armas dejó a Paso Quedo en manos de un mozo de cuadra, se echó al hombro el escudo mellado de ser Arlan y siguió al capitán de la guardia desde el establo hasta una pequeña torre cobijada en un ángulo de la muralla. Los escalones que llevaban al camino de ronda eran muy empinados.

—¿Vienes a inscribir a tu señor para el torneo? —preguntó el capitán durante el ascenso.

—No, quiero inscribirme yo.

—¿De veras? —le pareció ver una sonrisa burlona en el rostro del capitán, pero no estaba seguro—. Es aquella puerta. Yo vuelvo a mi puesto.

Dunk abrió la puerta y encontró al mayordomo sentado a una mesa de caballete, escribiendo a pluma en un pergamino. Tenía el pelo blanco, con entradas, y una expresión muy seria.

—¿Sí? —dijo al levantar la cabeza—. ¿Qué quieres?

Dunk cerró la puerta.

—¿Eres Plummer, el mayordomo? Vengo por el torneo, a apuntarme en la lista.

Plummer apretó los labios.

—El torneo de mi señor está reservado a los caballeros. ¿Tú eres uno?

Dunk asintió con la cabeza, preguntándose si se le habrían puesto rojas las orejas.

—¿Y por ventura tienes nombre?

—Dunk —¿cómo se le ocurría?—. Ser Duncan. El Alto.

—¿Y de dónde vienes, ser Duncan el Alto?

—De todas partes. He sido escudero de ser Arlan del Árbol de la Moneda desde los cinco o seis años. Éste es su escudo —lo enseñó al mayordomo—. Veníamos al torneo, pero se resfrió y murió. Antes del último suspiro me armó caballero con su propia espada.

Dunk desenvainó el arma y la dejó sobre la castigada mesa de madera. El maestro de justas apenas la miró.

—No cabe duda de que es una espada, aunque debo decir que desconocía al tal Arlan del Árbol de la Moneda. ¿Eras pues su escudero?

—Siempre dijo que se proponía verme armado caballero. Antes de morir pidió su espada e hizo que me arrodillara. Después me tocó una vez en el hombro derecho, otra en el izquierdo y pronunció unas palabras. Cuando me levanté dijo que ya era caballero.

—Hum —el tal Plummer se rascó la nariz—. Es cierto que cualquier caballero tiene derecho a armar a otro, si bien lo habitual, antes de hacer los votos, es someterse a una vigilia y ser ungido por un septón. ¿Hubo algún testigo en la ceremonia?

—Sólo un zorzal en un espino. Lo oí cantar mientras mi viejo señor pronunciaba las palabras. Me exhortó a ser buen caballero, obedecer a los siete dioses, defender a los inocentes y los desvalidos, servir a mi señor con lealtad y defender el reino con todas mis fuerzas. Yo juré hacerlo.

—Estoy seguro de ello —sin poder evitarlo, Dunk se fijó en que Plummer no se dignaba llamarlo "ser"—. Tendré que consultarlo con lord Ashford. ¿Hay entre los presentes algún caballero de renombre que sea capaz de identificarte a ti o a tu difunto señor?

Dunk reflexionó.

—Creo haber visto un pabellón con el estandarte de la casa Dondarrion. Negro, con un relámpago amarillo.

—Sólo puede ser el de ser Manfred, miembro de la casa a la que te refieres.

—Hace tres años ser Arlan sirvió a su padre en Dorne. Es posible que ser Manfred me recuerde.

—Yo te aconsejaría que hablaras con él. Si responde por ti, tráelo mañana a la misma hora.

—Así lo haré, mi señor.

Dunk dio un paso hacia la puerta.

—Ser Duncan —lo llamó el mayordomo.

Dunk dio media vuelta.

—¿Estás consciente de que salir derrotado de un torneo significa entregar las armas, la armadura y el caballo al vencedor y pagar por su rescate?

—Sí, lo sé.

—¿Posees la suma necesaria para el rescate en cuestión?

Esta vez se sintió seguro de que tenía las orejas rojas.

—No la necesitaré —dijo, rezando por que fuera cierto.

"Sólo necesito una victoria. Si venzo en mi primera justa, tendré la armadura y el caballo del perdedor, o sus monedas, y podré superar una derrota."

Bajó con lentitud por los escalones, reacio a dar el siguiente paso. Al llegar al patio interpeló a uno de los mozos de cuadra.

—Tengo que hablar con el caballerizo de lord Ashford.

—Ahora mismo le aviso.

El establo era frío y oscuro. Pasó al lado de un caballo gris, que se le encabritó. En cambio, Paso Quedo relinchó con suavidad y tocó con el morro la mano que le acercaba Dunk.

—Tú sí que eres buena —murmuró él.

El viejo siempre había dicho que a un caballero no le convenía encariñarse con ningún caballo, porque lo lógico era que se le murieran unos cuantos con la silla puesta, pero él había sido el primero en no seguir su propio consejo. Más de una vez Dunk lo había visto gastarse la última moneda de cobre en una manzana para el viejo Castaño o un poco de avena para Paso Quedo y Trueno. Ser Arlan había usado el palafrén como caballo de viaje, cabalgando miles de kilómetros sobre su lomo a lo largo y ancho de los Siete Reinos. Dunk tuvo la sensación de traicionar a un viejo amigo, pero no tenía elección. Castaño era demasiado viejo para valer gran cosa y a Trueno lo necesitaba para las justas.

El caballerizo se apersonó con cierta demora. Durante la espera, Dunk oyó trompetas en la muralla y una voz en el patio. La curiosidad lo hizo llevar a Paso Quedo hasta la puerta del establo para averiguar qué ocurría. Estaba llegando al castillo una gran comitiva de caballeros y arqueros a caballo, cien hombres o más a lomos de unas monturas superiores a cuantas hubiera visto Dunk. "Ha venido un gran señor." Tomó por el brazo a un mozo de cuadra que pasaba corriendo.

—¿Quiénes son?

El muchacho lo miró con extrañeza.

—¿No ves los estandartes?

Se zafó de Dunk y prosiguió su carrera.

"Los estandartes..." Justo cuando Dunk volvía la cabeza, una ráfaga de viento levantó del asta el negro pendón de seda y fue como si el fiero dragón de tres cabezas de la casa Targaryen desplegara las alas y respirara fuego. El abanderado era un caballero alto, con oro engastado en la armadura blanca. Llevaba una capa blanca inmaculada que flotaba al viento. De blanco iban también otros dos jinetes. "Caballeros de la Guardia Real, con el estandarte del monarca." Nada hubo de extraño en que lord Ashford y sus hijos salieran corriendo por las puertas del castillo, como lo hizo también la hermosa doncella, una joven baja y rubia, de cara redonda y sonrosada. "A mí no me parece tan hermosa", pensó Dunk. La titiritera era más guapa.

—Chico, suelta ese penco y cuídame al caballo.

Era la voz de un caballero que acababa de desmontar frente al establo. Dunk se dio cuenta de que se dirigía a él.

—No soy mozo de cuadra, mi señor.

—¿Por falta de seso?

El autor de la pregunta llevaba una capa negra con ribete de raso granate, pero las vestiduras de debajo eran una llameante sinfonía de rojos, amarillos y dorados. Era un joven delgado y derecho como hoja de daga, aunque de estatura mediana, y rondaba la edad de Dunk. Su rostro, enmarcado por bucles muy rubios, era altivo y de facciones perfectamente dibujadas: frente alta, pómulos marcados, nariz recta y piel clara, sin la menor irregularidad. Sus ojos eran de color violeta oscuro.

—Si te superan los caballos, tráeme vino y una moza bien guapa.

—Es que... Le pido perdón, mi señor, pero tampoco soy criado. Tengo el honor de ser caballero.

—La caballería ha caído muy bajo —dijo el joven.

Justo entonces acudió corriendo uno de los mozos de cuadra, y el príncipe dio la espalda a Dunk para entregarle las riendas de su palafrén zaino, un animal espléndido. Aliviado, Dunk volvió a meterse en el establo a la espera de que apareciera el caballerizo. Bastante incómodo se sentía ya entre los nobles y sus pabellones. Hablar con príncipes no era lo suyo.

¿Y qué otra cosa podía ser aquel bello mozalbete sino un príncipe? Los Targaryen llevaban la sangre de la perdida Valyria, allende los mares; su

rubísimo cabello y sus ojos violáceos los diferenciaban de la gente normal. Dunk sabía que el príncipe Baelor era mayor, pero acaso aquel joven fuera uno de sus hijos: Valarr, llamado con frecuencia "el Príncipe Joven" para diferenciarlo de su padre o Matarys, "el Príncipe aún más Joven", como en cierta ocasión lo había llamado el bufón del anciano lord Swann. También había príncipes de menor rango, primos de Valarr y de Matarys. El buen rey Daeron había engendrado a cuatro hijos mayores de edad, tres de los cuales tenían a su vez descendencia. En vida de su padre el linaje de los reyes dragón había estado a punto de extinguirse, pero se comentaba que Daeron II y sus hijos lo habían afianzado por los siglos de los siglos.

—¡Eh, tú! Mandaste llamarme, ¿no? —el caballerizo de lord Ashford era rojo de cara, y aún lo parecía más por el color anaranjado de la librea. Era, además, brusco en el hablar—. ¿Qué pasa? No tengo tiempo para...

—Quiero vender este palafrén —lo interrumpió Dunk para evitar que se marchara—. Es buena yegua, de paso seguro...

—Ya te dije que no tengo tiempo —el caballerizo apenas se fijó en Paso Quedo—. Mi señor no necesita ninguno. Llévalo a la ciudad y puede que Henly te dé un par de monedas de plata.

Ya daba media vuelta.

—Gracias, señor —dijo Dunk antes de que se alejara—. Dime, ¿ha venido el rey?

El caballerizo se rio.

—¡Ni lo quieran los dioses! Bastante tenemos con esta invasión de príncipes. ¿De dónde saco establos para todas sus bestias? ¿Y forraje?

Se marchó, lanzando órdenes a los mozos. Cuando Dunk salió del establo, lord Ashford había entrado con sus huéspedes en el salón, pero en el patio quedaban dos de los caballeros de la Guardia Real. Llevaban armadura y capa blancas, y hablaban con el capitán. Dunk se detuvo a su lado.

—Disculpe que me presente. Soy ser Duncan el Alto.

—Es un placer, ser Duncan —contestó el más corpulento—. Yo soy ser Roland Crakehall y éste es mi hermano de guardia, ser Donnel de Valle Oscuro.

Los siete paladines de la Guardia Real eran los guerreros más temibles de toda la faz de los Siete Reinos, con la posible excepción del mismísimo príncipe heredero, Baelor Rompelanzas.

—¿Viene a inscribirse en el torneo? —preguntó Dunk con inquietud.

—No sería decoroso que justáramos contra aquellos a los que hemos jurado proteger —contestó ser Donnel, pelirrojo y barbirrojo.

—El príncipe Valarr tiene el honor de ser uno de los paladines de lady Ashford —explicó ser Roland—, y dos de sus primos tienen la intención de participar. Los demás sólo venimos como espectadores.

Aliviado, Dunk agradeció a los caballeros blancos su amabilidad y salió a caballo por la puerta del castillo antes de que a otro príncipe se le ocurriera abordarlo. "Tres infantes", pensó, mientras guiaba el palafrén por las calles de la ciudad de Vado Ceniza. Valarr era el hijo mayor del príncipe Baelor, segundo en la línea sucesoria del Trono de Hierro; Dunk, sin embargo, ignoraba hasta qué punto había heredado la mítica destreza de su padre con la lanza y la espada. De los otros príncipes Targaryen sabía todavía menos. "Si me veo en el trance de justar contra un príncipe, ¿cómo reaccionaré? ¿Se me permitirá retar a alguien de tan alta cuna?" Desconocía la respuesta. El viejo le había dicho varias veces que era más duro de entendimiento que traspasar el muro de un castillo, y así se sentía en aquel momento.

Antes de conocer las intenciones de Dunk, Henly alabó el aspecto de Paso Quedo. Cuando supo que quería venderla, todo fueron defectos.

Ofreció trescientas monedas de plata. Dunk dijo necesitar tres mil. Después de muchos regateos y reniegos, cerraron un trato por setecientas cincuenta monedas de plata. Como se trataba de una cantidad más próxima al precio de partida de Henly que al suyo, Dunk pensó que salía perdiendo, pero su adversario en la puja no quiso subir ni una moneda más y al final no hubo más remedio que ceder. El estira y afloja se repitió cuando Dunk advirtió que la silla no iba incluida en el precio, en tanto que Henly insistía en lo contrario.

Al fin se pusieron de acuerdo. Henly fue a buscar las monedas, momento que Dunk aprovechó para acariciarle la crin a Paso Quedo y darle ánimos.

—Te prometo que, si gano, volveré a buscarte.

Tenía la seguridad de que para entonces los defectos del palafrén habrían desaparecido y el precio para volver a comprarlo doblaría el de venta.

El tratante le dio tres dineros de oro y el resto en plata. Dunk mordió una de las monedas de oro y sonrió. Era la primera vez que probaba y tocaba ese rubio metal. Aquellas monedas recibían el nombre de "dragones" por llevar acuñado en una cara el dragón de tres cabezas de la casa Targaryen. La otra ostentaba la efigie del monarca. Dos de las monedas que le entregó Henly llevaban la del rey Daeron, mientras que la tercera, más antigua, mostraba a otra persona. El nombre estaba impreso debajo del perfil, aunque Dunk no alcanzó a leerlo. Sin embargo, sí se dio cuenta de que le habían raspado oro por los cantos. Se lo indicó a Henly con indignación y el tratante, aunque reacio, compensó la falta de peso con unas cuantas monedas de plata y un puñado de piezas de cobre. Dunk le devolvió una parte de estas últimas y señaló a Paso Quedo con la cabeza.

—Para ella —dijo—. Haz que esta noche le den avena. Ah, y una manzana.

Con el escudo en el brazo y al hombro el saco de la armadura vieja, recorrió a pie las calles soleadas de Vado Ceniza. Con tantas monedas en la bolsa se sentía raro, entre eufórico y nervioso. El viejo nunca le había confiado más que alguna moneda muy de vez en cuando. La suma que llevaba era suficiente para un año. "¿Y qué haría después de gastarla? ¿Vender a Trueno?" Era un camino que llevaba a la mendicidad o el robo. "Esta oportunidad no se repetirá. Debo arriesgar el todo por el todo."

Cuando salió del agua en la orilla opuesta del río de los Mejillones —la meridional—, la mañana tocaba a su fin y el prado volvía a ser un hervidero de gente. Los vendedores de vino y salchichas no se daban abasto. Había un hombre con un oso amaestrado que bailaba al son que le marcaba un bardo. Los juglares ejecutaban sus malabarismos y los titiriteros asestaban los últimos mandobles de una nueva batalla.

Dunk se detuvo a presenciar la muerte del dragón de madera. Cuando el caballero articulado le cortó la cabeza, de la que brotó aserrín rojo, rio a mandíbula batiente y arrojó dos monedas de cobre a la muchacha.

—¡Una es por la noche anterior! —dijo.

La joven las cogió al vuelo y sonrió a Dunk con una dulzura desconocida.

"¿Me sonrío a mí o a las monedas?" Dunk nunca había estado con mujeres y lo ponían nervioso. Tres años antes, con la bolsa llena en pago por medio año de servicio al invidente aristócrata lord Florent, el viejo le había dicho que era el momento de llevarlo a un burdel y convertirlo en hombre. Lo había anunciado en un momento de borrachera, y al serenarse ya no se acordaba. Por un lado Dunk era demasiado vergonzoso para recordárselo y, por otro, no estaba muy seguro de desear los favores de una puta. Ya que no podía aspirar a una doncella de alta cuna, como los caballeros de verdad, al menos quería a una que le tuviera más cariño a él que a su dinero.

—¿Quieres que nos tomemos un cuerno de cerveza? —preguntó a la titiritera, que metía aserrín en el dragón—. ¿O una salchicha? Anoche me comí una y estaba buena. Me parece que son de cerdo.

—Se lo agradezco, señor, pero tenemos otra función.

La chica se levantó para acercarse a la ruda y gruesa dorniense que manipulaba al caballero. Dunk se sintió estúpido, pero no dejó de apreciar la forma de correr de la muchacha. "Joven guapa y alta. ¡Para besar a ésta no me haría falta ponerme de rodillas!" Besar sí sabía. Se lo había enseñado un año antes la muchacha de una taberna de Lannisport, pero era tan baja que para llegar a los labios de Dunk había necesitado sentarse en la mesa. El recuerdo hizo que le ardieran las orejas. ¡Qué mentecato! Había que pensar en justas, no en besos.

Los carpinteros de lord Ashford encalaban las barreras de madera, altas hasta la cintura, que separarían a los justadores. Dunk se entretuvo en observarlos. Se trazarían cinco pasillos de norte a sur, para que el sol no diera en los ojos de ningún caballero. En el lado este se había erigido una tribuna de tres pisos con un toldo naranja para proteger a los nobles de la lluvia y el sol. La mayoría se sentaría en bancos, pero en el centro de la

plataforma había cuatro sillas de respaldo alto para lord Ashford, la hermosa doncella y los príncipes visitantes.

En el margen oriental del prado había un poste con un escudo donde probaban sus lanzas diez o doce caballeros. Dunk vio llegar el turno de la Bestia de Bracken, seguido a su vez por lord Caron de las Marcas. "Los dos tienen mejor montura que yo", pensó con inquietud.

Los demás justadores se repartían por el prado y se entrenaban a pie con espadas de madera, entre los comentarios soeces de los escuderos. Dunk observó el enfrentamiento entre un joven bajo y fornido y un musculoso caballero, cuya rapidez y agilidad parecían dignas de un gato montés. Ambos llevaban pintada en el escudo la manzana roja de los Fossoway, pero el del más joven no tardó en quedar hecho trizas.

—Esta manzana aún no está madura —dijo el mayor al hender el escudo de su contrincante.

En el momento de la rendición, el Fossoway de menor edad estaba amoratado y cubierto de sangre. El otro, al parecer fresco como una rosa, se levantó la visera, miró alrededor y reparó en Dunk.

—¡Tú! —dijo—. Sí, tú, el grandulón. El caballero del cáliz alado. ¿Lo que llevas es una espada?

—Me pertenece por derecho —dijo Dunk a la defensiva—. Soy ser Duncan el Alto.

—Y yo ser Steffon Fossoway. ¿Aceptaría entrenar conmigo, ser Duncan? Me sería grato tener un nuevo contrincante. Ya vio que mi primo aún no está maduro.

—Adelante, ser Duncan —instó a Dunk el Fossoway vencido, mientras se retiraba el yelmo—. No niego que esté verde, pero mi buen primo ya está agusanado. Sáquele las semillas.

Dunk sacudió la cabeza. ¿Por qué aquellos señoritos lo mezclaban en sus riñas? Él no quería saber nada.

—Mil gracias, ser, pero debo ocuparme de ciertos asuntos.

Lo incomodaba llevar tantas monedas.

Cuanto antes pagara a Pate y dispusiera de su armadura, más feliz sería.

Ser Steffon le dirigió una mirada burlona.

—El caballero errante está ocupado —miró a ambos lados hasta divisar a otro posible oponente—. ¡Ser Grance, qué alegría verlo! Venga a entrenar conmigo. Me sé al dedillo todos los trucos que ha aprendido mi primo Raymun, y ser Duncan, por lo visto, debe volver a los caminos. Venga, venga.

Dunk se alejó ruborizado. Él no tenía demasiados trucos, ni buenos ni malos, y prefería no ser visto luchando antes del torneo. El viejo siempre decía que el conocimiento del enemigo facilitaba la victoria. Los caballeros como ser Steffon poseían el don de reconocer la debilidad de un contrincante a simple vista. Dunk era fuerte y rápido, y tenía la ventaja del peso y la estatura, pero no se engañaba tanto como para juzgarse a la altura de aquellos caballeros. Ser Arlan había puesto su empeño en educarlo, pero no era el mejor de los maestros, ya que ni siquiera de joven había pertenecido a la élite de los caballeros. Los miembros de ésta no erraban por el mundo ni morían al borde de un camino enfangado. "A mí no me pasará", se juró Dunk. "Les demostraré que puedo ser algo más que un caballero errante."

—¡Ser Duncan! —el menor de los Fossoway se apresuró a alcanzarlo—. Hice mal en impulsarlo a retar a mi primo. Me enfurecía su arrogancia, y al verlo tan alto pensé... En cualquier caso fue un error. No lleva armadura. Mi primo no habría vacilado en romperle una mano o una rodilla. Durante los entrenamientos hace lo posible por machacar a sus oponentes; de esa manera, si vuelven a enfrentarse en el torneo, los encuentra magullados y vulnerables.

—A usted no lo machacó.

—No, porque soy de la familia, aunque de una rama secundaria, como no se cansa de recordarme. Me llamo Raymun Fossoway.

—Encantado. ¿Participarán los dos en el torneo?

—Él sí, no lo dude. En cuanto a mí, bien quisiera, pero soy un simple escudero. Mi primo prometió armarme caballero, pero insiste en que me falta madurez —chato, cuadrado de rostro, con el pelo corto y lanudo, a Raymun lo redimía su encantadora sonrisa—. Adivino que vino a justar. ¿A quién se propone retar?

—Poco importa —dijo Dunk. Era la respuesta que esperaban todos: una respuesta falsa, porque sí importaba, y mucho—. No participaré hasta el tercer día.

—Cierto. Para entonces ya habrán caído algunos paladines —dijo Raymun—. Bien, pues que le sea propicio el Guerrero.

—Que lo sea también para usted.

"Si este hombre sólo es escudero, ¿qué derecho tengo yo a la caballería? Uno de los dos se está haciendo tonto."

A cada paso que daba tintineaban las monedas de su bolsa, pero era consciente de que podía perderlas en un tris. Incluso las reglas del torneo jugaban contra él, al reducir casi a cero las probabilidades de que se enfrentara a un enemigo inexperto o débil.

Los torneos podían ajustarse a decenas de modalidades, al capricho del señor que los organizara. Algunos imitaban batallas entre equipos de caballeros; otros consistían en una lucha de todos contra todos donde la gloria recaía en el último que quedara en pie. Cuando se elegía la modalidad de combate individual, los emparejamientos podían decidirse por sorteo o al albedrío del maestro de justas.

Lord Ashford había convocado el torneo para celebrar el decimotercer aniversario de su hija. La hermosa doncella estaría sentada al lado de su padre como reina del Amor y la Belleza. La defenderían cinco paladines, cada uno con una prenda de la joven. Los demás participantes tendrían que retarlos, pero aquel que venciera a uno de los cinco ocuparía su lugar y se convertiría a su vez en paladín hasta ser vencido por otro. Al término de los tres días de torneo los cinco que quedaran decidirían si la doncella conservaba la corona del Amor y la Belleza o había que entregársela a otra muchacha.

Dunk miró con atención el palenque y las sillas vacías de la tribuna, mientras evaluaba sus posibilidades. Sólo necesitaba una victoria. Entonces presumiría de haber figurado entre los paladines del prado de Vado Ceniza, aunque sólo fuera por espacio de una hora. Pese a haber fallecido poco antes de los sesenta años, el viejo nunca había sido paladín. "Si los dioses son benévolos no será pedir demasiado." Recordó las canciones que había oído, las que hablaban del ciego Symeon Ojos de Estrella, del noble Serwyn

del Escudo Espejo, del príncipe Aemon, de ser Ryam Redwyne y de Florian el Bufón. Todos ellos habían vencido a enemigos mucho más temibles que cuantos pudieran enfrentarse con él. "Sí, pero eran grandes héroes, valientes de alta cuna, a excepción de Florian. ¿Y quién soy yo? ¿Dunk del Lecho de Pulgas o ser Duncan el Alto?"

Supuso que no tardaría en averiguarlo. Levantó el saco de la armadura y encaminó sus pasos a los puestos de los comerciantes, en busca de Pate.

Egg había trabajado duro en el campamento y Dunk quedó satisfecho. Había abrigado algún temor de que su escudero protagonizara una nueva huida.

—¿Conseguiste un buen precio por tu palafrén? —preguntó el niño.

—¿Cómo sabes que lo vendí?

—Saliste a caballo y vuelves a pie. Si fuera cosa de ladrones estarías mucho más enfadado.

—Me pagaron lo suficiente para esto —Dunk sacó su nueva armadura para mostrársela al muchacho—. Si pretendes llegar a caballero tendrás que aprender a diferenciar el buen acero del malo. Fíjate en éste: es de calidad. Esta malla es doble. Cada anillo cuelga de otros dos. Protege más que la simple. Y mira el yelmo: Pate lo hizo redondeado por arriba. ¿Ves la curva? Desvía las espadas o las hachas. Si fuera plano podrían hacer un corte —Dunk se colocó el yelmo en la cabeza—. ¿Cómo me queda?

—No hay visera —señaló Egg.

—Tiene agujeros de respiración. Las viseras son vulnerables —se lo había dicho Pate—. Si supieras la cantidad de caballeros que han recibido un flechazo en el ojo al levantarla para respirar, preferirías no tenerla —explicó a Dunk.

—Tampoco hay cimera —dijo Egg—. No tiene adornos.

Dunk se levantó el yelmo.

—La gente como yo no los necesitamos. ¿Te has fijado en cómo brilla el acero? Que siga brillando será cosa tuya. ¿Sabes limpiar una cota de malla?

—Sí, en un barril de arena —dijo el niño —, pero tú no tienes. ¿También compraste una tienda?

—No me pagaron tanto —"este niño es demasiado atrevido para su propio bien. Tendré que enseñarle a palos a que no lo sea." En el mismo momento de pensarlo, supo que no lo haría. Le gustaba la audacia. A él, en particular, le hacía falta una buena dosis. "Mi escudero es más valiente y más listo que yo"—. Hiciste un buen trabajo, Egg. Mañana por la mañana iremos juntos al prado para echar un vistazo al palenque. Compraremos avena para los caballos y para nosotros, pan recién hecho. Tampoco estaría mal un poco de queso. Vi un puesto donde vendían uno bastante bueno.

—No tendré que ir al castillo, ¿verdad?

—¿Por qué no? Tengo la esperanza de vivir algún día en uno.

El niño no hizo ningún comentario. "Quizá tenga miedo de entrar en la morada de un señor", pensó Dunk. "Sería normal. Ya se le pasará."

Siguió admirando su armadura y preguntándose cuánto tiempo la llevaría.

Ser Manfred era un hombre delgado y con cara de pocos amigos. Llevaba una sobreveste negra con el relámpago morado de la casa Dondarrion, pero a Dunk le habría bastado su cobriza y rebelde cabellera para reconocerlo.

—Ser Arlan sirvió a su señor padre en los tiempos en que éste y lord Caron obligaron al rey Buitre a salir por el fuego de las Montañas Rojas —dijo con una rodilla en el suelo—. Yo entonces era un niño, pero lo serví como escudero. Ser Arlan del Árbol de la Moneda.

Ser Manfred frunció el entrecejo.

—No, no lo conozco. Tampoco a ti, muchacho.

Dunk le enseñó el escudo del viejo.

—Su emblema, el cáliz con alas.

—Mi padre fue a las montañas con ochocientos caballeros y unos cuatro mil soldados de a pie. No se me puede pedir que los recuerde a todos ni a sus emblemas. No digo que no estuvieras con nosotros, pero...

Ser Manfred se encogió de hombros.

Por unos instantes, Dunk enmudeció. "El viejo fue herido por servir a su padre. ¿Cómo es posible que lo haya olvidado?"

—Sólo me dejarán participar si un noble o caballero responde por mí.

—¿Y a mí qué me importa eso? —dijo ser Manfred—. Ya te concedí demasiado tiempo.

Volver al castillo sin ser Manfred equivalía al desastre. Dunk miró el relámpago morado que llevaba ser Manfred en su gonela de lana negra.

—Me acuerdo de cuando su padre contó a sus hombres el origen del emblema de su familia —dijo—. Una noche de tormenta, cuando el primero de su linaje llevaba un mensaje por las marcas de Dorne, su caballo, muerto de un flechazo, se desplomó bajo él. Entonces salieron de la oscuridad dos dornienses con cota de malla y yelmos con cimera. En su caída, su antepasado había roto la espada, y al verlo se tuvo por perdido, pero justo cuando sus enemigos se disponían a abatirlo, un relámpago cayó de las alturas. Su color era púrpura encendido y golpeó de lleno el acero de las armaduras de los dornienses, muertos al instante. Gracias al mensaje, el rey de la tormenta obtuvo la victoria sobre Dorne, y en prueba de reconocimiento otorgó un señorío al mensajero. Éste fue el primer lord Dondarrion. Escogió como emblema un relámpago bifurcado de color morado, sobre campo de sable salpicado de estrellas.

Muy errado estaba Dunk si pretendía impresionar a ser Manfred con la historia.

—No hay mozo de cuadra al servicio de mi padre que en un momento u otro no oiga contar la historia. El hecho de saberla no te convierte en caballero. Márchate.

Dunk regresó al castillo de Ashford con un gran peso en el corazón, discurriendo qué decirle a Plummer para ser aceptado en el torneo. El hecho fue que no encontró al mayordomo en la sala de la torre. Un guardia le dijo que quizá estuviera en la gran sala.

—¿Lo espero aquí? —preguntó Dunk—. ¿Cuánto tardará?

—¿Qué sé yo? Haz lo que te parezca.

El salón no era tan grande como indicaba su nombre, pero Vado Ceniza era un castillo pequeño. Dunk entró por una puerta lateral y de inmediato reconoció al mayordomo. Estaba al fondo, en compañía de lord Ashford y diez o doce hombres. Fue hacia ellos, arrimado a una pared cubierta por tapices de lana que representaban frutas y flores.

—... fueran hijos tuyos no lo tomarías tan a la ligera —dijo alguien con enojo cuando se acercaba Dunk.

El pelo lacio del hombre en cuestión, así como su barba cuadrada, eran tan claros que la penumbra los volvía casi blancos. No obstante, cuando Dunk redujo la distancia, vio que en realidad eran de un color plateado con hebras rubias.

—No es la primera vez —contestó otra persona, a la que Dunk no vio debido a que la tapaba Plummer—. Fue mala idea ordenar a Daeron que participara en el torneo. No es lo suyo. Y lo mismo digo de Aerys y Rhaegel.

—Lo que quieres decir es que Daeron prefiere montar a una meretriz que a un caballo —dijo el del cabello plateado. Robusto y de gran presencia, el príncipe —otra cosa no podía ser— llevaba un peto de cuero con tachuelas de plata, y encima una capa negra y gruesa con ribetes de armiño. Sus mejillas estaban picadas de viruela, que la barba sólo ocultaba a medias—. Mira, hermano, no tengo necesidad de que me recuerdes las carencias de mi hijo. Sólo tiene dieciocho años. Aún es tiempo de que cambie. ¡Y a fe que cambiará o juro verlo muerto!

—No seas idiota. Daeron es como es, pero sigue siendo de tu sangre y la mía. Estoy seguro de que ser Roland los encontrará, a él y a Aegon.

—Sí, cuando se haya acabado el torneo.

—Queda Aerion, que maneja la lanza mejor que Daeron, si es el torneo lo que te preocupa.

Esta vez Dunk sí vio al tercer hombre. Estaba sentado en la silla más elevada, sosteniendo un fajo de pergaminos y con lord Ashford muy cerca del hombro. Sentado y todo, parecía llevarle una cabeza al otro, a juzgar por la longitud de las piernas, que sobresalían del asiento. Tenía el pelo muy corto, de color oscuro y con algunas canas. El afeitado de su fuerte mandíbula era impecable. Parecía haber sufrido más de una fractura de nariz. Pese a la sencillez de su atuendo —jubón verde, manto marrón y botas gastadas— transmitía aplomo, poder y seguridad.

Dunk pensó que aquellas palabras no estaban destinadas a sus oídos. "Es preferible que me vaya y vuelva más tarde, cuando hayan acabado",

decidió. Por desgracia era demasiado tarde, porque el príncipe de barba plateada acababa de fijarse en él.

—¿Quién eres y cómo se te ocurre interrumpirnos? —inquirió con dureza.

—Es el caballero al que esperaba nuestro buen mayordomo —dijo el hombre sentado, que sonreía a Dunk como si ya hubiera reparado desde tiempo atrás en su presencia—. En este caso, hermano, los intrusos somos tú y yo. Acércate —dijo a Dunk.

Éste obedeció con lentitud, sin saber qué hacer. De nada le sirvió mirar a Plummer, porque el adusto mayordomo —tan resuelto en la anterior entrevista— permaneció en silencio, mirando fijamente el enlosado.

—Nobles señores —dijo Dunk —, he solicitado el aval de ser Manfred para participar en el torneo, pero me lo negó. Asegura no conocerme, aunque yo juro que ser Arlan estuvo a su servicio. Tengo su espada y su escudo, y...

—No se es caballero por tener espada y escudo —declaró lord Ashford, alto, calvo, de cara redonda y roja—. Sé de ti por Plummer. Aunque aceptáramos que tus armas pertenecen al tal ser Arlan del Árbol de la Moneda, cabe la posibilidad de que lo hayas encontrado muerto y se las robaras. Mientras no dispongas de pruebas más sólidas, como un documento o...

—Yo sí me acuerdo de ser Arlan del Árbol de la Moneda —dijo con sosiego el hombre sentado—. Que yo sepa no ganó ningún torneo, pero tampoco hizo nada que lo avergonzara. Hace seis años, en Desembarco del Rey, en el combate cuerpo a cuerpo derribó a lord Stokeworth y al Bastardo de Harrenhal, y mucho antes, en Lannisport, descabalgó al mismísimo León Gris, que en aquel entonces no debía de serlo tanto.

—Sí, me lo contó muchas veces —dijo Dunk.

El hombre alto lo miró con atención.

—Recordarás entonces el nombre verdadero del León Gris.

Por unos instantes la mente de Dunk se quedó en blanco. "Le oí la historia al viejo más de mil veces. El león, el león, su nombre, su nombre, su nombre..." Se acordó en el último momento, cuando estaba al borde de la desesperación.

—¡Ser Damon Lannister! —exclamó—. ¡El León Gris! Ahora es señor de Roca Casterly.

—En efecto —dijo el hombre alto con placidez —, y entrará en liza mañana por la mañana.

Dio una sacudida al fajo de pergaminos que tenía en la mano.

—¿Cómo es posible que te acuerdes de un caballero insignificante y sin tierras que tuvo la suerte de derribar a Damon Lannister hace dieciséis años? —dijo, ceñudo, el príncipe de la barba plateada.

—Tengo por costumbre averiguar cuanto puedo de mis enemigos.

—¿Por qué te dignarías combatir contra un caballero errante?

—Fue hace nueve años, en Bastión de Tormentas, durante los festejos de lord Baratheon por el nacimiento de un nieto. El primer sorteo me emparejó con ser Arlan. Rompimos cuatro lanzas hasta que lo derribé.

—¡Siete! —precisó Dunk—. ¡Y fue contra el príncipe de Rocadragón!

Enseguida lamentó haberlo dicho. Le pareció oír la voz del viejo: "Dunk el necio, más duro de entendimiento que traspasar el muro de un castillo".

—Así es —el príncipe de la nariz rota sonrió con dulzura—. Sé que mucho contar magnífica las historias. No tengas en menos a tu señor, pero me temo que las lanzas fueron cuatro.

Dunk agradeció la penumbra de la sala, consciente de que se le habían puesto rojas las orejas.

—Mi señor... —"No, eso tampoco está bien dicho"—. Excelencia... —cayó de rodillas y bajó la cabeza—. Tiene razón, fueron cuatro. No pretendía... Jamás se me... El viejo, ser Arlan, siempre me acusaba de ser más duro de entendimiento que traspasar el muro de un castillo, y más lento que un uro.

—E igual de fuerte, si no miente tu aspecto —dijo Baelor Rompelanzas—. En pie, que no dijiste nada malo.

Dunk obedeció, dudando entre mantener la cabeza gacha o mirar al príncipe a la cara. "Tengo delante a Baelor Targaryen, príncipe de Rocadragón, mano del rey y heredero del Trono de Hierro de Aegon el Conquistador." Como simple caballero errante, ¿qué osaría decir a semejante personaje?

—Re... recuerdo que le devolvió su caballo y su armadura y no le pidió rescate alguno —balbuceó—. El viejo, ser Arlan... Me dijo que usted era la personificación de la caballería y que un día los Siete Reinos estarían a salvo en sus manos.

—Rezo por que no sea pronto —dijo el príncipe Baelor.

—No, claro —dijo Dunk, horrorizado. Estuvo a punto de añadir que no lo había dicho en el sentido de querer ver muerto al rey, pero se contuvo a tiempo—. Le pido perdón... excelencia.

Se acordó a destiempo de que el hombre robusto de barba plateada se había dirigido al príncipe Baelor como "hermano". "También lleva la sangre del dragón, tonto de mí." Sólo podía ser el príncipe Maekar, el menor de los cuatro vástagos del rey. El príncipe Aerys era un gran erudito, y el príncipe Rhaegel un loco cobarde y enfermizo. Parecía difícil que alguno de los dos cruzara medio reino para presenciar un torneo. Maekar, en cambio, tenía fama de temible guerrero por derecho propio, aunque siempre a la sombra de su hermano mayor.

—¿Deseas, pues, inscribirte en las justas? —preguntó el príncipe Baelor—. La decisión está en manos del maestro de justas, pero yo no veo ninguna razón para negártelo.

El mayordomo inclinó la cabeza.

Dunk trató de dar las gracias con palabras balbucientes, pero lo cortó el príncipe Maekar.

—Sí, ya vemos que eres un hombre agradecido, pero márchate de una vez.

—Deberás perdonar a mi noble hermano —dijo el príncipe Baelor—. Le extraña la tardanza de dos de sus hijos y teme por ellos.

—Las lluvias primaverales han engrosado muchos ríos —dijo Dunk—. Quizá se trate de un simple retraso.

—No vine a escuchar los consejos de un caballero errante —comunicó el príncipe Maekar a su hermano.

—Puedes marcharte —dijo el príncipe Baelor a Dunk con un tono bastante amable.

—Sí, mi señor.

Dunk hizo una reverencia y dio media vuelta. Cuando estaba a punto de salir, oyó que el príncipe lo llamaba.

—Otra cosa. ¿No eres descendiente de ser Arlan?

—Sí, mi señor... ¡Qué digo! No, no lo soy.

El príncipe señaló con la cabeza el maltrecho escudo que llevaba Dunk y el cáliz alado de su faz.

—La ley manda que sólo los hijos legítimos hereden las armas de un caballero. Tendrás que buscarte otro emblema, uno que sólo sea tuyo.

—Así lo haré —dijo Dunk—. De nuevo muchas gracias, excelencia. Le aseguro que combatiré con valentía.

"Para valentía", decía el viejo a menudo, "la de Baelor Rompelanzas".

Los marchantes de vino y salchichas obtenían ganancias rápidas y las meretrices se paseaban con descaro entre los puestos de venta y los pabellones. Las había bastante guapas, sobre todo una pelirroja. Dunk no evitó una mirada a sus pechos, que se bamboleaban bajo la tela suelta del vestido. Se acordó de las monedas que llevaba en la bolsa. "Si quisiera podría tenerla para mí. Le gustaría mucho el tintineo de mis monedas. Podría llevármela al campamento y yacer con ella toda la noche." Nunca se había acostado con ninguna mujer y nada impedía que muriera en su primera justa. Los torneos eran peligrosos... pero también las putas, según le había advertido el viejo. "Podría robarme mientras duermo, ¿y entonces qué?" Cuando la pelirroja le lanzó una mirada por encima del hombro, Dunk sacudió la cabeza y se alejó.

Encontró a Egg entre los espectadores de las marionetas, cruzado de piernas en el suelo, escondiendo su calvicie con la capucha de la capa. Atribuyó el temor del niño a entrar en el castillo a una mezcla de timidez y vergüenza. "No se considera digno de alternar con nobles y damas, y menos con príncipes." De pequeño, a él le había pasado lo mismo: más allá del sucio barrio del Lecho de Pulgas el mundo le parecía tan intimidatorio como fascinante. "Egg sólo necesita tiempo." Por el momento juzgó más considerado darle unas monedas de cobre y dejar que se divirtiera en la feria que arrastrarlo al castillo contra su voluntad.

Las titiriteras representaban la historia de Florian y Jonquil. La gruesa dorniense manejaba a Florian, con su armadura multicolor, mientras la joven alta tiraba de los hilos de Jonquil.

—¡Tú no eres caballero! —decía al ritmo con que la marioneta abría y cerraba la boca—. Te conozco: eres Florian el Bufón.

—Tiene razón, señora —contestaba la otra marioneta, puesta de rodillas—. No ha habido bufón mayor ni caballero más valiente.

—¿Bufón y caballero a la vez? —decía Jonquil—. En mi vida oí tal cosa.

—Gentil señora —decía Florian —, en cuestión de mujeres todos los hombres son bufones y caballeros.

El espectáculo era una mezcla lograda de tristeza y fantasía. No faltaba el duelo final a espada ni un gigante muy bien pintado. A su término, la mujer gorda se paseó entre el público recogiendo monedas, mientras la chica guardaba los títeres. Dunk recogió a Egg y fue a verla.

—¿Sí, señor? —dijo ella, mirando de reojo y sonriendo a medias.

Pese a llevarle una cabeza, Dunk nunca había visto a una chica tan alta.

—Estuvo muy bien —dijo Egg, entusiasmado—. Me gusta mucho la manera de moverlos: Jonquil, el dragón... El año pasado vi unas marionetas, pero se movían a sacudidas. Las tuyas no.

—Gracias —dijo la chica con educación.

—Sí, y hay que decir que tienen figuras muy bien talladas —intervino Dunk—; sobre todo el dragón, que es una bestia horrible. ¿También las fabrican?

La chica asintió con la cabeza.

—Las esculpe mi tío y yo las pinto.

—¿Podrías pintarme algo a mí? Te pagaría —se bajó el escudo del hombro para enseñárselo—. Necesito que me pinten algo por encima del cáliz.

La chica miró primero el escudo y después a su dueño.

—¿Qué desea que le pinten?

Dunk no se lo había planteado. ¿Qué escoger aparte del cáliz alado del viejo? Tenía la cabeza hueca. "Dunk el necio, más duro de entendimiento que traspasar el muro de un castillo"

—Pues... No estoy seguro —se dio cuenta, abatido, de que se le enrojecían las orejas—. Debo de parecerte tonto de remate.

La chica sonrió.

—Todos los hombres son bufones y caballeros.

—¿Qué colores tienen? —preguntó él con la esperanza de que le diera una idea.

—Con mezclas puedo conseguir el que quiera.

El marrón del viejo siempre le había parecido muy soso a Dunk.

—El campo debería tener el color de una puesta de sol —dijo de pronto—. Al viejo le gustaban. En cuanto al emblema...

—Un olmo —dijo Egg—. Un olmo grande como el del río, con el tronco marrón y las ramas verdes.

—Sí —dijo Dunk —, no estaría mal. Un olmo... pero con una estrella fugaz encima. ¿Podrías hacerlo?

La joven asintió.

—Deme el escudo y lo pintaré esta misma noche. Lo tendrá mañana a primera hora.

Dunk se lo tendió.

—Me llamo ser Duncan el Alto.

—Yo Tanselle —la chica rio—. De niña me llamaban la Giganta.

—No lo eres —dijo Dunk sin pensar—. Tienes la estatura perfecta para...

Al darse cuenta de lo que estaba a punto de decir, se puso como un tomate.

—¿Para qué? —preguntó Tanselle, ladeando la cabeza inquisitivamente.

—Para las marionetas —dijo él para salir del paso.

El primer día del torneo amaneció claro y soleado. Dunk compró comida para llenar todo un saco, lo cual les permitió desayunar huevos de oca, pan frito y tocino. No obstante, una vez preparada la comida, Dunk se halló sin apetito. Se notaba la barriga dura como una piedra, aun a sabiendas de que no era el día de su estreno como justador. El derecho a retar por primera vez a los paladines recaía en los caballeros de cuna más

noble y mayor renombre, así como en los señores con tierras, sus hijos y los paladines de otros torneos.

Egg habló sin parar durante todo el desayuno, haciendo comentarios y previsiones sobre tal y cual caballero. "Aquello de que conocía a los mejores de los Siete Reinos no era broma", pensó Dunk, atribulado. Encontraba humillante prestar tanta atención a las palabras de un huérfano mal alimentado. No obstante, si llegaba la hora de enfrentarse con alguno de esos caballeros, los conocimientos de Egg le serían de utilidad.

El prado era un hervidero de gente, todos decididos a hacerse de un buen lugar para observar. Los codazos de Dunk nada tenían que envidiar a los ajenos. Además, contaba con la ventaja de su estatura. Avanzó hasta subirse a un montículo, a cinco pasos de la valla. Cuando Egg se quejó de que sólo veía culos, Dunk se lo subió a los hombros. Al otro lado del prado la tribuna se iba llenando de señores y damas de alta alcurnia, a los que había que sumar a unos cuantos burgueses y una veintena de caballeros que habían decidido retrasar su entrada en liza. Dunk no vio al príncipe Maekar, pero sí reconoció al príncipe Baelor, sentado junto a lord Ashford. El sol arrancaba destellos dorados de la fíbula con que el príncipe se sujetaba la capa en el hombro y de la diadema que le ceñía las sienes. Por lo demás, el atuendo de Baelor era más sencillo que el de los demás nobles. "La verdad es que con ese pelo negro no parece un Targaryen." Se lo dijo a Egg.

—Dicen que salió a su madre —le recordó el niño—, una princesa dorniense.

Los cinco paladines habían levantado sus pabellones en el borde septentrional del palenque, muy cerca del río. Los dos más pequeños eran de color naranja, y los escudos expuestos a la entrada llevaban el emblema del sol y el cheurón blancos. Debían de ser Androw y Robert, hijos de lord Ashford y hermanos de la hermosa doncella. Dunk nunca había oído comentar sus proezas a ningún caballero, señal de que tenían muchas posibilidades de ser los primeros en caer.

Al lado de los pabellones de color naranja había otro mucho mayor, de un verde saturado. Lo remataba un estandarte con la rosa de Altojardín, emblema que también adornaba un gran escudo verde al lado de la entrada.

—Es Leo Tyrell, señor de Altojardín —dijo Egg.

—Ya lo sé —repuso Dunk, irritado—. Serví con el viejo en Altojardín cuando tú ni siquiera habías nacido —personalmente apenas se acordaba, aunque ser Arlan le había hablado mucho del señor de Altojardín: incomparable en los torneos, y eso que ya peinaba canas—. El de al lado de la tienda, vestido de verde y oro y con barba gris, debe ser lord Leo.

—Sí —dijo Egg—. Lo vi una vez en Desembarco del Rey. No te conviene enfrentarlo.

—Mira, niño, para saber a quién retar no me haces falta.

El cuarto pabellón estaba hecho de trozos de tela en forma de rombo, unos rojos y otros blancos. Dunk no reconoció los colores, pero Egg dijo que pertenecían a un caballero del valle de Arryn, un tal Humfrey Hardyng.

—El año pasado, en Poza de la Doncella, ganó en un combate cuerpo a cuerpo. También derribó a ser Donnel de Valle Oscuro en un combate singular y a los señores de Arryn y Royce.

El último pabellón era el del príncipe Valarr. Estaba confeccionado con seda negra y una franja de pendones puntiagudos de color rojo que colgaban del techo como largas llamas. El escudo expuesto era de un negro lustroso, con el dragón de tres cabezas de la casa Targaryen. Lo acompañaba un miembro de la Guardia Real, cuya armadura, blanca y resplandeciente, contrastaba con el negro de la seda. Al verlo, Dunk se preguntó si habría algún caballero que se atreviera a tocar con la lanza el escudo el dragón. A fin de cuentas Valarr era nieto del rey e hijo de Baelor Rompelanzas.

Su inquietud era infundada. Cuando sonaron los clarines que convocaban a los retadores, los cinco paladines de la hija de lord Ashford fueron llamados en su defensa. Dunk oyó el murmullo de entusiasmo con que la multitud acogía la llegada de los retadores, que desfilaron uno a uno por el extremo sur del palenque. Los heraldos proclamaron sus nombres a cada aparición. Los caballeros hicieron un alto delante de la tribuna, donde bajaron las lanzas en saludo a lord Ashford, el príncipe Baelor y la hermosa doncella, y siguieron hacia el norte del prado, donde elegirían a sus oponentes. El León Gris de Roca Casterly tocó el escudo de lord Tyrell, al tiempo que su rubio heredero, ser Tybolt Lannister, desafiaba al hijo mayor de lord Ashford. Lord Tully de Aguasdulces aplicó su borne al escudo de

rombos de ser Humfrey Hardyng. Ser Abelar Hightower tocó el de Valarr, y el menor de los Ashford recibió el desafío de ser Lyonel Baratheon, llamado la Tormenta que Ríe.

Los retadores trotaron de nuevo hacia el margen sur del palenque, donde aguardaron la llegada de sus enemigos: ser Abelar, de plata y gris, con el emblema de una torre de piedra coronada por el fuego; los dos Lannister de rojo, con el león dorado de Roca Casterly; la Tormenta que Ríe de oro, con un ciervo negro en el peto y el escudo, y una cornamenta de hierro por cimera; por último lord Tully, cuya capa azul y roja se sujetaba en ambos hombros gracias a sendas truchas plateadas. Los cinco levantaron sus lanzas, de nueve codos de longitud, mientras el viento hacía restallar los pendones.

En el extremo norte del campo los escuderos sujetaban los corceles, de vistosas bardas, para que los montaran los paladines. Éstos se pusieron los yelmos y tomaron lanzas y escudos, iguales en esplendor a los de sus contrincantes: las sedas anaranjadas de los Ashford, los rombos rojos y blancos de ser Humfrey, los jaeces de raso verde con rosas doradas del caballo de lord Leo... Destacaba, por supuesto, Valarr Targaryen. El corcel del Príncipe Joven era negro como la noche, a juego con el color de su armadura, lanza, escudo y guarnición. La cimera era un dragón de tres cabezas con las alas abiertas, esmaltado en rojo. Otro dragón, igual al primero, figuraba en la brillante superficie del escudo. Cada paladín llevaba anudada al brazo una cinta de seda naranja, prenda de la hermosa doncella.

En el momento que los paladines ocuparon sus puestos, el prado de Vado Ceniza enmudeció. Después sonó un clarín y la algarabía estalló sin transición. Diez pares de espuelas plateadas se hincaron en los flancos de diez grandes corceles; mil voces prorrumpieron en gritos y vítores; cuarenta cascos herrados golpearon y arrancaron la hierba; diez lanzas quedaron fijas en posición horizontal; todo el prado vibró, y entre fragores de madera y metal se verificó el encontronazo entre paladines y retadores. Poco después las parejas se habían separado y los caballeros daban media vuelta para otra acometida. Lord Tully se tambaleó en su silla, pero se mantuvo sin caer. Cuando el público se dio cuenta de que se habían roto las diez lanzas estalló

en una gran ovación, espléndido augurio para el éxito del torneo y testimonio de la destreza de los competidores.

Los escuderos entregaron nuevas lanzas a los justadores en sustitución de las rotas, que arrojaron, y por segunda vez se clavaron las espuelas. Dunk sintió temblar el suelo bajo sus pies. Sentado en sus hombros, Egg dio gritos de alegría y agitó sus brazos delgadísimos. El caballero que pasó más cerca de ellos fue el Príncipe Joven. Dunk vio que la punta de su lanza negra besaba la torre del escudo enemigo y se desviaba hacia el peto, al tiempo que el asta de ser Abelar se quebraba contra el de Valarr. La fuerza del impacto echó hacia atrás al corcel gris con arreos grises y plateados, y ser Abelar Hightower, alzado en sus estribos, cayó lentamente al suelo.

También cayó lord Tully, derribado por ser Humfrey Hardyng, pero se levantó sin la menor demora y desenvainó la espada. Ser Humfrey soltó su lanza, intacta, y desmontó para proseguir el combate a pie. Ser Abelar no fue tan ágil. Su escudero llegó corriendo, le soltó el yelmo y pidió ayuda. Dos criados levantaron por los brazos al aturdido jinete y lo acompañaron al pabellón. Mientras tanto, en el resto del prado los seis caballeros que permanecían montados ejecutaban la tercera vuelta. Se quebraron más lanzas, y en esta ocasión lord Leo Tyrell apuntó con tal pericia que le arrancó el yelmo al León Gris. Descubierto el rostro, el señor de Roca Casterly levantó la mano, desmontó y se reconoció vencido. Para entonces ser Humfrey había forzado la rendición de lord Tully, tras demostrar la misma destreza con la espada que con la lanza.

Tybolt Lannister y Androw Ashford chocaron tres veces antes de que ser Androw se quedara sin escudo, sin caballo y sin victoria, todo al mismo tiempo. El menor de los Ashford duró todavía más y rompió nada menos que nueve lanzas contra ser Lyonel Baratheon, la Tormenta que Ríe. La décima acometida se saldó con el derribo de ambos, pero la lucha continuó a pie, espada contra maza. Por fin el magullado ser Robert Ashford admitió su derrota, aunque su padre, sentado en la tribuna, parecía cualquier cosa menos descontento. Los dos hijos de lord Ashford habían tenido que abandonar las filas de los paladines, pero se habían desempeñado con nobleza contra dos de los mejores caballeros de los Siete Reinos.

"Sí", pensó Dunk, al mirar que el vencedor y el vencido se abrazaban y abandonaban juntos el terreno, "pero yo tengo que hacerlo aún mejor. No basta con que pelee bien y pierda. Debo ganar como mínimo la primera justa o me quedaré sin nada".

El siguiente paso era que ser Tybolt Lannister y la Tormenta que Ríe fueran nombrados paladines en sustitución de los caballeros derrotados por ellos. Los pabellones de color naranja ya estaban siendo desmontados a pocos metros de donde el Príncipe Joven descansaba en una silla de campaña, frente a su gran tienda negra. Se había quitado el yelmo y dejado a la vista un pelo oscuro como el de su padre, si bien con una franja rubia. Bebió un sorbo de la copa de oro que le trajo un criado. "Si es prudente, será agua", pensó Dunk, "y si no, vino". Se preguntó si Valarr había heredado parte de las artes guerreras de su padre o sólo había tenido la suerte de emparejarse con el contrincante más débil.

Una fanfarria anunció la entrada en liza de tres nuevos retadores, cuyos nombres fueron proclamados por los heraldos.

—¡Ser Pearse, de la casa Caron, señor de las Marcas!

El emblema de su escudo era un arpa plateada, si bien la sobreveste llevaba ruseñores.

—¡Ser Joseth, de la casa Mallister, de Varamar!

Ser Joseth llevaba un yelmo con alas. En el escudo volaba un águila de plata contra un cielo añil.

—Ser Gawen, de la casa de Swann^[*], señor de Timón de Piedra y del cabo de la Ira.

En el escudo, dos cisnes, uno negro y el otro blanco, libraban una lucha furiosa. La armadura y la capa de lord Gawen, así como la barda de su caballo, repetían el conflicto entre negros y blancos, que se extendía a las franjas de su vaina y su lanza.

Lord Caron, arpista, cantor y caballero de renombre, aplicó el borne a la rosa de lord Tyrell. Ser Joseth golpeó los rombos de ser Humfrey Hardyng. En cuanto al caballero blanco y negro, lord Gawen Swann, desafió al príncipe negro. Dunk se frotó la barbilla. La edad de lord Gawen era todavía más avanzada que la del viejo, su difunto señor.

—Oye, Egg, ¿cuál de los retadores es el más peligroso? —preguntó al niño que sostenía en hombros y que tanto parecía saber de aquellos caballeros.

—Lord Gawen —repuso él sin vacilar—, el contrincante de Valarr.

—Del príncipe Valarr —lo corrigió Dunk—. Para ser escudero hay que hablar con cortesía.

Los tres retadores ocuparon sus puestos, mientras los tres respectivos paladines montaban. Entre el público todo eran apuestas y exclamaciones de aliento, pero Dunk sólo tenía ojos para el príncipe. En la primera vuelta Valarr golpeó de refilón el escudo de lord Gawen, y al igual que con ser Abelar Hightower vio desviarse la punta enromada de su lanza, sólo que al vacío, en dirección opuesta. La lanza de lord Gawen se quebró de frente contra el peto del príncipe, que por unos instantes pareció al borde de la caída.

En el segundo embate Valarr orientó la lanza hacia la izquierda y apuntó al pecho de su enemigo, pero sólo lo golpeó en un hombro. Aun así fue suficiente para que el anciano caballero se quedara sin lanza. Lord Gawen hizo molinetes con un brazo y cayó de la montura. El Príncipe Joven bajó de la silla y desenvainó la espada, pero lord Gawen le hizo señas y se levantó la visera.

—Me rindo, excelencia —exclamó—. Buen golpe.

Lo repitieron a gritos los nobles de la tribuna, mientras Valarr se ponía de rodillas para ayudar a levantarse al caballero de cabello gris.

—¡Buen golpe! ¡Buen golpe!

—No lo fue —se quejó Egg.

—Calla o te mando al campamento.

Un poco más lejos ser Joseth Mallister abandonaba el campo en estado de inconsciencia, mientras el arpista y el señor de la rosa luchaban con desnudo con hachas sin filo, para entusiasmo de una multitud desatada. Dunk estaba tan concentrado en Valarr Targaryen que apenas los veía. "Es buen caballero, pero no excepcional", se oyó pensar. "Contra él tendría posibilidades. Si los dioses me fueran propicios hasta podría derribarlo, y una vez en pie mi peso y mi fuerza física decidirían."

—¡Contra él! —exclamó Egg con ardor, tan entusiasmado que cambiaba su punto de apoyo en los hombros de Dunk—. ¡Dale, dale! ¡Así! ¡Ya lo tienes! ¡Un poco más!

Por lo visto daba ánimos a lord Caron. El arpista, dedicado a otra música, hacía retroceder rápidamente a lord Leo con golpes incesantes de acero contra acero. El público parecía dividido a partes iguales entre los partidarios de uno y otro, y en el aire matinal se mezclaban vítores y reniegos. Del escudo de lord Leo saltaban astillas de madera y trozos de pintura, a medida que el hacha de lord Pearse deshojaba los pétalos de su rosa de oro hasta hacer trizas, por último, el escudo. En el momento de henderlo, el hacha se quedó trabada en la madera... y la de lord Leo rompió el mango del arma de su contrincante, a un palmo de su mano. Entonces arrojó el escudo roto, y de pronto era él quien llevaba el ataque. En cuestión de segundos el caballero arpista se apoyaba en una rodilla y pronunciaba su rendición.

Terminó la mañana y la tarde avanzó sin muchos cambios. Los retadores entraban en lid en número de dos o tres, y alguna vez hasta de cinco.

Sonaban clarines, los heraldos proclamaban nombres, los corceles embestían, el público aplaudía, las lanzas se quebraban como frágiles ramas y las espadas hacían sonar los yelmos y la malla. El pueblo llano estuvo de acuerdo con la nobleza en que había sido un día de justas espléndido. Ser Humfrey Hardyng y ser Humfrey Beesbury, este último caballero de corta edad y gran audacia, que llevaba en el escudo tres colmenas sobre franjas amarillas y negras, rompieron nada menos que una docena de lanzas por cabeza, en una lucha épica que no tardó en ser llamada por el pueblo "la batalla de Humfrey". Ser Tybolt Lannister fue derribado por ser John Penrose y al caer se le rompió la espada, pero resistió con el escudo hasta salir vencedor y quedar como paladín. El caballero tuerto ser Robyn Rhysling, hombre curtido y de barba entrecana, perdió el yelmo en el primer embate por una lanzada de lord Leo, pero se negó a rendirse. Chocaron tres veces más, con la cabellera de ser Robyn ondeando al viento, mientras le pasaban al lado como cuchillos volantes las astillas de las

lanzas, un hecho que todavía maravilló más a Dunk cuando Egg le dijo que el maduro caballero había perdido el ojo cinco años atrás por culpa de una astilla desprendida justo de una lanza. Leo Tyrell era demasiado caballeroso para apuntar hacia el rostro desprotegido de su contrincante, pero eso no impidió que el terco arrojo de Rhysling —¿o su temeridad?— dejara a Dunk atónito. Por último, el señor de Altojardín dio un fuerte golpe al peto de ser Robyn, por encima del corazón, y lo derribó con estrépito.

También ser Lyonel Baratheon se destacó en repetidas ocasiones en la lid. Muchas veces, cuando le tocaban el escudo enemigos de poca talla, rompía en sonoras carcajadas, que se prolongaban durante la carga y el momento de arrancarlos de sus estribos. Si el oponente llevaba alguna clase de cimera, ser Lyonel la cortaba y la arrojaba al público. Como se trataba de piezas muy trabajadas, hechas de cuero o madera labrada y en algunos casos con baño de oro o esmalte, cuando no de plata maciza, la costumbre de ser Lyonel no era del agrado de los vencidos, si bien es cierto que le granjeaba el favor del público de a pie. Llegó el momento en que sólo lo desafiaban caballeros sin cimera. A pesar de las risas de ser Lyonel, Dunk acordaba la preeminencia a ser Humfrey Harding, que humilló a catorce caballeros, cada uno más temible que el anterior.

Entretanto, el Príncipe Joven seguía sentado a la entrada de su pabellón negro, bebiendo de su copa de plata y levantándose de vez en cuando para montar en su corcel y vencer al enésimo y modesto enemigo. Ya había obtenido nueve victorias, pero Dunk las tenía a todas por muy poco gloriosas. "Vence a viejos, a escuderos venidos a más y a algunos nobles de alta cuna y pocas dotes guerreras; los mejores caballeros ignoran su escudo, como si no lo vieran."

Hacia el final de la jornada una fanfarria ensordecedora anunció la entrada en liza de otro retador. Llegó a lomos de un gran corcel rojo con aberturas en la barda negra, y bajo ellas destellos de amarillo, rojo y naranja. Cuando se acercó a la tribuna para rendir homenaje a los presentes, Dunk vio su rostro bajo la visera alzada y reconoció al príncipe que lo había abordado en los establos de lord Ashford.

Egg le apretó el cuello con las piernas.

—¡Para! —dijo Dunk, separándoselas—. ¿Es que pretendes ahogarme?

—Aerion Llama Brillante —anunció un heraldo —, príncipe de la Fortaleza Roja de Desembarco del Rey, hijo del príncipe Maekar de Refugio Estival, de la casa Targaryen, nieto de nuestro señor Daeron II el Bueno, rey de los ándalos, los rhoynar y los primeros hombres y señor de los Siete Reinos.

Aerion llevaba en el escudo un dragón de tres cabezas, pintado con colores mucho más vivos que el de Valarr: las tres cabezas eran, respectivamente, naranja, amarilla y roja, y las llamas que salían de sus bocas tenían el brillo del pan de oro. Su sobreveste era un remolino de tonos grises y rojos, y su escudo negro estaba rematado por llamas rojas.

Después de una pausa para bajar la lanza ante el príncipe Baelor —tan breve que quedó en un mero formulismo—, el recién llegado galopó hacia el norte del campo sin detenerse en los pabellones de lord Leo y la Tormenta que Ríe. Sólo redujo el paso al aproximarse a la tienda del príncipe Valarr. El Príncipe Joven se levantó y quedó apostado con rigidez en la proximidad de su escudo. Por unos instantes Dunk albergó la certeza de que Aerion se proponía tocarlo, pero el nuevo contendiente rio y pasó de largo. Su borne acabó en los rombos de ser Humfrey Hardyng.

—¡Salga, salga, pequeño caballero! —dijo con voz clara y potente—. Llegó la hora de enfrentar al dragón.

Ser Humfrey inclinó la cabeza con frialdad hacia su contrincante, mientras le traían el caballo. Montó en él sin mirar a Aerion, se ciñó el yelmo y asió la lanza y el escudo. Los dos caballeros ocuparon sus puestos bajo la silenciosa mirada del público. Dunk oyó el ruido metálico con que caía la visera del príncipe Aerion. Sonó el clarín.

Tras un arranque lento, ser Humfrey fue ganando rapidez; su enemigo, en cambio, espoleó con fuerza al corcel rojo. Egg volvió a juntar las piernas.

—¡Mátalo! —exclamó de pronto—. ¡Mátalo, que ya lo tienes! ¡Mátalo, mátalo, mátalo!

La lanza del príncipe Aerion, con punta de oro y franjas rojas, naranjas y amarillas en el asta, apuntó hacia el suelo. "Demasiado bajo", pensó Dunk nada más verlo, "necesita levantarla o en lugar de a ser Humfrey le dará al

caballo". Entonces, con incipiente horror, empezó a sospechar que Aerion no tenía la menor intención de elevarla. "No puede ser que quiera..."

Viendo con ojos enloquecidos lo que se le venía encima, el corcel de ser Humfrey trató de apartarse en el último momento. Demasiado tarde. La lanza de Aerion se clavó justo encima de la pieza que cubría el esternón del animal y salió por el otro lado del cuello con un chorro de sangre roja. El caballo se derrumbó con un chillido y su caída lateral hizo pedazos la barrera. Ser Humfrey quiso zafarse, pero se le quedó un pie en el estribo. Se le oyó gritar, la pierna apresada entre la barrera rota y el corcel.

El prado de Vado Ceniza se llenó de gritos. Varios hombres corrieron al centro para liberar a ser Humfrey, pero los detuvieron las coces del caballo agonizante. Aerion, que había seguido hasta el final del pasillo con despreocupación, dio la vuelta a su caballo y regresó al galope. También gritaba, pero los relinchos del caballo, casi humanos, impidieron a Dunk entender lo que decía. El príncipe saltó a tierra, desenvainó la espada y se acercó a su contrincante caído. Tuvieron que retenerlo sus propios escuderos, con la ayuda de uno de los de ser Humfrey. Egg se retorció sobre los hombros de Dunk.

—¡Déjame bajar! —decía—. ¡Pobre caballo! ¡Déjame bajar!

Dunk también se sentía mareado. Se preguntó qué habría hecho él si a Trueno le hubiera ocurrido lo mismo. Un soldado remató al corcel de ser Humfrey con un hacha y dio fin a los atroces chillidos. Dunk dio media vuelta y se fraguó camino por la densa multitud. Una vez en campo abierto bajó a Egg de sus hombros. El niño tenía puesta la capucha y los ojos rojos.

—Sí, es un espectáculo horrible —le dijo Dunk al niño—, pero los escuderos deben ser fuertes. Me temo que en otros torneos verás accidentes mucho peores.

—No fue accidente —dijo Egg con labios temblorosos—. Aerion lo hizo a propósito. Tú lo viste.

Dunk frunció el entrecejo. A él también le había parecido, pero resultaba difícil aceptar la existencia de caballeros tan poco caballerosos, y más cuando se trataba de alguien del linaje del dragón.

—Me ha tocado ver a algún caballero más verde que la hierba en verano y que ha perdido el control de su lanza —dijo con obstinación—. No se

hable más. Me parece que por hoy no habrá más justas. Ven, chiquillo.

Dunk tenía razón en lo segundo. Una vez remediado el caos, faltaba poco para que se escondiera el sol, por lo que lord Ashford suspendió el torneo. Al caer la noche cien antorchas iluminaron la hilera de puestos de venta. Dunk se compró un cuerno de cerveza y medio para el niño, que seguía con los ánimos por el suelo. Durante un rato pasearon, escuchando una briosa melodía tocada por gaitas y tamboriles y viendo un espectáculo de marionetas sobre Nymeria, la reina guerrera dueña de diez mil navíos. Las titiriteras sólo tenían dos, pero eso no les impidió escenificar una batalla naval electrizante. Dunk quiso preguntar a Tanselle si había terminado de pintar su escudo, pero la vio ocupada. "Esperaré a que termine el trabajo", decidió. "Quizá entonces tenga sed."

—Ser Duncan —dijo alguien tras él—. ¡Ser Duncan! —de repente Dunk se acordó de que era él—. Lo vi hace unas horas entre el público, con este niño en hombros —dijo Raymun Fossoway, mientras se acercaba sonriente—. En realidad habría sido difícil no verlo.

—Es mi escudero. Egg, te presento a Raymun Fossoway.

Dunk tuvo que empujarlo y ni siquiera entonces el niño alzó la cabeza. Masculló un saludo con la mirada fija en las botas de Raymun.

—Encantado, muchacho —dijo Raymun con desenvoltura—. ¿Por qué no subió a la tribuna, ser Duncan? Está abierta a todos los caballeros.

Dunk se encontraba a gusto entre el pueblo llano y la servidumbre. Lo incomodaba la idea de hacerse un lugar entre nobles, damas y terratenientes.

—Me alegro de no haber visto la última justa más de cerca.

Raymun hizo una mueca.

—Y yo. Lord Ashford declaró vencedor a ser Humfrey y le concedió el corcel del príncipe Aerion, pero no podrá seguir. Se rompió la pierna en dos secciones. El príncipe Baelor envió a su propio maestro para curarlo.

—¿Lo sustituirá algún otro caballero?

—Lord Ashford tenía la intención de ceder su puesto a lord Caron o al otro ser Humfrey, el que peleó tan bien con Hardyng, pero el príncipe Baelor le dijo que, dadas las circunstancias, no estaría bien desmontar el

pabellón de ser Humfrey y retirar su escudo. Me parece que seguirán con cuatro paladines.

"Cuatro paladines", pensó Dunk. "Leo Tyrell, Lyonel Baratheon, Tybolt Lannister y el príncipe Valarr." Lo visto aquel día era indicio suficiente de las pocas probabilidades que tendría contra los tres primeros. Por lo tanto, sólo quedaba...

"Un caballero errante no puede desafiar a un príncipe. Valarr es segundo en la sucesión al Trono de Hierro. Es hijo de Baelor Rompelanzas y lleva la sangre de Aegon el Conquistador, el Joven Dragón y el príncipe Aemon. Yo sólo soy un niño al que encontró el viejo en el Lecho de Pulgas, detrás de un tenderete de comida."

Tan sólo de pensarlo le dolía la cabeza.

—¿A quién piensa desafiar su primo? —preguntó a Raymun.

—Puestos a escoger, y como da lo mismo, eligió a ser Tybolt. Forman buena pareja. De todos modos mi primo sigue todas las justas con atención. Si se diera el caso de que mañana por la mañana alguien fuera herido o diera señales de fatiga o debilidad, cuente con que Steffon se apresurará a tocar su escudo. Nunca lo han acusado de exceso de caballerosidad —con una risa palió la mordacidad de sus palabras—. ¿Le parece que tomemos un vaso de vino, ser Duncan?

—Tengo un asunto pendiente —dijo Dunk, a quien incomodaba la idea de aceptar una invitación sin poder corresponderla.

—Si lo deseas me quedo y traigo el escudo cuando haya terminado el espectáculo —dijo Egg—. Dentro de un rato contarán la historia de Symeon Ojos de Estrella y volverán a sacar el dragón.

—Ya lo ve: asunto solucionado. Vamos, que el vino espera —dijo Raymun—. Además, es del Rejo. ¿Cómo rechazarlo?

Dunk, que se había quedado sin excusas, no tuvo más remedio que marcharse con el joven y dejar a Egg con las marionetas. Encima del pabellón dorado donde Raymun servía a su primo flotaba la manzana de la casa de Fossoway. Tras él, sobre un pequeño fuego, dos criados vertían miel y hierbas aromáticas sobre un cabrito.

—Si tiene hambre también hay comida —dijo Raymun con despreocupación, mientras sostenía la tela para que entrara Dunk. El

interior estaba iluminado por un brasero, que aseguraba una calidez agradable. Raymun sirvió dos copas de vino—. Dicen que Aerion está enfadado con lord Ashford por haberle entregado su caballo a ser Humfrey —comentó entretanto —, pero seguro que fue consejo de su tío.

Ofreció a Dunk una de las copas.

—El príncipe Baelor es un hombre de honor.

—¿Y no lo es el Príncipe Brillante? —Raymun se rio—. No se ponga tan nervioso, ser Duncan, que estamos solos. Nadie ignora que Aerion es una mala pieza. Demos gracias a los dioses porque quede muy abajo en la línea sucesoria.

—¿En verdad cree que mató al caballo a propósito?

—¿Existe alguna razón para dudarlo? De haber estado presente el príncipe Maekar, tenga por seguro que las cosas habrían sido distintas. Cuentan que delante de su padre Aerion es todo sonrisas y caballerosidad. En cambio, en su ausencia...

—Noté que la silla del príncipe Maekar estaba vacía.

—Se marchó de Vado Ceniza en busca de sus hijos, con Roland Crakehall, de la Guardia Real. Circulan rumores sobre unos caballeros bandidos que acechan la región, pero soy del parecer de que el príncipe sufre una de sus borracheras.

Era un vino excelente, afrutado y sabroso como no lo había probado Dunk en su vida. Se lo dejó un momento en la boca.

—¿De qué príncipe habla? —preguntó después de tragar.

—Del heredero de Maekar. Se llama Daeron, como el rey. Le dicen Daeron el Borracho, pero nunca en presencia de su padre. También lo acompañaba el benjamín. Salieron juntos de Refugio Estival, pero no han llegado a Vado Ceniza —Raymun apuró la copa y la dejó a un lado—. ¡Pobre Maekar!

—¿Pobre? —dijo Dunk, sorprendido—. ¿Pobre el hijo del rey?

—Hijo, sí, pero sólo el cuarto —puntualizó Raymun—. Menos valiente que el príncipe Baelor, menos listo que el príncipe Aerys y menos cortés que el príncipe Rhaegel. Ahora, para colmo, debe aguantar que sus hijos queden eclipsados por los de su hermano. Daeron es un borracho, Aerion un

cruel y un vanidoso, el tercero prometía tan poco que lo entregaron a la Ciudadela para que lo hicieran maestre, y el menor...

—¡Ser Duncan! —era Egg, que entró sin aliento; se le había bajado la capucha y sus ojos, oscuros y grandes, reflejaban la luz del brasero—. ¡Corre, que la está maltratando!

Dunk se levantó con dificultad y sorpresa.

—¿Quién maltrata a quién?

—¡Aerion! —dijo el niño—. ¡A ella, la titiritera! ¡Deprisa!

Giró sobre sus talones y volvió a la oscuridad del prado. Dunk hizo ademán de seguirlo, pero Raymun lo sujetó por el brazo.

—Ser Duncan, dijo que era Aerion. De la casa real. Tenga cuidado.

Dunk supo que el consejo era atinado y que lo mismo le habría dicho el viejo, pero no podía acatarlo. Se zafó de Raymun y salió de la tienda. Oyó gritos en los puestos de venta. Egg se había alejado tanto que apenas lo distinguía. Dunk corrió tras él y la longitud de sus piernas le permitió acortar distancias en un parpadeo.

En torno a las titiriteras se había formado una pared de espectadores. Dunk se abrió paso ignorando sus protestas. Un soldado con librea real le cerró el camino, pero Dunk le puso en el pecho una de sus grandes manos y lo hizo caer sobre el trasero mediante un simple empujón.

La caseta de las titiriteras había sido derribada. La dorniense gruesa lloraba, sentada en el suelo. Otro soldado sujetaba los hilos de Florian y Jonquil para que les prendiera fuego un compañero. Había tres soldados más que abrían arcones, sacaban marionetas y las destrozaban a pisotones. La figura del dragón estaba hecha pedazos a sus pies: por aquí un ala, por allá la cabeza, la cola en tres trozos... En medio de todo el príncipe Aerion, con jubón rojo de terciopelo y largas mangas con festones, retorció el brazo de Tanselle con ambas manos. La chica imploraba piedad de rodillas, pero Aerion, sordo a sus quejas, le abrió una mano a la fuerza y se apoderó de un dedo. Dunk, estupefacto, no daba crédito de lo que veía. De repente oyó un crujido y un grito de Tanselle.

Uno de los hombres de Aerion trató de detenerlo, pero salió volando. En tres zancadas Dunk agarró al príncipe del hombro y lo obligó a retroceder. Se había olvidado de todo: la espada, la daga, las enseñanzas del viejo... Su

puño levantó del suelo a Aerion, que recibió en pleno abdomen la punta de una bota. Cuando Aerion trataba de alcanzar el puñal, Dunk le pisó la muñeca y le dio otra patada, esta vez en la boca. De no ser por los hombres del príncipe, que se lanzaron sobre él, lo habría matado a patadas. Lo sujetaron dos soldados, uno de cada brazo, mientras otro le daba puñetazos en la espalda. Bastaba con librarse de uno para que acudieran dos más.

Al fin lograron derribarlo y lo clavaron en el suelo por los brazos y las piernas.

El príncipe se tocó la boca ensangrentada.

—Me aflojaste un diente —se quejó—. Por lo tanto, empezaremos por romperte los tuyos —se apartó el pelo de los ojos—. Tu cara me suena.

—Me confundió con un mozo de cuadra.

Aerion sonrió.

—Sí, ya recuerdo. Te negaste a tomar mi caballo. ¿Por qué te buscas la muerte? ¿Por esta puta? —acurrucada en el suelo, Tanselle se tomaba la mano lisiada. Aerion la empujó con el pie—. Dudo que lo merezca, porque es una traidora. El dragón nunca pierde.

"Está loco", pensó Dunk, "pero no deja de ser hijo de un príncipe, y piensa matarme". Tuvo ganas de rezar, pero no sabía ninguna oración completa y tampoco había tiempo. Ni siquiera para tener miedo.

—¿No tienes nada más que decir? —preguntó Aerion—. Me aburres —volvió a tocarse la boca ensangrentada—. Wate, trae un martillo y pártelos dientes —ordenó—; luego lo abriremos en canal y le enseñaremos el color de sus entrañas.

—¡No! —exclamó una voz de niño—. ¡No le hagan nada!

"¡El niño!", pensó Dunk. "¡Qué valiente y qué insensato!" Intentó librarse de sus captores, pero era imposible.

—¡Calla, niño estúpido! ¡Corre o acabarás mal!

—No —Egg se acercó—. Si me hacen algo tendrán que responder ante mi padre. Y mi tío. He dicho que lo suelten. Wate, Yorkel, ustedes me conocen. Cumplan mis órdenes.

Dunk notó que le soltaban un brazo y después el otro. Vio retroceder a los soldados sin entender nada. Hubo uno que incluso se arrodilló. A continuación los espectadores dejaron paso a Raymun Fossoway. Su primo

ser Steffon, que lo seguía a pocos pasos, ya había desenvainado la espada. Iban acompañados por media docena de soldados con la manzana roja bordada en el pecho. El príncipe Aerion no les hizo el menor caso.

—¡Criatura insolente! —dijo a Egg y escupió sangre a los pies del niño—. ¿Qué te pasó en el pelo?

—Me lo corté, hermano —dijo el niño—. No quería parecerme a ti.

El segundo día de torneo amaneció nublado, con rachas de viento del oeste. "Con este tiempo lo lógico es que haya menos público", pensó Dunk. Habría sido más fácil encontrar sitio cerca de la valla. "Egg podría haberse sentado en la barandilla y yo de pie, a sus espaldas."

Sin embargo, Egg tendría que sentarse en la tribuna, vestido de seda y pieles; en cuanto a Dunk, su visión quedaría limitada por los cuatro muros de la celda donde lo habían encerrado los hombres de lord Ashford. Aun así, en cuanto salió el sol se sentó como pudo al lado de la ventana y miró con tristeza la ciudad, el prado y el bosque. Le habían quitado su cinturón de cuerda, junto con la espada y la daga que pendían de él. También su dinero. Confió en que Egg o Raymun se acordaran de Castaño y Trueno.

—Egg —murmuró.

Su escudero, un niño pobre recogido en las calles de Desembarco del Rey. Jamás ningún caballero había hecho un ridículo mayor. "Dunk el necio, más duro de entendimiento que traspasar el muro de un castillo, y más lento que un uro".

No lo habían dejado hablar con Egg desde que los soldados de lord Ashford los habían prendido a todos en el puesto de marionetas. Tampoco con Raymun, Tanselle ni el propio lord Ashford. Se preguntó si volvería a verlos, ya que era muy posible que lo dejaran morir en esa celda. "¿Qué esperabas?", se preguntó con amargura. "Derribaste al hijo de un príncipe y le diste una patada en la cara."

Bajo aquel cielo gris los espléndidos ropajes de señores de alta cuna y esforzados paladines no se mostrarían tan vistosos como el día anterior. El sol, estorbado por las nubes, no acariciaría sus yelmos de acero ni haría destellar los adornos de oro y plata de sus armaduras. Aun así Dunk deseó

hallarse entre el público y presenciar las justas. Sería un buen día para los caballeros errantes, hombres con simple cota de malla y caballos sin barda.

Al menos alcanzaba a escuchar. Los clarines eran nítidos y de vez en cuando se oían los gritos de la multitud, señal de alguna caída, puesta en pie o hazaña de especial bravura. También se adivinaba el galope de los caballos y, muy de vez en cuando, un choque de espadas o la rotura de una lanza. Dunk siempre daba un respingo al oír lo último, porque le recordaba el ruido del dedo de Tanselle al ser roto por Aerion. También había sonidos más cercanos: pasos al otro lado de la puerta, ruido de cascos en el patio y voces desde las murallas. En ocasiones impedían oír el torneo. Dunk supuso que eso era preferible.

"Los caballeros errantes son los más auténticos, Dunk", le había dicho el viejo mucho tiempo atrás. "Los otros sirven a señores que los mantienen o les han dado tierras; nosotros, en cambio, viajamos a nuestro antojo y sólo nos ponemos al servicio de causas en las que creemos. Todos los caballeros juran proteger a los débiles y los inocentes, pero yo soy del parecer de que nosotros somos los más fieles a ese voto." Dunk quedó sorprendido por la nitidez con que lo recordaba. Eran palabras que casi había olvidado, y en sus últimos días probablemente el viejo tampoco se acordara demasiado de ellas.

Pasó la mañana y empezó la tarde. El rumor del torneo se iba diluyendo. El crepúsculo empezó a filtrarse en la celda, pero Dunk seguía sentado junto a la ventana, contemplando la incipiente oscuridad y tratando de ignorar su estómago vacío.

De pronto oyó pisadas y el tintineo de unas llaves de metal. Se levantó justo cuando se abría la puerta. Irrumpieron dos centinelas, uno de ellos con una lámpara de aceite, seguidos por un criado con una bandeja de comida. El último en entrar fue Egg.

—Dejen la lámpara y la bandeja y salgan —ordenó.

Obedecieron, aunque Dunk se fijó en que dejaban entreabierta la pesada puerta de madera. El olor a comida lo hizo constatar lo famélico que estaba. Había pan con miel, un cuenco de puré de chícharos y una brocheta de cebollas asadas y carne muy cocida. Se sentó al lado de la bandeja, rompió la hogaza de pan con las manos y se metió un trozo en la boca.

—No hay cuchillo —observó—. ¿Temen que te ataque?

—No me lo dijeron —Egg llevaba un jubón ajustado de lana negra, ceñido a la cintura y con mangas largas forradas de raso rojo. La pechera estaba adornada con el dragón de tres cabezas de la casa Targaryen—. Dice mi tío que debo pedirte humildemente perdón por haberte engañado.

—Tu tío —dijo Dunk—. Es decir, el príncipe Baelor.

El niño parecía abatido.

—Yo no quería mentir.

—Pues lo hiciste, y en todo. Empezando por tu nombre, porque nunca he oído hablar de ningún príncipe Egg.

—Es un diminutivo de Aegon. Me lo puso mi hermano, que ahora está en la Ciudadela, aprendiendo a ser maestro. A veces también me llaman así Daeron y mis hermanas.

Dunk cogió la brocheta y mordió un trozo de carne. Era cordero, con alguna especia que desconocía, reservada a los ricos. La grasa goteó por su barbilla.

—Aegon —repitió—. Claro, cómo no. Igual que Aegon el Dragón. ¿Cuántos reyes ha habido con el nombre de Aegon?

—Cuatro —contestó el niño—. Cuatro Aegon.

Dunk masticó, tragó y arrancó otro trozo de pan.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Para reírte de un tonto caballero errante?

—No —el niño estaba a punto de llorar, pero aguantó como todo un hombre—. Tenía que ser escudero de Daeron, que es mi hermano mayor. Aprendí lo necesario para hacerlo bien, pero Daeron no es demasiado buen caballero, y como no quería participar en el torneo, al salir de Refugio Estival despistó a su escolta. En vez de dar media vuelta siguió directo hasta Vado Ceniza, pensando que sería el último lugar donde nos buscarían. Él me rapó, a sabiendas que mi padre enviaría soldados en nuestra búsqueda. Daeron tiene el pelo normal, entre castaño y rubio, y no destaca, pero yo lo tengo igual que Aerion y mi padre.

—La sangre del dragón —dijo Dunk—. Lo sabe todo el mundo: cabello rubio plateado y ojos violetas.

"Siempre tan duro de entendimiento."

—Sí. Por eso me afeitó Daeron. Quería que nos escondiéramos hasta el final del torneo, pero me confundiste con un mozo de cuadra y... —Bajó la mirada—. A mí me daba igual que Daeron participara o no, pero quería ser escudero de alguien. Lo lamento, ser. De veras que lo lamento.

Dunk lo miró, pensativo. Él también sabía qué era desear algo incluso al extremo de no retroceder ante la peor de las mentiras.

—Hasta ayer creía que eras como yo —dijo —, y quizá tuviera razón, pero no como pensaba.

—Aún tenemos en común ser de Desembarco del Rey —dijo el niño, esperanzado.

Dunk no se aguantó la risa.

—Sí, tú de arriba, de la Colina Alta de Aegon, y yo de abajo.

—No hay tanta distancia, ser.

Dunk tomó un trozo de cebolla.

—¿Debo tratarte de usted? ¿De excelencia? ¿Cómo?

—En la corte sí, ser —admitió el niño—, pero en las demás ocasiones, si lo prefieres, puedes seguir llamándome Egg.

—¿Qué harán conmigo, Egg?

—Mi tío desea verte cuando termines de comer.

Dunk apartó la bandeja y se levantó.

—Pues ya terminé. Después de dar una patada a un príncipe en la boca, no pienso hacer esperar a otro.

Lord Ashford había cedido sus aposentos al príncipe Baelor. Fue, pues, a las estancias del señor del castillo, a donde lo condujo Egg —"No, Aegon": tendría que acostumbrarse—. Baelor leía a la luz de una vela de cera de abeja. Dunk se arrodilló ante él.

—De pie —dijo el príncipe—. ¿Le apetece vino?

—Como guste, excelencia.

—Sirve a ser Duncan una copa del tinto dulce de Dorne, Aegon —ordenó el príncipe—. E intenta no echárselo encima, que bastante lo has perjudicado ya.

—No lo hará, excelencia —dijo Dunk—. Es un buen chico y un buen escudero. Además, sé que no me deseaba ningún mal.

—No es imprescindible quererlo para hacerlo. Al ver el trato de su hermano hacia aquellas titiriteras, Aegon debería haber acudido a mí, no a usted. Con ello no le hizo ningún favor. En cuanto a su reacción... Es posible que yo la hubiera compartido, pero soy príncipe del reino, no caballero errante. Motivos al margen, nunca es prudente golpear al nieto de un rey cuando está furioso.

Dunk, muy serio, asintió con la cabeza. Egg le ofreció una copa de plata rebosante de vino, que aceptó y de la que bebió un sorbo.

—¡Odio a Aerion! —dijo Egg con vehemencia—. Además, tío, no tuve más remedio que avisar a ser Duncan porque el castillo quedaba demasiado lejos.

—Aerion es tu hermano —dijo el príncipe con firmeza—, y los septones dicen que debemos amar a nuestros hermanos. Ahora déjanos solos, Aegon. Quiero hablar con ser Duncan en privado.

El niño dejó el frasco de vino e inclinó la cabeza con rigidez.

—Como mande, excelencia.

Salió por la puerta de los aposentos y la cerró con suavidad.

Baelor Rompelanzas escrutó los ojos de Dunk durante largo rato.

—Permítame una pregunta, ser Duncan: ¿hasta qué punto es un buen caballero? ¿Cuál es, con franqueza, su dominio de las armas?

Dunk no supo qué contestar.

—Ser Arlan me enseñó a usar la espada y el escudo, y a lancear con blancos fijos.

El príncipe Baelor parecía preocupado por la respuesta.

—Hace unas horas que mi hermano Maekar volvió al castillo. Encontró a su heredero borracho en una posada, a un día a caballo en dirección al sur. Él jamás lo admitiría, pero tengo para mí que su esperanza secreta era ver a sus hijos llevándose la palma del torneo por encima de los míos. Lo cierto es que lo han avergonzado, pero ¿qué puede hacer él? Son sangre de su sangre. Maekar está enfadado y necesita un blanco para sus iras. Lo ha escogido a usted.

—¿A mí? —dijo Dunk, acongojado.

—Aerion ya lo convenció y no puede decirse que Daeron le haya sido de gran ayuda. Para excusar su propia cobardía, le contó a mi hermano que a Aegon se lo llevó un ladrón de gran estatura con el que se encontró de modo inesperado en el camino. Temo, señor mío, que lo hayan identificado con ese ladrón. Según el cuento de Daeron, durante estos días ha estado persiguiéndolo sin descanso para rescatar a su hermano.

—Pero Egg dirá la verdad. Perdón, Aegon.

—Sí, no lo dudo —repuso el príncipe Baelor—, aunque a él también se le conoce más de una mentira. No es necesario que se lo diga. ¿A cuál de sus hijos dará crédito mi hermano? En cuanto a las titiriteras, Aerion hará que parezcan culpables de alta traición. El dragón es el emblema de la casa real. Representar a uno decapitado, con aserrín rojo brotando del cuello... En fin. No dudo de su inocencia, pero pecaron de imprudentes. Aerion lo presenta como un ataque velado contra la casa Targaryen, una incitación a rebelarse, y es muy probable que Maekar se muestre de acuerdo. Mi hermano es de talante susceptible, y como Daeron lo ha decepcionado tanto, tiene puestas sus esperanzas en Aerion —el príncipe tomó un sorbo de vino y dejó la copa—. Más allá de lo que crea o deje de creer mi hermano, hay algo indiscutible: le puso las manos encima a un representante del linaje del dragón. Se trata de un delito por el que debe ser juzgado y castigado.

—¿Castigado?

A Dunk no le agradó la palabra.

—Aerion quiere su cabeza, con o sin dientes. Le prometo que no la tendrá, pero lo que no puedo negarle es un juicio. Dado que mi padre, el rey, se halla a cien leguas de aquí, se impone que mi hermano y yo presidamos su juicio en compañía de lord Ashford, en cuyos dominios nos encontramos, y de lord Tyrell de Altojardín, de quien es vasallo. La última vez que se declaró culpable a un hombre de golpear a alguien de sangre real, se decretó que perdiera la mano autora del golpe.

—¿Mi mano? —exclamó Dunk, horrorizado.

—Y también el pie. ¿O no es verdad que lo pateó?

Dunk se había quedado sin habla.

—Como es natural, exhortaré al resto de los jueces a la compasión. Soy la mano del rey, heredero del trono, y mi palabra goza de cierta autoridad.

También la de mi hermano, por desgracia. He ahí el peligro.

—Pero... —dijo Dunk—. Pero excelencia... No... No lo hacían por traición. Sólo era un dragón de madera, sin nada que ver con príncipes reales.

Eso habría querido decir, pero se había quedado sin palabras. Nunca habían sido su fuerte.

—No obstante, hay otra posibilidad —dijo con calma el príncipe Baelor—. Ignoro cuál de las dos sea preferible, pero le recuerdo que cualquier caballero acusado de un delito tiene el derecho de exigir un juicio por combate. Le pregunto una vez más: ser Duncan el Alto, ¿cuál es, con franqueza, su dominio de las armas?

—Un juicio de siete —dijo sonriente el príncipe Aerion—. Hasta donde entiendo estoy en mi derecho.

El príncipe Baelor tamborileó, ceñudo, en la mesa. A su izquierda, lord Ashford asintió con lentitud.

—¿Por qué? —quiso saber el príncipe Maekar, inclinado hacia su hijo—. ¿Temes enfrentarte a solas con este caballero errante para que los dioses decidan si son ciertas tus acusaciones?

—¿Miedo? —dijo Aerion—. ¿Miedo yo de alguien así? No seas absurdo, padre. Pienso en mi querido hermano. También Daeron ha sido ofendido por el tal ser Duncan y goza del derecho a ser el primero en derramar su sangre. El juicio de siete nos permitiría enfrentarnos a los dos con él.

—Ahórrame tus favores, hermano —murmuró Daeron Targaryen. El hijo mayor del príncipe Maekar presentaba un aspecto todavía más penoso que en su encuentro con Dunk en la posada. En esta ocasión parecía sobrio y no había manchas de vino en su jubón rojinegro, aunque tenía los ojos inyectados en sangre y una fina capa de sudor le cubría la frente—. Me satisfaré con aplaudirte cuando mates al rufián.

—Eres demasiado amable, hermano del alma —dijo el príncipe Aerion, deshecho en sonrisas—, pero sería egoísta negarte el derecho a demostrar la

verdad de tus palabras con peligro de tu cuerpo. Debo insistir en que se celebre un juicio de siete.

Dunk se sentía desorientado.

—Excelencia, señores —dijo hacia el estrado—, no entiendo nada. ¿Qué es un juicio de siete?

El príncipe Baelor cambió de postura, en señal de que estaba incómodo.

—Se trata de otra forma de juicio por combate, una forma antigua y poco usada. Cruzó el mar Angosto con los ándalos y sus siete dioses. En todos los juicios por combate el acusador y el acusado piden a los dioses que decidan su pleito. Los ándalos creían que si en cada bando luchaban siete caballeros, habría más posibilidades de que los dioses, al verse honrados, intervinieran en la consecución de un resultado justo.

—O sólo les gustaba usar la espada —dijo lord Leo Tyrell con una sonrisa cínica—. Poco importa. El caso es que ser Aerion está en su derecho y deberá ser un juicio de siete.

—¿Y deberé luchar contra siete hombres? —preguntó Dunk, desesperado.

—No a solas —se impacientó el príncipe Maekar—. No se haga el tonto, que de poco le servirá. Deben luchar siete contra siete. Necesitará encontrar a seis caballeros para que peleen a su lado.

"Seis caballeros", pensó Dunk. Tanto daban seis como seis mil. Él no tenía hermanos, primos ni antiguos camaradas ligados a él por mil y una batallas. ¿Qué motivo tendrían seis extraños para arriesgar sus vidas en la defensa de un caballero errante contra dos príncipes reales?

—Excelencia, señores —dijo —, ¿qué ocurre si no hay nadie que tome mi partido?

Maekar Targaryen lo miró con frialdad.

—Si la causa es justa, habrá hombres que la defiendan. Si no encuentra a nadie, señor mío, significará que es culpable. ¿Hay cosa más clara?

Dunk nunca se había sentido tan solo como al salir del castillo de Ashford y oír el chirrido del rastrillo a sus espaldas. Caía una llovizna suave, liviana como el rocío, pero el contacto del agua lo hizo tiritar. Al otro lado del río los pocos pabellones donde seguían encendidas las hogueras aparecían circundados por un halo de luz. Supuso que la noche estaría en su

tramo final. En pocas horas lo encontraría el alba. "Y con el alba vendrá la muerte."

Pese a haber recuperado su espada y sus monedas, cruzó el río con pensamientos lúgubres. Se preguntó si esperarían que saliera huyendo a lomos del primer caballo. Nada se lo impedía. A partir de entonces ya no sería caballero, sino un simple forajido a la espera del día en que algún noble lo atrapara y le cortara la cabeza. "Más vale morir caballero que vivir así", pensó con tozudez. Pasó junto al palenque vacío, mojado hasta las rodillas. Casi todos los pabellones estaban oscuros. Sus dueños dormían, pero quedaban algunas velas dispersas. Oyó gemidos y gritos de placer en una carpa, y se preguntó si moriría sin haber conocido mujer.

Entonces oyó el relincho de un caballo y supo con certeza que era Trueno. Cambió la dirección de sus pasos y corrió hasta encontrarlo atado junto con Castaño, al lado de un pabellón circular iluminado por un vago resplandor dorado. El estandarte del poste central estaba mojado, pero Dunk discernió la curva oscura de la manzana de los Fossoway. Se parecía a la esperanza.

—**J**uicio por combate —suspiró Raymun—. ¡Por todos los dioses, Duncan! Eso significa lanzas de guerra, hachas de batalla... ¿Se da cuenta de que las espadas tendrán filo?

—Raymun el Reticente —se burló su primo, ser Steffon, cuya capa de lana amarilla estaba sujeta por una manzana de oro y granates—. No temas, primo, que es un combate entre caballeros, y como tú no lo eres, tu pellejo no peligra. Disponga al menos de un Fossoway, ser Duncan. Del maduro. Vi a la perfección lo que Aerion les hizo a aquellas titiriteras, y estoy de su lado.

—Y yo —dijo Raymun, enfadado—. Sólo quería decir...

Lo interrumpió su primo.

—¿Qué otros caballeros luchan en nuestro bando, ser Duncan?

Dunk mostró las palmas con desesperanza.

—No conozco a nadie más. Sólo a ser Manfred Dondarrion, que no quiso responder de mi condición de caballero. Mucho menos querrá

arriesgar su vida.

Ser Steffon no pareció afectado.

—En tal caso necesitamos a cinco hombres más que sepan pelear. Por fortuna mis amistades no se reducen a cinco. Leo Longthorn, la Tormenta que Ríe, lord Caron, los Lannister, ser Otho Bracken... Ah, y los Blackwood, aunque es imposible hacer coincidir en el mismo bando a los Blackwood y los Bracken. Iré a hablar con algunos de ellos.

—Se tomarán a mal que los despiertes —objetó su primo.

—Tanto mejor —declaró ser Steffon—. Enojados lucharán con mayor denuedo. Confíe en mí, ser Duncan. Primo, si amanece y no he vuelto, tráeme mi armadura y haz lo necesario para tenerme ensillado y embardado a Cólera. Nos reuniremos en el cercado de los retadores —ser Steffon rio—. Preveo una jornada memorable.

Su expresión, al salir de la tienda, casi era de alegría. No así la de Raymun.

—Cinco caballeros —dijo con voz sorda al quedarse a solas con Dunk—. No quisiera ir contra sus esperanzas, Duncan, pero...

—Si su primo consiguiera a los hombres a los que se refirió...

—¿A Leo Espinalarga? ¿A la Bestia de Bracken? ¿A la Tormenta que Ríe? —Raymun se levantó—. No pongo en duda que los conozca, pero sí que tal conocimiento sea recíproco. Para Steffon esto es una oportunidad para adquirir renombre, pero usted se juega la vida. Debería buscar usted mismo a sus hombres. Yo lo ayudaré. Más vale que sobren paladines a que falten —oyó algo fuera y giró la cabeza—. ¿Quién va?

Primero entró un niño y después un hombre delgado con una capa negra mojada.

—¡Egg! —Dunk se puso de pie—. ¿Qué haces aquí?

—Soy tu escudero —dijo el niño—. Necesitarás a alguien que te arme, ser.

—¿Sabe tu padre que saliste del castillo?

—¡Ni lo quieran los dioses!

Daeron Targaryen abrió la fíbula y dejó caer la capa de sus hombros estrechos.

—¡Usted! ¿Qué locura es ésta de venir aquí? —Dunk desenfundó la daga—. Debería clavársela en la tripa.

—Es probable —admitió el príncipe Daeron—, aunque personalmente preferiría una copa de vino. Míreme las manos.

Tendió una, que temblaba.

Dunk se acercó a él con mirada iracunda.

—¿Qué me importan sus manos? Mintió sobre mí.

—¡De alguna manera debía justificar el paradero de mi hermano menor ante mi padre! —repuso el príncipe. Después se sentó, en nada intimidado por Dunk y su cuchillo—. A decir verdad, ni siquiera me había dado cuenta de que se hubiera marchado. No estaba en el fondo de mi copa de vino, el único lugar donde miraba...

Suspiró.

—Ser —intervino Egg—, mi padre piensa sumarse a los siete acusadores. He intentado disuadirlo, pero no me escucha. Dice que es la única manera de rescatar el honor de Aerion y el de Daeron.

—Que yo sepa —dijo con amargura el príncipe Daeron— nunca le pedí a nadie que rescate mi honor. Quien lo tenga, que se lo quede. Pero en fin, aquí estamos. No sé si es un gran consuelo, ser Duncan, pero de mí no debe temer nada. Lo único que me gusta menos que los caballos son las espadas. Pesan mucho y cortan una barbaridad. En la primera carga me esforzaré por mantener las apariencias, pero a partir de allí... Digamos que podría darme una buena lanzada a un lado del yelmo. Que haga ruido, pero no demasiado. No sé si me entienda. En cuestión de luchas, bailes, ideas y libros mis hermanos me llevan la delantera, pero no hay ninguno que me iguale en el arte de quedarse inconsciente en el barro.

Dunk se sintió impelido a mirar al príncipe con fijeza y preguntarse si pretendía tomarle el pelo.

—¿A qué vino?

—A avisarle lo que se avecina —dijo Daeron—. Mi padre ha ordenado a la Guardia Real que luche de su lado.

—¿La Guardia Real? —dijo Dunk, consternado.

—Sólo a los tres que están aquí. Por fortuna el tío Baelor dejó a los otros cuatro en Desembarco del Rey, con nuestro abuelo, el rey.

Egg pronunció sus nombres.

—Ser Roland Crakehall, ser Donnel del Valle Oscuro y ser Willem Wylde.

—No tienen elección —dijo Daeron—. Juraron proteger las vidas del rey y la familia real, y mis hermanos y yo somos del linaje del dragón.

Dunk contó con los dedos.

—Ya son seis. ¿Quién es el séptimo?

El príncipe Daeron se encogió de hombros.

—Ya se las arreglará Aerion para encontrar a alguien. En caso de necesidad comprará a un paladín. Si algo le sobra es oro.

—¿Tú de quién dispones? —preguntó Egg.

—Del primo de Raymun, ser Steffon.

Daeron hizo una mueca.

—¿Sólo uno?

—Ser Steffon salió en busca de unos amigos.

—Yo puedo conseguirte gente —dijo Egg—. Caballeros.

—Egg —dijo Dunk—, lucharé con tus hermanos.

—Sí, pero a Daeron no le harás ningún daño —dijo el niño—. Acaba de decirte que se tirará al suelo. En cuanto a Aerion... Recuerdo que de pequeño venía a mi dormitorio en plena noche y me ponía el cuchillo entre las piernas. Decía que le sobraban hermanos varones y que acaso alguna noche me convirtiera en hermana porque así podríamos casarnos. Además, tiró a mi gato al pozo. Él lo niega, pero es un mentiroso.

El príncipe Daeron se encogió cansinamente de hombros.

—El niño no miente, no: Aerion es un verdadero monstruo. Se cree un dragón en forma humana. Por eso se enojó tanto con las titiriteras. Lástima que no sea de la familia Fossoway, porque entonces se creería manzana y todos estaríamos más tranquilos. En fin, qué se le va a hacer... —se agachó para recoger la capa caída y le sacudió la lluvia—. Debo volver al castillo en secreto antes de que mi padre se extrañe de que tarde tanto en afilar la espada. Antes, sin embargo, me gustaría decirle algo a solas, ser Duncan. ¿Salimos a dar un paseo?

La primera reacción de Dunk fue de desconfianza.

—Como guste, excelencia —enfundó la daga—. Debo ir a buscar mi escudo.

—Egg y yo buscaremos caballeros —prometió Raymun.

El príncipe Daeron se ató la capa al cuello y se puso la capucha. Dunk salió con él a la llovizna. Caminaron hacia los carromatos de los mercaderes.

—Soñé con usted —dijo el príncipe.

—Eso dijo en la posada.

—¿De veras? Pues era cierto. Mis sueños no son como los suyos, ser Duncan. Los míos son reales. Me dan miedo, y usted me da miedo. Soñé con usted y con un dragón muerto: una bestia enorme, con alas tan inmensas que cubrían todo este prado. Se le había ido encima, pero usted estaba vivo y el dragón, muerto.

—¿Yo lo había matado?

—Lo ignoro, pero ahí estaban los dos, usted y el dragón. Antaño los Targaryen éramos señores de dragones. Ahora no queda ninguno, pero sí nosotros. Yo no quiero morir. El motivo sólo lo conocen los dioses, pero así es. Le pido pues un favor: asegúrese de que al que mate sea a mi hermano Aerion.

—Yo tampoco quiero morir —dijo Dunk.

—No seré yo el que lo mate. Retiraré mi acusación, pero de nada servirá si no hace lo propio Aerion —el príncipe suspiró—. Es posible que mi mentira sea la causa de su muerte. Lamentaría que así fuera. Sé que estoy condenado a alguna clase de infierno, donde sospecho que no habrá vino.

Sintió un escalofrío. A continuación se separaron, debajo de una lluvia fresca y lenta.

Los vendedores habían dejado sus carromatos en el borde occidental del prado, al pie de un bosquecillo de abedules y fresnos. Bajo esos mismos árboles, Dunk contempló con impotencia el espacio vacío donde había estado el carro de los titiriteros. "Se marcharon." Era la confirmación de sus temores. "Si no fuera tan duro de entendimiento, yo

también huiría." Se preguntó cómo conseguir otro escudo. Tal vez le alcanzaría el dinero, siempre que hubiera alguno en venta.

—¡Ser Duncan! —lo llamó alguien en la oscuridad. Al volverse reconoció a Pate con una linterna de hierro en la mano. Llevaba una capa corta de cuero; desnudo de cintura para arriba, exhibía la negra pelambrera de su torso y sus brazos—. Si vienes en busca del escudo, me lo dejó la chica —miró a Dunk de arriba a abajo—. Dos manos y dos pies. ¿Así que será un juicio por combate?

—Un juicio de siete. ¿Cómo lo adivinaste?

—Pues... Podrían haberte dado besos y un feudo, pero no parecía lo más probable. En caso contrario te faltaría algún miembro. Sígueme.

El carro del armero se reconocía con facilidad por la espada y el yunque pintados en un costado. Dunk entró detrás de Pate. El armero colgó la linterna en un gancho, se quitó la capa mojada sin ayuda de las manos y se pasó una túnica de tela basta por la cabeza. Después abatió una tabla sujeta con bisagras a la pared, que servía de mesa.

—Siéntate —dijo, y acercó a Dunk un taburete.

Así lo hizo Dunk.

—¿A dónde se marcharon?

—Iban hacia Dorne. El tío de la muchacha es un hombre prudente. Lo mejor es esfumarse, y así el dragón no se acuerda de ti. Tampoco le pareció conveniente que ella se quedara a verte morir —Pate fue al fondo del carro, revolvió en la oscuridad y reapareció con el escudo—. El marco era de acero viejo y barato. Estaba oxidado y se rompía con facilidad. Te confeccioné uno nuevo con el doble de grosor, y puse cintas en el reverso. Ahora pesará más, pero también será más resistente. La pintura es de la chica.

Dunk no esperaba un trabajo de tanta calidad. Hasta a la luz de la linterna aparecían vivos los colores del crepúsculo. El árbol se veía alto, fuerte y noble. La estrella fugaz era una pincelada luminosa en un cielo rojizo. No obstante, al verlo de cerca tuvo la impresión de que había un error, en lugar de pasar, la estrella caía. ¿Qué emblema era aquél? ¿Caería él con la misma rapidez? Además, el crepúsculo anuncia la llegada de la noche.

—Debería haberme quedado con el cáliz —dijo entristecido—. Al menos tenía alas para salir volando, y ser Arlan decía que la copa estaba llena de fe, compañerismo y cosas buenas para beber. Parece que este escudo representa la muerte.

—El olmo está vivo —señaló Pate—. ¿Ves lo verdes que son las hojas? Sin duda es un follaje de verano. Además, he visto escudos con calaveras, lobos y cuervos; hasta con ahorcados y cabezas ensangrentadas, y sirvieron bien a sus dueños. Éste también lo hará. ¿Conoces la cancioncita del escudo? "Protéjanme, roble y hierro..."

—"...o acabaré en el infierno" —terminó Dunk. Hacía muchos años que no se acordaba de ella. Tiempo atrás se la había enseñado el viejo—. ¿Cuánto te debo por el marco nuevo y las correas? —preguntó a Pate.

El armero se rascó la barba.

—Por tratarse de ti, una moneda de cobre.

Al despuntar en el oriente los primeros albores casi no llovía, pero el agua había hecho su trabajo. Los hombres de lord Ashford habían retirado las barreras y el prado era como una gran ciénaga, mezcla de barro y hierbas arrancadas. Dunk se encaminó hacia el palenque en compañía de Pate. En sus pies se enroscaban volutas de niebla parecidas a serpientes.

La tribuna empezaba a llenarse de nobles y damas que se arrebujaaban en sus capas para protegerse del frío matinal. También acudía el pueblo llano, en forma de cientos de personas alineadas a lo largo de las vallas.

"¡Cuánto público para verme morir!", pensó Dunk con amargura, pero los juzgaba mal.

—¡Buena suerte! —exclamó una mujer a pocos pasos.

Un anciano se acercó para darle la mano.

—Que los dioses le den fuerza —dijo.

A continuación, un hermano mendicante de hábito marrón y desgastado bendijo su espada, y una joven le dio un beso en la mejilla. "Están de mi lado."

—¿Por qué? —preguntó a Pate—. ¿Qué ven en mí?

—A un caballero que recordó sus votos —respondió el armero.

Encontraron a Raymun fuera del recinto de los retadores, en el extremo sur del palenque, donde esperaba con los caballos de su primo y Dunk. Trueno soportaba mal el peso de la barda. Pate la examinó y dijo que era de buena calidad, aunque la hubiera forjado otra persona. Dunk se alegró de tenerla, aunque desconociera su procedencia.

Entonces vio a los otros: un tuerto de barba entrecana y un joven caballero con sobreveste de rayas amarillas y negras y colmenas en el escudo. "Robyn Rhysling y Humfrey Beesbury", pensó con asombro, "y también ser Humfrey Hardyng". Este último iba montado en el corcel rojo de Aerion, cuya barda había sustituido por la suya, de rombos rojos y blancos.

Fue hacia ellos.

—¿Cómo les pagaré esta deuda?

—Es Aerion el que está en deuda —repuso ser Humfrey Hardyng —, y pretendemos hacérsela pagar.

—Me dijeron que tenía la pierna rota.

—Y no le mintieron —dijo Hardyng—. No puedo caminar, pero mientras esté en condiciones de montar podré combatir.

Raymun llamó a Dunk.

—Esperaba que Hardyng quisiera la revancha sobre Aerion —dijo—, y así ha sido. Da la casualidad de que el otro Humfrey es cuñado suyo. Ser Robyn es cosa de Egg, que lo conoce de otros torneos. Son cinco, por lo tanto.

—Seis —dijo Dunk con cara de sorpresa, señalando a alguien: un caballero entraba en el recinto, seguido de un escudero que tiraba del caballo—. La Tormenta que Ríe —ser Lionel, que superaba por una cabeza a ser Raymun y casi igualaba la estatura de Dunk, llevaba una sobreveste de brocado con el ciervo coronado de la casa Baratheon, y sostenía el yelmo con astas bajo el brazo. Dunk le tendió la mano—. Ser Lionel, no hay palabras suficientes para agradecerle su presencia, ni a ser Steffon por haberlo traído.

—¿Ser Steffon? —ser Lionel quedó perplejo—. El que vino a buscarme fue su escudero, Aegon. El mío quiso ahuyentarlo, pero el niño se le metió

entre las piernas y derramó una copa de vino encima de mi cabeza —rio—. ¿Sabía que hace más de cien años que no se celebra un juicio de siete? Por nada del mundo me habría perdido la oportunidad de pelear contra los caballeros de la Guardia Real y de paso retorcerle la nariz al príncipe Maekar.

—Seis —dijo Dunk a ser Raymun con tono esperanzado, mientras ser Lyonel se unía los demás—. Seguro que su primo traerá al que falta.

La multitud prorrumpió en gritos. Al norte del prado, entre la niebla del río, se acercaba al trote una columna de caballeros. La encabezaban los tres de la Guardia Real, que parecían fantasmas con sus armaduras esmaltadas de blanco y sus largas capas del mismo color. Hasta sus escudos eran por completo blancos, como recién nevados. Tras ellos iban el príncipe Maekar y sus hijos. Aerion montaba un caballo pinto que a cada paso dejaba entrever por la coraza destellos grises, anaranjados y rojos. El corcel de su hermano era zaino, más pequeño, acorazado, con escamas negras y doradas. El yelmo de Daeron llevaba una pluma verde de seda. No obstante, el aspecto más sobrecogedor lo ofrecía su padre: en los hombros, la cimera y la espalda llevaba sendos colmillos de dragón, negros y curvos. La maza con pinchos sujeta a su silla de montar era un arma de aspecto tan mortífero que Dunk no recordaba haber visto otra igual.

—¡Seis! —exclamó Raymun de repente—. Sólo son seis.

Dunk vio que era cierto. "Tres caballeros negros y tres blancos. También les falta un hombre." ¿Sería posible que Aerion no hubiera hallado al séptimo? ¿Qué significaba? ¿Lucharían seis contra seis, en caso de que ninguno encontrara al séptimo? Mientras trataba de resolver el enigma, Egg apareció a su lado.

—Es hora de que te pongas la armadura, señor.

—Gracias, escudero. Si eres tan amable...

Pate ayudó al niño. Cota de malla, gola, grebas, guantelete, cofia, bragueta de armar... Luego de comprobar tres veces la firmeza de cada hebilla y cada cierre, lo convirtieron en un ser metálico. Sentado, ser Lyonel afilaba su espada con piedra de amolar, mientras los Humfreys hablaban en voz baja, ser Robyn rezaba y Raymun Fossoway se paseaba inquieto, preguntándose por el paradero de su primo.

Cuando llegó ser Steffon, Dunk estaba del todo armado.

—¡Raymun! —dijo—. Mi cota de malla, por favor.

Se había puesto un jubón acolchado para llevar por debajo del peto.

—Ser Steffon —dijo Dunk—, ¿qué hay de sus amigos? Para ser siete necesitamos a otro caballero.

—Temo que necesitaremos a dos —dijo ser Steffon.

Raymun le enlazó la parte trasera de la cota.

—¿Dos, dice?

Dunk no entendía.

Ser Steffon cogió un guantelete de excelente acero, metió la mano izquierda y flexionó los dedos.

—Yo veo a cinco —dijo, mientras Raymun le ataba el cinturón—. Beesbury, Rhysling, Hardyng, Baratheon y usted.

—Y usted —dijo Dunk—. Es el sexto.

—Yo soy el séptimo —dijo ser Steffon, sonriendo—, pero del otro bando. Lucho con el príncipe Aerion y los acusadores.

Raymun, que estaba a punto de entregar el yelmo a su primo, quedó en suspenso.

—¡No!

—Sí —ser Steffon se encogió de hombros—. Seguro que ser Duncan comprenderá. Tengo un deber para con mi príncipe.

—Le dijiste que se fiara de ti.

Raymun se había puesto blanco.

—¿De veras? —ser Steffon tomó el yelmo de manos de su primo—. Sin duda fui sincero en el momento de decirlo. Traeme mi caballo.

—Ve a buscarlo tú —dijo Raymun, furioso—. Si crees que estoy dispuesto a tomar parte en algo así es que eres tan necio como vil.

—¿Vil? —ser Steffon chasqueó la lengua—. Vigila esa lengua, Raymun. Los dos somos manzanas del mismo árbol y tú eres mi escudero. ¿No habrás olvidado tus votos?

—No. ¿Y tú los tuyos? Juraste ser un caballero.

—Antes de que acabe el día habré dejado de ser un simple caballero para convertirme en lord Fossoway. Me gusta cómo suena.

Sonriente, se puso el otro guantelete, dio media vuelta y cruzó el recinto en dirección a su caballo. Los demás defensores lo miraban con desprecio, pero ninguno intentó detenerlo.

Dunk vio que ser Steffon llegaba al otro lado del prado. Apretó los puños, pero tenía la garganta demasiado agarrotada para hablar. "De todos modos la gente de esa calaña no se inmuta por nada."

—Ármeme caballero —Raymun puso una mano en el hombro de Dunk y lo hizo dar la vuelta—. Ocuparé el lugar de mi primo. Ármeme caballero, ser Duncan.

Se apoyó en una rodilla.

Ceñudo, Dunk puso la mano en el puño de la espada, pero vaciló.

—Raymun... No estaría bien.

—Es necesario. Sin mí sólo son cinco.

—Tiene razón —dijo ser Lyonel Baratheon—. Hágalo, ser Duncan. Todo caballero cuenta con el derecho de armar a otro.

—¿Duda de mi valor? —preguntó Raymun.

—No —dijo Dunk —, por supuesto que no, pero...

Aún titubeaba.

Una fanfarria hizo temblar la neblina. Egg llegó corriendo.

—Lo llama lord Ashford, ser.

La Tormenta que Ríe sacudió la cabeza con impaciencia.

—Vaya, ser Duncan. Yo me ocuparé de armar a Raymun —deslizó la espada fuera de la vaina y apartó a Dunk con el hombro—. Raymun de Fossoway —pronunció con solemnidad, tocando al escudero en el hombro derecho con la hoja—, en el nombre del Guerrero le ordeno ser valiente —la espada se trasladó del hombro derecho al izquierdo—. En el nombre del Padre le ordeno ser justo —de nuevo al derecho—. En el nombre de la Madre le ordeno defender a los jóvenes y los inocentes —izquierdo—. En el nombre de la Doncella le ordeno proteger a las mujeres...

Dunk los dejó en aquel punto, con una mezcla de alivio y culpabilidad. "Aún nos falta uno", pensó, mientras Egg le sujetaba a Trueno. "¿Dónde encontraré a otro hombre?" Dio la vuelta al caballo y trotó hacia la tribuna, donde aguardaba lord Ashford. El príncipe Aerion fue a su encuentro desde el lado norte.

—Ser Duncan —dijo en tono alegre—, parece que sólo tiene cinco paladines.

—Seis —dijo Duncan—. Ser Lyonel está armando caballero a Raymun Fossoway. Lucharemos seis contra siete.

Conocía casos de victorias con una desventaja mucho mayor. Sin embargo, lord Ashford sacudió la cabeza.

—No está permitido, señor. Si no halla a otro caballero que se ponga de su lado, se le declarará culpable de los delitos que se le imputan.

"Culpable", pensó Dunk. "Culpable de haber aflojado un diente, y por ese delito debo morir."

—Le pido unos instantes, mi señor.

—Concedidos.

Se desplazó por la valla. La tribuna estaba repleta de caballeros.

—Nobles señores —exclamó—, ¿hay alguien aquí que recuerde a ser Arlan del Árbol de la Moneda? Yo fui su escudero y servimos a más de uno de los presentes. Comimos en sus mesas y dormimos en sus salas —en la fila superior vio a Manfred Dondarrion—. Ser Arlan fue herido al servicio de su padre —lejos de prestarle atención, el caballero dijo algo a la dama de al lado y Dunk no tuvo más remedio que seguir—. Lord Lannister, en cierta ocasión ser Arlan lo derribó en un torneo —el León Gris se miró los guantes, sin intención de levantar la vista—. Era un hombre bueno y me enseñó las artes de la caballería. No sólo la espada y la lanza, sino el honor. Decía que los caballeros defienden a los inocentes. Es lo único que he hecho. Necesito a otro caballero que luche de mi lado. Sólo uno. ¿Lord Caron? ¿Lord Swann?

Lord Swann contestó con una risa disimulada al comentario que le susurraba lord Caron al oído.

Dunk tiró de las riendas a la altura de ser Otho Bracken y bajó la voz.

—Ser Otho, sus dotes guerreras son de todos conocidas. Le ruego que se una a nosotros. Se lo ruego en nombre de los dioses antiguos y de los nuevos. Mi causa es justa.

—Quizá —dijo la Bestia de Bracken, que al menos tuvo la cortesía de responder—, pero es suya, no mía. Yo a usted no lo conozco, joven.

Dunk, abatido, dio media vuelta a Trueno e hizo varias pasadas ante las hileras de hombres fríos y pálidos, hasta que la desesperación le arrancó un grito.

—¿No hay aquí caballeros de verdad?

Por única respuesta obtuvo el silencio.

Al fondo del prado se oyó la risa del príncipe Aerion.

—¡Del dragón nadie se burla! —exclamó.

Entonces se oyó otra voz.

—Yo lucharé en el bando de ser Duncan.

La niebla del río se abrió para dar paso a un corcel negro, montado por un jinete del mismo color. Dunk vio el escudo del dragón y la cimera de tres cabezas esmaltada de rojo. "El Príncipe Joven. Válganme los dioses. ¿De verdad que es él?"

Lord Ashford cometió el mismo error.

—¿Príncipe Valarr?

—No, mi señor —el caballero negro levantó su visera—. Como no había previsto participar en las justas, no traje armadura. Mi hijo tuvo la bondad de prestarme la suya.

El príncipe Baelor sonrió casi con tristeza.

Dunk vio que entre los acusadores reinaba el desconcierto. El príncipe Maekar espoleó su montura.

—¿Perdiste el juicio, hermano? —señaló a Dunk con un dedo cubierto de malla—. Este hombre atacó a mi hijo.

—Este hombre —replicó el príncipe Baelor— protegió a los débiles, como es el deber de cualquier caballero que se precie. Que decidan los dioses si tuvo o no razón.

Tiró de las riendas para girar el descomunal caballo negro de batalla de Valarr y trotó hacia el sur del prado. Dunk lo siguió a lomos de Trueno y los demás defensores se congregaron alrededor: Robyn Rhysling, ser Lyonel y los Humfreys. "Excelentes caballeros, pero ¿serán bastante buenos?"

—¿Y Raymun?

—Ser Raymun, con su permiso —el joven llegó a medio galope, sonriendo forzadamente bajo el yelmo emplumado—. Le pido disculpas, ser. Me vi obligado a introducir ciertos cambios en mi escudo de armas, a

fin de no ser confundido con mi poco honorable primo —mostró a todos el escudo. El campo de oro seguía como antes; también la manzana de los Fossoway seguía en su lugar, pero ya no era roja, sino verde—. Me temo que aún no estoy maduro, pero mejor verde que agusanado, ¿verdad?

Ser Lyonel se rio y Dunk no pudo reprimir una sonrisa. Hasta el príncipe Baelor parecía complacido.

El septón de lord Ashford, que se había colocado frente a la tribuna, alzó su copa de cristal y llamó a todos a oración.

—Escúchenme todos —dijo Baelor en voz baja—: en la primera carga los acusadores irán armados con pesadas lanzas de batalla. Son de fresno, con una longitud de seis codos, protegidas con cintas contra las roturas y dotadas de una punta de acero bastante afilada para que el peso de un corcel le permita horadar una armadura.

—Nosotros usaremos las mismas —dijo ser Humfrey Beesbury.

A sus espaldas el septón invocaba a los Siete, pidiéndoles que juzgaran aquel pleito y otorgaran la victoria a los caballeros cuya causa fuera justa.

—No —dijo Baelor—. Nosotros lucharemos con lanzas de torneo.

—Están hechas para romperse —objetó Raymun.

—Sí, pero tienen nueve codos de longitud. Si nosotros damos en el blanco, ellos no podrán tocarnos. Apunten al yelmo o al peto. En los torneos es galante romper la lanza contra el escudo del enemigo, pero aquí significaría la muerte. Si logramos derribarlos y seguir montados, la ventaja será nuestra —miró a Dunk—. En caso de que usted muera, ser Duncan, se considerará que los dioses lo han juzgado culpable y finalizará el combate. Lo mismo ocurrirá si mueren sus dos acusadores o retiran sus acusaciones. En cualquier otro caso, para que acabe el juicio deben morir o rendirse los siete caballeros de un bando u otro.

—El príncipe Daeron no luchará —dijo Dunk.

—O en todo caso lo hará mal —dijo ser Lyonel, divertido—. En contrapartida tenemos como oponentes a tres de las Espadas Blancas.

Baelor se lo tomó con calma.

—Fue un error de mi hermano ordenar a la Guardia Real que luche por su hijo. Su voto les prohíbe herir a un príncipe de sangre real. Contamos

con la fortuna de que yo lo sea —esbozó una sonrisa—. Si logran alejarme de los otros, la Guardia Real corre por mi cuenta.

—¿Se ajusta a caballería lo que dice, excelencia? —preguntó ser Lyonel Baratheon, mientras el septón daba fin a su plegaria.

—Nos lo harán saber los dioses —dijo Baelor Rompelanzas.

El prado de Vado Ceniza estaba sumido en un silencio profundo y expectante.

A cien varas, el corcel de Aerion relinchaba de impaciencia y piafaba en el barro. En comparación, Trueno estaba muy quieto. Era un caballo más viejo, veterano de medio centenar de batallas, y sabía qué se esperaba de él. Egg entregó el escudo a Dunk.

—Que los dioses te acompañen, ser —dijo el muchacho.

La visión del olmo y la estrella fugaz dio ánimos a Dunk, que metió el brazo por la correa y apretó con fuerza con la mano. "Protéjanme, roble y hierro, o acabaré en el infierno." Pate le trajo la lanza, pero Egg insistió en que él debía ser el que la pusiera en manos de Dunk.

Los otros caballeros levantaron las suyas y se distribuyeron a ambos lados de Dunk. A su derecha estaba el príncipe Baelor y a su izquierda ser Lyonel, pero la estrechez de la ranura limitaba su visión a lo que se encontraba justo delante. Desaparecida la tribuna, invisible el público apretujado contra la valla, sólo quedaba el campo embarrado, la niebla lechosa en movimiento, el río, la ciudad y el castillo al norte, y el príncipe con su corcel gris, llamas en el yelmo y dragón en el escudo. Dunk lo vio tomar de manos de su escudero una lanza de batalla de seis codos y color negro. "Si puede, me la clavará en el corazón."

Sonó un clarín.

Por un instante brevísimo, y a pesar de que todos los caballos ya habían salido al galope, Dunk guardó la misma inmovilidad que una mosca en ámbar. Se sintió atravesado por una punzada de pánico y pensó enloquecidamente: "Se me olvidó todo. Me cubriré de vergüenza y lo perderé todo."

Trueno lo salvó. El corcel castaño conocía mejor que su amo el protocolo e inició un trote lento. Al fin se impuso la instrucción de Dunk, que dio al caballo un suave toque de espuelas y bajó la lanza. Al mismo tiempo levantó el escudo hasta cubrirse casi toda la mitad izquierda del cuerpo y le imprimió el ángulo necesario para desviar los golpes. "Protéjanme, roble y hierro, o acabaré en el infierno."

Los gritos del público se escuchaban distantes como el oleaje. Trueno pasó de trotar a galopar y adquirió tal rapidez que Dunk apretó las mandíbulas en forma inconsciente. Cargó todo su peso en los estribos, tensó las piernas y dejó que el cuerpo participara del movimiento del caballo. "Soy Trueno y Trueno es yo; somos un solo animal; estamos unidos y somos uno." En el interior del yelmo el aire se había calentado tanto que casi le impedía respirar.

En un torneo habría tenido al contrincante a mano izquierda, detrás de la barrera, y se habría visto forzado a pasar la lanza por encima del cuello de Trueno, en un ángulo que propiciaba la rotura de la madera. Aquello, sin embargo, no era un torneo, sino un juego mortal. A falta de barreras que los separaran, los corceles cargaban de frente. El del príncipe Baelor, grande y negro, era mucho más veloz que Trueno. Dunk lo vio galopar a través de la ranura. A los demás, más que verlos los intuía. "No tienen importancia. Sólo la tiene Aerion. Sólo él."

Vio al dragón aproximarse. Los cascos del corcel gris del príncipe Aerion salpicaban barro. Dunk miró ensancharse las fosas nasales del animal. La lanza negra seguía apuntando hacia arriba. El caballero que sostiene la lanza en alto y apunta en el último momento siempre corre el riesgo de bajarla demasiado. Eso le había dicho el viejo. Con la suya, Dunk apuntó al centro del peto del príncipe. "Mi lanza forma parte de mi brazo", se dijo. "Es mi dedo, un dedo de madera. Sólo necesito tocarlo con mi largo dedo de madera."

Se esforzó en no ver la punta acerada de la lanza negra de Aerion, que a cada paso del caballo aumentaba de tamaño. "El dragón", pensó. "Mira el dragón." La gran bestia de tres cabezas, alas rojas y aliento de fuego dorado cubría el escudo del príncipe. "No", recordó de pronto Dunk, "sólo tienes que mirar en el momento del golpe". Por desgracia su lanza ya se había

desviado. Intentó corregirlo, pero era demasiado tarde. Vio que la punta chocaba contra el escudo de Aerion y se clavaba entre dos cabezas de dragón, con lo que arrancó un pedazo de fuego pintado. El sordo crujido fue acompañado por la sensación de que Trueno retrocedía, acusando con temblores la fuerza del impacto. Justo después notó un choque tremendo en el flanco. Los caballos colisionaron con gran violencia y arrancaron a las bardas un ruido metálico. Trueno tropezó y Dunk perdió la lanza. Después se alejó de su enemigo, aferrado a la silla con desesperación para no caer. Trueno resbaló en el barro y Dunk sintió ceder las patas posteriores. Después de varios resbalones el corcel cayó con dureza sobre los cuartos traseros.

—¡Arriba! —rugió Dunk, hincando las espuelas—. ¡Arriba, Trueno!

El viejo corcel recuperó el equilibrio.

Dunk sintió un dolor agudo bajo las costillas y un peso en el brazo izquierdo. Con su lanza, Aerion había atravesado roble, lana y acero. Del costado de Dunk pendían dos codos de fresno astillado y durísimo hierro. Desplazó la mano derecha, tomó la lanza justo debajo de la punta, apretó los dientes y se la sacó de un solo y brutal estirón. Un chorro de sangre se filtró por la malla y manchó la sobreveste. El mundo se volvió borroso y Dunk estuvo a punto de caer. Con vaguedad, a través del dolor, oyó su nombre en varias bocas. Su precioso escudo ya no servía de nada. Lo arrojó al suelo, roble y estrella fugaz, y con él la lanza rota. Al desenvainar la espada sintió un dolor tan extremo que no se sintió capaz de manejarla.

Hizo que Trueno dibujara un círculo para ver qué ocurría en el resto del prado. Ser Humfrey Hardyng se aferraba al cuello de su montura y parecía malherido. El otro ser Humfrey yacía inmóvil en un charco de sangre y barro, con una lanza clavada en la entrepierna. Dunk vio que el príncipe Baelor, cuya lanza seguía intacta, derribaba del caballo a un miembro de la Guardia Real. Era el segundo caballero blanco en caer. También el príncipe Maekar había sido desmontado. El jinete restante de la Guardia Real esquivaba a ser Robyn Rhysling.

"¡Aerion! ¿Dónde está Aerion?" En ese momento oyó un ruido de cascos y giró la cabeza con brusquedad. Trueno relinchó y dio coces

inútiles, justo cuando el corcel gris de Aerion se abalanzaba sobre él a todo galope.

Esta vez no hubo posibilidad alguna de evitar la caída. Dunk perdió la espada y vio acercarse el suelo. El impacto lo sacudió hasta los huesos y le provocó un dolor tan atroz que sollozó. Por unos instantes no pudo hacer otra cosa que quedarse tendido, con sabor a sangre en la boca. "Dunk el necio. ¡Él que ya se veía caballero!" Supo que si no volvía a levantarse estaba muerto. No podía respirar, y menos ver. La rendija del yelmo se le había llenado de barro. Logró levantarse a ciegas y quitarse el barro con el guantelete. "Así está mejor."

Vislumbró entre los dedos el vuelo de un dragón y una bola con púas que daba vueltas al final de una cadena. Acto seguido le pareció que se le hacía añicos la cabeza.

Al abrir los ojos volvía a estar en el suelo, esta vez de espaldas. Encima sólo había un cielo oscuro y gris. Le dolía la cara y sentía la fría presión del metal en la mejilla y la sien. "Me partió la cabeza y estoy muriendo." Lo peor era que los otros morirían con él: Raymun, el príncipe Baelor y el resto. "Les fallé. No soy ningún paladín. Ni siquiera soy un caballero errante. No soy nada." Se acordó de cuando el príncipe Daeron se había jactado de ser el mejor en quedarse inconsciente en el barro. "No conoce a Dunk, el necio." Peor que el sufrimiento era la vergüenza.

El dragón apareció encima de él. Tenía tres cabezas y llameantes alas rojas, amarillas y naranjas. Se reía.

—¿Ya moriste, caballero patán? —preguntó—. Implora merced, reconoce tu culpa y quizá me conforme con una mano y un pie. Ah, y los dientes, pero ¿qué importan unos dientes? Seguro que alguien como tú puede vivir años a base de puré de chícharos —volvió a reírse—. ¿No? Pues cómete esto.

La bola con púas dio varias vueltas contra el cielo y cayó sobre Dunk con la rapidez de una estrella fugaz.

Dunk rodó por el suelo.

No supo de dónde sacaba las fuerzas, pero las encontró. Golpeó las piernas de Aerion, le sujetó el muslo haciendo pinza, lo derribó en el barro entre maldiciones y se le puso encima. "¡Que juegue ahora con su maldita

bola!" El príncipe intentó golpear a Dunk en la cabeza con el borde del escudo, pero el yelmo, aunque maltrecho, resistió el impacto. Aerion era fuerte, pero más su contrincante, además de superarlo en estatura y peso. Dunk sujetó el escudo con las dos manos y lo retorció hasta romper las correas. Luego lo usó para golpear en repetidas ocasiones el yelmo del nieto del rey, hasta destrozar las llamas de su cimera. El escudo, hecho de roble con refuerzo de hierro, era más grueso que el de Dunk. Primero se soltó una llama y después la otra. El príncipe se quedó sin llamas mucho antes de que Dunk se quedara sin golpes.

Aerion acabó por soltar el mango de su bola, inútil ya, y quiso echar mano del puñal de su cintura. Logró desenvainarlo, pero a Dunk le bastó un golpe de escudo certero para arrojar el arma al barro.

"A ser Duncan el Alto podría vencerlo, pero no a Dunk del Lecho de Pulgas." El viejo le había enseñado el manejo de la lanza y de la espada, pero aquella clase de pelea la había aprendido mucho antes, en oscuros callejones y pasajes sinuosos. Soltó el escudo abollado y levantó la visera del yelmo de Aerion.

Recordó el comentario de Pate sobre la vulnerabilidad de las viseras. El príncipe apenas oponía resistencia. Sus ojos violáceos estaban llenos de pavor. Dunk sintió el impulso repentino de reventarle uno entre los dedos del guantelete, como una simple uva, pero habría sido poco caballeresco.

—¡Ríndase! —exclamó.

—Me rindo —susurró el dragón, casi sin mover los labios pálidos.

Dunk lo miró parpadeando, sin dar crédito a lo que acababa de oír. "¿Eso es todo?" Giró la cabeza con lentitud a ambos lados, tratando de ver algo. La ranura del yelmo había quedado parcialmente cerrada por el último golpe, que la había hundido contra el lado izquierdo del rostro. Entrevió al príncipe Maekar con la maza en la mano, tratando de correr hacia su hijo mientras Baelor Rompelanzas lo sujetaba.

Dunk logró ponerse de pie, obligó al príncipe Aerion a levantarse, se deshizo los lazos del yelmo y después de quitárselo lo arrojó a lo lejos. Al instante lo abrumaron visiones y sonidos: gruñidos, palabrotas, los gritos de la multitud, el relincho de un corcel y otro corriendo por el prado sin jinete... Por doquiera chocaban los aceros. Raymun y su primo, ambos a

pie, intercambiaban mandobles delante del estrado. Sus escudos eran amasijos de astillas donde apenas se reconocían las manzanas verde y roja. Uno de los caballeros de la Guardia Real se llevaba a rastras a un colega herido. Las armaduras y las capas blancas no permitían diferenciarlos. El tercero estaba en el suelo y la Tormenta que Ríe se había unido al príncipe Baelor contra el príncipe Maekar. Se oía un choque metálico de mazas, hachas y espadas contra yelmos y escudos. Por cada golpe que asestaba, Maekar recibía tres. Dunk vio que no tardaría en caer. "Debo poner fin al combate antes de que haya más muertes."

El príncipe Aerion se lanzó de súbito hacia el mangual. Dunk le dio una patada en la espalda, lo puso boca abajo, lo tomó por una pierna y empezó a arrastrarlo por el prado. Cuando llegó a la tribuna donde estaba sentado lord Ashford, el Príncipe Brillante tenía el color marrón de una letrina. Dunk lo obligó a ponerse de pie y le propinó una fuerte sacudida, que salpicó de barro a lord Ashford y la hermosa doncella.

—¡Dígalo!

Aerion Llama Brillante escupió hierba y tierra.

—Retiro mi acusación.

Dunk no recordaba si había abandonado el prado por su propio pie o había necesitado ayuda. Le dolía todo el cuerpo, algunas partes más que otras. Recordó haberse preguntado: "¿Ahora soy un caballero de verdad? ¿Un paladín?"

Egg lo ayudó a quitarse las grebas y la gola. También contribuyeron Raymun y Pate, aunque Dunk estaba demasiado aturdido para diferenciarlos. Se reducían a dedos, pulgares y voces. Eso sí, supo que el que se quejaba era el armero.

—¡Mi armadura! —decía—. ¡Está destrozada, llena de muescas y abolladuras! ¿Para eso tanto esfuerzo? Y lo peor es que ya veo que tendré que romper la cota para quitársela.

—¡Raymun! —dijo Dunk con urgencia, tomando a su amigo de la mano—. ¿Y los demás? ¿Cómo les fue? —tenía que saberlo—. ¿Murió alguno?

—Beesbury —contestó Raymun—. Lo mató Donnel del Valle Oscuro en el primer choque. También ser Humfrey está malherido. Los demás nos encontramos magullados y ensangrentados, pero nada más. Excepto usted.

—¿Y los acusadores?

—A ser Willem Wylde, de la Guardia Real, se lo llevaron inconsciente, y creo haber roto unas costillas a mi primo. ¡O eso espero!

—¿Y el príncipe Daeron? ¿Sobrevivió?

—Una vez derribado por ser Robyn no volvió a levantarse. Es posible que tenga roto un pie, porque su propio caballo lo pisoteó al correr suelto por el prado.

El aturdimiento de Dunk no le impidió sentir un alivio enorme.

—Es decir que el sueño del príncipe sobre la muerte del dragón no era cierto; a menos, claro está, que haya muerto Aerion... Pero sigue vivo, ¿verdad?

—Sí —dijo Egg—. Tú le perdonaste la vida. ¿No lo recuerdas?

—Supongo que sí —el recuerdo del combate empezaba a desdibujarse—. Hay ratos en que me siento como borracho, y otros en que me duele tanto el cuerpo que estoy seguro de morirme.

Lo obligaron a tenderse de espaldas. Mientras los demás hablaban, él se quedó mirando el cielo gris. Como le parecía que aún no era mediodía, se preguntó cuánto habría durado la lucha.

—¡Por todos los dioses! ¡La punta de la lanza clavó las mallas en la carne! —oyó decir a Raymun—. Sólo podremos evitar que se gangrene si...

—Emborráchenlo y echen aceite hirviendo —propuso alguien—. Es lo que hacen los médicos.

—Vino —la voz poseía una tonalidad metálica extraña—. Aceite no, porque lo mataría. Vino hirviendo. Mandaré al maestre Yormwell cuando haya acabado de cuidar a mi hermano.

Dunk tenía junto a él a un caballero de gran estatura, con una armadura negra cubierta de abolladuras y muescas. "El príncipe Baelor." El dragón rojo de su yelmo había perdido una cabeza, las dos alas y casi toda la cola.

—Excelencia —dijo Dunk —, soy su hombre. Por favor. Su hombre.

—Mi hombre —el caballero negro puso una mano en el hombro de Raymun para no perder el equilibrio—. Necesito buenos caballeros, ser Duncan. El reino...

Arrastraba las sílabas de forma extraña. Quizá se había mordido la lengua.

Dunk estaba muy cansado y le costaba no dormirse.

—Su hombre —murmuró de nuevo.

El príncipe movió la cabeza con lentitud hacia ambos lados.

—Ser Raymun... Mi yelmo, si es tan amable. La visera está... rota, y siento los dedos... como de madera...

—Ahora mismo, excelencia —Raymun cogió con las dos manos el yelmo del príncipe y gruñó—. Ayúdame, maese Pate.

El armero acercó un taburete de montar.

—Está hundido por detrás, excelencia, hacia el lado izquierdo. Se aplastó contra la gola. Buen acero tiene que ser para aguantar un golpe semejante.

—La maza de mi hermano, sin duda —dijo Baelor con voz pastosa—. Es fuerte —hizo una mueca—. Me... siento raro...

—Allá va —Pate retiró el yelmo abollado—. ¡Por todos los dioses! ¡Ay, dioses! ¡Ay, dioses! ¡Ay, dioses!

Dunk vio caer del yelmo algo rojo y húmedo. Se oyó un grito largo y horrible. Contra el cielo gris y oscuro, un príncipe altísimo con armadura negra osciló con medio cráneo. Dunk vio que al otro lado había sangre roja, hueso blanquecino y algo más, una masa entre grisácea y azulada. Por el rostro de Baelor Rompelanzas pasó una expresión peculiar, como una nube delante del sol. Levantó la mano y se tocó la parte posterior de la cabeza con dos dedos y mucha, mucha suavidad. Luego cayó.

Dunk lo sujetó.

—¡Arriba! —dijo, igual que a Trueno en el primer choque—. ¡Arriba!

Luego ya no se acordaba. En cuanto al príncipe, nunca se levantó.

Baelor, de la casa Targaryen, príncipe de Rocadragón, mano del rey, Protector del Reino y heredero del Trono de Hierro de los Siete Reinos de Poniente, tuvo su pira funeral en el patio de armas del castillo de Vado Ceniza, en la orilla norte del río de los Mejillones. A diferencia de otras grandes casas, algunas de las cuales enterraban a sus muertos o los hundían en el frío y verde mar, los Targaryen despedían a los difuntos con letras de fuego, puesto que llevaban la sangre del dragón.

Había sido el mejor caballero de su época, y hubo quien se pronunció a favor de que lo enviaran a la oscuridad con cota y armadura, espada en mano. Al final, sin embargo, prevalecieron los deseos de su padre, Daeron II, de carácter apacible. Cuando Dunk pasó arrastrando los pies junto al féretro del príncipe Baelor, éste llevaba una túnica de terciopelo negro, y bordado en rojo el dragón de tres cabezas. Una cadena de oro macizo le ceñía el cuello. La espada estaba envainada al lado del cadáver, pero lo que sí llevaba era un fino yelmo, de oro, con la visera levantada para no tapar el rostro.

Valarr, el Príncipe Joven, veló el féretro en la capilla ardiente de su padre. Era parecido a él, pero más bajo, más delgado y más apuesto, sin aquella nariz, rota en dos ocasiones, que había prestado a Baelor un aspecto más humano que regio. Valarr tenía el pelo castaño, pero con una mecha plateada. Al verla, Dunk se acordó de Aerion, pero supo que era una comparación injusta. El pelo que volvía a crecer en la cabeza de Egg era tan claro como el de su hermano, y para ser príncipe, Egg era buen chico.

Cuando Dunk se detuvo para dar el pésame, profusamente aderezado con palabras de gratitud, el príncipe Valarr lo miró con unos ojos muy azules.

—Mi padre sólo tenía treinta y nueve años —dijo parpadeando—. Estaba destinado a ser un gran rey, el mayor desde Aegon el Dragón. ¿Cómo es posible que se lo llevaran los dioses y lo dejaran a usted? —acentuó el "usted" y sacudió la cabeza—. Márchese, ser Duncan, márchese.

Dunk, que se había quedado mudo, se alejó cojeando del castillo en dirección al remanso del río. No habría sabido qué responder a Valarr. Los médicos y el vino hirviendo habían sido eficaces y la herida se curaba limpiamente, no sin dejarle una gruesa cicatriz entre el brazo izquierdo y el pezón. No podía ver la herida sin pensar en Baelor. "Me salvó una vez con la espada y otra con la palabra, a pesar de que en ese momento ya fuera hombre muerto." Un mundo donde moría un gran príncipe por la vida de un caballero errante era un lugar sin sentido. Sentado al pie del olmo, Dunk, taciturno, se miraba el pie.

Horas después, al mirar acercarse a su lugar de acampada a cuatro soldados con librea real, tuvo la certeza de que venían a matarlo. Como

estaba demasiado débil para levantar la espada, aguardó con ésta contra el olmo.

—Nuestro príncipe solicita el favor de unas palabras en privado.

—¿Cuál príncipe? —preguntó Dunk con cautela.

—Éste —dijo una voz ruda, que se adelantó al capitán.

Maekar Targaryen salió de detrás del olmo. Dunk se levantó con lentitud. "¿Qué querrá de mí ahora?"

En respuesta a unas señas de Maekar, los soldados protagonizaron una desaparición tan repentina como lo había sido su llegada. El príncipe miró a Dunk con gran detenimiento. Luego se giró, se fue hacia el río y contempló su reflejo en el agua.

—Envié a Aerion a Lys —anunció con brusquedad—. Quizá unos cuantos años en las Ciudades Libres lo cambien para mejor.

Dunk no supo qué decir, porque nunca había estado en las Ciudades Libres. Ni su alegría porque Aerion ya no se encontrara en los Siete Reinos ni su esperanza de que jamás regresara eran adecuadas para decírselas a un padre. Prefirió guardar silencio.

El príncipe Maekar se giró a mirarlo.

—Habrà quien diga que quise matar a mi hermano. Los dioses saben que es falso, pero oiré murmuraciones hasta el día de mi muerte. Además, estoy seguro de que el golpe mortal lo asestó mi maza. Sólo luchó contra tres hombres más: los tres caballeros de la Guardia Real, cuyos votos les prohíben otra cosa que no sea defenderse. Por lo tanto fui yo. Es extraño, pero no recuerdo el golpe que le partió el cráneo. ¿Será una suerte o una maldición? Yo creo que un poco de ambas cosas.

A juzgar por su mirada, el príncipe quería una respuesta.

—No sabría decirlo, excelencia —quizá Dunk hubiera debido odiar a Maekar, pero lo que sentía por él era una extraña compasión—. El mazazo lo asestó usted, pero el príncipe Baelor murió por mí. Por lo tanto, soy tan responsable de su muerte como usted.

—Sí —convino el príncipe—. También usted escuchará murmullos. El rey es anciano. Cuando muera, Valarr subirá al Trono de Hierro en sustitución de su padre. Cada vez que se pierda una batalla o una cosecha,

los tontos dirán: "Baelor no lo habría permitido, pero le falló el caballero errante".

Dunk supo que era cierto.

—Si no hubiera luchado, me habrían cortado la mano y el pie. A veces me siento debajo de este árbol, me miro los pies y me pregunto si no podría haber renunciado a uno. ¿Qué valor tiene uno de mis pies en comparación con la vida de un príncipe? Sin olvidar a los Humfreys, que también eran buenos caballeros.

Aquella misma noche ser Humfrey sucumbió a sus heridas.

—¿Y qué respuesta le da su árbol?

—Ninguna. Al menos no la oigo, pero el viejo, ser Arlan, decía cada anochecer: "A saber qué nos deparará el día de mañana." Ni él llegó a enterarse ni nosotros lo sabremos. ¿Y si algún día necesito ese pie? ¿Y si llega el día en que lo necesite el reino, en que lo necesite más aún que la vida de un príncipe?

Con la boca apretada tras la barba plateada, que daba una apariencia tan cuadrada a su rostro, Maekar se tomó su tiempo para digerir las palabras de Dunk.

—Lo dudo mucho —dijo con mal tono—. El reino anda sobrado de caballeros errantes, tantos como caminos, y todos tienen pies.

—Si su excelencia tiene una respuesta mejor, me gustaría escucharla.

Maekar frunció el entrecejo.

—Es posible que los dioses tengan querencia por las bromas crueles. O que no haya dioses. Quizá lo ocurrido carezca de sentido. Se lo preguntaría al septón supremo, pero la última vez que le pedí consejo me dijo que las sendas de los dioses escapan a la comprensión de los humanos. Quizá le convenga dormir al pie de un árbol —hizo una mueca—. Parece que mi hijo menor le ha tomado cariño. Es hora de que se haga escudero, pero se niega a servir a otro caballero que no sea usted. Ya se habrá dado cuenta de que es un chiquillo revoltoso. ¿Lo aceptaría a su cargo?

—¿Yo? —Dunk abrió la boca, la cerró y volvió a abrirla—. Egg... Perdón, Aegon... es un buen niño. Pero, excelencia... sé que es un honor, pero... soy un simple caballero errante.

—Puede remediarse —dijo Maekar—. Aegon regresará a mi castillo de Refugio Estival. Si lo desea, hay sitio para usted. Quedará adscrito a mi casa. Me jurará lealtad y Aegon podrá servirle como escudero. Mientras usted lo entrene, mi maestro de armas acabará de formarlo —el príncipe miró a Dunk con picardía—. No dudo que el tal ser Arlan se desviviera por usted, pero le queda mucho por aprender.

—Lo sé, excelencia —Dunk miró alrededor: la hierba verde, los juncos, el olmo frondoso, las ondas que bailaban en la superficie del remanso... Otra libélula volaba sobre el agua, a menos que fuera la misma. "¿Qué eliges, Dunk?", se preguntó. "¿Libélulas o dragones?" Pocos días atrás habría contestado sin vacilar. Era su gran sueño, pero ahora que lo tenía a su alcance lo asustaba—. Justo antes de la muerte del príncipe Baelor le juré fidelidad.

—Fue una impertinencia —dijo Maekar—. ¿Qué respondió?

—Que el reino necesitaba buenos caballeros.

—Muy cierto. ¿Qué quiere decir?

—Acepto a su hijo como escudero, excelencia, pero no en Refugio Estival, al menos durante uno o dos años. Considero que ya ha visto suficientes castillos. Sólo lo acepto si se me permite llevármelo por los caminos —señaló al viejo Castaño—. Montará en mi penco, llevará mi capa vieja y mantendrá afilada mi espada y limpia mi cota. Dormiremos en posadas y establos, unas veces en las tierras de un señor y otras, si es necesario, bajo los árboles.

La mirada del príncipe Maekar era de incredulidad.

—¿Acaso el juicio le ha reblandecido el cerebro? Aegon es príncipe del reino, y los príncipes no están hechos para dormir en zanjas ni comer tasajo de buey —miró vacilar a Dunk—. ¿Qué tiene miedo de decirme? Hable a su antojo.

—Adivino que Daeron nunca ha dormido en ninguna zanja —dijo Dunk con mucha calma —, y lo más probable es que Aerion sólo se haya alimentado de filetes de buey gruesos y al punto.

Maekar Targaryen, príncipe de Refugio Estival, contempló largamente a Dunk del Lecho de Pulgas, moviendo la mandíbula en silencio bajo la barba de plata. Después dio media vuelta y se alejó sin hablar. Dunk oyó que se

marchaba con sus hombres. Después de su partida, el único ruido fue el ligero zumbido de las alas de la libélula al rozar el agua.

El niño llegó a la mañana siguiente, justo al salir el sol. Llevaba botas viejas, pantalones pardos, una túnica de lana del mismo color y una capa gastada de viajero.

—Dice mi padre que debo servirte.

—Que debo servirte, ser —le recordó Dunk—. Empieza por ensillar los caballos. Castaño es para ti, así que trátalo bien. Y que no te encuentre montado en Trueno a menos que yo mismo te lo haya ordenado.

Egg fue en busca de las sillas de montar.

—¿Adónde vamos, ser?

Dunk reflexionó.

—Nunca he cruzado las Montañas Rojas. ¿Se te antoja echar un vistazo a Dorne?

Egg contestó con una sonrisa socarrona.

—Dicen que allí hay buenos titiriteros.

LA ESPADA LEAL

En la encrucijada se pudrían dos muertos bajo el sol, en una jaula de hierro.

Egg se detuvo a mirarlos desde abajo.

—¿Quiénes crees que eran, ser?

Maestre, su mula, agradeció el descanso, que aprovechó para pastar entre la hierba seca y marrón del margen del camino, sin que la molestaran las dos enormes barricas de vino que llevaba en el lomo.

—Ladrones —dijo Dunk, que al estar montado en Trueno le quedaban mucho más cerca los cadáveres—. Violadores. Asesinos.

Su vieja túnica verde presentaba un círculo oscuro bajo cada brazo. El cielo era azul, el sol intenso y Dunk había sudado a cántaros desde su salida matinal del campamento.

Egg se quitó el sombrero blando de paja de ala ancha, bajo el que relucía una cabeza calva, y lo usó para ahuyentar las moscas. Eran centenares las que corrían por los muertos y otras tantas las que revoloteaban, perezosas, por el aire inmóvil y caliente.

—Algo malo tuvieron que haber hecho para que los hayan dejado morir en una jaula para cuervos.

A veces Egg mostraba la sabiduría de los maestros, pero otras seguía siendo un niño de diez años.

—Hay de señores a señores —dijo Dunk—. A algunos no les hace falta un gran motivo para dar muerte a un hombre.

La jaula de hierro apenas tenía cabida para un solo hombre, pero eran dos los que habían sido embutidos en su interior, cara a cara, enredados de

brazos y de piernas, con la espalda clavada al hierro negro y caliente de los barrotes. Uno de los dos había intentado comerse al otro, royéndole el cuello y un hombro. De ambos se habían alimentado los cuervos, los cuales, al aparecer Dunk y Egg a la vuelta del camino, se habían levantado como una nube negra, con una densidad que había asustado a Maestre.

—No sé quiénes eran, pero parecen medio consumidos por el hambre —dijo Dunk. "Esqueletos con piel, y aun ésta verde y podrida"—. Tal vez robaron pan o cazaron furtivamente un ciervo en los bosques de un señor.

Con la sequía en su segundo año, la mayoría de los señores se habían vuelto menos tolerantes, si cabía, con la caza furtiva.

—Quizá formaran parte de una banda de forajidos.

En Dosk habían oído cantar a un arpista "El día en que ahorcaron a Robin el Negro", y desde entonces Egg veía gallardos forajidos tras cualquier matorral.

Dunk había conocido a unos cuantos durante su época como escudero del viejo y no tenía prisa por conocer a más. Ninguno de los que se habían cruzado con él era en especial gallardo. Recordaba a un forajido al que había ayudado a ahorcar ser Arlan. Tan aficionado era a robar anillos, que para conseguirlos cortaba los dedos a los hombres, mientras que a las mujeres prefería mordérselos. A Dunk no le constaba ninguna canción sobre aquel personaje. "Cazadores furtivos, forajidos... Poco importa. No es buena la compañía de los muertos." Hizo que Trueno rodeara la jaula con lentitud. Parecía que los ojos huecos lo siguieran. Uno de los muertos tenía inclinada la cabeza y la boca muy abierta. "No tiene lengua", observó Dunk. Supuso que se la habrían comido los cuervos. Había oído decir que siempre empezaban por los ojos, pero quizá el segundo lugar lo ocupara la lengua. "A menos que se la hiciera arrancar algún señor, en castigo por algo que hubiera dicho."

Se pasó los dedos por su mata de pelo entreverado de sol. A los muertos no podía ayudarlos. Además, debían llevar barricas a Tiesa.

—¿Por dónde vinimos? —preguntó, mirando los dos caminos—. Estoy desorientado.

—A Tiesa se va por allí, ser —dijo Egg, señalando.

—Pues por allí necesitamos ir. Podemos estar de vuelta para el anochecer, pero no si nos pasamos el día aquí sentados, contando moscas.

Dunk tocó a Trueno con los talones e hizo que el gran corcel girara hacia el ramal de la izquierda. Egg volvió a ponerse el sombrero blando y estiró con fuerza la cuerda de Maestre. La mula dejó de mordisquear la hierba y por una vez no se hizo rogar. "También tiene calor", pensó Dunk, "y seguro que las barricas pesan mucho".

Cocido por el sol de verano, el camino parecía de ladrillo, con surcos tan profundos que podían partir la pata de un caballo, de modo que Dunk se esmeró en que Trueno se mantuviera entre ellos. El tobillo ya se lo había torcido él poco después de irse de Dosk, al caminar de noche porque se estaba más fresco. Como siempre había dicho el viejo, los caballeros debían aprender a convivir con los achaques y dolores. "Sí, muchacho, y con los huesos rotos, y las cicatrices. Forman parte de la condición de caballero, tanto como las espadas y los escudos." En cambio, si era Trueno el que se rompía una pata... un caballero sin caballo no era tal.

Egg lo seguía a cinco varas, con Maestre y las barricas. El niño caminaba con un pie descalzo en un surco y el otro fuera, de modo que subía y bajaba a cada paso. Llevaba la daga al cinto, en una funda, las botas sobre la mochila y la túnica parda, hecha jirones, arremangada y anudada en la cintura. Bajo el sombrero de paja de ala ancha se veía un rostro sucio, cubierto de manchas, y unos ojos grandes y oscuros. Ya tenía diez años y medía poco más de siete palmos. En los últimos tiempos había dado un estirón, aunque todavía le faltaba mucho para alcanzar a Dunk. Era en todo parecido al mozo de cuadra que no era, y en nada al que era de verdad.

Pronto los muertos se perdieron de vista, pero Dunk siguió pensando en ellos. Eran tiempos en que el reino andaba lleno de facinerosos. La sequía no daba muestra alguna de remitir y el pueblo llano había tomado por millares los caminos en busca de algún sitio donde aún lloviera. Lord Cuervo de Sangre les había ordenado que volvieran a sus tierras y con sus señores, aunque pocos obedecían. Muchos culpaban de la sequía a Cuervo de Sangre y al rey Aerys. Era, decían, un juicio de los dioses, pues sobre aquel que mata a alguien de su propia sangre cae una maldición. Ahora bien, si eran prudentes no lo decían en voz alta. "¿Cuántos ojos tiene

Cuervo de Sangre?", rezaba el acertijo oído por Egg en Antigua. "Mil, y uno más."

Seis años atrás Dunk lo había visto con sus propios ojos en Desembarco del Rey, montado en un caballo blanco por la calle del Acero, al frente de cincuenta Dientes de Cuervo. Era antes de que el rey Aerys subiera al Trono de Hierro y lo nombrara mano del rey, pero aun así llamaba la atención con sus ropajes color humo y escarlata, y con Hermana Oscura al cinto. Con su pálida tez y su cabello blanco como el hueso, parecía un cadáver viviente. Una marca de nacimiento color vino se extendía por su mejilla y su mentón. Decían que era como un cuervo rojo, pero Dunk sólo vio un pedazo amorfo de piel descolorida. Tanta atención prestó, que Cuervo de Sangre se dio cuenta, y al pasar por su lado el real hechicero se giró para escrutarlo. Tenía un solo ojo, para colmo rojo. La otra órbita estaba vacía, regalo de Acero Amargo en el campo de Hierba Roja. Aun así Dunk se había llevado la impresión de que eran dos ojos los que penetraban en su piel y le escudriñaban el alma.

A pesar del calor, el recuerdo le produjo escalofríos.

—¿Ser? —dijo Egg—. ¿Te sientes mal?

—No —dijo Dunk—. Tengo el mismo calor y la misma sed que ellos.

Señaló el campo detrás del camino, en cuyos zarcillos se arrugaban hileras de melones. En los márgenes del camino se aferraban aún a la vida los abrojos y las matas, pero los cultivos tenían una peor suerte. Dunk sabía muy bien cómo se sentían los melones. Ser Arlan decía que ningún caballero errante debía pasar sed. "No mientras tenga un yelmo donde recoger la lluvia. No hay mejor bebida que el agua de lluvia, muchacho." Pero el viejo nunca había visto un verano así. Dunk había dejado su yelmo en Tiesa. Estaba demasiado caliente y pesaba demasiado para ponérselo. Por otro lado, la lluvia que pudiera recogerse brillaba por su ausencia. "¿Qué hace un caballero errante cuando hasta los setos pardean, se secan y mueren?"

Tal vez se diera un baño al llegar al arroyo. Sonrió al pensar en lo agradable que sería zambullirse en el agua y salir de ella mojado y sonriente, con el agua corriendo por sus mejillas y el pelo enredado, la túnica empapada, pegada a la piel. Acaso a Egg también le apeteciera un

baño, aunque parecía fresco y seco, con más polvo que sudor. Nunca sudaba mucho. Le gustaba el calor. En Dorne se había paseado desnudo de cintura para arriba y se había puesto moreno como los dornienses. "Es por su sangre de dragón", se dijo Dunk. "¿Se ha visto alguna vez a un dragón sudoroso?" Él se habría quitado con mucho gusto la túnica, pero no habría resultado decoroso. Un caballero errante, si así lo deseaba, podía cabalgar desnudo. Sólo a sí mismo podía avergonzarse. Era distinto cuando tu espada se hallaba juramentada. "Cuando aceptas la carne y el hidromiel de un señor, todos tus actos remiten a él", decía ser Arlan. "Nunca hagas nunca menos, sino más de lo que espere de ti. Que no te amedrenten las tareas ni las penurias. Y sobre todo nunca avergüences al señor al que sirvas." En Tiesa, carne e hidromiel significaba pollo y cerveza, pero ser Eustace comía con la misma sencillez.

Dunk se dejó la túnica a pesar del sofoco.

Ser Bennis del Escudo Pardo esperaba en el viejo puente de tablones.

—Conque han vuelto —dijo en voz alta—. Llevan tanto tiempo fuera que ya pensaba que se habían escapado con la plata del viejo.

Montado en su lanudo poni, mascaba un puñado de hojamarga que hacía parecer que su boca sangraba.

—Tuvimos que ir hasta Dosk para encontrar vino —le explicó Dunk—. Los krakens asolaron Pequeña Dosk. Se llevaron todo lo de valor y a las mujeres, y quemaron la mitad de lo que no robaron.

—Dagon Greyjoy se está ganando la horca —dijo Bennis—. Pero, claro, ¿quién lo colgará? ¿Vieron al viejo Pate, el Pellizcaculos?

—Nos dijeron que está muerto. Lo mataron los hombres del Hierro cuando intentó impedir que le quitaran a su hija.

—Malditos sean los siete infiernos —Bennis giró la cabeza y escupió—. A la hija la vi una vez, y les digo con franqueza que no merecía el sacrificio. El insensato de Pate me debía media pieza de plata.

El caballero pardo estaba igual que cuando se habían marchado y lo peor era que también olía como entonces. Cada día usaba el mismo atuendo: calzas marrones, una túnica amorfa de tela basta y botas de cuero

de caballo. Cuando llevaba armadura, se enfundaba en una holgada sobreveste marrón sobre una cota de malla oxidada. Su cinto era un cordón de cuero hervido, que era también el material del que parecía hecha su cara. "Tiene una cabeza que se parece a uno de los melones arrugados que vimos en el camino." Hasta sus dientes eran marrones por debajo de las manchas rojas dejadas por la hojamarga que tanto le gustaba mascar. Entre tanto marrón destacaban sus ojos, de un verde claro, pequeños y juntos, relucientes de malicia.

—Sólo dos barricas —observó—. Ser Inútil^[*] quería cuatro.

—Tuvimos suerte de encontrar dos —dijo Dunk—. La sequía también llegó al Rejo. Nos dijeron que en las vides las uvas se están volviendo pasas y que los hombres del Hierro han hecho incursiones...

—¿Ser? —lo interrumpió Egg—. Ya no hay agua.

Tan atento a Bennis había estado Dunk, que no se había dado cuenta. Bajo los tablones torcidos del puente sólo quedaban arena y piedras. "Qué extraño. Cuando nos fuimos había poco caudal, pero algo corría."

Bennis rio. Tenía dos tipos de risa. A veces cacareaba como las gallinas y otras rebuznaba con más fuerza que la mula de Egg. Esta vez su risa fue de gallina.

—Imagino que se secó en su ausencia. Es lo que tienen las sequías.

Dunk quedó consternado. "Adiós al baño." Se dejó caer al suelo. "¿Qué será de las cosechas?" La mitad de los pozos del Dominio se había secado y todos los ríos llevaban poca agua, incluso el Aguas Negras y el caudaloso Mander.

—Menuda porquería el agua —dijo Bennis—. Una vez bebí un poco y me mareé como un perro. Es mejor el vino.

—Para la avena no ni para la cebada, ni para las zanahorias, las cebollas ni las coles. Hasta las uvas necesitan agua —Dunk sacudió la cabeza—. ¿Cómo puede haberse secado tan deprisa? Sólo estuvimos seis días fuera.

—Nunca ha llevado mucha agua, Dunk. Mayores ríos echaba yo en mis tiempos.

—Dunk no —dijo Dunk—. Ya te lo dije —no supo por qué se molestaba. Bennis disfrutaba de meter cizaña y burlarse de los demás—. Mi nombre es ser Duncan el Alto.

—¿Quién te llama así, tu cachorro calvo? —Bennis miró a Egg y soltó su risa de gallina—. Eres más alto que cuando estabas con ser Arlan, pero para mí sigues siendo el redomado Dunk.

Dunk se pasó una mano por la nuca sin apartar la vista de las piedras.

—¿Qué deberíamos hacer?

—Entregar los vinos y decirle a ser Inútil que su arroyo se secó. Del pozo de Tiesa aún se puede sacar algo. Sed no pasará.

—No lo llares Inútil —Dunk sentía afecto por el viejo caballero—. Ya que duermes bajo su techo, muéstrale algo de respeto.

—Respétalo tú por ambos, Dunk —dijo Bennis—. Yo lo llamo como quiero.

Los tablones, de un gris plateado, crujieron con fuerza cuando Dunk se asomó al río y miró, ceñudo, la arena y las piedras del fondo. Vio brillar entre las piedras algunos charcos pequeños y marrones, en ningún caso mayores que su mano.

—Miren, peces muertos. Aquí... y allí...

Su olor le recordó a los muertos de la encrucijada.

—Los veo, ser —dijo Egg.

Dunk bajó al lecho, se puso en cuclillas y giró una piedra. "Seca y caliente por arriba y húmeda y con barro por abajo."

—No puede llevar mucho tiempo seco —se levantó y lanzó la piedra hacia la orilla, donde desprendió un terrón reseco y lo desmenuzó en polvo marrón—. El suelo está agrietado en la orilla, pero en medio está blando y cenagoso. Ayer estos peces estaban vivos.

—Dunk el necio, como te llamaba siempre ser Arlan. Aún me acuerdo —ser Bennis lanzó a las piedras un escupitajo de hojamarga—. Los necios no deberían esforzarse en pensar. La sesera no les da para tanto.

"Dunk el necio, más duro de entendimiento que traspasar el muro de un castillo." En boca de ser Arlan habían sido palabras cariñosas. Era un hombre bondadoso, incluso al regañar. En boca de ser Bennis del Escudo Pardo sonaban distintas.

—Ser Arlan murió hace dos años —dijo Dunk—, y yo me llamo ser Duncan el Alto.

Estuvo muy tentado de estampar el puño en el rostro del caballero pardo y de hacer añicos aquellos dientes rojos y podridos. Por repulsivo que fuera Bennis del Escudo Pardo, Dunk lo superaba por dos buenos palmos y dos buenas arrobas. Sería necio, pero también corpulento. A veces parecía que se hubiera golpeado la cabeza en la mitad de las puertas de Poniente, por no hablar de todas las vigas de todas las posadas entre Dorne y el Cuello. En Antigua lo había medido Aemon, el hermano de Egg, y le había dado cinco codos y un dedo, pero de eso hacía un año. Quizá desde entonces hubiera crecido. Como decía el viejo, una de las cosas que a Dunk se le daban en verdad bien era crecer.

Regresó junto a Trueno y montó de nuevo en él.

—Egg, vuelve a Tiesa con el vino mientras yo averiguo qué pasó con el agua.

—No es nada raro que se sequen los arroyos —dijo Bennis.

—Sólo quiero echar un vistazo.

—¿Como el que echaste debajo de la piedra? Te aconsejo que no gires demasiadas, don necio. Nunca se sabe qué pueda salir. En Tiesa tenemos buenos camastros de paja. Casi todos los días hay huevos y no se hace gran cosa aparte de oír los desvaríos de ser Inútil sobre lo importante que fue. Yo te aconsejo que lo dejes ser. El arroyo se secó y punto.

Si algo era Dunk, era obcecado.

—Ser Eustace espera el vino —le dijo a Egg—. Dile a dónde fui.

—Así lo haré, ser.

Egg dio un jalón a la cuerda de Maestre. La mula agitó las orejas pero se puso de inmediato en marcha. "Quiere quitarse del lomo las barricas de vino." Dunk no se lo podía reprochar.

Cuando había agua en el arroyo, corría hacia el norte y el este, así que Dunk encaminó a Trueno hacia el sur y el oeste. Antes de haber recorrido doce varas, Bennis llegó a su lado.

—Mejor que me cerciore de que no te ahorquen —se metió otra hoja de hojamarga en la boca—. A partir de aquel grupo de sauces toda la orilla derecha es territorio de arañas.

—Me quedaré en este lado.

No quería problemas con la señora de Fosa Fría. En Tiesa se oían malas cosas sobre ella. La llamaban la Viuda Escarlata por los maridos que había sepultado. El viejo Sam Encorvado decía que era una bruja, una envenenadora y otras cosas peores. Dos años atrás había enviado a sus caballeros del otro lado del río para arrestar a un hombre de Osgrey al que acusaba de robarle ovejas. "Cuando fue mi señor a Fosa Fría para reclamarle, le dijeron que buscara al fondo del foso", explicó Sam. "La dama había metido al pobre Dake en un saco de rocas, lo había cosido y lo había hundido. Eso fue después de que ser Eustace tomara a su servicio a ser Bennis para despejar sus tierras de arañas."

Bajo el sol abrasador, Trueno iba despacio pero sin desfallecer. El cielo era de un azul inmisericorde, sin rastro de nubes. El sinuoso curso del arroyo rodeaba montículos rocosos y sauces solitarios, entre áridas y pardas lomas y campos de cereales muertos o agonizantes. A una hora del puente, río arriba, se encontraron al borde del pequeño bosque de Osgrey, que recibía el nombre de bosque Cerradón. Visto de lejos, su color verde resultaba acogedor, y llenó la cabeza de Dunk con visiones de valles umbríos y riachuelos rumorosos. No obstante, al llegar a los primeros árboles vieron que eran finos y esmirriados, con las ramas caídas. Algunos de los grandes robles estaban perdiendo sus hojas y la mitad de los pinos se había vuelto tan parda como ser Bennis, con los troncos rodeados por anillos de pinaza seca. "Cada vez peor", pensó Dunk. "Bastaría una chispa para que todo ardiera como yesca."

De momento, sin embargo, el denso sotobosque por el que fluía el Jaquel seguía siendo una maraña de zarzas, ortigas, brezo y brotes de sauce. En vez de abrirse paso por ella, cruzaron el lecho seco del arroyo hasta la orilla de Fosa Fría, que había sido talada para su uso como pasto. Entre hierbas marrones y reseca y mustias flores silvestres pacían unas cuantas ovejas de morro negro.

—Nunca vi a un animal más tonto que las ovejas —comentó ser Bennis—. ¿Crees que estás emparentado con ellas, necio?

Como Dunk no contestaba, soltó otra vez su risa de gallina.

Media legua más al sur hallaron la presa.

Como tal no era muy grande, aunque parecía resistente. Alguien había tendido entre las dos orillas dos firmes barricadas de madera hechas con troncos sin descortezar. El espacio de en medio estaba lleno de rocas y tierra, en una mezcla bien prensada. Al otro lado de la presa el agua subía por las orillas y alimentaba una acequia cavada en los campos de lady Webber. Dunk se subió a los estribos para observar mejor. El reflejo del sol en el agua delataba decenas de canales de menor tamaño que salían hacia todas partes como una telaraña. "Nos están robando el arroyo." Se indignó mucho al verlo, sobre todo cuando comprendió que los árboles procederían con seguridad del bosque Cerradón.

—Ya ves lo que hiciste, necio —dijo Bennis—. No te podías conformar con que se secase el arroyo. No. Quizá esto empiece con agua, pero acabará con sangre. La tuya y la mía, sin duda —el caballero pardo desenvainó su espada—. En fin, ya no hay remedio. Ahí tienes a los tres veces malditos cavadores. Más vale que les metamos algo de miedo en el cuerpo.

Y espoleando su caballo salió al galope por la hierba.

Dunk no tuvo más remedio que seguirlo. Llevaba junto a su cadera la espada de ser Arlan, larga y derecha, de acero de buen temple. "Si estos cavadores tienen un ápice de sentido común, saldrán corriendo." Los cascos de Trueno levantaban terrones a su paso.

Sólo un hombre dejó caer su pala al ver aproximarse a los caballeros. Los cavadores eran unos veinte, bajos, altos, viejos, jóvenes, todos tostados por el sol. Cuando Bennis redujo el paso, formaron algo parecido a una fila y se aferraron a sus palas y sus picos.

—Estas tierras son de Fosa Fría —dijo uno a pleno pulmón.

—Y aquel arroyo de Osgrey —Bennis lo señaló con su espada larga—. ¿Quién levantó esa presa del demonio?

—La hizo el maestro Cerrick —dijo un cavador joven.

—No —puntualizó otro de mayor edad—. El cachorro gris fue señalando y diciendo que se hiciera tal y cual cosa, pero nosotros la levantamos.

—Pues a fe que ya pueden desmontarla.

Las miradas de los cavadores eran hoscas y desafiantes. Uno de ellos se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano. Nadie dijo nada.

—No tienen muy buen oído —dijo Bennis—. ¿Tendré que rasurar alguna oreja? ¿Con quién empiezo?

—Estas tierras son de los Webber —era el viejo cavador, escuálido, encorvado y terco—. No tienen ningún derecho a estar aquí. Si rasuran alguna oreja, mi señora los ahogará en un saco.

Bennis se acercó a caballo.

—Aquí no veo a ninguna señora: sólo a un campesino respondón.

Tocó el pecho tostado y desnudo del cavador con la punta de la espada, lo justo para que saliera una gota de sangre.

"Está yendo demasiado lejos."

—Deja el acero —le advirtió Dunk—. No es su culpa. El maestro del que hablan fue el que los puso a trabajar.

—Es para las cosechas, ser —dijo un cavador con orejas de soplillo—. El maestro dijo que se estaban muriendo el trigo y los perales.

—Pues quizá se mueran los perales o quizá lo hagan ustedes.

—No nos asustarán con palabras —dijo el viejo.

—¿No? —Bennis hizo silbar su espada larga y le abrió un tajo desde la oreja hasta la mandíbula—. Dije que o se mueren los perales o se mueren ustedes.

La sangre del cavador corrió muy roja por un lado de su cara.

No debería haberlo hecho. Dunk tuvo que tragarse su ira. Bennis estaba de su lado.

—¡Márchense de aquí! —les gritó a los cavadores—. Regresen al castillo de su señora.

—Corran —los apremió ser Bennis.

Tres soltaron las herramientas e hicieron lo que se les pedía, correr por la hierba, pero otro hombre, moreno y musculoso, levantó un pico.

—Sólo son dos —dijo.

—Es de tontos pelearse con palas contra espadas, Jorgen —dijo el viejo con la mano en la cara, mientras corría la sangre entre sus dedos—. Esto no se acaba aquí. Lo dudo mucho.

—Una palabra más y serás tú el que se acabará.

—No te deseamos ningún mal —dijo Dunk, mirando el rostro ensangrentado del viejo—. Sólo queremos nuestra agua. Díselo a tu señora.

—Se lo diremos, ser —prometió el moreno sin soltar el pico—. Se lo aseguro.

A su regreso, cortaron por el bosque Cerradón, agradecidos por la escasa sombra que les daban los árboles. Aun así seguían achicharrándose.

En principio tenía que haber ciervos en el bosque, pero lo único vivo que atisbaron fueron moscas, las cuales zumbaban en torno a la cabeza de Dunk y correteaban por los ojos de Trueno, irritando sin descanso al gran corcel. El aire era inmóvil, sofocante. "Al menos en Dorne los días eran secos y de noche se levantaba un frío que me hacía tiritar con capa y todo." En el Dominio las noches apenas eran más frescas que los días, incluso tan al norte.

Al agacharse para no chocar con una rama baja, arrancó una hoja y la arrugó entre sus dedos. Se le deshizo en la mano como un pergamino de mil años de antigüedad.

—No hacía falta herir al viejo —le dijo a Bennis.

—Sólo fue un arañazo en la mejilla, para que aprenda a dominar la lengua. Debería haberle rebanado el pescuezo. El problema es que los demás habrían huido como conejos y nos habríamos visto obligados a abatirlos a todos.

—¿Habrás matado a veinte hombres? —dijo Dunk con incredulidad.

—Veintidós. Dos más que todos los dedos de tus manos y pies, necio. Habría que matarlos a todos. Si no, se irían de la lengua —rodearon una trampa—. Deberíamos haberle dicho a ser Inútil que esa meadilla de arroyo suyo no tiene agua por culpa de la sequía.

—Ser Eustace. Le habrías mentido.

—Pues sí. ¿Por qué no? ¿Quién le diría lo contrario, las moscas? —la sonrisa de Bennis salió babosa y roja—. Ser Inútil sólo abandona la torre para ir a ver a los niños por las zarzamoras.

—Una espada juramentada le debe la verdad a su señor.

—Hay de verdades a verdades, necio. Algunas no sirven —escupió—. Las sequías las hicieron los dioses, y con los dioses no hay mierda que valga. En cambio, la Viuda Escarlata... Como le digamos al Inútil que el

agua se la quitó aquella perra, se sentirá obligado por su honor a recuperarla. Espera y lo verás. Pensará que algo se necesita hacer.

—Y es cierto. Nuestro pueblo llano necesita el agua para sus cosechas.

—¿"Nuestro" pueblo llano? —ser Bennis rebuznó de la risa—. ¿Me sorprendió cagando el momento en que ser Inútil te nombró heredero? ¿De cuántos hombres calculas que se compone ese pueblo llano tuyo? ¿Diez? Contando al hijo tonto de Jeyne la Bizca, el que no sabe por qué punta sujetar el hacha. Hazlos a todos caballeros y tendremos la mitad que la Viuda, sin contar a sus escuderos, arqueros y demás. Necesitarías las manos y pies para contarlos a todos, y también los dedos de tu mozo calvo.

—Yo no necesito dedos para contar.

Dunk estaba harto del calor, las moscas y la compañía del caballero pardo. "Aunque haya cabalgado con ser Arlan, fue hace muchos años. Se ha vuelto ruin, falso y cobarde." Clavó los talones en su caballo y se adelantó al trote para alejarse del hedor.

Tiesa sólo era un castillo por cortesía. Pese a hallarse aiosamente encaramada en una peña y ser visible desde varias leguas a la redonda, no pasaba de una torre vigía. Pocos siglos atrás un derrumbe parcial había impuesto reformas que explicaban que en las caras norte y oeste la piedra de encima de las ventanas fuera gris clara, y la de abajo, la antigua, negra. Durante la reparación se habían añadido torrecillas al tejado, pero sólo en los lados rehechos. En las otras dos esquinas se agazapaban antiguas gárgolas de piedra tan castigadas por los elementos, que costaba ver su antigua hechura. El tejado de madera de pino era plano, pero muy alabeado y propenso a las goteras.

Desde el pie del risco hasta la torre había un camino sinuoso y tan estrecho que sólo se podía circular en fila de a uno. Durante la subida Dunk se puso a la cabeza, seguido a poca distancia por Bennis. Más arriba divisó a Egg en un saliente, con su sombrero blando de paja.

Se detuvieron frente al pequeño establo de adobe y cañas que al pie de la torre quedaba medio oculto por una masa amorfa de musgo morado. En una de las cuadras estaba el caballo castrado del viejo, al lado de Maestre.

Al parecer Egg y Sam Encorvado habían llevado dentro el vino. Por el patio se paseaban varias gallinas. Egg corrió al encuentro de su señor.

—¿Averiguaste la causa de lo del arroyo?

—La Viuda Escarlata hizo una represa —Dunk desmontó y entregó las riendas a Egg—. No lo dejes beber mucho de un tirón.

—No, ser.

—Mozo —dijo ser Bennis en voz alta—, también puedes llevarte mi caballo.

Egg lo miró con insolencia.

—No soy tu escudero.

"Cualquier día de éstos sale mal parado por culpa de esa lengua", pensó Dunk.

—Si no te llevas su caballo, sí te llevarás un golpe en la oreja.

Egg puso cara de ofendido, pero hizo lo que le mandaban. Sin embargo, cuando quiso tomar la brida, ser Bennis carraspeó y lanzó un escupitajo. Un rojo y brillante gargajo aterrizó entre los dedos de los pies del niño, que clavó una mirada glacial en el caballero pardo.

—Me escupiste en el pie, ser.

Bennis se apeó con torpeza del caballo.

—Así es, y la próxima vez será en la cara. No pienso consentir que me hables así.

Dunk vio la mirada de rabia del muchacho.

—Ocúpate de los caballos, Egg —dijo antes de que la cosa fuera a mayores—. Debemos hablar con ser Eustace.

La única entrada a Tiesa era una puerta de roble y hierro situada quince codos por encima de ellos. Los primeros escalones eran bloques de piedra negra lisa, tan gastada que estaba hundida en el centro. Más arriba daban paso a una empinada escalera de madera que en momentos conflictivos se podía retirar a modo de puente levadizo. Dunk ahuyentó las gallinas y subió de dos en dos escalones.

Tiesa era mayor de lo que aparentaba. Sus profundas bodegas y sótanos ocupaban gran parte del monte donde se encumbraba. Tenía cuatro plantas en superficie, las dos de arriba con ventanas y balcones, y las dos de abajo sólo troneras. En el interior hacía menos calor, pero era tal la oscuridad que

Dunk necesitó esperar a que se le acostumbrara la vista. Junto al hogar, la mujer de Sam Encorvado barría la ceniza de rodillas.

—¿Ser Eustace está arriba o abajo? —le preguntó Dunk.

—Arriba, ser —la vieja estaba tan encorvada, que la cabeza le quedaba por debajo de los hombros—. Acaba de volver de visitar a los niños en las zarzamoras.

Los niños eran los hijos de Eustace Osgrey: Edwyn, Harrold y Addam. Edwyn y Harrold habían sido caballeros, y Addam un joven escudero. Habían muerto quince años atrás en el campo de Hierba Roja, al final de la rebelión de Fuegoscurio. "Tuvieron una buena muerte, luchando por su rey con valentía", le había explicado ser Eustace a Dunk. "Los traje a casa y los enterré entre las zarzamoras." También era donde estaba enterrada su mujer. Cada vez que el viejo abría una nueva barrica de vino, bajaba de la peña para verter sobre cada uno de sus hijos una libación. "¡Por el rey!", exclamaba antes de beber.

El dormitorio de ser Eustace ocupaba la cuarta planta de la torre, justo encima de sus aposentos. Dunk sabía que era donde se le podía encontrar, ocupado entre arcones y toneles. En los gruesos muros grises de los aposentos colgaban armas herrumbrosas y estandartes capturados, trofeos de batallas libradas hacía varios siglos y que ya no recordaba nadie más que ser Eustace. La mitad de los estandartes estaban invadidos por el moho. Todos habían perdido sus colores vivos, reducidos a grises y verdes, y a todos los había recubierto el polvo.

Cuando Dunk apareció por la escalera, ser Eustace frotaba un escudo roto con un trapo para quitar la suciedad. Detrás de Dunk llegó Bennis, fragante. Los ojos del anciano caballero parecieron iluminarse un poco al ver a Dunk.

—Mi buen gigante —declaró—, y el valiente ser Bennis. Vengan a ver esto. Lo encontré al fondo de aquel baúl. Un tesoro, aunque terriblemente abandonado.

Era un escudo, o los escasos restos de él. Tajo a tajo había quedado reducido a la mitad. Lo demás estaba gris y astillado. El borde de hierro era pura herrumbre y la madera se notaba carcomida. Aún conservaba algunas

escamas de pintura, pero demasiado pocas para indicar la presencia de un emblema.

—Mi señor —dijo Dunk. Hacía siglos que los Osgrey no eran señores, pero a ser Eustace lo complacía ser llamado así, como un eco de las pasadas glorias de su linaje—. ¿Qué es?

—El escudo del Pequeño León —el anciano frotó el borde, que desprendió algo de herrumbre—. Ser Wilbert Osgrey lo llevaba en la batalla el día de su muerte. Seguro que conocen la historia.

—No, mi señor —dijo Bennis—, la verdad es que no. ¿El Pequeño León, dice? ¿Era un enano o qué?

—Todo lo contrario —al viejo caballero le tembló el bigote—. Ser Wilbert era un varón alto y fornido. Y un gran caballero. El nombre se lo pusieron en su niñez, por ser el menor de cinco hermanos. En aquellos tiempos aún había siete reyes en los Siete Reinos y a menudo guerreaban entre sí Altojardín y la Roca. Por aquel entonces nos gobernaban los reyes verdes, los Gardener. Eran de la misma sangre que el viejo Garth Mano Verde, y su estandarte real era una mano verde sobre un campo blanco. Gyles el Tercero llevó sus estandartes al este para guerrear contra el rey de la tormenta, y todos los hermanos de Wilbert lo acompañaron, ya que en esos tiempos el león jaquelado flameaba junto a la mano verde siempre que el rey del Dominio tomaba las armas.

"Empero, sucedió que en ausencia del rey Gyles, el de la Roca vio llegada la oportunidad de hacerse con una parte del Dominio, de modo que reunió a una hueste de hombres del oeste y se lanzó contra nosotros. Como los Osgrey eran alguaciles de la Frontera Norte, el Pequeño León tuvo que salir a su encuentro. Tengo para mí que a la cabeza de los Lannister iba el cuarto rey Lancel, a menos que fuera el quinto. Ser Wilbert cerró el camino al rey Lancel y le rogó que se detuviera. ‘No vaya más lejos’, le dijo. ‘Aquí no se le quiere. Le prohíbo que pise el Dominio.’ No obstante, Lannister mandó avanzar a todos sus estandartes.

"Medio día duró el combate entre el león dorado y el jaquelado. Lannister iba armado de una espada valyria, con la que ningún acero común es capaz de competir, así que el Pequeño León se vio en apuros, con el escudo destrozado. Al final, sangrando por una docena de graves heridas, y

con su propia espada rota en la mano, se arrojó contra su enemigo. Dicen los bardos que el rey Lancel casi lo partió en dos de un solo tajo, pero durante su agonía el Pequeño León encontró un hueco en el brazal de la armadura del rey y clavó su daga en él. Cuando su rey murió, los hombres del oeste se batieron en retirada y así se salvó el Dominio."

El anciano acarició el escudo roto con la misma ternura que a un niño.

—Mi señor —graznó Bennis—, en estos tiempos no nos iría mal un hombre así. Dunk y yo fuimos a echarle un vistazo a su arroyo, mi señor. Está más seco que un hueso, y no por la sequía.

El anciano dejó el escudo a un lado.

—Cuénteme.

Tomó asiento y les indicó que hicieran lo propio. El caballero pardo se embarcó en su narración. Ser Eustace lo escuchaba con atención, la barbilla en alto y los hombros erguidos, tieso como una lanza.

En su juventud ser Eustace Osgrey debía de haber sido la viva imagen de la caballería, alto, ancho y bien parecido. El tiempo y las penas lo habían azotado sin piedad, pero él no se dejaba doblegar y seguía siendo un hombre de osamenta recia, anchos hombros y pecho fornido, con unas facciones fuertes y afiladas como las de una vieja águila. Su pelo, muy corto, era ya blanco como la leche; sin embargo, el poblado mostacho que le tapaba la boca conservaba un color gris ceniza, el mismo que sus cejas, bajo las que unos ojos de un gris algo más claro se mostraban preñados de tristeza.

Y más tristes aún parecieron cuando Bennis habló de la presa.

—Hace por lo menos mil años que a aquel arroyo se le conoce como Jaquel —dijo el anciano—. De niño pesqué en él, y como yo todos mis hijos. En días calurosos como hoy, a Alysanne le gustaba chapotear en los bajíos —Alysanne era su hija, fallecida en primavera—. A orillas del Jaquel fue donde besé por primera vez a una muchacha. Era prima mía, la menor de las hijas de mi tío, de los Osgrey de lago Frondoso. Ahora ya no queda ninguno, ni siquiera ella —le tembló el bigote—. Esto no se puede tolerar, señores. No se quedará mi agua. No se quedará mi agua jaquelada.

—La presa está bien construida, mi señor —le advirtió ser Bennis—. Entre ser Dunk y yo no podríamos echarla abajo en una hora, ni siquiera

con la ayuda del niño calvo. Necesitaremos cuerdas, picos, hachas y una docena de hombres; y me refiero sólo al trabajo, no al combate.

Ser Eustace se quedó mirando el escudo del Pequeño León.

Dunk carraspeó.

—Por cierto, mi señor, al encontrar a los cavadores...

—Dunk, no molestes a nuestro señor con naderías —dijo Bennis—. Lo único que hice fue darle una lección a un tonto.

Ser Eustace alzó la vista con brusquedad.

—¿Qué tipo de lección?

—Con la espada, por decir algo: un moretón en la mejilla, pero nada más, mi señor.

El anciano caballero lo miró un largo rato.

—No... no fue muy prudente, ser. Aquella mujer tiene un corazón de araña. Asesinó a tres de sus maridos y todos sus hermanos murieron en pañales. Eran cinco. O acaso seis. Ahora mismo no me acuerdo. Se interponían entre ella y el castillo. No dudo que despellejaría a cualquier campesino que incurriera en su desagrado, pero que hayas sido tú el que hirió a uno... No, es un insulto que no toleraré. No te engañes. Vendrá por ti como vino por Lem.

—Dake, mi señor —dijo ser Bennis—. Con su venia, señor mío, usted lo conoció y yo no, pero se llamaba Dake.

—Si así lo prefiere, señor —dijo Dunk—, puedo ir a Sotodeoro y explicarle a lord Rowan lo de la presa.

Se trataba del viejo señor feudal de ser Eustace, del cual también emanaban las tierras de la Viuda Escarlata.

—¿Rowan? No, con él no vayan en busca de ayuda. La hermana de lord Rowan se casó con Wendell, el primo de lord Wyman; es decir que está emparentado con la Viuda Escarlata, y por si fuera poco no me quiere bien. Ser Duncan, mañana en la mañana deberás recorrer todos mis pueblos para reclutar a todos los hombres sanos y en edad de combatir. Soy viejo, pero no estoy muerto. ¡Pronto esa mujer descubrirá que el león jaquelado aún tiene garras!

"Dos", pensó Dunk con desánimo, "y una de ellas soy yo."

En las tierras de ser Eustace había tres aldeas que en ningún caso pasaban de ser un puñado de chozas con sus rediles de ovejas y cerdos.

La mayor contaba con un septo de una sola habitación con techo de paja, en cuyas paredes se sucedían toscas imágenes al carbón de los Siete. Mudge, un viejo porquero jorobado que una vez había estado en Antigua, presidía las devociones cada siete días. Dos veces al año venía un auténtico septón para perdonar los pecados en nombre de la Madre. El pueblo llano se alegraba de la absolución, mas no por ello dejaba de odiar las visitas del septón, debido a la obligación de darle de comer.

No parecieron más contentos al ver a Dunk y Egg. Pese a que Dunk era conocido en las aldeas al menos como el nuevo caballero de ser Eustace, no se le ofreció ni un triste vaso de agua.

Como la mayoría de los hombres estaba en el campo, fueron sobre todo mujeres y niños los que se asomaron a las chozas, junto con unos pocos abuelos demasiado achacosos para trabajar. Egg portaba el estandarte de los Osgrey, el león jaquelado verde y oro, rampante sobre campo blanco.

—Venimos de Tiesa para hacer un llamamiento en nombre de ser Eustace —dijo Dunk a los aldeanos—. Se ordena a todo varón sano de entre quince y cincuenta años que acuda a la torre en la mañana.

—¿Es la guerra? —preguntó una mujer delgada con dos niños escondidos en sus faldas y un bebé pegado a su seno—. ¿Regresó el dragón negro?

—Esto no tiene que ver con dragones negros ni rojos —le dijo Dunk—. Es entre el león jaquelado y las arañas. La Viuda Escarlata les ha quitado el agua.

La mujer asintió, aunque hizo un gesto de recelo cuando Egg se quitó el sombrero para abanicarse la cara.

—Este niño no tiene pelo. ¿Está enfermo?

—Me rapé —dijo Egg.

Volvió a ponerse el sombrero y, mientras hacía girar la cabeza de Maestre, se alejó despacio.

"El muchacho anda irritable hoy." Casi no había abierto la boca desde el principio del viaje. Dunk tocó a Trueno con la espuela y no tardó en dar alcance a la mula.

—¿Estás enfadado porque ayer no me puse de tu lado contra ser Bennis? —preguntó a su arisco escudero de camino a la siguiente aldea—. A mí me gusta tan poco como a ti, pero es caballero y tu obligación es dirigirte a él con cortesía.

—Escudero lo soy de ti, no de él —dijo el niño—. Es sucio, malhablado y me pellizca.

"Si tuviera la menor idea de quién eres, preferiría mearse encima a tocarte con un solo dedo."

—A mí también me pellizcaba antes.

Dunk lo había olvidado, hasta que se lo recordaron las palabras de Egg. Ser Bennis y ser Arlan habían formado parte de un grupo de caballeros contratados por un mercader de Dorne para garantizar su seguridad entre Lannisport y el Paso del Príncipe. Entonces Dunk no era mayor que Egg, aunque sí más alto. "Me pellizcaba con tal fuerza bajo el brazo que me salían moretones. Sus dedos parecían tenazas de hierro, aunque nunca se lo dije a ser Arlan." Uno de los otros caballeros había desaparecido cerca de Septo de Piedra y corrió el rumor de que Bennis lo había destripado en una pelea.

—Si vuelve a pellizcarte me lo dices y no lo hará más. Mientras tanto no te cuesta mucho cuidar su caballo.

—Alguien debe cuidarlo —convino Egg—. Bennis nunca lo cepilla. Tampoco limpia su establo. ¡Si ni siquiera le ha puesto nombre!

—Hay caballeros que no ponen nombre a sus caballos —explicó Dunk—. Así no sufren tanto cuando los pierden en combate. Siempre se pueden conseguir caballos, pero es duro perder a un fiel amigo —"Al menos era lo que decía el viejo, aunque era el último en seguir sus consejos: a todos sus caballos les había puesto uno." Dunk también—. Veremos cuántos hombres aparecen en la torre... Ya sean cinco o cincuenta, también tendrás que hacerlo por ellos.

Egg se mostró indignado.

—¿Tendré que servir al pueblo llano?

—No, servir no, sino ayudar. Debemos convertirlos en guerreros —"Si la Viuda nos da tiempo"—. Si nos sonríen los dioses, habrá algunos que ya hayan combatido antes, pero la mayoría estarán más verdes que la hierba en verano y más avezados en el uso de la azada que en la espada. Aun así es posible que algún día nuestras vidas dependan de ellos. ¿Qué edad tenías al tomar una espada por primera vez?

—Pequeño, ser. Era una espada de madera.

—Pues también los hijos del pueblo llano pelean con espadas de madera, aunque las suyas sean palos y ramas rotas. Egg, quizá a ti te parezcan unos necios. No conocerán por su debido nombre las partes de la armadura ni las armas de las grandes casas. Tampoco sabrán cuál rey abolió el derecho de pernada del señor... pero trátalos de igual modo con respeto. Eres un escudero de noble linaje, pero no dejas de ser un niño. La mayoría serán hombres hechos y derechos. Los hombres poseen su orgullo, por muy humilde que sea su origen. En sus aldeas, tú parecerías tan perdido y tonto como ellos. Si lo dudas, ve a arar un campo y a esquilar una oveja, y dime los nombres de todas las malas hierbas y las flores silvestres del bosque Cerradón.

El niño lo pensó un momento.

—Podría enseñarles los emblemas de las grandes casas, y que la reina Alysanne convenció al rey Jaehaerys de abolir el derecho de pernada. Ellos podrían enseñarme cuáles son las mejores hierbas para preparar venenos y si las bayas verdes son comestibles.

—Podrían, sí —reconoció Dunk—, pero antes de llegar al rey Jaehaerys más vale que nos ayudes a que aprendan a usar la lanza. Y no comas nada que no se coma Maestre.

Al día siguiente llegó a Tiesa una docena de aspirantes a guerreros, que se agruparon entre las gallinas. Había uno demasiado mayor y dos demasiado jóvenes. Un chico flaco resultó ser una chica flaca. Dunk envió a los cuatro a sus aldeas, con lo cual quedaron ocho: tres Wat, dos Will, un Lem, un Pate y el tonto de la aldea, Rob el Grande. "Menuda tropa", no tuvo más remedio que pensar. No se veía ni rastro de los robustos

y apuestos campesinos que conquistaban a damas de alta cuna en las canciones. Cada hombre era más sucio que el anterior. Lem no bajaba ni por asomo de los cincuenta años. Pat tenía los ojos llorosos. Eran los dos únicos con experiencia en el combate. Ambos habían acompañado a ser Eustace y sus hijos en la rebelión de Fuegoscurio. Los otros seis estaban tan verdes como había temido Dunk. Los ocho tenían piojos. Dos de los Wat eran hermanos.

—Supongo que su madre no conocía ningún otro nombre —dijo Bennis con una risa gallinácea.

En lo que a armas respectaba, habían traído una guadaña, tres azadones, un cuchillo viejo y unos cuantos garrotes de madera muy resistentes. Lem tenía un palo afilado que serviría de lanza y uno de los Will reconoció ser buen lanzador de piedras.

—Bueno —dijo Bennis—, ahora ya tenemos una maldita catapulta.

A partir de entonces se le conoció como Cata.

—¿Alguno sabe usar el arco largo? —preguntó Dunk.

Arrastraron los pies por el suelo, mientras las gallinas picoteaban alrededor.

Al final contestó Pate, el de los ojos llorosos.

—Perdone, ser, es que el señor no nos permite tenerlos. Los ciervos de Osgrey son para los leones jaquelados, no para los de nuestra condición.

—¿Nos darán espadas, yelmos y cotas? —quiso saber el más joven de los tres Wat.

—Por supuesto que sí —dijo Bennis—, en cuanto maten a uno de los malditos caballeros de la Viuda y dejen su cadáver desnudo. Y no olviden meter la mano en el culo de su caballo, que es donde encontrarán su dinero.

Pellizcó al joven Wat por debajo del brazo hasta hacerlo gritar de dolor. Después se los llevó a todos al bosque Cerradón, a cortar lanzas.

Volvieron con ocho endurecidas al fuego, de muy desigual longitud, y varios escudos rudimentarios, hechos con ramas trenzadas. También ser Bennis se había hecho una lanza, con la que les enseñó a atacar con la punta y esquivar con el astil. También dónde aplicar la punta para matar a alguien.

—Soy del parecer de que lo mejor es la barriga y el cuello —se golpeó el pecho con el puño—. Aquí dentro está el corazón, que también sirve. El

problema es que está detrás de las costillas. La barriga es muy blanda. Destripar es lento pero seguro. No sé de ningún hombre que haya sobrevivido a que se le salieran las tripas. Si algún tonto les da la espalda, metan la punta entre los omoplatos o atraviésenle el riñón, que está aquí. Cuando hieres a alguien en el riñón no sobrevive mucho tiempo.

La presencia de tres Wat en el grupo daba pie a confusiones siempre que Bennis intentaba explicarles qué hacer.

—Deberíamos ponerles nombres de aldea, ser —propuso Egg—, como ser Arlan del Árbol de la Moneda, su antiguo señor.

Buena idea, si no fuera porque las aldeas en cuestión también carecían de nombre...

—Entonces —dijo Egg— podríamos llamarlos por lo que cultivan, ser.

Una aldea estaba entre campos de alubias, otra cultivaba sobre todo cebada y la tercera hileras de coles, zanahorias, cebollas, nabos y melones. Como nadie quería ser Col o Nabo, el último grupo recibió el nombre de Melones. Al final había cuatro Cebadas, dos Melones y dos Alubias. Como los dos hermanos Wat eran Cebadas, se necesitaba otra distinción. Cuando el menor comentó que una vez se había caído en el pozo de la aldea, Bennis le puso el apodo de Wat al Agua. Así quedó. Estaban encantados de recibir "nombres de señor", salvo Rob el Grande, que al parecer era incapaz de recordar si era Alubia o Cebada.

Una vez que todos tuvieron nombre y lanza, ser Eustace salió de Tiesa para dirigirles unas palabras. El anciano caballero se colocó ante la puerta de la torre con sus mallas y placas, bajo una larga sobreveste de lana que el tiempo había vuelto más amarilla que blanca. Llevaba cosido por delante y por detrás el león jaquelado, en pequeños recuadros verdes y dorados.

—Muchachos —dijo—, todos se acordarán de Dake. La Viuda Escarlata lo metió en un saco y lo ahogó. Le quitó la vida y ahora se cree que también nos quitará el agua del Jaquel que alimenta nuestros campos... ¡No lo hará! —levantó la espada sobre la cabeza—. ¡Por Osgrey! —dijo con voz estentórea—. ¡Por Tiesa!

—¡Osgrey! —repitió Dunk.

Egg y los reclutas retomaron su grito.

—¡Osgrey! ¡Osgrey! ¡Por Tiesa!

Dunk y Bennis sometieron a instrucción a la pequeña compañía, entre cerdos y gallinas, mientras ser Eustace observaba desde arriba, en el balcón. Sam Encorvado había relleno de paja sucia algunos sacos viejos, que se convirtieron en los enemigos. Los reclutas empezaron a practicar con sus lanzas, entre los berridos de Bennis.

—Claven, retuerzan y rasguen. Claven, retuerzan y rasguen. ¡Pero saquen la maldita lanza! No tardarán en necesitarla para el siguiente. Demasiado lento, Cata, demasiado lento, maldita sea. Si no puedes hacerlo más deprisa, vuelve a lo tuyo, que es tirar piedras. Lem, aplica tu peso al atacar. Así me gusta. Meter y sacar, meter y sacar... ¡Como si fornicaran! Así, metiendo y sacando. Destrózalos, destrózalos, destrózalos.

Una vez hechos trizas los sacos por medio millar de lanzadas y desparramada la paja en el suelo, Dunk se quitó la armadura y fue en busca de una espada de madera para ver cómo se desempeñaban los hombres con un enemigo menos inerte.

La respuesta fue que no muy bien. Sólo Cata resultó bastante veloz para superar el escudo de Dunk con su lanza, y una sola vez lo consiguió. Dunk rechazaba una tras otra las torpes y vacilantes estocadas, antes de echar la espada a un lado y arremeter contra el campesino correspondiente. Si su espada hubiera sido de acero en vez de pino, los habría matado a todos media docena de veces.

—En cuanto paso de este punto son hombres muertos —les advertía, mientras lo acentuaba con golpes en piernas y brazos.

Al menos Cata, Lem y Wat al Agua no tardaron mucho en aprender a ceder terreno. Rob el Grande soltó la lanza y se fue corriendo. Bennis tuvo que salir en su persecución y traerlo hecho un mar de lágrimas. Al final de la tarde todos estaban magullados y amoratados, con nuevas ampollas en las manos callosas tras haber sujetado las lanzas. En cuanto a Dunk, no le quedó marca alguna, pero cuando Egg lo ayudó a despojarse de su armadura le faltaba poco para ahogarse en su propio sudor.

Mientras se ponía el sol, Dunk se llevó a la pequeña compañía a la bodega y los obligó a bañarse, incluso a los que ya lo habían hecho el invierno anterior. Después la mujer de Sam Encorvado les trajo cuencos de estofado con muchas zanahorias, cebollas y cebada. Estaban agotados, pero

al oírlos parecía que todos fueran el doble de mortíferos que un caballero de la Guardia Real. No veían el momento de exhibir su valor. Ser Bennis los azuzó aún más al contarles los placeres de la vida de soldado, sobre todo el pillaje y las mujeres. Los dos veteranos se mostraron de acuerdo. A juzgar por sus palabras, Lem había vuelto de la rebelión de Fuegoscurio con un cuchillo y unas buenas botas, que si bien le quedaban pequeñas estaban colgadas en la pared de su casa. Pat se deshizo en elogios sobre algunas de las cantineras a las que había conocido al seguir al dragón.

Sam Encorvado les había preparado ocho camastros de paja en el sótano, así que después de llenarse la barriga se fueron todos a dormir. Bennis se quedó lo suficiente para lanzarle a Dunk una mirada de asco.

—Ser Inútil debería haberse chingado a algunas campesinas más mientras le quedaba algo de savia en esas tristes y viejas pelotas —dijo—. Si entonces hubiera sembrado una buena cosecha de bastardos, tal vez ahora tendríamos a algún soldado.

—No me parecen peores que cualquier otra leva de campesinos.

Dunk había marchado junto a unas cuantas mientras era escudero de ser Arlan.

—Ajá —dijo ser Bennis—. En quince días más quizá logren plantar cara a otro hatajo de campesinos, pero ¿a caballeros...?

Sacudió la cabeza y escupió.

El pozo de Tiesa estaba en la bodega, en una húmeda estancia con muros de piedra y tierra. Era donde la mujer de Sam Encorvado remojaba, frotaba y vareaba la ropa antes de ponerla a secar en la azotea. El gran lavadero de piedra también se usaba para el aseo de las personas. Para bañarse hacía falta sacar agua del pozo cubo a cubo, calentarla en el hogar en una gran caldera de hierro, vaciar esta última en la tina y reemprender el proceso entero. Llenar la caldera requería cuatro cubos y la tina, tres calderas. Cuando la última caldera estaba caliente, el agua de la primera ya se había puesto tibia. A ser Bennis se le había oído decir que era un engorro de los mil demonios; por eso estaba infestado de piojos y pulgas, además de que olía a queso podrido.

Al menos Dunk contaba con la ayuda de Egg cuando apretaba la necesidad de un buen baño, como aquella noche. El muchacho sacó el agua en un silencio hosco y apenas habló mientras se calentaba.

—¿Egg? —dijo Dunk justo cuando rompía a hervir la última caldera—. ¿Ocurre algo? —y como Egg no contestaba añadió—: Ayúdame con la caldera.

La transportaron entre los dos del fuego a la tina, con cuidado de no salpicarse.

—Ser —dijo el niño—, ¿qué creen que piensa hacer ser Eustace?

—Derruir la presa y, si los hombres de la Viuda intentan impedirnoslo, luchar contra ellos.

Lo dijo en voz alta para que los chapoteos del agua no taparan su voz. Al verterla levantaban una cortina blanca de vapor que les enrojecía la cara.

—Sus escudos son de madera trenzada, ser. Podría atravesarlos una lanza o la flecha de una ballesta.

—Cuando estén listos tal vez les encontremos armaduras.

Era a lo máximo que podían aspirar.

—Es posible que los maten, ser. Wat al Agua casi es un niño. Will Cebada piensa aprovechar la próxima visita del septón para casarse, y Rob el Grande no sabe ni diferenciar su pie izquierdo del derecho.

Dunk dejó caer la caldera vacía en el suelo de tierra prensada.

—Roger del Árbol de la Moneda era más joven que Wat al Agua cuando murió en el campo de Hierba Roja. También en las huestes de tu padre había hombres a punto de casarse, y otros que nunca besaron a una chica. Había cientos o miles que no sabían diferenciar su pie izquierdo del derecho.

—No es lo mismo —insistió Egg—. Era una guerra.

—Y esto también. Igual, pero más pequeña.

—Más pequeña y más tonta, ser.

—Ni tú ni yo somos nadie para decirlo —contestó Dunk—. Si los llama ser Eustace, su deber es ir a la guerra... y si es necesario, morir.

—Pues entonces no deberíamos haberles puesto nombres, ser. Sólo servirá para entristecernos más cuando mueran —Egg arrugó la cara—. Si usáramos mi bota...

—No.

Dunk se apoyó en una pierna para quitarse la suya.

—Bueno, pero mi padre...

—No.

La segunda bota corrió la misma suerte que la primera.

—Nos...

—No —Dunk se pasó por la cabeza su túnica manchada de sudor, que arrojó a Egg—. Pídele a la mujer de Sam Encorvado que me la lave.

—Sí, ser, pero...

—Dije que no. ¿Necesitas un golpe en la oreja para oír mejor? —se desató los pantalones. Debajo no había nada más que piel. Era un día demasiado caluroso para llevar ropa interior—. Está muy bien que te preocupes por Wat y Wat y Wat y los demás, pero la bota está reservada para momentos de necesidad extrema —"¿Cuántos ojos tiene lord Cuervo de Sangre? Mil, y uno más"—. ¿Qué te dijo tu padre cuando te mandó como mi escudero?

—Que me rapara o tiñera el pelo y no le dijera a nadie mi verdadero nombre —dijo el niño, a todas luces a disgusto.

Hacía ya un buen año y medio que Egg servía a Dunk, aunque había días en que parecían veinte. Juntos habían escalado el Paso del Príncipe y cruzado las profundas arenas de Dorne, las rojas y las blancas. Una gabarra los había llevado por el Sangreverde a la ciudad de Los Tablones, donde habían zarpado para Antigua en la galeaza Dama Blanca. Juntos habían dormido en establos, posadas y zanjás, compartido el pan con hermanos mendigos, putas y comediantes, y buscado cien funciones de títeres. Egg había tenido bien cuidado el caballo de Dunk, bien afilada su espada y sin herrumbre su cota de malla. No se podía desear mejor acompañante, hasta el punto de que el caballero errante ya casi lo consideraba un hermano menor.

"Pero no lo es." A aquel "huevo" no lo habían incubado pollos, sino dragones: aunque Egg fuera el escudero de un caballero errante, Aegon de la casa Targaryen era el cuarto y último hijo de Maekar, príncipe de Refugio Estival, cuarto hijo a su vez del difunto rey Daeron el Bueno, el segundo de

su nombre, el cual había ocupado durante veinticinco años el Trono de Hierro, hasta que se lo llevó la gran epidemia primaveral.

—Para la mayoría de la gente Aegon Targaryen volvió a Refugio Estival con su hermano Daeron después del torneo de Vado Ceniza —le recordó Dunk al niño—. Tu padre no quería que se supiera que vagabas por los Siete Reinos con un caballero errante; es decir, no se hable más de tu bota.

La única respuesta que obtuvo fue una mirada. Egg tenía unos ojos grandes que por alguna razón lo parecían aún más con la cabeza rapada. En la penumbra de aquella bodega iluminada con lámparas parecían negros, pero con más luz se apreciaba su auténtico color: un violeta profundo y oscuro.

"Ojos valyrios", pensó Dunk. No era un color habitual en Poniente, salvo entre los de la sangre del dragón, como no lo era tampoco tener el pelo como de oro batido, entreverado de hebras de plata.

Durante la travesía por el Sangreverde las huérfanas habían jugado a acariciar la cabeza rapada de Egg como si diera buena suerte. El niño se ponía más rojo que una granada.

—Qué tontas son las niñas —decía—. La próxima que me toque, acaba en el río.

—Pues entonces —había tenido que decirle Dunk— seré yo el que lo haga: te daré tal golpe en la oreja que oirás campanas durante toda una luna.

Su respuesta no había hecho más que provocar la insolencia del muchacho.

—Mejor campanas que niñas tontas —insistía.

Sin embargo, no había llegado a arrojar a nadie al río.

Dunk entró en la tina y se sumergió hasta que el agua le llegó a la barbilla. Por arriba todavía quemaba, aunque por abajo estaba más tibia. Apretó los dientes para no gritar, porque el niño se habría reído. A Egg le gustaba bañarse en agua hirviendo.

—¿Necesitas que ponga a hervir más agua, señor?

—No, con esta ya está bien —Dunk se restregó los brazos, y vio desprenderse la suciedad en largas nubes grises—. Tráeme el jabón. Ah, y también el cepillo de mango largo.

Al pensar en el pelo de Egg se acordó de que el suyo estaba sucio, así que respiró hondo y se metió por debajo del agua para remojarlo bien.

Cuando volvió a emerger con un chapoteo, Egg estaba al lado de la tina con el jabón y el cepillo de mango largo en las manos.

—Tienes pelos en la mejilla —observó Dunk al tomar el jabón—. Dos. Debajo de la oreja. Que no se te olviden la próxima vez que te afeites la cabeza.

—No se me olvidarán, ser.

El niño parecía complacido por el descubrimiento. "Seguro piensa que con un poco de barba ya es un hombre." Lo mismo había pensado él cuando le salió el primer vello en el labio superior. "Intenté afeitarme con mi daga y casi me rebané la nariz."

—Ahora ve a dormir —le dijo a Egg—. No te necesitaré hasta mañana en la mañana.

Tardó un poco en arrancarse la suciedad y el sudor. Luego dejó el jabón, se estiró cuan largo era y cerró los ojos. El agua ya había refrescado. Tras un día de calor tan salvaje resultó un alivio. Se quedó remojando hasta que se le arrugaron los pies, las manos, y se puso gris y fría toda el agua. Sólo entonces salió a regañadientes.

Aunque a Egg y a él les habían dado gruesos camastros de paja en la bodega, Dunk prefirió dormir en el tejado, donde el aire era más fresco y de vez en cuando soplaba algo de brisa. Por la lluvia no había que preocuparse. La próxima vez que lloviera allá arriba sería la primera.

Llegó al tejado, donde Egg ya dormía, y se tendió de espaldas con las manos detrás de la cabeza, contemplando el cielo. Estaba plagado de estrellas, a millares. Le recordó una noche en Vado Ceniza, antes de que empezara el torneo. Había visto una estrella fugaz, y como se suponía que daban suerte, pidió a Tanselle que se la pintara en el escudo. Sin embargo, si algo no le había reportado suerte era Vado Ceniza. Antes del final del torneo casi había perdido una mano y un pie, y tres buenos hombres habían perdido la vida. "Aunque gané un escudero. De Vado Ceniza ya me fui con Egg. Fue lo único bueno que salió de todo aquello."

Esperó que aquella noche no hubiera estrellas fugaces.

A lo lejos había montañas rojas y arena blanca bajo sus pies. Dunk estaba cavando. Hincaba una pala en la tierra seca y caliente, y arrojaba por encima del hombro la fina arena. Estaba haciendo un agujero. "Una tumba", pensó, "la de la esperanza". Tres caballeros de Dorne lo observaban mientras intercambiaban comentarios burlones en voz baja. Algo más lejos esperaban los mercaderes con sus mulas, sus carros y sus trineos de arena. Habrían querido irse, pero Dunk debía enterrar a Castaño. No pensaba dejar a su viejo amigo a merced de las serpientes, los escorpiones y los perros del desierto.

El jamelgo había muerto con Egg sobre su lomo, durante la larga y sedienta travesía entre el Paso del Príncipe y Vaith. Fue como si se le doblaran de golpe las patas delanteras y, tras quedarse apoyado en las rodillas, cayera de costado y se muriera. Sus restos yacían junto al agujero. Ya estaban rígidos. Pronto empezarían a oler mal.

Para diversión de los caballeros de Dorne, Dunk lloraba al cavar.

—En el yermo es muy valiosa el agua —dijo uno de ellos—. No debería malgastarla, ser.

Otro se rio entre dientes.

—¿Por qué llora? —dijo—. Sólo era un caballo, un mal caballo.

"Castaño", pensó Dunk mientras cavaba, "se llamaba Castaño y durante años me llevó en su lomo sin un solo corcoveo ni un mordisco". Junto a los gráciles corceles de la arena en que cabalgaban los dornienses, animales de cabeza elegante, cuello largo y generosa crin, el viejo penco no salía muy airoso, pero lo había dado todo.

—¿Lágrimas por un jamelgo contrahecho? —dijo ser Arlan con su voz de viejo—. Pero, muchacho, si por mí, que te puse en su lomo, jamás has llorado... —se rio un poco en señal de que el reproche no llevaba mala intención—. Así es Dunk el necio, más duro de entendimiento que traspasar el muro de un castillo.

—Tampoco lloró por mí —dijo desde la tumba Baelor Rompelanzas—, a pesar de que era su príncipe y la esperanza de Poniente. No era designio de los dioses que muriera tan joven.

—Mi padre sólo tenía treinta y nueve años —dijo el príncipe Valarr—. Estaba destinado a ser un gran rey, el mayor desde Aegon el Dragón —Miró a Dunk con unos ojos de un azul glacial—. ¿Por qué se lo llevaron los dioses y lo dejaron a usted?

El Príncipe Joven tenía el pelo castaño de su padre, aunque lo recorría un mechón de plata y oro.

"¡Están muertos!", tuvo ganas de exclamar Dunk. "¿Por qué no me dejan en paz, si los tres están muertos?" Ser Arlan había muerto de frío, el príncipe Baelor por el golpe recibido de su hermano en el transcurso del juicio de siete de Dunk, y su hijo Valarr durante la gran epidemia primaveral. "La culpa no fue mía. Estábamos en Dorne. Ni siquiera nos enteramos."

—Estás loco —le dijo el viejo—. A ti no te cavaremos ninguna fosa cuando te mates por esta locura. En lo profundo de las arenas hay que reservar el agua.

—Márchese, ser Duncan —dijo Valarr—. Márchese.

Egg cavaba con Dunk. A falta de pala lo hacía con las manos, pero la arena se derramaba en la tumba con la misma rapidez con que los dedos lograban apartarla. Era como intentar hacer un agujero en el mar. "Debo seguir cavando", se dijo Dunk pese a que le dolían la espalda y los hombros a causa del esfuerzo. "Debo enterrarlo bastante para que no puedan encontrarlo los perros del desierto. Tengo que..."

—¿... morir? —dijo desde el fondo de la tumba Rob el Grande, el necio de la aldea.

Quieto, frío, con una gran herida roja en la barriga, no parecía grande en absoluto.

Dunk se detuvo y lo miró.

—Tú no estás muerto. Tú estás durmiendo abajo, en la bodega —miró a ser Arlan, en busca de su ayuda—. Dígaselo, ser —le rogó—. Dígale que salga de la tumba.

Sin embargo, al que tenía delante no era a ser Arlan del Árbol de la Moneda, sino a ser Bennis del Escudo Pardo. El caballero marrón se limitó a cacarear.

—Dunk, necio —dijo—, destripar es lento pero seguro. No sé de ningún hombre que haya sobrevivido a que se le salgan las tripas.

Tenía espuma roja en los labios. Se giró para escupir y se la bebió la arena blanca. Detrás de él estaba Treb, con una flecha en el ojo, llorando poco a poco rojas lágrimas. También estaba Wat al Agua con la cabeza partida casi en dos, así como el viejo Lem y Pate, el de los ojos rojos, y todos los demás. Al principio Dunk pensó que todos habían mascado hojamarga con ser Bennis, pero luego se dio cuenta de que lo que goteaba de sus bocas era sangre. "Muertos", pensó, "todos muertos". El caballero pardo rebuznó.

—Pues sí, es decir que no te entretengas, necio, que debes cavar más tumbas. Ocho para ellos, una para mí, una para el viejo ser Inútil y la última para tu niño calvo.

A Dunk se le escapó la pala de las manos.

—¡Egg —exclamó—, corre! ¡Tenemos que correr!

Sin embargo, la arena ya empezaba a ceder bajo los pies de Dunk y los del niño. Cuando Egg intentó salir del agujero, los lados se desmoronaron por completo. Justo cuando Dunk abría la boca para gritar, vio que la arena engullía y sepultaba a su escudero, y aunque intentó llegar hasta él se vio rodeado por la arena, que lo arrastraba hacia la tumba y le llenaba la boca, la nariz, los ojos...

Al despuntar el día ser Bennis dio inicio a la labor de enseñar a sus reclutas a formar una pared de escudos. Colocó a los ocho hombro con hombro, con los escudos en contacto y las puntas de lanza saliendo por los intersticios como largos dientes de madera. Acto seguido Dunk y Egg montaron y cargaron contra ellos.

Maestre se negó a acercarse más de tres varas a las lanzas y frenó en seco. En cambio, Trueno estaba adiestrado para ello. El gran corcel siguió al galope, cada vez más raudo. Entre sus patas las gallinas corrían gritando y aleteando. Su pánico debió de ser contagioso. Una vez más fue Rob el Grande el primero en soltar la lanza y correr, con lo que dejó un hueco en el centro de la pared. En vez de cerrar filas, los demás guerreros de Tiesa se sumaron a la huida y Trueno pisoteó los escudos arrojados al suelo antes de que Dunk lograra detenerlo con las riendas. Bajo sus herraduras se partieron

las ramas enlazadas, reducidas a astillas. Ser Bennis soltó una sarta de palabrotas hirientes, mientras por doquier corrían gallinas y campesinos. Egg hizo un viril esfuerzo por aguantarse la risa, pero al final salió perdedor.

—Ya basta —Dunk refrenó a Trueno, desató su yelmo y se lo quitó—. Si hacen lo mismo durante una batalla, los matarán a todos.

"Y lo más probable es que a ti y a mí también." Ya hacía calor. Se notaba sucio y pegajoso, como si no se hubiera bañado. Le dolía mucho la cabeza. No podía olvidar lo que había soñado durante la noche. "No fue así", intentaba convencerse. "Pasó de otra manera." Castaño había muerto durante el largo viaje sin agua hasta Vaith. Eso era cierto. Dunk y Egg habían montado juntos hasta que el hermano de Egg les dio a Maestre. En cambio el resto...

"No lloré. Puede que tuviera ganas, pero no lloré." También había sentido ganas de enterrar al caballo, pero los caballeros de Dorne no se habían mostrado dispuestos a esperar. "Los perros del desierto necesitan comer y alimentar a sus cachorros", le había dicho uno mientras lo ayudaba a despojar al animal de su silla y su brida. "Su carne servirá de alimento a los perros o a la arena. Dentro de un año sus huesos estarán limpios. Esto es Dorne, amigo mío." Al recordarlo, Dunk sintió una curiosidad irremediable por saber a quién alimentaría la carne de Wat, y la del otro Wat, y la del otro. "Quizá en el fondo del Jaquel haya peces jaquelados."

Volvió a la torre a lomos de Trueno y desmontó.

—Egg, ayuda a ser Bennis a reunirlos y traerlos otra vez.

Puso el yelmo en manos del muchacho y se acercó resuelto a la escalera.

Ser Eustace lo recibió en la penumbra de sus aposentos.

—No salió bien.

—No, mi señor —dijo Dunk—. No servirán.

"Una espada juramentada debe servicio y obediencia a su señor, pero esto es una locura."

—Era la primera vez. Sus padres y hermanos lo hicieron igual de mal o peor cuando empezaron la instrucción. Antes de que fuéramos en auxilio

del rey mis hijos trabajaron con ellos a diario, durante no menos de dos semanas, y los convirtieron en soldados.

—¿Y al entrar en combate, mi señor? —preguntó Dunk—. ¿Cómo les fue? ¿Cuántos regresaron con usted?

El anciano caballero lo miró un largo rato.

—Lem —dijo al fin—, y Pate y Dake. Dake nos conseguía la comida. No he visto a nadie que lo hiciera mejor. Nunca andábamos con el estómago vacío. Volvieron tres, ser. Tres y yo —le tembló el bigote—. Quizá hagan falta más de dos semanas.

—Mi señor —dijo Dunk—, la Viuda podría llegar mañana mismo con todos sus hombres —"Son buena gente", pensó, "pero si se enfrentan con los caballeros de Fosa Fría pronto serán gente muerta"—. Debe de haber otra manera.

—Otra manera —ser Eustace rozó con los dedos el escudo del Pequeño León—. No obtendré justicia de lord Rowan ni de este rey... —tomó a Dunk por el antebrazo—. Ahora me viene a la cabeza que en tiempos pasados, cuando los reyes verdes gobernaban, se podía pagar un precio de sangre a alguien si le habías matado un animal o a un campesino.

—¿Un precio de sangre?

Dunk no lo veía muy claro.

—Preguntaste si había otra manera. Tengo unas cuantas monedas apartadas. Según ser Bennis sólo fue un moretón en la mejilla. A él podría pagarle un venado de plata y a ella tres por el insulto. Podría, y lo haría... a condición de que ella desmonte la maldita presa —el anciano frunció el ceño—. Pero no puedo ir a verla. No a Fosa Fría —junto a su cabeza pasó zumbando una gran mosca negra que se posó en su brazo—. Antaño el castillo era nuestro. ¿Lo sabías, ser Duncan?

—Sí, mi señor.

Se lo había contado Sam Encorvado.

—Durante los mil años anteriores a la Conquista fuimos alguaciles de la Frontera Norte. Nos juraban fidelidad una veintena de pequeños señores y un centenar de caballeros con tierras. Por entonces teníamos cuatro castillos y atalayas en los montes para avisar de la proximidad de nuestros enemigos.

La mayor de nuestras residencias era Fosa Fría. La erigió lord Perwyn Osgrey, al que llamaban Perwyn el Orgulloso.

"Después del Campo de Fuego, Altojardín pasó de reyes a mayordomos, y los Osgrey se vieron mermados y disminuidos. El rey Maegor, hijo de Aegon, fue el que nos arrebató Fosa Fría, después de que lord Osmond Osgrey manifestó su rechazo a la supresión de las Estrellas y las Espadas, como llamaban a los clérigos humildes y los hijos del Guerrero —su voz se había vuelto ronca—. Encima de las puertas de Fosa Fría hay un león jaquelado tallado en piedra. Me lo enseñó mi padre la primera vez que me llevó a ver al viejo Reynard Webber, y yo a mi vez se lo mostré a mis hijos. Addam... Addam sirvió como paje y escudero en Fosa Fría, y... y nacieron afectos entre él y la hija de lord Wyman, así que un día de invierno tomé mis mejores vestiduras y fui a hablar con lord Wyman para proponerle matrimonio. Su negativa fue cortés, pero al irme lo oí reírse con ser Lucas Inchfield. Desde entonces no he vuelto más que una vez a Fosa Fría, cuando ella se jactó de haberse llevado a uno de los míos. Cuando me dijeron que buscara al pobre Lem en el fondo del foso..."

—Dake —dijo Dunk—. Bennis dice que se llamaba Dake.

—¿Dake? —la mosca, que ya iba por la manga, se paró a frotarse las patas como tienen las moscas por costumbre. Ser Eustace la ahuyentó y se frotó el labio por debajo del bigote—. Dake. Es lo que dije. Un hombre fiel. Lo recuerdo a la perfección. Durante la guerra nos buscaba la comida. Nunca andábamos con el estómago vacío. Cuando ser Lucas me informó de lo que le habían hecho a mi pobre Dake, hice el voto sagrado de nunca más pisar aquel castillo salvo para tomar posesión de él. Entiende, pues, ser Duncan, que no puedo ir. Ni para pagar el precio de sangre ni por ningún otro motivo. No puedo.

Dunk lo había entendido.

—Yo podría ir, mi señor. No he hecho ningún voto.

—Eres un buen hombre, ser Duncan. Un caballero valeroso y leal —ser Eustace le apretó el brazo—. Ojalá que los dioses no se hubieran llevado a mi Alysanne. Eres el tipo de hombre con el que siempre tuve la esperanza de que se casara. Un caballero de verdad, ser Duncan, un caballero de verdad.

Dunk se estaba sonrojando.

—Transmitiré a lady Webber lo que ha dicho sobre el precio de sangre, pero...

—Salvarás a ser Bennis de correr la misma suerte que Dake. Lo sé. Conozco a los hombres, y en este caso tú eres el que posee el temple verdadero. Les darás qué pensar, ser. Con tan sólo mirarte. Cuando ella vea que Tiesa cuenta con un paladín así, es posible que desmonte la presa por su propia voluntad.

Dunk no sabía qué decir. Se arrodilló.

—Mi señor, saldré por la mañana y haré cuanto pueda.

—Por la mañana —la mosca voló en círculos hasta posarse en la mano izquierda de ser Eustace, que levantó la derecha y la aplastó—. Sí. Por la mañana.

—¿Otro baño? —preguntó Egg, consternado—. Pero si te bañaste ayer.

—Y desde entonces he estado un día entero nadando en sudor dentro de mi armadura. Cierra la boca y llena la caldera.

—Te lavaste la noche en que ser Eustace nos tomó a su servicio —señaló Egg—. Con el baño de anoche y el de ahora ya son tres veces, señor.

—Debo negociar con una dama de alta cuna. ¿Qué quieres, que me presente en su residencia oliendo como ser Bennis?

—Para oler tan mal tendrías que revolcarte en una tina llena de excrementos de Maestre, ser —Egg llenó la caldera—. Dice Sam Encorvado que el gobernador de Fosa Fría es tan alto como tú. Se llama Lucas Inchfield, aunque por su estatura lo llaman Tres Varas. ¿Crees que sea tan alto como tú, ser?

—No.

Hacía años que Dunk no veía a nadie de su estatura. Tomó la caldera y la colgó sobre el fuego.

—¿Combatirás contra él?

—No —Dunk casi deseaba lo contrario. Tal vez no fuera el mejor combatiente del reino, pero su altura y fortaleza compensaban muchas

carencias. "No la de entendimiento, ésa no." Se le daban mal las palabras y peor las mujeres. Aquel gigante, Lucas Tres Varas, no lo amedrentaba ni la mitad que la idea de presentarse ante la Viuda Escarlata—. Sólo iré a hablar con la Viuda Escarlata.

—¿Y qué le dirás, ser?

—Que debe desmontar la presa —"Mi señora, debe desmontar la presa; de lo contrario..."—. Quiero decir que se lo pediré —"Por favor, devuélvanos nuestra agua jaquelada"—. Si así le place.

"Un poco de agua, mi señora, si así le place. A ser Eustace no le gustaría rogarle. Si no, ¿cómo lo digo?"

El agua no tardó en bullir y desprender vapor.

—Ayúdame a llevarla a la tina —le dijo al niño. Levantaron la caldera del fuego y cruzaron la bodega hasta la gran tina de madera—. No sé cómo hablar con damas de alta cuna —confesó Dunk mientras vertían el agua—. En Dorne casi nos matan a los dos por lo que le dije a lady Vaith.

—Lady Vaith estaba loca —le recordó Egg—, aunque podrías haber sido algo más galante... A las damas les gusta la galantería. Si tuvieras que rescatar a la Viuda Escarlata como rescataste de Aerion a la titiritera...

—Aerion está en Lys y a la Viuda no le hace falta que la rescaten.

Dunk no quería hablar de Tanselle. "Tanselle la Giganta, la llamaban, pero para mí no era demasiado alta."

—Bueno —dijo el niño—, hay caballeros que les cantan canciones galantes a sus damas o entonan melodías con el laúd.

—Yo no tengo laúd —Dunk estaba taciturno—. Además, aquella noche en que bebí más de la cuenta en la ciudad de Los Tablones me dijiste que cantaba como un buey en un barrizal.

—Se me había olvidado, ser.

—¿Cómo se te puede haber olvidado?

—Tú me pediste que lo olvidara, ser —dijo Egg, todo inocencia—. Me dijiste que si volvía a hablar del tema recibiría un golpe en la oreja.

—Nada de canciones.

Aun si Dunk hubiera tenido la voz para ello, la única canción que conocía era "El oso y la doncella", y dudaba que fuera muy del gusto de lady Webber. La caldera volvió a hervir. La llevaron a la tina y la volcaron.

Egg sacó agua para llenarla por tercera vez y regresó al pozo.

—Mejor que en Fosa Fría no comas ni bebas nada, ser. La Viuda Escarlata ha envenenado a todos sus maridos.

—Veo difícil que se case conmigo. Es de alta cuna y yo, por si no te acuerdas, soy Dunk del Lecho de Pulgas —Dunk frunció el ceño—. Por cierto, ¿cuántos esposos ha tenido? ¿Lo sabes tú?

—Cuatro —dijo Egg—, pero ningún hijo. Cada vez que da a luz un demonio viene por la noche y se lleva el fruto. La mujer de Sam Encorvado dice que vendió a sus hijos por nacer al señor de los siete infiernos a cambio de que le enseñara sus malas artes.

—Las damas de alta cuna no hacen tratos con la magia negra. Cantan, bailan y bordan.

—Tal vez ella baile con demonios y borde hechizos maléficos —dijo Egg, encantado—. Además, ser, ¿qué sabes tú de lo que hacen las damas de alta cuna? La única a la que has conocido es lady Vaith.

Era una impertinencia, pero cierta.

—Tal vez no conozca a damas de alta cuna, pero sí a un niño que se está ganando un buen golpe en la oreja —Dunk se frotó la nuca, que después de todo un día en cota de malla siempre se quedaba tiesa como la madera—. Tú has conocido a reinas y princesas. ¿Bailaban con demonios y practicaban la magia negra?

—Lady Shiera sí. La amada de lord Cuervo de Sangre. Se baña en sangre para conservar su belleza. Y una vez mi hermana Rhae me puso en la bebida una pócima de amor para que me casara con ella y no con mi hermana Daella.

Egg lo decía como si el incesto fuera lo más normal del mundo. "Para él lo es." Los Targaryen llevaban cientos de años casándose entre hermanos a fin de garantizar la pureza de la sangre del dragón. Aunque el dragón propiamente dicho hubiera muerto antes de nacer Dunk, aún había reyes dragón. "Quizá a los dioses no les moleste que se casen con sus hermanas."

—¿Y surtió efecto la pócima? —preguntó Dunk.

—Lo habría surtido —dijo Egg— si yo no la hubiera escupido. No quiero casarme. Deseo ser caballero de la Guardia Real y no vivir para otra

cosa que para servir y defender al rey. Los miembros de la Guardia Real hacen el voto de no casarse.

—Muy noble, pero cuando seas mayor quizá descubras que prefieres a una chica que una capa blanca —Dunk pensaba en Tanselle la Giganta y en cómo le había sonreído en Vado Ceniza—. Ser Eustace me dijo que soy como habría querido que fuera el esposo de su hija. Se llamaba Alysanne.

—Está muerta, ser.

—Sí, ya sé que está muerta —dijo Dunk, irritado—. Si estuviera viva, dijo. En tal caso, a ser Eustace le habría gustado que se casara conmigo. O con alguien como yo. Es la primera vez que un señor me ofrece a su hija.

—A su hija muerta. Además, aunque antiguamente los Osgrey fueran señores, ahora ser Eustace es un simple caballero con tierras.

—Ya sé qué es. ¿Quieres un golpe en la oreja?

—Bueno —dijo Egg—, prefiero el golpe que a una esposa. Sobre todo si está muerta, ser. Ya está hirviendo la caldera.

Llevaron el agua a la tina y Dunk se quitó la túnica por la cabeza.

—Para ir a Fosa Fría me pondré la túnica de Dorne.

Era de seda cruda y la mejor de todas sus prendas, pintada con la imagen de su olmo y su estrella fugaz.

—Si cabalgas con ella se te mojará de sudor, ser —dijo Egg—. Ponte la misma que hoy. La otra la llevaré yo y así podrás cambiarte al llegar al castillo.

—Antes de llegar. Si me ven cambiarme en el puente levadizo haré el ridículo. ¿Y quién dijo que me acompañarías?

—Impresionan más los caballeros cuando van con su escudero.

Era verdad. De esas cosas el niño sabía mucho. "Es normal. Fue paje en Desembarco del Rey durante dos años." Aun así Dunk se resistía a llevárselo a una misión tan peligrosa. No tenía la menor idea de cómo sería recibido en Fosa Fría. Si la Viuda Escarlata en cuestión era tan peligrosa como se decía, podría acabar en una jaula de cuervos como los dos hombres a quienes habían visto al borde del camino.

—Tú te quedarás para ayudar a Bennis con el pueblo llano —le dijo a Egg—. Y no pongas esa cara —se quitó los pantalones con dos puntapiés y

se metió en la tina de agua muy caliente—. Ahora vete a dormir y deja que me bañe. No vendrás y punto.

Cuando Dunk se despertó, con el sol en la cara, Egg ya se había ido. "Válgame los dioses, ¿cómo puede hacer este calor tan temprano?"

Se incorporó, se desperezó con un bostezo, se puso de pie y se acercó adormilado al pozo, donde tras encender un grueso cirio de sebo se refrescó la cara y se vistió.

Al salir al sol vio a Trueno al lado del establo, ensillado y embridado. También Egg esperaba con su mula Maestre.

El niño se había puesto las botas. Por una vez parecía un escudero de verdad, con un bonito jubón a cuadros verdes y dorados y unas calzas blancas de lana.

—Las calzas estaban rotas en la parte del trasero, pero me las cosió la mujer de Sam Encorvado —anunció.

—Era ropa de Addam —dijo ser Eustace al sacar del establo su caballo gris. La raída capa de seda que caía de los hombros del anciano estaba adornada con un león jaquelado—. El jubón está un poco enmohecido, después de tanto tiempo en el baúl, pero debería servir. Impresiona más un caballero cuando lo acompaña un escudero, así que he decidido que Egg te acompañe a Fosa Fría.

"Me ganó a listo un niño de diez años." Dunk miró a Egg y articuló en silencio las palabras "golpe en la oreja". El niño sonrió.

—También para ti tengo algo, ser Duncan. Acércate.

Ser Eustace sacó una capa y la sacudió con un gesto ceremonioso. Era de lana blanca, ribeteada con cuadrados de raso verde y tela de oro. Con aquel calor lo que menos necesitaba Dunk era una capa de lana, pero al ver la expresión de orgullo de ser Eustace al ponérsela en los hombros no fue capaz de rechazarla.

—Gracias, mi señor.

—Te queda bien. Ojalá pudiera ofrecerte algo más —al anciano le tembló el bigote—. Envié a Sam Encorvado a la bodega para que busque entre las cosas de mis hijos, pero Edwyn y Harrold eran más bajos, menos

fornidos de pecho y de piernas mucho más cortas. Aunque me duela reconocerlo, nada de lo que dejaron te quedaría bien.

—Con la capa es suficiente, mi señor. No la deshonraré.

—No lo dudo —ser Eustace dio una palmada a su caballo—. Pensé en acompañarlos un trecho del camino, si no hay inconveniente.

—Ninguno, mi señor.

Muy erguido en Maestre, Egg los llevó colina abajo.

—¿Es necesario que lleve ese sombrero blando de paja? —le preguntó ser Eustace a Dunk—. Queda un poco tonto, ¿no te parece?

—No tanto como cuando se le pela la cabeza, mi señor.

Ya a esas horas en que el sol apenas se había separado del horizonte hacía calor. "A mediodía quemarán tanto las sillas que nos saldrán ampollas." Por muy elegante que se viera Egg con las galas del niño muerto, al caer la noche se habría achicharrado. Al menos Dunk podría cambiarse de ropa. Llevaba la mejor de sus túnicas en la alforja y la vieja, la verde, a la espalda.

—Tomaremos el camino del oeste —anunció ser Eustace—. Desde hace unos años se usa poco, pero sigue siendo el camino más corto entre Tiesa y el castillo de Fosa Fría.

Rodearon la colina por detrás y pasaron junto a las tumbas donde el anciano había destinado el último reposo para su esposa y sus hijos, entre zarzamoras.

—A mis niños les encantaba venir aquí a buscar moras. De pequeños volvían con la cara pegajosa y los brazos llenos de arañazos, y no hacía falta que me dijeran dónde habían estado —sonrió con cariño—. Tu Egg me recuerda a mi Addam. Muy valiente para ser tan joven. Cuando les pasó la batalla por encima, Addam intentaba proteger a su hermano Harrold, que estaba herido. Un hombre de las tierras de los ríos con seis bellotas en el escudo le cortó el brazo con un hacha —sus ojos grises, llenos de tristeza, miraron los de Dunk—. Tu antiguo señor, el caballero del Árbol de la Moneda... ¿luchó en la rebelión de Fuegoscurio?

—Sí, mi señor, antes de tomarme a su servicio.

Entonces Dunk era un pequeño de tres o cuatro años que corría medio desnudo por las callejuelas de Lecho de Pulgas, y parecía más animal que

persona.

—¿En el bando del dragón rojo o el del negro?

Incluso después de tanto tiempo la pregunta "¿rojo o negro?" seguía siendo peligrosa. Desde los tiempos de Aegon el Conquistador, la casa Targaryen había tenido como emblema un dragón de tres cabezas rojo sobre negro. Como muchos bastardos, Daemon el Pretendiente había invertido los colores en sus estandartes. "Ser Eustace es mi señor", se recordó Dunk. "Tiene derecho a preguntarlo."

—Combatió bajo el estandarte de lord Hayford, mi señor.

—Palo ondeado de sinople sobre campo de oro enrejado de sinople.

—Es posible, mi señor. Egg debe de saberlo.

El niño era capaz de recitar las armas de la mitad de los caballeros de Poniente.

—Lord Hayford era un destacado lealista. El rey Daeron lo nombró su mano justo antes de la batalla. Butterwell se había desempeñado de modo tan funesto que muchos ponían en duda su lealtad. En cambio, lord Hayford mostró una fidelidad inquebrantable desde el primer día.

—Ser Arlan estaba a su lado cuando cayó. Fue abatido por un señor que llevaba tres castillos en el escudo.

—Ese día cayeron muchos buenos hombres, tanto en uno como en otro bando. Antes de la batalla la hierba no era roja. ¿Así te lo explicó ser Arlan?

—A ser Arlan no le gustaba hablar de la batalla. También fue donde murió su escudero. Se llamaba Roger del Árbol de la Moneda y era hijo de la hermana de ser Arlan.

El mero hecho de pronunciar su nombre hizo a Dunk sentirse vagamente culpable. "Yo le robé su sitio." Los medios para mantener a dos escuderos sólo los tenían los príncipes y los grandes señores. Si Aegon el Indigno le hubiera entregado su espada a Daeron, su heredero, en vez de a Daemon, su bastardo, quizá no se habría producido la rebelión de Fuegoscurio y Roger del Árbol de la Moneda seguiría vivo. "Sería caballero en alguna parte, un caballero más cabal que yo. Yo habría acabado en el patíbulo o me habrían enviado a la Guardia de la Noche para recorrer el Muro hasta mi muerte."

—Las grandes batallas son terribles —dijo el anciano caballero—, pero a veces, entre la sangre y la matanza, también hay belleza, una belleza que te rompería el corazón. Jamás olvidaré el aspecto del sol al ponerse en el campo de Hierba Roja... Deben de haber muerto diez mil hombres y el aire estaba cargado de gemidos y lamentos, pero encima de nosotros el cielo se puso dorado, rojo y naranja, y era tan bello que lloré al pensar que nunca lo verían mis hijos —suspiró—. El desenlace fue más apretado de como se explica ahora. De no ser por Cuervo de Sangre...

—Yo siempre había oído que la batalla la ganó Baelor —dijo Dunk—. Junto con el príncipe Maekar.

—¿El martillo y el yunque? —el bigote del anciano dio un respingo—. Los bardos omiten muchas cosas. Aquel día Daemon fue la viva encarnación del Guerrero. Nadie podía hacerle frente. Destrozó la vanguardia de lord Arryn y dio muerte al caballero de Nueve Estrellas y a Wyl Waynwood el Salvaje antes de enfrentarse con ser Gwayne Corbray, de la Guardia Real. Bailaron a caballo cerca de una hora, rodeándose y lanzándose estocadas mientras los hombres morían alrededor. Se dice que cada uno de los choques entre Fuego Oscuro y Dama Desesperada se escuchaba a una legua a la redonda. Era, dicen, mitad canción y mitad grito. Sin embargo, al final, cuando la Dama flaqueó, Fuego Oscuro hendió el yelmo de ser Gwayne y lo dejó ciego y ensangrentado. Daemon desmontó para asegurarse de que no se pisoteara al enemigo caído y ordenó a Colmillo Rojo que se lo llevara a la retaguardia, junto a los maestros. Fue un error mortal, ya que los Dientes de Cuervo habían conquistado los altos de Cresta Llorosa y Cuervo de Sangre vio el estandarte real de su hermanastro a trescientas varas, sobre Daemon y sus hijos. Al que mató primero fue a Aegon, el mayor de los gemelos, sabedor de que Daemon jamás se apartaría del lado del muchacho mientras le quedara un ápice de calor en el cuerpo, aunque cayeran saetas blancas como lluvia. Y no se movió, pese a que lo atravesaron siete flechas impulsadas a partes iguales por el arco de Cuervo de Sangre y la brujería. El joven Aemon tomó Fuego Oscuro cuando la espada se deslizó de los dedos de su padre agonizante, de modo que Cuervo de Sangre también le dio muerte a él, el menor de los gemelos. Así perecieron el dragón negro y sus hijos.

"Ya sé que a partir de ese momento ocurrieron muchas más cosas. Algo vi yo mismo... La retirada de los rebeldes, la loca carga de Aceroamargo al frente de los desbandados... Su lucha contra Cuervo de Sangre, superada tan sólo por la de Daemon contra Gwayne Corbray... El mazazo del príncipe Baelor a la retaguardia rebelde, los gritos de los dornienses al llenar el aire de lanzas... En resumidas cuentas no importaba. Con la muerte de Daemon terminó la guerra.

"Fue tan apretado... Si Daemon hubiera pasado por encima de Gwayne Corbray, dejándolo a su suerte, podría haber roto la izquierda de Maekar antes de que Cuervo de Sangre conquistara la cresta. Muerta la mano y libre el camino a Desembarco del Rey, la victoria habría sido de los dragones negros. Daemon podría haberse sentado en el Trono de Hierro antes de que llegara el príncipe Baelor con sus señores de la tierra de la tormenta y sus dornienses.

"Que hablen los bardos de su martillo y de su yunque, ser, pero el que volvió las tornas fue el asesino de los de su sangre, con una flecha blanca y un negro sortilegio. Y no te engañes, que también a nosotros nos gobierna ahora. Tiene dominado al rey Aerys. No me sorprendería enterarme de que Cuervo de Sangre hechizó a su majestad para que lo obedezca. No es de extrañar que estemos condenados."

Ser Eustace sacudió la cabeza y se sumió en un silencio pensativo. Dunk se preguntó cuánto había oído Egg, pero no podía preguntárselo. "¿Cuántos ojos tiene lord Cuervo de Sangre?", pensó.

Estaba haciendo más calor. "Hasta las moscas huyeron", observó. "Tienen más sentido común que los caballeros. Se apartan del sol." Se preguntó si en Fosa Fría se les brindaría hospitalidad a Egg y a él. Una jarra de cerveza tostada, bien fría, se agradecería mucho. En eso cavilaba, complacido, cuando se acordó de lo que había dicho Egg sobre el envenenamiento de los esposos de la Viuda Negra y la sed se le pasó de golpe. Cosas peores había que un gaznate seco.

—Hubo un tiempo en que la casa de Osgrey fue dueña de todas las tierras en muchas leguas a la redonda, desde Nunny, al este, hasta Refugio Empedrado —dijo ser Eustace—. Fosa Fría era nuestra, y también las colinas de la Herradura, las cuevas de las colinas de la Gesta, los pueblos de

Dosk y Pequeña Dosk y Valle Brandy, ambas orillas del lago Frondoso... Las doncellas Osgrey se casaban con los Florent, los Swann, los Tarbeck y hasta los Hightower y los Blackwood.

Ya se veía el bosque Cerradón. Dunk se protegió la vista con una mano y escrutó el follaje. Por una vez envidió el sombrero blando de Egg. "Al menos tendremos un poco de sombra."

—En otros tiempos el bosque Cerradón llegaba hasta Fosa Fría —dijo ser Eustace—. Antes de la Conquista, en este bosque había uros y grandes alces de diez palmos o más. Había tantos ciervos rojos que ningún hombre podría haber cazado a todos en una sola vida, porque aquí solo podían cazar el rey y el león jaquelado. Incluso en tiempos de mi padre había árboles a ambos lados del arroyo, pero las arañas talaron el bosque para que pastaran sus vacas, sus ovejas y sus caballos.

Por el pecho de Dunk se deslizaba un fino dedo de sudor. Lo sorprendía en sí el ferviente deseo de que su señor se callara. "Hace demasiado calor para hablar. Hace demasiado calor para ir a caballo. Hace demasiado calor y sanseacabó."

Una vez en el bosque encontraron los restos de un gran gato arbóreo marrón infestado de gusanos.

—¡Puaj! —dijo Egg al rodearlos de lejos con Maestre—. Apesta más que ser Bennis.

Ser Eustace tiró de las riendas.

—Un gato arbóreo. No sabía que quedara alguno en este bosque. Me gustaría saber qué lo mató —como nadie respondía, añadió—: Daré media vuelta. Ustedes sigan por el camino del oeste y llegarán a Fosa Fría. ¿Llevan las monedas? —Dunk asintió—. Muy bien. Regresen con mi agua, ser.

El anciano caballero se marchó al trote por donde habían venido.

—He estado pensando en cómo deberías hablar con lady Webber, ser —dijo Egg cuando estuvieron solos—. Deberías ganártela con cumplidos galantes.

Se le veía tan fresco con su túnica jaquelada como a ser Eustace con su capa. "¿Soy yo el único que suda?"

—Cumplidos galantes —repitió Dunk—. ¿Qué tipo de cumplidos galantes?

—Tú me entiendes, ser. Dile lo bella y primorosa que es.

Dunk tenía sus dudas.

—Tras haber sobrevivido a cuatro esposos, debe de ser tan vieja como lady Vaith. Si le digo que es bella y primorosa, y resulta vieja y llena de verrugas, me considerará un mentiroso.

—Basta con que encuentres algo que decirle sin necesidad de mentir. Es lo que hace mi hermano Daeron. Dice que hasta las putas viejas y feas pueden tener el pelo bonito o las orejas bien formadas.

—¿Las orejas bien formadas?

Las dudas de Dunk no hacían sino crecer.

—O los ojos bonitos. Dile que su vestido realza el color de sus ojos —el muchacho reflexionó un momento—. A menos que tenga uno solo, como lord Cuervo de Sangre.

"Mi señora, este vestido realza el color de su ojo." Dunk había escuchado piropos así a más de un caballero y señor joven, aunque nunca eran tan francos. "Mi noble señora, lleva un vestido muy bonito. Realza el color de sus dos bellos ojos." A veces las damas en cuestión eran viejas y escuálidas, o gordas y rubicundas, o feas y picadas por la viruela, pero todas llevaban vestido y tenían dos ojos. Si mal no recordaba Dunk, a todas les habían gustado aquellas flores. "Qué hermoso vestido, mi señora. Realza la encantadora belleza de sus ojos, de tan hermoso color."

—La vida del caballero errante es más sencilla —dijo cariacontecido—. Si me equivoco al hablar, lo más probable es que lady Webber me meta en un saco de piedras, lo cosa y lo eche al foso.

—Dudo que tenga un saco tan grande, ser —dijo Egg—. Siempre podríamos usar nuestra bota.

—No —gruñó Dunk—, no podríamos.

Al salir del bosque Cerradón se encontraron bastante lejos de la presa, río arriba. El agua había subido lo suficiente para que Dunk se diera el chapuzón con que había soñado. "Bastante profunda para que se ahogue alguien", pensó. Al otro lado habían cavado una zanja en la ribera para desviar una parte del caudal hacia el oeste. Paralela al camino, la zanja

alimentaba una infinidad de canales de menor tamaño que recorrían, sinuosos, los cultivos. "Cuando crucemos el arroyo estaremos en poder de la Viuda." Se preguntó hacia qué cabalgaba. En su bando sólo estaban él y un niño de diez años que le protegía la espalda.

Egg se abanicó la cara.

—Ser, ¿por qué nos detenemos?

—No paramos.

Dunk clavó los talones en su montura y se metió en el río. Egg lo siguió con su mula. El agua subió hasta la panza de Trueno antes de empezar a bajar. Salieron chorreando en el lado de la Viuda. La zanja se alejaba con la rectitud de una lanza, verde y dorada bajo el sol.

Varias horas después, cuando atisbaron las torres de Fosa Fría, Dunk hizo un alto para ponerse la túnica dorniense y aflojar la espada dentro de la funda. No quería que se le atascara en un momento de necesidad. También Egg sacudió la empuñadura de su daga con una expresión solemne bajo el sombrero blando. Siguieron cabalgando lado a lado, Dunk a lomos de su gran corcel, el niño encima de su mula, mientras en su asta pendía con languidez el estandarte de Osgrey.

Después de todo lo dicho por ser Eustace, Fosa Fría resultó un poco decepcionante. En comparación con Bastión de Tormentas, Altojardín u otras residencias señoriales que Dunk había visto, era un castillo modesto... pero castillo al fin, no atalaya fortificada. Su muralla exterior con almenas tenía una altura de diez varas y en cada esquina una torre la mitad de grande que Tiesa. Y de cada torreta, de cada chapitel, colgaba con pesadez el estandarte negro de los Webber, con una araña moteada sobre una red de plata.

—¿Ser? —dijo Egg—. El agua. Mira a dónde va.

Al llegar al muro este de Fosa Fría, la zanja desaguaba en el foso que daba su nombre al castillo. El borboteo del agua provocó en Dunk una sensación desagradable. "No se quedará mi agua jaquelada."

—Ven —le dijo a Egg.

Por encima del arco de la puerta principal colgaba, flácida, una hilera de estandartes con arañas sobre otro sello más antiguo, grabado a profundidad en la piedra. Aunque lo hubieran desgastado varios siglos de viento y de

intemperie, la forma del emblema seguía siendo muy visible: un león rampante compuesto por cuadrados jaquelados. Debajo la puerta estaba abierta. Mientras chacoloteaban con las herraduras por el puente levadizo, Dunk se fijó en cuánto había bajado el nivel del foso. "Al menos un metro y medio", calculó.

En el rastrillo dos lanceros les cerraron el paso, uno de ellos de gran barba negra, que exigió saber a qué venían.

—Me manda mi señor de Osgrey para negociar con lady Webber —le dijo Dunk—. Mi nombre es ser Duncan el Alto.

—Ya decía yo que no eras Bennis —dijo el otro lancero, que no llevaba barba—. Lo habríamos oído antes de llegar.

Le faltaba un diente y tenía una insignia con una araña de lunares cosida sobre el corazón.

El de la barba miraba con recelo a Dunk.

—Nadie ve a su señoría sin permiso de Tres Varas. Acompañeme. Su mozo de cuadra puede quedarse aquí con los caballos.

—Soy escudero, no mozo de cuadra —puntualizó Egg—. ¿Eres ciego o sólo tonto?

El lancero sin barba se echó a reír. El otro aplicó la punta de su lanza al cuello del muchacho.

—Repítelo.

Dunk le dio a Egg un golpe en la oreja.

—No, ten la boca cerrada y ocúpate de los caballos —desmontó—. Quiero ver a ser Lucas.

El de la barba bajó la lanza.

—Está en el patio.

Tras pasar bajo el rastrillo de púas de hierro y por una buhedera, llegaron al patio exterior. En los cubiles ladraban sabuesos y Dunk oyó cantos detrás de las vidrieras de un septo heptagonal de madera. Frente a la herrería, un herrero herraba un corcel con la ayuda de un aprendiz. Cerca de ellos, en el campo de tiro, un escudero disparaba flechas y una joven pecosa, con una larga trenza, igualaba sus disparos. Un estafermo daba vueltas mientras media docena de caballeros con protectores se turnaban para golpearlo.

Encontraron a ser Lucas Tres Varas entre los espectadores del estafermo, hablando con un septón alto y grueso que sudaba más que Dunk, un verdadero salchichón humano con las vestiduras tan mojadas como si se hubiera bañado con ellas. A su lado estaba Inchfield, tieso, erguido, muy alto... pero no tanto como Dunk. "Nueve palmos y siete dedos" —calculó Dunk—, "y orgulloso hasta del último". Pese a ir vestido con seda negra y tela de plata, ser Lucas aparentaba estar tan fresco como si caminara por el Muro.

—Mi señor —lo llamó el lancero—, aquí hay uno que viene de la torre de los pollos, para una audiencia con su señoría.

El primero en girarse fue el septón, con un grito de alborozo que hizo sospechar a Dunk que estaba borracho.

—Pero ¡qué veo! ¿Un caballero errante? El Dominio está lleno de caminos —el septón hizo una señal de bendición—. Que el Guerrero luche siempre a su lado. Soy el septón Sefton. Poco afortunado nombre, pero es el mío. ¿Y usted?

—Ser Duncan el Alto.

—Modesto el hombre —le dijo el septón a ser Lucas—. Si yo fuera tan alto como él me haría llamar ser Sefton el Inmenso. Ser Sefton la Torre. Ser Sefton el de las Nubes en torno a las Orejas.

Su cara redonda estaba roja y en sus vestiduras había manchas de vino.

Ser Lucas estudió a Dunk. Era algo mayor, cuarenta años por lo menos, por no decir cincuenta. Más que musculoso era nervudo y llamaba la atención por la fealdad de su rostro. Tenía los labios gruesos, unos dientes amarillos que se encabalgaban, la nariz ancha y carnosa y los ojos saltones. "Y está enojado", intuyó Dunk antes de oírlo hablar.

—En el mejor de los casos, los caballeros errantes son mendigos con espada, y en el peor forajidos. Márchese. Aquí no queremos a los de su calaña.

Dunk puso mala cara.

—Me envía de Tiesa ser Eustace Osgrey para negociar con la señora del castillo.

—¿Osgrey? —el septón lanzó una mirada a Tres Varas—. ¿El Osgrey del león jaquelado? Creía que la casa Osgrey se había extinguido.

—Tan cerca está de hacerlo que es como si lo estuviera. El viejo es el último que queda. Le hemos permitido conservar una atalaya medio en ruinas, a algunas leguas al este —ser Lucas miró a Dunk, ceñudo—. Si ser Eustace quiere hablar con su señoría, que venga él mismo —su mirada se volvió penetrante—. Usted es el que estuvo con Bennis en la presa. No se moleste en negarlo. Debería ahorcarlo.

—Por la misericordia de los Siete... —el septón se secó el sudor de la frente con una manga—. Conque un bandolero. Y grande. Ser, arrepíentase de sus maldades y la Madre tendrá compasión —la piadosa súplica del septón se vio interrumpida por un pedo—. Vaya. Disculpe mi ventosidad, ser. Es lo que pasa por comer alubias y pan de cebada.

—No soy ningún bandolero —les dijo Dunk con toda la dignidad de que fue capaz.

Su negativa no tuvo efecto alguno en Tres Varas.

—No abuse de mi paciencia, ser... en caso de que usted sea un ser. Regrese corriendo a su torre de los pollos para decirle a ser Eustace que nos entregue a ser Bennis de la Peste Parda. Si nos ahorra la molestia de sacarlo de Tiesa, tal vez su señoría se sienta más inclinada a la clemencia.

—De ser Bennis y el altercado en la presa hablaré yo mismo con su señoría. También del robo de nuestra agua.

—¿Robo? —dijo ser Lucas—. Si así se lo dice a nuestra señora, antes de que se ponga el sol estará nadando en el interior de un saco. ¿Tan seguro está de querer verla?

De lo único que estaba seguro Dunk era de querer estampar el puño en los dientes torcidos y amarillos de Lucas Inchfield.

—Ya dije lo que quiero.

—Déjalo hablar con ella —intervino el septón—. ¿Qué daño puede hacer? Ser Duncan ha hecho una larga cabalgata bajo este horrendo sol. Que diga lo que necesite decir.

Ser Lucas volvió a estudiar a Dunk.

—Nuestro septón es un hombre devoto. Acompañeme. Le agradeceré que sea breve.

Empezó a dar zancadas por el patio, obligando a Dunk a apretar el paso para alcanzarlo.

Se habían abierto las puertas del septo del castillo. Ya bajaban los fieles por los escalones. Había caballeros, escuderos, una docena de niños, varios ancianos, tres septas con túnica y capucha blancas... y una mujer entrada en blandas carnes, una mujer de alcurnia, con un vestido de damasco azul oscuro con encaje de Myr tan largo que arrastraba el borde por el polvo. Llevaba el pelo recogido en alto, bajo una red de plata hilada, pero lo más rojo de todo era su cara.

—Mi señora —dijo ser Lucas al llegar ante ella y sus septas—, este caballero errante dice traer un mensaje de ser Eustace Osgrey. ¿Desea oírlo?

—Si es su deseo, ser Lucas...

La dama miró con tal ahínco a Dunk que éste, de manera irremediable, se acordó de lo que había dicho Egg sobre la brujería. "No creo que se bañe en sangre para conservar su belleza."

La Viuda era baja y rechoncha, con una cabeza de extraña forma que el pelo no disimulaba del todo. Tenía demasiado grande la nariz y demasiado pequeña la boca. A Dunk lo alivió comprobar que tenía dos ojos, aunque para entonces en lo último que pensaba era en ser galante.

—Ser Eustace me pidió que hable con usted sobre el altercado que se produjo junto a su presa...

Ella parpadeó.

—¿Mi... presa, dice?

Empezaba a formarse un grupo alrededor de ambos. Dunk sintió miradas hostiles.

—El arroyo —dijo—, el Jaquel. Construyó una presa para embalsarlo, mi señora...

—No, eso no es posible —contestó ella—. Dediqué toda la mañana a mis devociones, ser.

Dunk oyó la risa de ser Lucas.

—No quise decir que lo haya construido con sus propias manos, mi señora, sino que sin agua morirán nuestras cosechas... El pueblo llano tiene alubias y cebada en los campos, y melones...

—¿De veras? Me gustan mucho los melones —la pequeña boca de la dama se curvó de alegría—. ¿De qué variedad son?

Dunk miró con inquietud el círculo de rostros mientras sentía que la suya se iba calentando. "Aquí pasa algo raro. Tres Varas me está tomando el pelo."

—Mi señora, ¿podríamos seguir hablando en un sitio más... privado?

—¡Apuesto una pieza de plata a que este necio pretende acostarse con ella! —bromeó alguien.

Alrededor de Dunk todo eran risas. La dama se encogió, medio de miedo, y se protegió la cara con las manos. Una de las septas se apresuró a ponerse a su lado y pasarle un brazo por los hombros en ademán protector.

—¿Por qué tanto alborozo? —una voz serena y firme se sobrepuso a las carcajadas—. ¿Nadie me explica la broma? Señor caballero, ¿por qué importuna a mi cuñada?

Era la joven a la que había visto en el campo de tiro. Llevaba un carcaj de flechas apoyado en la cadera, y un arco tan alto como ella, lo cual no era decir mucho. Si Dunk superaba en un dedo los cinco codos, la arquera no podía superar en más de dos los siete palmos. Dunk podría haber rodeado su cintura con las manos. Su trenza pelirroja era tan larga que rozaba sus muslos. Tenía un hoyuelo en la barbilla, nariz respingada y pecas claras en las mejillas.

—Discúlpenos, lady Rohanne —dijo un joven y apuesto señor que llevaba bordado en su jubón el centauro de los Caswell—. Este necio confundió a lady Helicent con usted.

Dunk miró a las dos señoras.

—¿Usted es la Viuda Escarlata? —se oyó decir a sí mismo—. Pero si es demasiado...

—¿Joven? —La muchacha arrojó el arco al joven larguirucho con el que había estado practicando el tiro—. Resulta que tengo veinticinco años. ¿O quiso decir "baja"?

—Bella. Quise decir bella —Dunk no supo de dónde lo sacaba, pero se alegró de haberlo dicho. Le gustaba la nariz de aquella dama y los senos pequeños pero bien formados que cubría el jubón de cuero—. Había pensado que sería... bueno... dicen que ha enviudado cuatro veces, de modo que...

—Mi primer marido falleció cuando yo tenía diez años y él, doce. Era escudero de mi padre y lo abatieron en el campo de Hierba Roja. Lamento decir que mis esposos no acostumbran a quedarse mucho tiempo. El último murió en primavera.

Era lo que se decía siempre de los que habían muerto dos años atrás en la gran epidemia primaveral: "Murió en primavera". Decenas de miles habían muerto en primavera, entre ellos un rey anciano y sabio, y dos jóvenes príncipes con un largo futuro por delante.

—Lo... lo siento mucho, mi señora —"Una galantería, necio, dile una galantería"—. Quería decir... que su vestido...

—¿Vestido? —lady Webber se miró las botas, los pantalones, la túnica suelta de hilo y el jubón de cuero—. No llevo vestido.

—Quiero decir que su cabello... es suave...

—¿Y eso cómo lo sabe, ser? Si alguna vez hubiera tocado mi cabello, creo que lo recordaría.

—No, suave no —dijo Dunk, apesadumbrado—. Quise decir rojo. Su cabello es muy rojo.

—¿Muy rojo? Ah, pero no tanto como su cara, espero.

La joven se rio y con ella los espectadores.

Todos salvo ser Lucas Tres Varas.

—Mi señora —terció—, este hombre es uno de los mercenarios de Tiesa. Estaba con Bennis del Escudo Pardo cuando atacó a sus cavadores en la presa y le dejó marcado el rostro a Wolmer. Lo envía el viejo Osgrey para negociar con usted.

—Así es, mi señora. Me llamo ser Duncan el Alto.

—Mejor dicho ser Duncan el Bobo —dijo un caballero barbado, que ostentaba el triple relámpago de Leygood.

Se oyeron más carcajadas. Incluso lady Helicent se recuperó lo suficiente para emitir una risita.

—¿Acaso murió la gentileza en Fosa Fría con mi señor padre? —preguntó la joven. "No, joven no, sino mujer cumplida"—. ¿Cómo, me pregunto, llegó a cometer ser Duncan semejante error?

Dunk lanzó a Inchfield una mirada llena de encono.

—La culpa fue mía.

—¿De verdad? —la Viuda Escarlata miró a Dunk de los pies a la cabeza, aunque donde más se detuvo fue en su pecho—. Un árbol y una estrella fugaz. Es la primera vez que veo tales armas —tocó su túnica y siguió con dos dedos una rama del olmo—. Y pintadas, no bordadas. He oído que en Dorne se pintan sus sedas, pero usted parece demasiado alto para ser dorniense.

—En Dorne no todos los hombres son bajos, mi señora —Dunk sintió los dedos de la dama sobre la seda. También tenía pecas en las manos. "De seguro toda ella es pecosa." Sintió una extraña sequedad en la boca—. Viví un año en Dorne.

—¿Y allá crecen tanto todos los robles? —dijo ella mientras seguía con los dedos otra rama, alrededor del corazón de Dunk.

—Representa un olmo, mi señora.

—Lo recordaré —la dama retiró la mano con solemnidad—. Aquí en el patio hace demasiado calor y hay demasiado polvo para conversar. Septón, muéstrale a ser Duncan el camino de mi sala de audiencias.

—Con muchísimo gusto, cuñada.

—Nuestro invitado tendrá sed. También puedes mandar que traigan una jarra de vino.

—¿De veras? —el orondo personaje sonrió de oreja a oreja—. En fin, si eso es de tu agrado...

—Me reuniré con usted en cuanto me haya cambiado —la dama se desabrochó el cinturón y el carcaj y se los entregó a su acompañante—. Que esté también presente el maestro Cerrick. Ser Lucas, vaya a avisarle que venga.

—Ahora mismo lo traigo, mi señora —dijo Lucas Tres Varas.

La mirada de la dama a su castellano fue glacial.

—No es necesario. Sé cuántos deberes requiere desempeñar en el castillo. Bastará con que pida al maestro Cerrick que acuda a mis estancias.

—Mi señora —dijo Dunk cuando la dama ya se iba—, hicieron esperar a mi escudero en la puerta. ¿Puede reunirse también él con nosotros?

—¿Su escudero? —al sonreír, la dama pareció una joven de quince años, no una mujer de veinticinco. "Una chica guapa, pícara y risueña"—. Si así le place, faltaba más.

—No bebas el vino, ser —le susurró Egg mientras esperaban con el septón en la sala de audiencias.

El suelo estaba cubierto de esteras fragantes y las paredes de tapices con escenas de torneos y batallas.

Dunk resopló por la nariz.

—No le hace falta envenenarme —susurró—. Me considera un necio con puré de chícharos en las orejas.

—Da la casualidad de que a mi cuñada le gusta el puré de chícharos —dijo el septón Sefton al reaparecer con una jarra de vino, otra de agua y tres copas—. Sí, sí, lo escuché. Soy gordo, pero no sordo —sirvió dos copas de vino y otra de agua. La tercera se la dio a Egg, que tras una mirada suspicaz la dejó a un lado. El septón no se fijó—. Este vino es del Rejo —le dijo a Dunk—. Muy buena cosecha. El veneno le da un picor especial —le guiñó el ojo a Egg—. Yo la uva casi nunca la toco, pero es lo que dicen.

Tendió una copa a Dunk.

Era un vino dulce y aterciopelado, pero Dunk lo bebió con precaución y sólo después de que el septón se empinara de tres grandes y ruidosos tragos la mitad de su copa. Egg se cruzó de brazos y siguió ignorando el agua.

—Es verdad, le gusta el puré de chícharos —dijo el septón—, y también usted, ser. Conozco a mi cuñada. Al verlo en el patio abrigué ciertas esperanzas de que fuera un pretendiente llegado de Desembarco del Rey para pedir la mano de mi señora.

Dunk frunció el entrecejo.

—¿Cómo sabe que soy de Desembarco del Rey, septón?

—Los de allá tienen un dejo especial —el septón tomó un buen trago de vino, se lo dejó un momento en la boca y luego de tragárselo suspiró de placer—. Pasé muchos años en Desembarco del Rey al servicio de nuestro septón supremo en el Gran Septo de Baelor —suspiró—. No reconocería la ciudad desde la primavera. Los incendios la cambiaron. De cada cuatro casas, una desapareció y otra está vacía. También se fueron las ratas. Es lo más raro. Nunca había pensado ver una ciudad sin ratas.

También Dunk lo había escuchado.

—¿Estuvo en Desembarco del Rey durante la gran epidemia primaveral?

—¡Vaya si estaba! Horribles momentos, ser. Al rayar el alba se despertaba un hombre sano y al caer la noche estaba muerto. Murieron tantos tan deprisa que no había tiempo de enterrarlos, así que los amontonaban en el Pozo Dragón, y cuando la profundidad de los cadáveres llegaba a siete codos lord Ríos ordenaba a los piromantes que les prendieran fuego. Por las ventanas entraba la luz de las hogueras, como antaño, cuando aún hacían su nido los dragones debajo de la cúpula. Por la noche se veía el resplandor en toda la ciudad, el fulgor verde del fuego valyrio. Hasta hoy me persigue el color verde. Dicen que en Lannisport fue dura la primavera y en Antigua aún más, pero en Desembarco del Rey segó cuatro de cada diez vidas. No se salvaron jóvenes ni viejos, ricos ni pobres, grandes ni humildes. Se llevó a nuestro buen septón supremo, la voz de los dioses en la tierra, junto a un tercio de los Máximos Devotos y casi todas nuestras hermanas silenciosas. Su majestad el rey Daeron, el dulce Matarys y el bravo Valarr, la mano... Qué tiempos tan horrendos. Al final, media ciudad le rezaba al Desconocido —volvió a beber—. ¿Y dónde estaba usted, ser?

—En Dorne —dijo Dunk.

—Demos gracias entonces a la Madre por su clemencia —a Dorne no había llegado la gran epidemia primaveral, quizá porque sus habitantes cerraron puertos y fronteras, al igual que los Arryn del Valle, otros que habían sobrevivido—. Tanto hablar de muerte le quita uno hasta el gusto del vino, pero en tiempos como los que vivimos cuesta hallar alegría. Pese a todas nuestras oraciones, persiste la sequía. El bosque Real es todo yesca, presa de incendios desatados día y noche. Aceroamargo y los hijos de Daemon Fuegoscurio urden conspiraciones en Tyrosh y los krakens de Dagon Greyjoy merodean como lobos por el mar del Ocaso, con incursiones que llegan tan al sur como el Rejo. Se dice que se llevaron la mitad de las riquezas de Isla Bella y a cien mujeres. Lord Farman está reparando sus defensas, aunque a mi juicio es como si un hombre le pusiera un cinturón de castidad a su hija embarazada cuando su barriga ya está tan grande como la mía. Lord Bracken muere despacio en el Tridente y su hijo mayor falleció en primavera. Será por lo tanto ser Otho el que deba sucederlo. Los Blackwood jamás tolerarán como vecino a la Bestia de Bracken. Será la guerra.

Dunk estaba al corriente de la antigua enemistad entre los Blackwood y los Bracken.

—¿No los obligará su señor a la paz?

—Lord Tully, por desgracia —dijo el septón Sefton—, es un niño de ocho años rodeado de mujeres. Poco hará Aguasdulces y menos el rey Aerys. Es posible que el asunto ni siquiera llegue a su real conocimiento, a menos que algún maestre escriba un libro al respecto. Es dudoso que lord Ríos permita que hable con él algún Bracken. Si toma cartas, sólo será para ayudar a sus primos a pararle los pies a la Bestia. La Madre marcó a lord Ríos el día en que nació y Aceroamargo lo hizo de nuevo en el campo de Hierba Roja.

Dunk supo que se refería a Cuervo de Sangre. El verdadero nombre de la mano era Brynden Ríos. Era hijo de una Blackwood y del rey Aegon IV.

El orondo septón bebió vino y reanudó su perorata.

—En lo que respecta a Aerys, a su alteza le interesan más los pergaminos y las profecías cubiertas de polvo que los señores y las leyes. Ni siquiera se mueve para concebir a un heredero. La reina Aelinor reza a diario en el Gran Septo para rogarle a la Madre que la bendiga con un hijo, pero sigue siendo doncella. Aerys vive recluido en sus estancias y dicen que prefiere llevarse un libro que una mujer a la cama —volvió a llenarse la copa—. No se engañe: el que nos gobierna es lord Ríos, con sus hechizos y espías. Nadie le hace frente. En Refugio Estival el príncipe Maekar no hace más que rabiar contra su hermano el rey. El príncipe Rhaegel es tan manso como loco, y sus hijos... sus hijos son unos niños. Todos los puestos de gobierno están dominados por amigos y favoritos de lord Ríos. Los señores del Consejo Real le lamen la mano y el nuevo gran maestre está tan preñado de hechizos como él. La guarnición de la Fortaleza Roja está compuesta por Dientes de Cuervo, sin cuyo permiso nadie puede ver al rey.

Dunk se removió en su asiento, incómodo. "¿Cuántos ojos tiene lord Cuervo de Sangre? Mil, y uno más." Esperó que la mano del rey no tuviera también mil y un oídos. Algunas cosas de las que decía el septón Sefton sonaban a traición. Echó un vistazo a Egg para ver cómo se lo tomaba. El niño se esforzaba al máximo por contener su lengua.

El septón se puso en pie.

—Mi cuñada aún tardará un poco. Los primeros diez vestidos que se pruebe no se adecuarán a su estado de ánimo, como sucede con todas las grandes damas. ¿Le apetece algo más de vino?

Rellenó las dos copas sin esperar la respuesta.

—¿La dama a la que confundí —dijo Dunk con muchas ganas de cambiar de tema— es su hermana?

—Todos somos hijos de los Siete, ser, pero aparte de eso... No, que los dioses me guarden. Lady Helicent era hermana de ser Roland Uffering, el cuarto marido de lady Rohanne, que murió en primavera. Mi hermano era su predecesor, ser Simon Staunton, que tuvo la gran desgracia de atragantarse con un hueso de pollo. Hay que decir que Fosa Fría está plagada de fantasmas. Mueren los esposos, pero se quedan sus parientes para beber los vinos de mi señora y comer sus fiambres como una plaga de langostas gordas y rosadas, enfundadas en seda y terciopelo —se limpió la boca—. Sin embargo, debe volver a casarse, y sin tardar demasiado.

—¿Debe? —dijo Dunk.

—Lo exige el testamento de su señor padre. Lord Wyman quería nietos que continuaran su linaje. Al enfermar trató de darla en matrimonio a Tres Varas, para morir a sabiendas de que un hombre fuerte la protegería, pero Rohanne se negó. El señor se vengó en su testamento. Si al cumplirse dos años del fallecimiento de su padre sigue sin casarse, Fosa Fría y sus tierras pasarán a su primo Wendell. Es posible que lo haya visto en el patio: un hombre bajo, con bocio, propenso a las flatulencias. Aunque no soy quién para decirlo. También a mí me atormenta el exceso de aire. Que así sea. Ser Wendell es codicioso y tonto, pero su señora esposa es la hermana de lord Rowan... y una mujer con una fertilidad de los mil demonios, no puede negarse. Pare con la misma frecuencia con que se tira pedos su marido. Sus hijos varones son tan malos como él, sus hijas peores y todos empezaron ya a contar los días. Teniendo en cuenta que lord Rowan corroboró el testamento, mi señora sólo tiene hasta la próxima luna nueva.

—¿Por qué esperó tanto? —se preguntó en voz alta Dunk.

El septón se encogió de hombros.

—Por escasez de pretendientes, si he de serle franco. Mi cuñada, como habrá observado, no es ofensiva a la vista, y a sus encantos se añaden un

sólido castillo y muchas tierras. Lo lógico sería suponer que la rodeen como moscas hijos menores y caballeros sin tierras. Lógico, pero erróneo. Los disuaden los cuatro maridos muertos, y hay quien dice, para colmo, que es estéril... aunque nunca cerca de ella, salvo que deseen ver por dentro una jaula de cuervos. Ha dado a luz a dos bebés, niño y niña, pero ninguno vivió hasta el día del nombre. Los pocos a los que no arredran los rumores sobre veneno y brujería no quieren saber nada de Tres Varas. En su lecho de muerte lord Wyman le encomendó proteger a su hija de cualquier pretendiente indigno y él lo interpretó como cualquier pretendiente a secas. Todo aspirante a obtener la mano de mi señora tendría que enfrentarse primero a la espada de Tres Varas —el septón se acabó el vino y dejó la copa—. No crea por ello que no ha habido ninguno. Los más persistentes han sido Cleyton Caswell y Simon Leygood, aunque parecen más interesados en sus tierras que en su persona. Si yo fuera dado a las apuestas, pondría mi oro en Gerold Lannister. Todavía no ha hecho acto de presencia, pero dicen que tiene el pelo dorado y es ingenioso, y mide casi nueve palmos de estatura...

—... y a lady Webber la complacen mucho sus misivas —la dama en cuestión estaba en la puerta, junto a un maestre joven y feo de gran nariz de gancho—. Perderías la apuesta, cuñado. Gerold jamás renunciará de grado a los placeres de Lannisport y el esplendor de Roca Casterly a cambio de un pequeño señorío. Su influencia como hermano y consejero de lord Tybolt es mayor que la que podría esperar como mi esposo. En cuanto a los demás, ser Simon tendría que vender la mitad de mis tierras para saldar sus deudas, y ser Cleyton tiembla como una hoja cada vez que Tres Varas se digna a mirarlo. Además es más lindo que yo. Y tú, septón, tienes la boca más grande de todo Poniente.

—Hace falta una gran boca para una gran barriga —dijo el septón Sefton sin inmutarse—. Si no, la barriga se hace pequeña enseguida.

—¿Usted es la Viuda Escarlata? —preguntó Egg, estupefacto—. ¡Si casi soy tan alto como usted!

—Hace menos de medio año otro niño hizo la misma observación y lo envié al potro para que lo hicieran más alto —tras sentarse en el trono de la tarima, lady Rohanne se colocó la trenza por delante, apoyada en el hombro

izquierdo. Era tan larga que se le enroscaba en el regazo como un gato dormido—. Ser Duncan, hice mal en burlarme de usted en el patio cuando tanto se esforzaba en mostrarse gentil. Es que se ruborizó tanto... ¿No había chicas que le lanzaran piropos en el pueblo donde creció tan alto?

—El pueblo era Desembarco del Rey —Dunk no mencionó el Lecho de Pulgas—. Muchachas las había, pero...

En el Lecho de Pulgas los piropos a veces consistían en cortar un dedo del pie.

—Supongo que tenían miedo de burlarse de usted —lady Rohanne se acarició la trenza—. Sin duda las asustaba su tamaño. Le ruego que no piense mal de lady Helicent. Mi cuñada es un persona algo simple, pero sin malicia. Pese a ser tan piadosa, no podría ni vestirse sin sus septas.

—No fue culpa suya. El error fue mío.

—Miente con mucha galanura. Sé que fue ser Lucas. Es un hombre de humor cruel y a simple vista lo ha ofendido.

—¿Cómo? —dijo Dunk desconcertado—. Yo no hice nada.

La sonrisa de lady Rohanne le hizo desear que fuera menos agraciada.

—Lo vi junto a él y lo aventaja como por medio palmo. Hace mucho tiempo que ser Lucas no conoce a nadie a quien no pueda mirar desde arriba. ¿Qué edad tiene, ser?

—Casi veinte, mi señora, con su permiso.

A Dunk le gustaba cómo sonaba "veinte", aunque con toda probabilidad fuera un año menor o dos. Nadie lo sabía con certeza, él menos que nadie. Debió tener madre y padre, como todo el mundo, pero no los conoció, ni siquiera de nombre, y en el Lecho de Pulgas a nadie le importaba mucho cuándo y de quién había nacido.

—¿Es tan fuerte como aparenta?

—¿Cuánta fuerza aparento, mi señora?

—La suficiente para irritar a ser Lucas. Es el gobernador de mi fortaleza, aunque no por mi voluntad. Lo heredé de mi padre, al igual que Fosa Fría. ¿Llegó a caballero en algún campo de batalla, ser Duncan? Su modo de hablar parece indicar que no nació de noble cuna, si no es impertinente de mi parte.

"Nací en el arroyo."

—De niño me tomó como escudero un caballero errante que se llamaba ser Arlan del Árbol de la Moneda. Él me enseñó la caballería y el arte de la guerra.

—¿Y el tal ser Arlan fue el que lo armó caballero?

Dunk movió los pies y vio que tenía medio deshechos los cordones de una bota.

—Habría sido difícil que lo hiciera otro.

—¿Dónde está ahora ser Arlan?

—Murió —levantó la vista. Ya habría tiempo de anudarse la bota—. Lo enterré en una colina.

—¿Cayó con valentía en la batalla?

—Llovía y se resfrió.

—Me consta que los ancianos son frágiles. Lo aprendí de mi segundo esposo. Me casé con él a los trece años. Si él hubiera vivido suficiente para ver su siguiente día del nombre, habría cumplido cincuenta y cinco. Cuando llevaba medio año bajo tierra le di un hijo varón, pero también vino a llevárselo el Desconocido. Los septones dijeron que su padre lo quería junto a él. ¿Usted qué opina, ser?

—Pues... —dijo Dunk, vacilante—. Es posible, mi señora.

—Tonterías —dijo ella—. El niño nació demasiado débil. Qué pequeño era... Apenas tenía fuerzas para tomar el pecho. En fin. Al padre los dioses le dieron cincuenta y cinco años. Habría sido de esperar que concedieran más de tres días al hijo.

—En efecto.

Poco o nada sabía Dunk de los dioses. De vez en cuando iba al septo y rezaba al Guerrero para que le diera fuerza en los brazos, pero por lo demás no importunaba a los Siete.

—Lamento la muerte de ser Arlan —dijo lady Rohanne—, y más aún lamento que se haya puesto al servicio de ser Eustace. No todos los ancianos son iguales, ser Duncan. Haría bien en volver a su hogar, en el Árbol de la Moneda.

—Mi único hogar es donde juramento mi espada.

Dunk nunca había visto el Árbol de la Moneda. Ni siquiera habría sabido decir si se localizaba en el Dominio.

—Entonces juraméntela aquí. Son tiempos de incertidumbre y yo necesito caballeros. A juzgar por su aspecto goza de buen apetito, ser Duncan. ¿Cuántos pollos puede comer? En Fosa Fría podría saciarse de carne roja y caliente, y de dulces tartas de fruta. También su escudero parece necesitado de sustento. Se ve tan escuálido que se le cayó el pelo. Aquí compartirá celda con otros niños de su edad. Le gustará. Mi maestro de armas puede instruirlo en todas las artes de la guerra.

—Eso ya lo hago yo —dijo Dunk a la defensiva.

—¿Y quién mas? ¿Bennis? ¿El viejo Osgrey? ¿Las gallinas?

Más de un día Dunk había puesto a Egg a perseguir gallinas. "Lo ayuda a ser más rápido", pensó, a sabiendas de que si lo decía en voz alta lady Rohanne se reiría. Lo estaba distrayendo con su nariz respingada y sus pecas. Tuvo que recordarse el motivo por el que ser Eustace lo había enviado.

—Mi espada está juramentada a mi señor de Osgrey, mi señora —dijo—. Así son las cosas.

—Pues que así sean, ser. Hablemos de asuntos menos agradables —lady Rohanne dio un estirón a su trenza—. No toleramos ataques contra Fosa Fría ni su gente. Dígame entonces por qué no debo meterlo en un saco y que lo cosan.

—Vine a parlamentar —le recordó Dunk—, y bebí de su vino —aún tenía en la boca su sabor, dulce y aterciopelado. De momento no lo había envenenado. Quizá su arrojo proviniera del vino—. Además, no tiene un saco bastante grande para mí.

Lo alivió comprobar que la broma de Egg la hacía sonreír.

—Pero tengo varios con cabida para Bennis. El maestre Cerrick dice que a Wolmer le rajaron la cara casi hasta el hueso.

—Ser Bennis perdió los estribos, mi señora. Ser Eustace me envió a pagar el precio de sangre.

—¿El precio de sangre? —lady Rohanne se rio—. Ya sé que es un anciano, pero no sabía que lo fuera hasta ese extremo. ¿Qué se cree, que vivimos en la Edad de los Héroes, cuando se calculaba que la vida de un hombre no valía más que una bolsa de piezas de plata?

—Al cavador no lo mataron, mi señora —le recordó Dunk—. Que yo sepa no hubo víctimas mortales. Recibió un corte en la cara, pero nada más.

Los dedos de lady Rohanne se movían sin rumbo por su trenza.

—Y dígame, ¿cuánto calcula ser Eustace que vale la mejilla de Wolmer?

—Un venado de plata. Y tres para usted, mi señora.

—Mezquino precio fija ser Eustace en mi honor, si bien reconozco que tres piezas de plata son mejores que tres pollos... Haría mejor en entregarme a Bennis para que reciba una lección.

—¿Intervendría en ella el saco que ha nombrado?

—Tal vez —se enroscó la trenza en una mano—. Que se quede Osgrey con su plata. La sangre sólo se paga con sangre.

—Será como dice, mi señora —dijo Dunk—, pero ¿por qué no manda llamar al hombre al que hirió Bennis y le pregunta si prefiere un venado de plata o que metan a Bennis en un saco?

—Ah, sucede que si no pudiera tener ambas cosas, optaría por la plata. Eso no lo dudo, ser. La elección, sin embargo, no es suya. Ahora no se trata de la mejilla de un campesino, sino del león y de la araña. Yo quiero a Bennis y a Bennis tendré. Nadie hace una incursión en mis tierras, causa daño a uno de los míos y sale indemne, riéndose de ello.

—Mi señora, usted hizo una incursión en tierras de Tiesa y causó daño a uno de los de ser Eustace —dijo Dunk antes de detenerse a pensarlo.

—¿Ah, sí? —lady Rohanne se volvió a estirar la trenza—. Si se refiere al ladrón de ovejas, era sabida su mala fama. Me quejé dos veces con Osgrey y él no hizo nada. Yo no pido las cosas tres veces. Las leyes del rey me dan poder de ejecución.

Egg respondió.

—En sus propias tierras —puntualizó el niño—. Las leyes del rey dan a los señores poder de ejecución en sus propias tierras.

—Muy listo —dijo ella—. Si tanto sabes, no ignorarás que los caballeros con tierras no tienen derecho a impartir ningún castigo sin la autorización de su señor. Ser Eustace posee Tiesa de lord Rowan. Al derramar sangre, Bennis quebrantó la paz del rey y debe responder por ello

—miró a Dunk—. Si ser Eustace me entrega a Bennis, le rajaré la nariz y ahí quedará todo. Si me veo obligada a ir a buscarlo, no prometo lo mismo.

De repente Dunk sintió náuseas en la boca del estómago.

—Se lo diré, pero no le entregará a ser Bennis —titubeó—. La causa de todo este problema fue la presa. Mi señora, si estuviera dispuesta a desmontarla...

—Imposible —declaró el joven maestre que estaba al lado de lady Rohanne—. El pueblo llano de Fosa Fría es veinte veces más numeroso que el de Tiesa. Su señoría tiene campos de trigo, maíz y cebada que se mueren a causa de la sequía. Tiene media docena de huertos, con manzanos, albaricoqueros y tres tipos de perales. Tiene vacas a punto de parir, y quinientas cabezas de ovejas de morro negro, y cría los mejores caballos del Dominio. Tenemos a una docena de yeguas a punto de alumbrar a sus potrillos.

—También ser Eustace tiene ovejas —dijo Dunk—. En sus campos hay melones y alubias y cebada y...

—¡Se llevaban agua para el foso! —dijo en voz alta Egg.

"Estaba a punto de llegar al foso", pensó Dunk.

—El foso es esencial para las defensas de Fosa Fría —insistió el maestre—. ¿Sugieren acaso que lady Rohanne se exponga a cualquier ataque en tiempos de tanta incertidumbre?

—Bueno —dijo Dunk con lentitud—, un foso seco sigue siendo un foso. Y mi señora tiene fuertes murallas, con hombres de sobra para defenderlas.

—Ser Duncan —dijo lady Rohanne—, cuando se levantó el dragón negro yo tenía diez años. Le supliqué a mi padre que no se pusiera en peligro o que al menos me dejara a mi esposo. ¿Quién me protegería si se iban mis dos hombres? Entonces me hizo subir con él a la muralla y señaló los puntos fuertes de Fosa Fría. "Mantenlos fuertes", dijo, "y te protegerán. Si te ocupas de tus defensas, ningún hombre te hará daño". Lo primero que señaló fue el foso —se acarició la mejilla con la punta de la trenza—. Mi primer esposo pereció en el campo de Hierba Roja. Mi padre me buscó a otros, pero también se los llevó el Desconocido. Ahora ya no me fío de los

hombres, por numerosos que parezcan. Me fío de la piedra, del acero y del agua. Me fío de los fosos, ser, y el mío no se secará.

—Está muy bien lo que dijo su padre —contestó Dunk—, pero no le da derecho a apoderarse del agua de Osgrey.

Lady Rohanne se estiró la trenza.

—Supongo que ser Eustace le habrá dicho que el arroyo le pertenece.

—Desde hace mil años —dijo Dunk. Se llama Jaquel. Eso está claro.

—En efecto —uno, dos, tres estirones—. Del mismo modo que el río se llama Mander, aunque hayan pasado mil años desde que los Manderly fueron expulsados de sus orillas. Altojardín sigue siendo Altojardín a pesar de que el último jardinero haya muerto en el Campo de Fuego. Roca Casterly está llena de Lannister y no se encuentra un solo Casterly. El mundo cambia, ser. El Jaquel nace en las colinas de la Herradura, que por lo que sé me pertenecen en toda su extensión. También el agua es mía. Muéstreselo, maestro Cerrick.

El maestro bajó de la tarima. No podía ser mucho mayor que Dunk, pero sus vestiduras grises y su collar de eslabones le prestaban un aire de lúgubre sabiduría en desacuerdo con sus años. Tenía en sus manos un antiguo pergamino.

—Véalo usted mismo, ser —dijo al desenrollarlo y ofrecérselo a Dunk.

"Dunk el necio, más duro de entendimiento que traspasar el muro de un castillo." Dunk volvió a notar que se le ponían rojas las mejillas. Tomó el pergamino con cuidado de manos del maestro y frunció el ceño al contemplar las letras. Todo le resultaba ininteligible, pero conocía el sello de lacre debajo de la rúbrica: el dragón de tres cabezas de la casa Targaryen. "El sello del rey." Estaba viendo algún tipo de real decreto. MoviÓ la cabeza de un lado a otro para que creyeran que leía.

—Aquí hay una palabra que no entiendo —murmuró al cabo de un momento—. Egg, ven a echar un vistazo, que tu vista es mejor que la mía.

Raudo, el niño acudió a su lado.

—¿Cuál palabra, ser? —Dunk señaló—. ¿Ésta? Ah.

Egg leyó deprisa, miró a Dunk a los ojos y asintió con un pequeño gesto.

"El arroyo es de ella. Tiene un documento." Dunk tuvo la sensación de haber recibido un puñetazo en la barriga. "El sello del rey, ni más ni menos."

—Esto... tiene que ser un error. Los hijos del anciano murieron al servicio del rey. ¿Por qué iba a quitarles el arroyo su majestad?

—Si el rey Daeron no hubiera sido tan clemente, también debió quitarle la cabeza.

Por unos instantes Dunk no entendió nada.

—¿Qué quiere decir?

—Quiere decir —respondió el maestre Cerrick— que ser Eustace Osgrey es un rebelde y un traidor.

—Entre el dragón rojo y el negro, ser Eustace optó por el negro, con la esperanza de que un rey Fuegoscurto devolviera a los Osgrey las tierras y castillos perdidos bajo los Targaryen —dijo lady Rohanne—. Lo que más ambicionaba era Fosa Fría. Sus hijos pagaron la traición de su padre con su sangre. Cuando ser Eustace se trajo sus huesos y entregó a su hija como rehén a los hombres del rey, su esposa se arrojó de lo más alto de la atalaya de Tiesa. ¿Se lo había contado ser Eustace? —su sonrisa era triste—. No, ya me lo parecía.

—El dragón negro —"Juramentaste tu espada a un traidor, necio. Has comido el pan de un traidor y has dormido bajo el techo de un rebelde"—. Mi señora —dijo, dando palos de ciego—, el dragón negro... De eso hace quince años. Ahora hablamos del presente, y hay sequía. Aunque en otros tiempos ser Eustace fuera un rebelde, no deja de necesitar agua.

La Viuda Escarlata se levantó y se alisó la falda.

—Pues más le vale rezar por que llueva.

Entonces Dunk recordó las palabras de despedida de Osgrey en el bosque.

—Si no le reconoce ninguna parte del agua por su bien, hágalo por el de su hijo.

—¿Su hijo?

—Addam. Sirvió aquí como paje y escudero de su padre.

La expresión de lady Rohanne se volvió pétrea.

—Acérquese.

A Dunk no se le ocurrió nada más que obedecer. La tarima añadía más de un palmo a la estatura de la dama. Incluso así Dunk aún la dominaba.

—Arrodíllese —dijo ella.

Lo hizo.

La bofetada transmitió toda la fuerza de lady Rohanne, mayor de la que aparentaba. Dunk sintió que le ardía la mejilla. Reconoció en la boca la sangre de un labio partido. Sin embargo, lady Rohanne no le había hecho daño de verdad. Al principio lo único que pudo pensar fue en asirla por aquella larga trenza pelirroja y acomodársela en las rodillas para propinarle una nalgadas, como a un niño que se portó mal. "Entonces chillará y veinte caballeros irrumpirán para matarme."

—¿Osa apelar a mí en nombre de Addam? —lady Rohanne tenía las fosas nasales muy abiertas—. Lárguese de Fosa Fría, ser. De inmediato.

—No era mi intención...

—Si no lo hace, hallaré un saco lo bastante grande para usted, aunque yo misma deba coserlo. Dígale a ser Eustace que mañana en la mañana me traiga a Bennis del Escudo Pardo. De lo contrario iré yo misma a buscarlo a fuego y espada. ¿Me entendió? ¡A fuego y espada!

El septón Sefton tomó a Dunk del brazo y se lo llevó con rapidez de la sala. Egg los seguía de cerca.

—Ésa fue una gran imprudencia, ser —susurró el grueso septón, mientras los conducía hacia los escalones—. Una grandísima imprudencia. Mencionar a Addam Osgrey...

—Ser Eustace me dijo que lady Rohanne sentía cariño por el muchacho.

—¿Cariño? —El septón resopló con gran enojo—. Estaba enamorada de él, y él de ella. Nunca fueron más allá de uno o dos besos, pero... Fue por Addam por el que mi señora lloró después del campo de Hierba Roja, no por el esposo al que apenas conocía. Culpa a ser Eustace de su muerte, y merecidamente. El niño tenía doce años.

Dunk sabía qué era llevar una herida en el alma. Cada vez que alguien hablaba de Vado Ceniza, pensaba en los tres hombres buenos que habían muerto para salvarle el pie, y nunca dejaba de dolerle.

—Dígle a su señora que no era mi intención ofenderla. Suplíquele que me perdone.

—Haré cuanto pueda, ser —dijo el septón Sefton—, pero usted dígle a ser Eustace que haga comparecer lo antes posible a Bennis ante ella. De lo contrario lo pasará mal, muy mal.

Dunk esperó a que, al oeste, las murallas y torres de Fosa Fría hubieran desaparecido a sus espaldas antes de girarse hacia Egg.

—¿Qué palabras había escritas en el papel? —preguntó.

—Era una concesión de derechos, ser. A lord Wyman Webber, de parte del rey. En pago por sus fieles servicios al final de la rebelión, lord Wyman y sus descendientes recibieron todos los derechos sobre el Jaquel, desde su nacimiento en las colinas de la Herradura hasta las orillas del lago Frondoso. También decía que lord Wyman y sus descendientes tendrían derecho a cazar a su albedrío ciervos rojos, jabalíes y conejos en el bosque Cerradón, y a talar veintitrés árboles al año —el niño carraspeó—. Ahora bien, la concesión sólo era temporal. En el papel se lee que en caso de que ser Eustace fallezca sin heredero varón, Tiesa volverá a la corona y los privilegios de lord Webber se extinguirán.

"Fueron alguaciles de la Frontera Norte durante mil años."

—Lo único que le dejaron al viejo fue una torre donde morir.

—Y su cabeza —dijo Egg—. Su majestad le dejó la cabeza, ser. Pese a que era un rebelde.

Dunk miró al niño.

—¿Tú se la habrías quitado?

Egg lo meditó.

—A veces, en la corte, servía en el Consejo Privado, y solía haber discusiones sobre el tema. El tío Baelor decía que con enemigos honorables lo mejor era la clemencia. Si un hombre derrotado cree que lo perdonarán, tal vez deje la espada e hinue la rodilla. De lo contrario luchará hasta la muerte y matará a más hombres leales y a más inocentes. En cambio, lord Cuervo de Sangre decía que cuando perdonas a los rebeldes, no haces más que sembrar las semillas de la siguiente rebelión —la voz de Egg delataba sus dudas—. ¿Por qué se levantó ser Eustace contra el rey Daeron? Era un

buen rey. Lo dice todo el mundo. Incorporó Dorne al reino y nos granjeó la amistad de sus habitantes.

—Tendrías que preguntárselo a ser Eustace, Egg.

Dunk creía conocer la respuesta, pero no habría sido del agrado del niño. "Quería un castillo con un león en la torre de entrada, pero lo único que consiguió fueron tumbas entre las zarzamoras." Cuando juramentabas tu espada a un hombre, prometías servirlo y obedecerlo, luchar por él siempre que lo necesitara, sin entrometerte en sus asuntos ni poner en duda sus alianzas... Ser Eustace, sin embargo, le había tomado el pelo. "Dijo que sus hijos murieron luchando por el rey, y me hizo creer que el arroyo era suyo."

La noche los sorprendió en el bosque Cerradón.

Fue culpa de Dunk. Debió haber tomado el camino más corto de regreso, el mismo que en la ida, pero decidió desviarse hacia el norte para ver de nuevo la presa. Se planteaba intentar deshacerla con sus propias manos, pero ni los Siete ni ser Lucas Tres Varas se mostraron tan serviciales. Al llegar a la presa, Dunk y Egg se la encontraron vigilada por dos ballesteros con insignias de la araña cosidas en sus jubones. Uno de ellos tenía los pies descalzos en el agua robada. Sólo por eso Dunk habría podido estrangularlo con mucho gusto, pero el ballestero los oyó llegar y aprestó el arma con rapidez. Su compañero, aún más veloz, ya tenía el virote a punto. Lo único que hizo Dunk fue mirarlos con ceño amenazador.

A partir de ese momento sólo les quedó volver sobre sus pasos. Dunk no conocía tan bien aquellas tierras como ser Bennis y habría sido humillante perderse en un bosque tan pequeño como el Cerradón. Cuando cruzaron el arroyo, casi se había puesto el sol y ya salían las primeras estrellas, junto con nubes de mosquitos. Entre aquellos árboles altos y negros Egg recuperó el uso de su lengua.

—¿Ser? El septón gordo dijo que mi padre rabia en Refugio Estival.

—Las palabras son aire.

—Mi padre no rabia.

—Pues podría —dijo Dunk—. Tú sí que lo haces.

—Yo no. Ser —Egg frunció el seño—. ¿Acaso lo hago?

—Un poco. Aunque no a menudo. De lo contrario te daría más golpes en la oreja.

—Me diste uno en la entrada del castillo.

—A medias, cuando mucho. El día en que te lo dé completo lo sabrás.

—A ti la Viuda Escarlata te lo dio completo.

Dunk se tocó el labio hinchado.

—Tampoco hace falta que lo digas tan satisfecho —"A tu padre nunca le han dado un golpe en la oreja. Quizá por eso sea como es el príncipe Maekar"—. Cuando el rey convirtió a lord Cuervo de Sangre en su mano, tu señor padre se negó a formar parte de su consejo y se fue de Desembarco del Rey para instalarse en su residencia —le recordó a Egg—. Lleva un año y la mitad de otro en Refugio Estival. ¿Cómo llamas a eso sino rabiar?

—Lo llamo estar enfadado —declaró Egg con solemnidad—. Su alteza debería haber nombrado mano del rey a mi padre. Es su hermano y no hay en todo el reino mejor caudillo en las batallas desde que murió lord Baelor. Lord Cuervo de Sangre ni siquiera es lord de verdad. Se trata de una simple y tonta cortesía. Es un hechicero, y por si fuera poco de baja cuna.

—Bastarda, pero no baja.

Aunque Cuervo de Sangre no fuera un auténtico lord, sí era noble por ambos costados. Su madre había sido una de las muchas amantes del rey Aegon el Indigno. Desde la muerte del anciano rey, los bastardos de Aegon habían sido la cruz de los Siete Reinos. A todos los había legitimado en su lecho de muerte; no sólo a los Grandes Bastardos, como Cuervo de Sangre, Aceroamargo y Daemon Fuegoscurro, hijos de damas, sino a los que había tenido con putas y mozas de taberna, hijas de mercaderes, criadas de comediantes y todas las campesinas guapas que se le ponían a tiro. El lema de la casa Targaryen era "fuego y sangre", pero Dunk había oído decir a ser Arlan que el de Aegon debía haber sido "báñenla y tráiganmela al lecho".

—El rey Aegon limpió de bastardía a Cuervo de Sangre —le recordó al muchacho—, igual que al resto.

—El antiguo septón supremo le dijo a mi padre que una cosa son las leyes de los reyes y otra las de los dioses —se empecinó Egg—. Los hijos legítimos se conciben en un lecho conyugal y reciben la bendición del Padre y de la Madre. En cambio los bastardos, dijo, los engendra la lujuria y

la debilidad. El rey Aegon decretó que sus bastardos no eran bastardos, pero lo que no podía cambiar era su naturaleza. El septón supremo dijo que todos los bastardos son hijos de la traición: Daemon Fuegoscurro, Aceroamargo e incluso Cuervo de Sangre. Dijo que lord Ríos fue más astuto que los otros dos, pero que al final demostró que él también era un traidor. El septón supremo le aconsejó a mi padre que jamás confiara en él ni en ningún otro bastardo, de alta o baja condición.

"Hijos de la traición", pensó Dunk. "Hijos de la lujuria y la debilidad. Ninguno es de fiar, ni de alta ni de baja condición."

—Egg —dijo—, ¿nunca se te ha ocurrido que yo sea bastardo?

—¿Tú, señor? —el niño quedó desconcertado—. No lo eres.

—Podría serlo. No conocí a mi madre ni sé qué fue de ella. Quizá nació demasiado grande y causé su muerte. Lo más probable es que fuera una puta o una moza de taberna. En el Lecho de Pulgas no se encuentra a damas de alta cuna. Y si llegó a casarse con mi padre, ¿qué habrá sido de él? —a Dunk no le gustaba que le recordaran su vida antes de que fuera encontrado por ser Arlan—. En Desembarco del Rey había un tenderete al que le vendía ratas, gatos y palomas para el guiso. El cocinero siempre decía que mi padre debía de ser algún ladrón, algún ratero. "Lo más seguro es que lo haya visto ahorcado", me decía, "aunque también puede ser que lo enviaran al Muro". En mis tiempos como escudero de ser Arlan siempre pedía viajar a esas tierras para servir en Invernalía o algún otro castillo del norte. Tenía la idea de que si llegaba al Muro tal vez me encontrara con algún anciano muy alto que se me pareciera. Sin embargo, nunca fuimos. Ser Arlan decía que en el norte no había setos donde dormir y que todos los bosques estaban llenos de lobos —sacudió la cabeza—. En resumidas cuentas, es muy probable que seas el escudero de un bastardo.

Por una vez Egg no tuvo nada que decir. Empezaba a caer la noche. Entre los árboles las luciérnagas se movían despacio y con sus lucecitas parecían estrellas fugaces. También en el cielo había estrellas, más de las que aspiraría a contar un ser humano, aunque llegara a la edad del rey Jaehaerys. Dunk sólo necesitaba levantar la vista para encontrar a viejos amigos: el Semental, la Puerca, la Corona del Rey, el Farol y la Vieja, la Galera, el Fantasma, la Doncella Luna... Al norte, sin embargo, había

nubes, y no alcanzó a divisar el ojo azul del Dragón de Hielo, que señalaba en esa dirección.

Ya había salido la luna cuando llegaron a Tiesa, erguida oscuramente en su montaña. Dunk vio que por las ventanas más altas de la torre se filtraba con debilidad una luz amarilla. La mayoría de las noches ser Eustace se acostaba justo después de cenar. Al parecer no era el caso. "Nos está esperando", supo Dunk.

También Bennis del Escudo Pardo aguardaba despierto. Lo encontraron sentado en los escalones de la torre, mascando hojamarga y afilando su espada a la luz de la luna. Desde muy lejos se oía el lento frotar de la piedra contra el acero. Aunque ser Bennis descuidara su atuendo y su persona, cuidaba bien sus armas.

—Ya vuelve el necio —dijo—. Y yo aquí afilando mi acero para ir a rescatarte de la Viuda Escarlata.

—¿Dónde están los hombres?

—Treb y Wat montan guardia en el tejado, por si la Viuda viene a visitarnos. El resto se fue al catre con el rabo entre las piernas. Les duele hasta el último hueso. Les di trabajo. Al grandote tonto le saqué algo de sangre sólo para enfadarlo. Lucha mejor cuando se enoja —exhibió su sonrisa marrón y roja—. Bonito traes el labio. La próxima vez no busques bajo las piedras. ¿Qué dijo la mujer?

—Piensa quedarse con el agua y también te quiere a ti por haber herido al cavador al lado de la presa.

—Ya me lo imaginaba —Bennis escupió—. Cuántas molestias por un campesino. Debería darme las gracias él a mí. A las mujeres les gustan los hombres con cicatrices.

—Pues entonces no te importará si la viuda te rebana la nariz.

—Y un cuerno. Si la quisiera rebanada lo haría yo mismo —apuntó hacia arriba con el pulgar—. A ser Inútil lo encontrarás en sus aposentos, rumiando lo importante que fue.

En ese momento intervino Egg.

—Luchó para el dragón negro.

Dunk tuvo ganas de darle un golpe, pero el caballero pardo se limitó a reír.

—Pues claro. No hace falta más que verlo. ¿Te parece de los que eligen al bando ganador?

—No más que tú. De lo contrario no estarías aquí, con nosotros —Dunk se giró hacia Egg—. Ocupate de Trueno y Maestre, y luego reúnete con nosotros.

Cuando Dunk subió por la trampilla, el anciano caballero estaba sentado en camión junto al hogar, pese a que no había fuego encendido. Tenía en la mano la copa de su padre, pesada, de plata, fabricada antes de la Conquista para algún lord Osgrey. El vaso estaba adornado con un león jaquelado hecho de escamas de jade y oro, aunque faltaban algunas de jade. Al oír los pasos de Dunk el viejo caballero levantó la vista y parpadeó como quien despierta de un sueño.

—Ser Duncan. Has vuelto. ¿Te dio qué pensar el aspecto de Lucas Inghfield?

—No, mi señor. Más bien él fue el que se enojó.

Dunk explicó todo como mejor pudo, aunque omitió la parte de lady Helicent, que lo dejaba como un tonto de remate. También habría omitido lo del bofetón, pero su labio partido estaba el doble de grande de lo normal por la hinchazón y ser Eustace no pudo menos que darse cuenta.

Al hacerlo frunció el cejo.

—Tu labio...

Dunk se lo tocó con cuidado.

—La señora me dio un bofetón.

—¿Te pegó? —ser Eustace abrió la boca y la cerró—. ¿Le pegó a mi emisario, que acudió a ella bajo el león jaquelado? ¿Osó ponerte las manos encima?

—Sólo una, ser. Cuando nos fuimos del castillo ya no sangraba —Dunk cerró el puño—. No quiere su plata, sino a ser Bennis, y no está dispuesta a demoler la presa. Me enseñó un pergamino con un texto y el sello personal del rey. Allí dice que el arroyo es suyo. Y... —vaciló—. Dice que usted... que se había...

—¿... levantado con el dragón negro? —ser Eustace pareció encorvarse—. Me lo temía. Si deseas abandonar mi servicio, no seré yo el que te lo impida.

El anciano caballero contempló su copa. Dunk no habría sabido decir qué miraba.

—Me había dicho que sus hijos murieron luchando por el rey.

—Así fue. El rey legítimo, Daemon Fuegoscurio. El rey que Esgrimió la Espada —al viejo le tembló el bigote—. Los hombres del dragón rojo se hacen llamar lealistas, pero en su tiempo los que elegimos al negro fuimos igual de leales. Ahora, sin embargo... Todos los hombres que marcharon junto a mí para sentar al príncipe Daemon en el Trono de Hierro se han deshecho como el rocío. Tal vez sólo los soñé, aunque lo más probable es que lord Cuervo de Sangre y sus Dientes de Cuervo les hayan metido el miedo en el cuerpo. No pueden haber muerto todos.

Dunk no podía negar que era verdad. Hasta entonces nunca había conocido a ningún hombre que hubiera luchado a favor del Pretendiente. "Pero a alguno tengo que haber conocido. Eran miles. La mitad del reino estaba a favor del dragón rojo y la otra mitad del negro."

—Ser Arlan siempre decía que ambos bandos lucharon con valentía.

Le parecía que al anciano caballero podía gustarle oírlo.

Ser Eustace sujetaba la copa de vino con ambas manos.

—Si Daemon hubiera pisoteado a Gwayne Corbray... Si en vísperas de la batalla no hubieran dado muerte a Bola de Fuego... Si Hightower y Tarbeck y Oakheart y Butterwell nos hubieran aportado todas sus fuerzas, en vez de intentar tener un pie en cada bando... Si Manfred Lothston hubiera resultado fiel en vez de un traidor... Si las tormentas no hubieran hecho que lord Bracken zarpara con retraso junto a sus ballesteros de Myr... Si no hubieran sorprendido a Dedos Veloces con los huevos de dragón robados... Tantos "si", ser... De haber cambiado uno solo de ellos, el desenlace habría sido distinto. Entonces se nos llamaría lealistas a nosotros y se recordaría a los dragones rojos como hombres que combatieron en vano para mantener al usurpador Daegon el Espurio en un trono robado.

—Será como usted dice, mi señor —dijo Dunk—, pero las cosas fueron como fueron. Han pasado años y a usted se le perdonó.

—Nos perdonaron, sí. Daeron perdonó a los traidores y rebeldes a condición de que hincáramos la rodilla y le entregáramos a un rehén en

prenda de nuestra futura lealtad —el tono de ser Eustace era amargo—. Yo rescaté mi cabeza mediante la vida de mi hija. Alysanne tenía siete años cuando se la llevaron a Desembarco del Rey, y veinte al morir como hermana silenciosa. Una vez fui a verla a Desembarco del Rey y ni siquiera quiso hablar conmigo, su propio padre. La clemencia de un rey es un regalo envenenado. Daeron Targaryen me conservó la vida, pero me arrebató mi orgullo, mis sueños y mi honor —su mano tembló y derramó vino tinto en su regazo. El anciano, sin embargo, no se dio cuenta—. Debería haberme exiliado con Aceroamargo, o muerto junto a mis hijos y mi dulce rey. Habría sido una muerte digna de un león jaquelado, descendiente de tantos señores orgullosos y de tantos grandes guerreros. La misericordia de Daeron me empequeñeció.

"En su corazón no ha llegado a morir el dragón negro", comprendió Dunk.

—Mi señor...

Era la voz de Egg. El niño había entrado en el momento que ser Eustace hablaba de su muerte. El anciano caballero lo observó parpadeando, como si lo viera por primera vez.

—Dime, muchacho. ¿Qué ocurre?

—Con su permiso... La Viuda Escarlata dice que se rebeló para obtener su castillo. Miente, ¿verdad?

—¿El castillo? —ser Eustace parecía confuso—. Fosa Fría... Sí, Daemon me prometió Fosa Fría, pero... no fue por beneficiarme, no...

—¿Por qué, entonces? —preguntó Egg.

—¿Por qué?

Ser Eustace frunció el ceño.

—¿Por qué fue un traidor, si no era sólo por el castillo?

Miró largo rato a Egg antes de responder.

—Tú sólo eres un niño. No lo entenderías.

—Bueno —dijo Egg—, tal vez sí.

—La traición... no es más que una palabra. Cuando dos príncipes luchan por un asiento que sólo uno de ellos puede ocupar, es necesario que tomen partido tanto los grandes señores como el pueblo llano. Al final de la batalla se ensalzará a los vencedores como hombres leales y de palabra,

mientras que a los derrotados se les conocerá para siempre como rebeldes y traidores. Tal fue mi destino.

Egg lo meditó a conciencia.

—Sí, mi señor, pero... el rey Daeron era un buen hombre. ¿Por qué eligió a Daemon?

—Daeron... —la lengua de ser Eustace casi se trabó al pronunciarlo. Dunk se dio cuenta de que estaba medio borracho—. Daeron era un hombre esmirriado, de hombros caídos, con una barriguita que se balanceaba al caminar. Daemon tenía porte, orgullo y una barriga lisa y dura como un escudo de roble. Además sabía combatir. Con el hacha o la lanza o el mangual, no cedía ante ningún caballero que hayan visto mis ojos; con la espada, sin embargo, era el Guerrero personificado. Cuando el príncipe Daemon tenía en sus manos Fuego Oscuro, no había quién lo igualara. Ni Ulrick Dayne con Albor ni tan siquiera el Caballero Dragón con Hermana Oscura.

"A un hombre lo conocerás por sus amigos, Egg. Daeron se rodeaba de maestros, septonos y bardos. Siempre le susurraban mujeres al oído y su corte estaba llena de dornienses. ¿Cómo no iba a ser así, si había metido en su lecho a mujeres de Dorne y vendido a su propia y dulce hermana al príncipe de Dorne, aunque ella estuviera enamorada de Daemon? Daeron llevaba el mismo nombre que el Joven Dragón, pero cuando su esposa dorniense le dio un hijo, él puso al niño el nombre de Baelor, en honor al rey más débil que se haya sentado jamás en el Trono de Hierro.

"En cambio Daemon... Daemon no era más piadoso de lo necesario en un rey y a él acudían todos los grandes caballeros del reino. A lord Cuervo de Sangre le convendría que sus nombres quedaran olvidados y por eso nos prohibió cantar sobre ellos, pero yo sí me acuerdo. Robb Reyne, Gareth el Gris, ser Aubrey Ambrose, lord Gormon Peake, Byren Flores el Negro, Colmillo Rojo, Bola de Fuego... ¡Aceroamargo! Te pregunto: ¿ha habido alguna vez tan noble compañía, semejante lista de héroes?

"¿Por qué, muchacho? ¿Me preguntas por qué? Porque Daemon era el mejor. También el viejo rey se daba cuenta. La espada se la entregó a Daemon. Fuego Oscuro, la espada de Aegon el Conquistador, la hoja que habían empuñado todos los reyes Targaryen desde la Conquista... esa

espada la puso en manos de Daemon el día en que lo armó caballero, cuando era un niño de diez años."

—Dice mi padre que fue porque Daemon era espadachín, cosa que nunca fue Daeron —observó Egg—. ¿Qué sentido tiene darle un caballo a un hombre que no sabe montar? Dice que la espada no era el reino.

La mano del anciano caballero sufrió tal sacudida que se le derramó el vino de la copa.

—Tu padre es un necio.

—No lo es —dijo el niño.

La cara de Osgrey se crispó de rabia.

—Me hiciste una pregunta y yo la respondí, pero no pienso tolerar impertinencias. Ser Duncan, deberías golpear más a menudo a este niño. Su cortesía deja mucho que desear. Si es necesario que lo haga yo mismo, lo haré...

—No —lo interrumpió Dunk—, no lo hará. Ser... —se había decidido—. Es de noche. Nos iremos al alba.

Ser Eustace se le quedó mirando, acongojado.

—¿Se van?

—De Tiesa. Y de su servicio.

"Nos mintió, y diga lo que diga no tuvo nada de honroso." Se desabrochó la capa, la enrolló y la depositó sobre las piernas del anciano.

Osgrey entornó los ojos.

—¿Les ofreció ella que entren a su servicio? ¿Me abandonan por el lecho de esa puta?

—No sé si sea una puta —dijo Dunk—, o una bruja o una envenenadora, o ninguna de las tres cosas, pero poco importa. Volvemos a los caminos, no a Fosa Fría.

—Quieren decir a las zanjas. Me abandonan para merodear como lobos por los bosques, y atacar en los caminos a personas honradas —a ser Eustace le temblaban las manos. Se le cayó la copa de entre los dedos y rodó por el suelo, salpicando vino—. Lárguense, pues. Lárguense. No quiero saber más de ustedes. No debería haberlos aceptado a mi servicio. ¡Lárguense!

—Como diga, ser.

Dunk hizo señas a Egg, que lo siguió.

Dunk quiso pasar la última noche lo más lejos posible de Eustace Osgrey, así que durmieron abajo, en la bodega, entre los demás integrantes de la magra hueste de Tiesa. Fue una noche accidentada. Tanto Lem como Pate, el de los ojos rojos, roncaban, el uno con fuerza y el otro con constancia. La bodega estaba llena de húmedos vapores que subían por la trampilla. Dunk no dejaba de dar vueltas en el áspero camastro, y cuando más profundamente dormía se despertaba de golpe en la oscuridad. Lo escocían mucho las picaduras recibidas en el bosque. También en la paja había pulgas. "En buena hora me iré de este sitio, del viejo, de ser Bennis y de los demás." Tal vez fuera el momento de llevar de nuevo a Egg a Refugio Estival, para que viera a su padre. Se lo preguntaría al niño por la mañana, cuando ya estuvieran lejos.

La mañana, sin embargo, parecía muy lejana. Dunk tenía llena la cabeza de dragones, rojos y negros... de leones jaquelados, viejos escudos, botas gastadas... de arroyos y fosos y presas y papeles con el gran sello del rey, que no podía leer.

También estaba ella, la Viuda Escarlata, Rohanne de Fosa Fría. Veía su cara pecosa, sus brazos esbeltos y su larga trenza roja, y se sentía culpable. "Debería estar soñando con Tanselle. Tanselle la Giganta, la llamaban, aunque para mí no era demasiado alta."

Le había pintado un emblema en su escudo y él la había salvado del Príncipe Brillante, pero Tanselle había desaparecido antes del juicio de siete. "No soportaba verme morir", se decía Dunk a menudo, pero ¿qué sabía él? Era más duro de entendimiento que traspasar el muro de un castillo. Lo demostraba el mero hecho de que pensara en la Viuda Escarlata. "Tanselle me sonreía, pero nunca nos abrazamos; nunca nos besamos, ni siquiera en la mejilla." Al menos Rohanne lo había tocado. Podía demostrarlo al mostrar su labio hinchado. "No seas bobo. No es para alguien como tú. Es demasiado menuda, inteligente y peligrosa."

Por fin concilió el sueño y soñó. Corría por un claro, en el bosque Cerradón. Corría hacia Rohanne, que disparaba flechas contra él. Las

saetas, infalibles, se clavaban siempre en el pecho de Dunk, pero había una extraña dulzura en el dolor. Debería haber dado media vuelta y salir huyendo. Lo que hacía, sin embargo, era correr hacia ella, con lentitud, como se corre siempre en sueños, como si el aire se hubiera vuelto miel. Llegó otra flecha, y luego otra. Parecía que nunca se acabaran en el carcaj. Los ojos de Rohanne eran grises y verdes y llenos de picardía.

"Su vestido realza el color de sus ojos", quería decirle Dunk, pero ella no llevaba vestido. De hecho no llevaba ropa. Sus pequeños senos estaban salpicados de pequeñas pecas y sus pezones eran rojos y duros como bayas. Erizado de flechas que lo asemejaban a un puercoespín gigante, Dunk daba tumbos hasta llegar a los pies de ella, pero encontraba las fuerzas necesarias para aferrarse a su trenza. La hacía caer sobre él mediante un fuerte estirón y le daba un beso.

Se despertó de golpe al oír un grito.

En la oscuridad de la bodega todo era confusión. Se oían palabrotas y lamentos. Los hombres tropezaban los unos con los otros al buscar a tientas sus lanzas o sus pantalones. Nadie sabía qué pasaba. Egg encontró la vela de sebo y la encendió para echar algo de luz en la escena. El primero en subir por la escalera fue Dunk, que estuvo a punto de chocar con Sam Encorvado, el cual bajaba a toda prisa, resoplando como fuelle y farfullando incoherencias. Dunk tuvo que sujetarlo por los hombros para que no se cayera.

—¿Qué pasa, Sam?

—El cielo —gimoteó el viejo—. ¡El cielo!

Al no sacarle nada con sentido, todos subieron al tejado a mirar. Ser Eustace, que se les había anticipado, estaba en camión junto al parapeto, con la mirada perdida en la distancia.

Amanecía en el oeste.

Dunk tardó un buen rato en darse cuenta de lo que significaba.

—Se está quemando el bosque Cerradón —dijo en voz baja.

En la base de la torre se oyeron las imprecaciones de Bennis, una retahíla de vulgaridades tan soeces que hasta Aegon el Indigno se habría sonrojado. Sam Encorvado empezó a rezar.

Estaban demasiado lejos para avistar las llamas, pero el rojo resplandor invadía la mitad del oeste del horizonte y encima de la luz desaparecían las estrellas.

La Corona del Rey ya había quedado oculta tras el velo del humo que subía.

"A fuego y espada, dijo ella."

El incendio se prolongó hasta la mañana. Aquella noche nadie durmió en Tiesa. No tardaron mucho en oler el humo y ver bailar las llamas a lo lejos, como chicas con faldas rojas. Todos se preguntaban si llegaría hasta ellos el fuego. Dunk, con los ojos irritados junto al parapeto, estaba atento por si venían jinetes durante la noche.

—Bennis —dijo cuando subió el caballero pardo, mascando su hojamarga—, a quien quiere ella es a ti. Quizá sea mejor que te vayas.

—¿Huir yo? —rebuznó Bennis—. ¿Con mi caballo? Para eso intento escaparme en uno de esos pollos de los demonios.

—Pues entonces ríndete. Sólo te cortará la nariz.

—Mi nariz me gusta como está, necio. Que intente atraparme y hablaremos de cortar.

Se sentó con las piernas cruzadas en el suelo y la espalda apoyada en una almena, y sacó de su zurrón una piedra de afilar para su espada. Ser Eustace estaba a su lado, de pie. Hablaron en voz baja sobre cómo guerrear.

—Tres Varas nos esperará en la presa —oyó decir Dunk al anciano caballero—, así que en vez de eso le quemaremos a ella las cosechas. Fuego por fuego.

A ser Bennis le pareció perfecto, con la salvedad de que acaso les conviniera prender también fuego al molino de la viuda.

—Queda a seis leguas por detrás del castillo. Allá Tres Varas no nos buscará. Quememos el molino y matemos al molinero. Será un duro golpe para ella.

Egg también escuchaba. Tosió y miró a Dunk con los ojos muy abiertos y muy blancos.

—Ser, debe detenerlos.

—¿Cómo? —preguntó Dunk. "Ya los detendrá la Viuda Escarlata, y Lucas Tres Varas"—. Son simples bravuconadas, Egg. De lo contrario se mearían en los pantalones. Además, ahora no nos va ni nos viene.

El alba trajo un cielo gris y turbio, y un aire que irritaba los ojos. La intención de Dunk era salir temprano, pero después de casi toda una noche sin dormir no sabía hasta dónde llegarían. Desayunó huevos revueltos, al igual que Egg, mientras Bennis reanudaba la instrucción del grupo. "Son hombres de Osgrey, y nosotros no", se dijo Dunk. Se comió cuatro huevos. A su modo de ver, era lo mínimo que le debía ser Eustace. Egg se comió dos. Los acompañaron con cerveza.

—Podríamos ir a Isla Bella, ser —dijo el niño mientras recogían sus pertenencias—. Si sufren incursiones de los hombres del Hierro, es posible que lord Farman esté buscando espadas.

Era buena idea.

—¿Has estado alguna vez en Isla Bella?

—No, ser —dijo Egg—, pero dicen que es bella. También es bella la residencia de lord Farman. Se llama Torre la Bella.

Dunk se rio.

—Pues a Torre la Bella se ha dicho —parecía que le hubieran quitado un gran peso de encima—. Me ocuparé de los caballos —dijo, tras haber hecho un fardo con su armadura y atarlo con cuerda de cáñamo—. Tú ve al tejado y baja nuestras esterillas, escudero —si algo quería evitar esa mañana era otra discusión con el león jaquelado—. Si ves a ser Eustace, no lo molestes.

—Así lo haré, señor.

Fuera, Bennis había hecho formar a sus reclutas con sus lanzas y escudos e intentaba enseñarles a avanzar al unísono. El caballero pardo no prestó la menor atención a Dunk cuando éste cruzó el patio. "Los llevará a todos a la muerte. La Viuda Escarlata puede aparecer en cualquier momento." Egg irrumpió por la puerta de la torre y bajó en forma ruidosa con sus esterillas por los escalones de madera. Más arriba, en el balcón, ser Eustace tenía las manos apoyadas en el parapeto. Al mirar muy tieso a Dunk, le tembló el bigote y se giró con rapidez. El aire estaba opaco por el humo.

Bennis llevaba su escudo a la espalda: un largo escudo cometa de madera sin pintar, oscurecido por innumerables capas de viejo barniz y con refuerzos de hierro en toda la superficie. No llevaba blasón, sólo un bulto en el centro que a Dunk le recordaba un gran ojo cerrado. "Igual de ciego que él."

—¿Cómo piensas enfrentarte a ella? —preguntó.

Ser Bennis, rezumando hojamarga roja entre los labios, miró a sus soldados.

—Con tan pocas lanzas no podemos defender la montaña. Tendrá que ser la torre. Nos refugiaremos dentro —la señaló con la cabeza—. Sólo hay una entrada. Si levantamos la escalera de madera, les será imposible llegar hasta nosotros.

—Hasta que se fabriquen su propia escalera. Es posible que también traigan cuerdas y rezones y los invadan por el tejado. A menos que se limiten a permanecer a distancia con sus ballestas y los llenen de virotes mientras intentan guardar la puerta.

Los Melones, Alubias y Cebadas oyeron sus palabras. Sus bravatas se las había llevado el viento, aunque no soplara. Se aferraban a sus palos afilados mirando a Dunk y Bennis, y mirándose entre ellos.

—De nada te servirán estos hombres —dijo Dunk, señalando con la cabeza el lastimoso ejército de Osgrey—. Si los dejas a campo abierto, los caballeros de la Viuda Escarlata los harán picadillo, y dentro de la torre no les servirán de nada las lanzas.

—Pueden tirar cosas del tejado —dijo Bennis—. Treb es un experto en lanzar piedras.

—Supongo que una o dos podría tirarlas —dijo Dunk—, hasta que uno de los ballesteros de la Viuda lo atraviese.

—Ser... —Egg estaba al lado de Dunk—. Ser, si hay que irse mejor que sea ahora. No vaya a venir la Viuda.

El niño tenía razón. "Si nos entretenemos quedaremos atrapados." A pesar de todo Dunk seguía vacilante.

—Deja que se vayan, Bennis.

—¡Cómo! ¿Perder a estos mozos tan valientes? —Bennis miró a los campesinos y rebuznó de risa—. Nada de ocurrencias —les advirtió—. Al

que intente huir lo destripo.

—Inténtalo y yo te destriparé a ti —Dunk desenvainó la espada—. Márchense todos a sus casas —les dijo a los campesinos—. Vuelvan a sus aldeas y vean si sus casas y cosechas se salvaron del fuego.

Nadie se movió. El caballero pardo miraba con fijeza a Dunk, moviendo la boca. Dunk no le hizo caso.

—Márchense —repitió a los campesinos. Era como si algún dios hubiera puesto la palabra en su boca. "El Guerrero no. ¿Habrá un dios de los tontos?"—. ¡MÁRCHENSE! —repitió a todo pulmón—. Llévense sus lanzas y escudos, pero márchense o no vivirán un día más. ¿Quieren volver a besar a sus mujeres? ¿Abrazar a sus hijos? ¡Márchense a casa! ¿Acaso todos se quedaron sordos?

No. Entre los pollos se armó la desbandada. Rob el Grande pisó una gallina al salir huyendo y Pate estuvo a menos de un palmo de destripar a Will Alubia al tropezarse con su propia lanza, pero al final se alejaron corriendo. Por un lado iban los Melones, por otro los Alubias y por un tercero los Cebadas. Ser Eustace gritaba desde arriba, pero nadie le hacía caso. "Para lo que les dice él sí que son sordos", pensó Dunk.

Cuando el anciano caballero salió de su atalaya y bajó a toda prisa por los escalones, entre las gallinas sólo quedaban Dunk, Egg y Bennis.

—¡Regresen! —gritó ser Eustace a sus hombres, mientras huían a toda velocidad—. No tienen mi permiso para partir. ¡No tienen mi permiso!

—Es inútil, mi señor —dijo Bennis—. Se han marchado.

Ser Eustace la tomó contra Dunk con un temblor de rabia en el bigote.

—No tenías ningún derecho a decirles que se fueran. ¡Ningún derecho! Yo les dije que no lo hicieran. Se los prohibí. A ti te prohibí despedirlos.

—No lo escuchamos, mi señor —Egg se quitó el sombrero para alejar el humo—. Las gallinas cacareaban demasiado fuerte.

El anciano se dejó caer en el primer escalón de Tiesa.

—¿Qué les ofreció esa mujer a cambio de que me entreguen? —preguntó con voz sombría a Dunk—. ¿Cuánto oro les dio por traicionarme, hacer que se vayan mis muchachos y dejarme aquí solo?

—No está solo, mi señor —Dunk se envainó la espada—. Yo he dormido bajo su techo y esta mañana comí sus huevos. Todavía le debo

algún servicio. No pienso escabullirme con la cola entre las piernas. Aquí sigue mi espada.

Se tocó el cinto.

—Una espada —el anciano caballero se levantó despacio—. ¿Qué puede hacer una sola espada contra esa mujer?

—Para empezar, lo posible para que no entre en sus tierras.

Ya le habría gustado a Dunk sentirse tan seguro como parecía por su tono.

Cada vez que el anciano caballero respiraba, el bigote le temblaba.

—Sí —dijo al fin—. Más vale ser audaz que esconderse tras los muros de piedra. Mejor morir león que conejo. Durante mil años fuimos alguaciles de la Frontera Norte. Necesito mi armadura.

Empezó a subir.

Egg miraba a Dunk.

—No sabía que tuvieras cola, ser —dijo.

—¿Quieres un golpe en la oreja?

—No, ser. ¿Tú quieres tu armadura?

—Sí —dijo Dunk—, y otra cosa.

Se habló de que ser Bennis los acompañara, pero al final ser Eustace le ordenó quedarse y custodiar la torre. De poco serviría su espada en una situación de tanta desventaja como la que era probable que encontraran. Además, la Viuda se habría enfurecido aún más al verlo.

No hicieron falta grandes esfuerzos para convencer al caballero pardo. Dunk lo ayudó a desprender las clavijas de hierro que mantenían la escalera en su lugar. Bennis subió, desató la vieja cuerda gris de cáñamo y la estiró con todas sus fuerzas. La escalera de madera rechinó y crujió al subir, hasta dejar tres metros de aire entre el primer peldaño de piedra y la única entrada de la torre. Sam Encorvado y su mujer ya estaban dentro. Las gallinas tendrían que valerse por sí mismas. Abajo, montado en su caballo gris, ser Eustace levantó la voz.

—Si al anochecer no hemos vuelto...

—Cabalgaré a Altojardín, mi señor, y le diré a lord Tyrell que esa mujer quemó su bosque y lo asesinó.

Dunk siguió a Egg y Maestre por la ladera. Detrás iba el anciano, haciendo un suave ruido de metal con su armadura. Por una vez se levantaba el viento. Dunk oyó chasquear su capa.

En el emplazamiento del bosque Cerradón encontraron un páramo cubierto de humo. Para cuando llegaron el incendio casi se había apagado por sí solo, pero aún quedaban partes que se quemaban, islas de fuego en un mar de ceniza. El resto eran troncos de árboles quemados que se elevaban hacia el cielo como lanzas renegridas. Otros árboles se habían desplomado y yacían sobre el camino de poniente con las ramas chamuscadas y rotas, mientras en sus huecos corazones los rescoldos ardían sordamente. También en el suelo del bosque había partes calientes y otras sobre las que flotaba el humo como una bruma gris y caliente. Ser Eustace sufrió un ataque de tos y por unos instantes Dunk temió que se vieran obligados a regresar, pero se le pasó.

Observaron los restos de un ciervo rojo y más tarde quizá los de un tejón. No había nada vivo, a excepción de las moscas, al parecer capaces de sobrevivir a todo.

—Así debía de ser el Campo de Fuego —dijo ser Eustace—. Fue donde empezaron nuestros males, hace doscientos años. En aquel campo pereció el último de los reyes verdes, rodeado por lo más granado del Dominio. Mi padre decía que el fuegodragón ardía de tal modo que se les derretieron las espadas en las manos. Más tarde recogieron las hojas y las usaron para fabricar el Trono de Hierro. Altojardín pasó de reyes a mayordomos, y los Osgrey declinaron hasta que los alguaciles de la Frontera Norte se vieron reducidos a caballeros con tierras, vasallos de los Rowan.

Como Dunk no tenía nada que decir, cabalgaron un rato en silencio hasta que ser Eustace tosió.

—Ser Duncan —dijo—, ¿recuerdas la historia que te conté?

—Tal vez, ser —dijo Dunk—. ¿Cuál?

—La del Pequeño León.

—Sí, me acuerdo. Era el menor de cinco hijos.

—Muy bien —otra tos—. Cuando dio muerte a Lancel Lannister, los hombres del oriente dieron media vuelta. Sin el rey no había guerra. ¿Entiendes lo que digo?

—Sí —dijo Dunk de mala gana.

"¿Podría yo matar a una mujer?" Por una vez deseó ser en verdad más duro de entendimiento que traspasar el muro de un castillo. "No hay que llegar hasta ese extremo. No puedo permitirlo."

En el cruce entre el camino de poniente y el Jaquel quedaban algunos árboles en pie, con un lado del tronco chamuscado y negruzco. Justo detrás brillaba, oscura, el agua. "Azul y verde", pensó Dunk, "pero ya no queda oro". El humo había velado el sol.

Ser Eustace se detuvo al llegar al borde del agua.

—Hice un voto sagrado. No cruzaré el arroyo. No mientras las tierras del otro lado sean de ella.

El anciano caballero llevaba armadura y malla bajo su sobreveste amarillenta, y una espada al cinto.

—¿Y si no viene, ser? —preguntó Egg.

"A fuego y espada", pensó Dunk.

—Vendrá.

Vino, y en menos de una hora. Primero oyeron los caballos y después un susurro metálico de armaduras, cada vez más intenso. Con el humo era difícil saber a qué distancia estaban, hasta que el portaestandarte perforó la gris y deshilachada cortina. El remate del asta era una araña de hierro pintada de blanco y rojo, bajo la que pendía con flacidez el estandarte negro de los Webber. Se detuvo en la orilla al verlos del otro lado. En un abrir y cerrar de ojos apareció ser Lucas Inchfield cubierto de los pies a la cabeza por una armadura.

Sólo entonces apareció lady Rohanne montada en una yegua negra azabache con hilos de seda plateada, como si estuviera cubierta por una telaraña. Del mismo material era la capa de la Viuda, que fluía de sus hombros y muñecas con la ligereza del aire. También ella llevaba una armadura, en su caso hecha con escamas de esmalte verde y engastes de oro y plata. Ceñida a su cuerpo como un guante, la hacía parecer vestida de hojas de verano. Su larga trenza roja colgaba a su espalda y oscilaba con los movimientos del caballo. Acompañaba a la Viuda el septón Sefton, con la cara roja, a lomos de un gran caballo gris. Al otro lado estaba el joven maestre Cerrick, montado en una mula.

Llegaron caballeros hasta completar media docena, con sus correspondientes escuderos. La retaguardia la formaba una columna de ballesteros a caballo, que se abrió hacia ambos lados del camino al llegar al Jaquel y ver que Dunk los esperaba al otro lado. En total había treinta y tres hombres de armas, sin contar al septón, el maestre y la propia Viuda. Uno de los caballeros llamó la atención de Dunk: un hombre calvo, ancho, achaparrado, de rostro iracundo y aquejado de bocio.

La Viuda Negra acercó su yegua al agua.

—Ser Eustace, ser Duncan —dijo en voz alta por encima del río—, esta noche hemos visto arder su fuego.

—¿Visto? —contestó ser Eustace con todas sus fuerzas—. Lo han visto, sí... después de provocarlo.

—Ruín acusación.

—Para un acto ruín.

—Esta noche me hallaba dormida en mi lecho, rodeada por mis damas. Me despertaron los gritos desde las murallas, como a casi todo el mundo. Había viejos que subían a las torres por escaleras empinadas y bebés de pecho que lloraban de miedo al ver la luz roja. Es lo único que sé de su fuego.

—Suyo, querrá decir, señora —insistió ser Eustace—. Mi bosque se perdió. ¡Digo bien: se perdió!

El septón Sefton carraspeó.

—Ser Eustace —dijo con voz sonora—, también en el bosque Real hay fuego, y aun en la selva. La sequía ha convertido en yesca todos nuestros bosques.

Lady Rohanne levantó una mano y señaló.

—Mire mis campos, Osgrey. Vea lo secos que están. Muy tonta tendría que ser para haber provocado un incendio. Si hubiera cambiado la dirección del viento, las llamas podrían haber cruzado el arroyo y quemado la mitad de mis cosechas.

—¿Podrían? —exclamó ser Eustace—. El que se quemó fue mi bosque, y usted es la que le prendió fuego. ¡De seguro hizo levantarse el viento con algún conjuro de bruja, del mismo modo que usó sus oscuras artes para asesinar a sus esposos y hermanos!

La expresión de lady Rohanne se endureció. Era la misma mirada que vio Dunk en Fosa Fría justo antes de la bofetada.

—Basta de cháchara —le dijo al anciano—. No malgastaré más palabras con usted, ser. Entregue a Bennis del Escudo Pardo o iremos a buscarlo.

—No lo harán —declaró ser Eustace con tono ampuloso—. Eso jamás —le tembló el bigote—. No se acerquen más. Este lado del arroyo es mío, y aquí no es bienvenida. De mí no recibirá hospitalidad alguna. Nada de pan ni de sal. Ni siquiera sombra y agua. Viene como intrusa. Le prohíbo poner el pie en tierras de Osgrey.

Lady Rohanne se pasó la trenza por el hombro.

—Ser Lucas —fueron sus únicas palabras.

En respuesta a un gesto de Tres Varas, los ballesteros desmontaron, prepararon los resortes de sus armas y sacaron virotes de sus carcajs.

—Y bien, ser —preguntó en voz alta la dama una vez que todas las ballestas se encontraron a punto —, ¿qué me había prohibido?

Dunk ya había oído suficiente.

—Si cruzan el arroyo sin permiso, estarán infringiendo la paz del rey.

El septón Sefton hizo avanzar un paso a su caballo.

—El rey no lo sabrá ni le importará —dijo—. Todos somos hijos de la Madre, ser. Apártense, en nombre de ella.

Dunk frunció el ceño.

—De dioses no sé mucho, septón... ¿pero no somos también hijos del Guerrero? —se pasó una mano por la nuca—. Si intentan cruzar los detendré.

Ser Lucas Tres Varas se rio.

—Vea, mi señora: un caballero errante con ganas de ser un puercoespín —le dijo a la Viuda Escarlata—. Con sólo una palabra suya lo atravesaremos con una docena de virotes. A esta distancia penetrarán en la armadura como si estuviera hecha de saliva.

—No. Todavía no, ser —lady Rohanne estudió a Dunk desde la otra orilla—. Son dos hombres y un niño. Nosotros, treinta y cinco. ¿Cómo se proponen impedir que crucemos?

—Pues... —dijo Dunk—. Se lo diré, pero sólo a usted.

—Como guste —lady Rohanne clavó los talones en su yegua y la hizo meterse en el arroyo. Frenó cuando el agua llegó a la panza del animal y permaneció a la espera—. Aquí me tiene. Acérquese, ser. Prometo no meterlo en un saco.

Ser Eustace asió a Dunk por el brazo antes de que contestara.

—Vaya con ella —dijo el anciano caballero—, pero recuerde al Pequeño León.

—Como diga, mi señor —Dunk se metió con Trueno en el agua y llegó hasta lady Rohanne—. Mi señora...

—Ser Duncan... —ella levantó una mano y le tocó el labio hinchado con dos dedos—. ¿Hice yo esto, ser?

—Últimamente no me ha abofeteado nadie más, mi señora.

—Pues hice mal. Fue una falta a la hospitalidad. Ya me regañó el buen septón —miró a ser Eustace por encima del agua—. Apenas me acuerdo de Addam. Hace de ello más de la mitad de mi vida. Lo que sí recuerdo es que lo amaba. De ninguno de los otros estuve enamorada.

—Su padre lo puso entre las zarzamoras, con sus hermanos —dijo Dunk—. Le gustaban mucho las zarzamoras.

—Me acuerdo. Iba a buscarlas para mí y nos las comíamos en un cuenco de nata.

—El rey perdonó al anciano por Daemon —dijo Dunk—. Ya va siendo hora de que lo perdone usted por Addam.

—Entrégume a Bennis y lo pensaré.

—No soy yo el que puede hacerlo.

Lady Rohanne suspiró.

—De buen grado me abstendría de matarlo.

—De buen grado seguiría yo con vida.

—Pues entrégume a Bennis. Le cortaremos la nariz, se lo devolveremos y no habrá más que hablar.

—Al contrario —dijo Dunk—. Quedan por resolver la presa y el incendio. ¿Nos entregará usted a los que lo provocaron?

—En aquel bosque había luciérnagas —dijo ella—. Es posible que lo incendiaran con sus pequeñas linternas.

—Basta de bromas, mi señora —advirtió Dunk—. No es momento para ellas. Derribe la presa y permita que ser Eustace tenga agua en compensación por el bosque. Es justo, ¿no le parece?

—Quizá lo fuera si el bosque lo hubiera quemado yo, cosa que no hice. Estaba en Fosa Fría, durmiendo en mi lecho con tranquilidad —lady Rohanne miró el agua—. ¿Qué nos impide cruzar el arroyo sin más? ¿Acaso distribuyeron abrojos por las rocas? ¿O escondieron arqueros entre la ceniza? Explíqueme qué cree que nos detendrá.

—Yo —Dunk se quitó un guantelete—. En el Lecho de Pulgas siempre fui más alto y fuerte que los otros niños, y por eso solía pegarles unas palizas tremendas y robarles. El viejo me enseñó a no hacerlo. Decía que estaba mal. Además, a veces los niños pequeños tienen hermanos mayores y altos. Mire esto.

Dunk se quitó el anillo del dedo y se lo tendió a lady Rohanne, que tuvo que soltar su trenza para tomarlo.

—¿Oro? —dijo al notar el peso—. ¿Qué es, ser? —lo giró entre sus manos—. Un sello. Oro y ónice —la mirada de sus ojos verdes se aguzó al estudiar el sello—. ¿Dónde lo encontró, ser?

—En una bota. Envuelto en unos trapos y metido en la punta.

Los dedos de lady Rohanne se cerraron alrededor del anillo. Miró a Egg y al anciano ser Eustace.

—Corre un gran riesgo al mostrarme este anillo, ser, pero ¿en qué nos aprovecha? Si les doy a mis hombres la orden de cruzar...

—Bueno —dijo Dunk—, entonces yo tendría que luchar.

—Y morir.

—Es muy probable. Entonces Egg regresaría a su lugar de procedencia y explicaría lo ocurrido aquí.

—No si también muere.

—No creo que mate a un niño de diez años —dijo Dunk con la esperanza de tener razón—. A éste seguro que no. Como bien dice, ha venido con treinta y tres hombres, y los hombres hablan. Sobre todo aquél tan gordo. Por muy profundas que cave las tumbas, se correría la voz, y entonces... pues tal vez la picadura de una araña moteada mate a un león, pero un dragón es fiera muy distinta.

—Del dragón preferiría ser amiga —lady Rohanne se probó el anillo. Hasta en el pulgar le quedaba grande—. De todos modos, dragones al margen, debo tener a Bennis del Escudo Pardo.

—No.

—Es tozudo de punta a punta de sus cinco codos.

—Y un dedo.

Le devolvió al anillo a Dunk.

—No puedo volver a Fosa Fría con las manos vacías. Dirán que la Viuda Escarlata ya no pica, que ha sido demasiado débil para hacer justicia, que no ha sabido proteger al pueblo llano... No lo entiende, ser.

—Tal vez sí —"Mas de lo que se cree"—. Recuerdo que una vez un pequeño señor de las tierras de la tormenta tomó a su servicio a ser Arlan para que lo ayudara a combatir contra otro pequeño señor. Cuando le pregunté al viejo por qué luchaban, contestó: "Por nada, muchacho. Es para ver quién mea más lejos".

Lady Rohanne lo miró escandalizada, pero en un abrir y cerrar de ojos se le escapó una sonrisa.

—A lo largo de mi vida he oído mil zalamerías vacuas, pero usted es el primer caballero que usa el verbo mear en mi presencia —su rostro pecoso se volvió más serio—. Con esos concursos de meadas los señores juzgan mutuamente sus fuerzas, y ay del que muestre alguna flaqueza... Las mujeres, si pretenden gobernar, están obligadas a mear con el doble de fuerza. Y si da la casualidad de que son menudas... Lord Stackhouse codicia mis colinas de la Herradura, ser Clifford Conklyn reclama desde hace tiempo el lago Frondoso, los siniestros Durwell viven de robar ganado... y yo, bajo mi propio techo, tengo a Tres Varas. Siempre me despierto pensando si será el día en que se case conmigo a la fuerza —crispó los dedos en torno a su trenza como si estuviera a punto de caerse de un precipicio y la trenza fuera una cuerda—. Sé que él lo desea. Se contiene por temor a mis iras, del mismo modo que Conklyn, Stackhouse y los Durwell se andan con cuidado en lo referente a la Viuda Escarlata, pero si alguno de ellos considerara por un solo instante que me he vuelto débil y blanda...

Dunk volvió a ponerse el anillo y desenfundó su daga.

La viuda abrió mucho los ojos al ver el acero desnudo.

—¿Qué hace? —dijo—. ¿Ha perdido el juicio? Le apunta una docena de ballestas.

—Quería sangre por sangre —apoyó la daga en su mejilla—. Le informaron mal. No fue Bennis el que le hizo el corte al cavador, sino yo —presionó el borde del acero contra su rostro y cortó hacia abajo. Cuando sacudió la sangre de la daga, algunas gotas cayeron en el rostro de lady Rohanne. "Más pecas", pensó Dunk—. Bueno, queda saldada la deuda con la Viuda Escarlata. Mejilla por mejilla.

—Está loco —el humo había llenado de lágrimas los ojos de lady Rohanne—. Si fuera de mejor cuna me casaría con usted.

—Sí, mi señora; y si los cerdos tuvieran alas y escamas, y respiraran fuego, serían como dragones —Dunk volvió a enfundarse la daga. Había empezado a dolerle la cara. La sangre que corría por su mejilla goteaba en su gorjal. Al olerla, Trueno resopló y piafó en el agua—. Entrégueme a los que incendiaron el bosque.

—Nadie incendió el bosque —dijo ella—, pero si lo hubiera hecho alguno de mis hombres habría sido para complacerme. ¿Cómo podría entregarle a un hombre así? —miró a su escolta—. Lo mejor sería que ser Eustace retire su acusación.

—Antes respirarán fuego los cerdos, mi señora.

—En tal caso debo proclamar mi inocencia ante los ojos de los dioses y de los hombres. Dígale a ser Eustace que exijo disculpas... o un juicio. La decisión es suya.

Dio media vuelta a su caballo para regresar junto a sus hombres.

El campo de batalla sería el arroyo. El septón Sefton se adelantó, bamboleándose, y entonó una oración en que suplicaba al Padre

Celestial que mirara a aquellos dos hombres y los juzgara con justicia, además de pedirle al Guerrero que prestara su fuerza al hombre cuya causa fuera justa y verdadera, y a la Madre, para el mentiroso, misericordia y perdón por sus pecados. Terminada la plegaria, el septón se giró por última vez hacia ser Eustace Osgrey.

—Ser —dijo—, le ruego una vez más que retire su acusación.

—No lo haré —dijo el anciano con un temblor en el bigote.

El grueso septón se giró hacia lady Rohanne.

—Mi señora cuñada, si tú fuiste la responsable, confiesa tu culpa y bríndale al buen ser Eustace algún tipo de indemnización por su bosque. De lo contrario deberá correr la sangre.

—Mi paladín demostrará mi inocencia ante los ojos de los dioses y los hombres.

—Existen otras vías además del juicio por combate —dijo el septón con el agua en la cintura—. Les imploro a los dos que vayamos a Sotodeoro y sometamos el asunto al veredicto de lord Rowan.

—Jamás —dijo ser Eustace.

La Viuda Escarlata sacudió la cabeza.

Ser Lucas Inchfield miró a lady Rohanne con semblante furibundo.

—Cuando esta farsa acabe se casará conmigo. Como deseaba su señor padre.

—Mi señor padre no llegó a conocerlo como yo —replicó ella.

Dunk se arrodilló al lado de Egg y puso el sello en manos del niño. Cuatro dragones de tres cabezas, dos a un lado y dos al otro: las armas de Maekar, príncipe de Refugio Estival.

—Vuelve a meterlo en la bota —dijo—, pero si muero acude al amigo de tu padre que tengas más cerca y pídele que te lleve a Refugio Estival. No intentes cruzar tú solo el Dominio. Procura no olvidarlo. Si no, mi fantasma vendrá y te dará un golpe en la oreja.

—Sí, ser —dijo Egg—, pero preferiría que no muriera.

—Hace demasiado calor para morir.

Dunk se puso el yelmo. Egg lo ayudó a ajustárselo al gorjal. La cara de Dunk estaba pegajosa de sangre, a pesar de que ser Eustace había arrancado un jirón de su capa para ayudar a contener la hemorragia. Dunk se levantó y se acercó a Trueno. Al montar en la silla vio que casi todo el humo se había despejado, pero que el cielo seguía oscuro. "Nubes", pensó, "nubes negras". Cuánto tiempo sin verlas. "Tal vez sea un augurio. ¿Pero para él o para mí?" De augurios Dunk no sabía gran cosa.

Al otro lado del arroyo ser Lucas también había montado. Su caballo era un corcel zaino, un magnífico animal fuerte y veloz, pero menor que Trueno. Lo que le faltaba en tamaño lo compensaba en armadura: llevaba capizana, testera y una cota de malla ligera. En cuanto a Tres Varas, iba cubierto por placas esmaltadas de negro y malla plateada. Sobre su yelmo se asentaba una maligna araña de ónice. En cambio, su escudo mostraba sus propias armas: barra siniestra en blanco y negro jaquelado sobre campo gris claro. Dunk vio que se lo entregaba a un escudero. "No piensa usarlo." Supo por qué cuando otro escudero le hizo entrega de un hacha de guerra. Era larga y letal, con cintas en la empuñadura, cabeza pesada y una siniestra pica por detrás. Se trataba sin embargo de un arma para las dos manos. Tres Varas debería fiarse de la protección de su armadura. "Debo hacer que lo lamente."

El escudo de Dunk estaba en su brazo izquierdo. Era el que le había pintado Tanselle, el del olmo y la estrella fugaz. Se le pasó por la cabeza una canción infantil. "Protéjanme, roble y hierro, o acabaré en el infierno." Sacó su espada de la vaina. Le gustó sentir su peso.

Clavó los talones en los flancos de Trueno para que el gran corcel se internara en el agua. Lo mismo hizo ser Lucas en la otra orilla. Dunk fue hacia la derecha para ofrecerle el flanco izquierdo, protegido por su escudo. Ser Lucas no estaba dispuesto a hacerle aquella concesión. Hizo girar su corcel con rapidez y chocaron en un tumulto de acero gris y gotas verdes. Ser Lucas atacó con el hacha. Dunk tuvo que girarse en la silla de montar para recibir el hachazo en el escudo. La fuerza del golpe le hizo bajar el brazo y apretar los dientes. Su respuesta fue blandir la espada y descargar un corte lateral que alcanzó al otro caballero por debajo de su brazo en alto. Se oyó el chirrido de los dos aceros. El combate había empezado.

Tres Varas espoleó su corcel para, en una maniobra circular, tratar de plantarse en el flanco desprotegido de Dunk, pero Trueno giró a su encuentro y lanzó una tarascada al otro caballo. Se sucedían los duros hachazos de ser Lucas, que se había levantado en los estribos para aplicar todo su peso y fuerza en el arma. Dunk movía el escudo para detener uno tras otro los golpes. Medio agazapado tras la madera de roble, daba estocadas a los brazos, los flancos y las piernas de Tres Varas, pero la

armadura de este último siempre los rechazaba. Giraban y giraban, con el agua en las piernas. Tres Varas atacaba. Dunk se defendía a la espera de encontrar un punto débil.

Por fin lo vio. Cada vez que ser Lucas levantaba el hacha para descargarla, aparecía un hueco bajo el brazo. Había malla y cuero y gambax, pero placa no. Dunk mantuvo el escudo levantado, tratando de elegir el momento justo para el ataque. "Falta poco. Falta poco." El hacha cayó, se desprendió y volvió a subir. "¡Ahora!" Clavó las espuelas en Trueno, se acercó y tendió la espada para meter la punta por la abertura.

El hueco, sin embargo, desapareció con la misma rapidez con que había aparecido. La punta de la espada se deslizó por una rodela y Dunk casi se cayó de la silla por haberse estirado en demasía. El hacha descendió con todo su peso, desviada por el borde de hierro del escudo de Dunk. Chocó con un lado de su yelmo y golpeó de refilón el cuello de Trueno.

El corcel relinchó y se levantó sobre sus patas traseras, con los ojos en blanco de dolor, mientras el aire se llenaba del intenso olor a cobre de la sangre. Justo cuando se acercaba Tres Varas, Trueno lanzó una doble coz con sus cascos de hierro. Uno de ellos alcanzó a ser Lucas en la cara y el otro en un hombro. Después el pesado caballo de batalla cayó encima del corcel.

Todo fue muy rápido. Los dos caballos cayeron enredados, dándose coces y mordiscos, y agitando el agua y los lodos del fondo del río. Dunk intentó tirarse de la silla, pero se le trabó un pie en el estribo y cayó de bruces. Antes de que el agua entrara a chorros por los agujeros del yelmo, aspiró una desesperada bocanada de aire. Seguía sin conseguir soltar el pie. Sintió un estirón brutal. Era Trueno, que al debatirse estuvo a punto de descoyuntarle la pierna. Al momento siguiente quedó libre y empezó a caer hacia el fondo, mientras agitaba inútilmente brazos y piernas. El mundo era azul, verde y marrón.

El peso de la armadura lo arrastró hasta hacerlo chocar con el hombro en el lecho del arroyo. "Si esto es abajo, lo otro es arriba." Sus manos, rodeadas de acero, tantearon las piedras y la arena. Sin saber muy bien cómo, puso las piernas por debajo y se irguió. Le daba vueltas la cabeza.

Chorreaba cieno y agua por los orificios de respiración de su yelmo mellado, pero estaba de pie. Aspiró el aire.

Conservaba su abollado escudo en el brazo izquierdo, pero no la espada. La vaina estaba vacía. Dentro del yelmo no había sólo agua, sino sangre. Cuando intentó apoyarse en el otro pie, su tobillo lanzó una saeta de dolor por el resto de su pierna. Vio que los dos caballos habían conseguido levantarse. Giró la cabeza y miró por un solo ojo, a través de un velo de sangre, en busca de su enemigo. "No está", pensó. "Se ahogó o Trueno le aplastó el cráneo."

Ser Lucas surgió del agua justo enfrente de él, con la espada en la mano, y lanzó una salvaje estocada al cuello de Dunk, que sólo conservó la cabeza en los hombros gracias al grosor del gorjal. Dunk no tenía espada para responder, sólo el escudo. Cedió algo de terreno. Tres Varas fue tras él, gritando y lanzando mandobles. El brazo en alto de Dunk recibió un abrumador impacto por encima del codo. Un corte en la cadera lo hizo gruñir de dolor. Mientras retrocedía, su pie resbaló en una piedra. Se quedó apoyado en una rodilla, con el agua a la altura del pecho. Levantó el escudo, pero esta vez ser Lucas golpeó con tal fuerza que partió por la mitad el grueso roble y lanzó los restos a la cara de Dunk. Pese a que los oídos le zumbaban y a que tenía la boca llena de sangre, Dunk oyó gritar a Egg en la distancia.

—¡A por él, ser, a por él! ¡Ya lo tienes!

Dunk se abalanzó. Ser Lucas había desprendido su espada para volver a usarla. Dunk se lanzó sobre él a la altura de la cintura y lo derribó. El arroyo volvió a engullirlos a ambos, pero esta vez Dunk estaba preparado. Sujetando con un brazo a Tres Varas, lo obligó a bajar. Tras la visera abollada y retorcida de Inchfield salió un chorro de burbujas. Aun así se resistía. Encontró una piedra en el lecho del arroyo y empezó a aporrear con ella la cabeza y las manos de Dunk, que buscaba a tientas en su cinto.

"¿También perdí la daga?", se preguntó. No, ya la tenía. Su mano se cerró en la empuñadura. La sacó y la impulsó con lentitud por los remolinos de agua y por las anillas de hierro y el cuero hervido debajo del brazo de Lucas Tres Varas, a la vez que la giraba. Ser Lucas saltó y se retorció,

mientras perdía fuerzas. Dunk lo empujó y salió a flote. Le ardía el pecho. Ante su cara pasó fugazmente un pez largo, blanco, fino.

"¿Qué es eso?", se preguntó Dunk. "¿Qué es eso? ¿Qué es eso?"

No se despertó en el castillo donde debía hacerlo. Cuando los ojos se le abrieron no supo dónde estaba. Daba gusto estar tan fresco. Notó un regusto a sangre en la boca. Le tapaba los ojos una tela, tupida e impregnada de algún tipo de ungüento. Le pareció que olía a clavo.

Se palpó la cara y se la destapó. Tenía encima un techo alto en el que oscilaba luz de antorcha. En las vigas caminaban cuervos que lo miraban con sus pequeños ojos negros y le graznaban.

"Al menos no estoy ciego."

Se encontraba en la torre de un maestro. En las paredes había anaqueles llenos de hierbas y pócimas en tarros de cerámica y recipientes de cristal verde. También había una larga mesa de caballete cubierta de pergaminos, libros y extraños instrumentos de bronce, todo salpicado por los excrementos de los cuervos de las vigas, a los que oía murmurar.

Intentó sentarse. Craso error. Le daba vueltas la cabeza y el menor esfuerzo en la pierna izquierda provocaba un dolor atroz. Vio que le habían vendado el tobillo y que también tenía tiras de tela en el pecho y los hombros.

—Quédese quieto.

Sobre él apareció una cara joven, circunspecta, de ojos marrón oscuro a ambos lados de una nariz de gancho. Dunk la conocía. Su dueño iba todo de gris, con una cadena alrededor del cuello, una cadena de maestro hecha de muchos metales. Dunk lo asió por la muñeca.

—¿Dónde...?

—Fosa Fría —dijo el maestro—. Estaba demasiado malherido para regresar a Tiesa, así que lady Rohanne ordenó que se le trajera aquí. Beba esto.

Aplicó a los labios de Dunk una copa de... algo. La pócima tenía un sabor amargo, como el vinagre, pero al menos le quitó el regusto a sangre.

Hizo el esfuerzo de beberlo todo. Después dobló los dedos, primero de la mano con que usaba la espada y luego de la otra. "Al menos aún me responden las manos y los brazos."

—¿Dónde... dónde me hice daño?

—¿Dónde no? —el maestre resopló—. Fractura de tobillo, esguince de rodilla, clavícula rota, moretones... Tiene gran parte del torso verde y amarillo, y el brazo derecho violeta. Yo creía que también se había roto el cráneo, pero al parecer no fue así. No olvidemos el corte de la cara, ser. Me temo que le dejará una cicatriz. Ah, y cuando lo sacamos del agua estaba ahogado.

—¿Ahogado? —dijo Dunk.

—Nunca me había imaginado que una sola persona fuera capaz de tragar tanta agua, ni siquiera alguien tan grande como usted, ser. Tiene suerte de que yo sea natural de las islas del Hierro. Los sacerdotes del Dios Ahogado saben ahogar y resucitar a un hombre, y yo he estudiado sus creencias y costumbres.

"Me ahogué." Dunk trató una vez más de incorporarse, pero no tenía fuerzas. "Me ahogué donde el agua no me llegaba ni al cuello." Primero se rio. Después gimió de dolor.

—¿Ser Lucas?

—Muerto. ¿Lo dudaba?

"No." Dunk dudaba de muchas cosas, pero no de aquélla. Recordó cómo los brazos y las piernas de Tres Varas se habían quedado de súbito sin fuerzas.

—Egg —dijo—. Quiero a Egg.

—¿Se le antoja un huevo? El hambre es buena señal —dijo el maestre—, pero ahora mismo lo que le hace falta no es comer, sino dormir.

Dunk sacudió la cabeza y se arrepintió de inmediato.

—Egg es mi escudero.

—¿Ah, sí? Un muchacho valiente y más fuerte de lo que parece. Él lo sacó del río. También nos ayudó a quitarle la armadura y de camino hacia aquí montó con usted en el carromato. No quería dormir. Estuvo sentado a su lado, con la espada en las rodillas, por si alguien intentaba hacerle daño.

Sospechaba de todos, hasta de mí, e insistió en probar cuanto quise darle de comer. Un niño extraño, pero abnegado.

—¿Dónde está?

—Ser Eustace le pidió que le sirviera en el banquete de bodas. No tenía a nadie más de su lado. Habría sido descortés negarse.

—¿Un banquete de bodas?

Dunk no entendía nada.

—Claro, usted no lo sabe. Después de la batalla Fosa Fría y Tiesa se reconciliaron. Lady Rohanne pidió permiso al anciano ser Eustace para cruzar sus tierras y visitar la tumba de Addam. Él se lo dio. Lady Rohanne se arrodilló ante las zarzamoras y se echó a llorar. Él quedó tan conmovido que fue a consolarla. Estuvieron hablando toda la noche del joven Addam y del noble padre de mi señora. Antes de la rebelión de los Fuegosuro, lord Wyman y ser Eustace eran grandes amigos. Esta mañana nuestro buen septón Sefton unió en matrimonio a ser Eustace y mi señora. Ahora Eustace Osgrey es señor de Fosa Fría y su león jaquelado ondea junto a la araña de los Webber en todas las torres y murallas.

A Dunk todo le daba vueltas con lentitud. "Es la pócima. Me hace volver a dormir." Cerró los ojos y esperó a que se le pasara el dolor. Oía los graznidos y gritos de los cuervos. También su propia respiración, y algo más... Un sonido de mayor suavidad y regularidad, a la vez grávido y calmante.

—¿Qué es eso? —murmuró, adormilado—. Se oye un ruido...

—¿Eso? —el maestre escuchó—. Nada, lluvia.

Aella no la vio hasta el día en que se despidieron. Mientras Dunk cruzaba el patio con una fuerte cojera, levantando el pie entablillado y apoyado en una muleta, el septón Sefton se quejaba:

—Esto es una locura, ser. El maestre Cerrick dice que ni siquiera está medio curado, y con esta lluvia... Seguro que se resfriará, si es que no se vuelve a ahogar. Espere al menos a que deje de llover.

—Podría tardar años —Dunk le estaba agradecido al orondo septón, que había ido a verlo casi a diario... en principio para rezar por él, aunque

parecía que dedicaran más tiempo a las anécdotas y los rumores. Echaría de menos su lengua suelta y vivaracha, y su alegre compañía. Sin embargo, nada cambiaba—. Debo irme.

Alrededor de ambos llovía a cántaros, una lluvia que era como mil fríos látigos en la espalda de Dunk. Ya se le había empapado la capa. Era la de lana blanca que le había dado ser Eustace, con ribete de cuadros verdes y dorados. El anciano caballero lo había obligado a aceptarla como un regalo de despedida.

"Por tu valentía y tus leales servicios, ser", le había dicho. También el broche que se la sujetaba en el hombro era un regalo: una araña de marfil con patas de plata. Las manchas de la espalda eran racimos de granates triturados.

—Espero que no cometa la insensatez de pretender salir en busca de Bennis —dijo el septón Sefton—. Está tan magullado que temería por usted si alguien lo halla en semejante estado.

"Bennis", pensó Dunk con amargura, "el maldito Bennis". Mientras Dunk se batía en el arroyo, Bennis había atado a Sam Encorvado y su mujer, había saqueado hasta el último rincón de Tiesa y se había ido con todos los objetos de valor que halló, desde velas, ropa y armas hasta la antigua copa de plata de los Osgrey y un pequeño tesoro de monedas que el anciano tenía oculto en sus aposentos, tras un tapiz enmohecido. Dunk abrigaba la esperanza de reencontrarse algún día con ser Bennis del Escudo Pardo. Entonces...

—Lo de Bennis esperará.

—¿Adónde irá?

El septón jadeaba. Estaba demasiado gordo para ir tan deprisa como Dunk, incluso con muletas.

—A Isla Bella. A Harrenhal. Al Tridente. En todas partes hay caminos —se encogió de hombros—. Siempre he tenido ganas de ver el Muro.

—¿El Muro? —el septón frenó en seco—. ¡Me desespera, ser Duncan! —exclamó de pie en el barro, con las manos tendidas, mientras llovía alrededor—. ¡Rece, ser, rece por que la Vieja le aligere el viaje!

Dunk siguió caminando.

Ella lo esperaba en el establo, junto a las balas amarillas de heno, con un vestido verde como el propio verano.

—Ser Duncan —dijo al verlo entrar por la puerta. Su trenza roja colgaba por delante de su cuerpo, rozando los muslos con la punta—. Me alegro de verlo en pie.

"No ha llegado a verme tumbado", pensó él.

—Mi señora, ¿qué la trae al establo? Llueve mucho para dar un paseo a caballo.

—Lo mismo podría decirle yo a usted.

—¿Se lo contó Egg?

"Le debo otro golpe en la oreja."

—Dé gracias por ello. Si no, lo habría hecho perseguir por mis hombres y traerlo a la fuerza. Ha sido una crueldad intentar escabullirse sin una triste despedida.

Lady Rohanne no había ido a verlo mientras estuvo al cuidado del maestre Cerrick. Ni una sola vez.

—Le sienta bien este verde, mi señora —dijo él—. Realza el color de sus ojos —apoyó con cuidado el peso de su cuerpo en la muleta—. Vengo en busca de mi caballo.

—No hace falta que se vaya. Aquí hay un puesto para usted cuando se recupere: capitán de mi guardia. Egg puede unirse a mis otros escuderos. No es necesario que alguien se entere de quién es.

—Gracias, mi señora, pero no.

Trueno estaba a unas doce cuerdas. Dunk cojeó hacia él.

—Recapacite, ser, por favor. Son tiempos peligrosos, incluso para los dragones y sus amigos. Quédese hasta que se haya curado —lady Rohanne caminó a su lado—. A ser Eustace también le agradaría. Lo tiene en mucho afecto.

—Mucho afecto —convino Dunk—. Si su hija no estuviera muerta, me querría a mí como su esposo. Entonces usted podría ser mi señora madre. Yo nunca he tenido madre, y menos señora madre.

Por unos instantes pareció que lady Rohanne iba a darle otra bofetada. "Quizá sólo me quite la muleta con un puntapié."

—Está enojado conmigo, ser —dijo ella sin hacer lo uno ni lo otro—. Debe permitir que lo desagravie.

—Bueno —dijo él—, podría ayudarme a ensillar a Trueno.

—Yo pensaba en otra cosa —lady Rohanne tendió una mano hacia la de Dunk: una mano pecosa, de dedos fuertes y delgados—. ¿Sabe mucho de caballos?

—Monto en uno.

—Un viejo corcel criado para la batalla, lento y con mal genio. No para cabalgar de un sitio a otro.

—Si necesito ir de un sitio a otro deberé elegir entre él o éstos.

Dunk se señalaba los pies.

—Tiene los pies muy grandes —observó ella—. Y también las manos. Seguro que todo usted es grande. Demasiado para la mayoría de los palafrenes. Con usted encima de sus lomos parecerían ponis. De todos modos le convendría mucho una montura más veloz. Un gran corcel con algo de sangre dorniense que le diera resistencia —lady Rohanne señaló la cuadra situada frente a la de Trueno—. Como éste.

Era una yegua de color bayo oscuro, ojos brillantes y larga y lustrosa crin. Lady Rohanne sacó una zanahoria de sus mangas y se la dio, mientras le acariciaba la cabeza.

—La zanahoria, no los dedos —le dijo al caballo antes de girarse de nuevo hacia Dunk—. Yo le digo Llama, aunque le puede poner el nombre que más le plazca. Si quiere, llámela Desagravio.

Dunk se quedó un momento sin habla. Apoyado en la muleta, miró con otros ojos la yegua baya. Era magnífica. El viejo jamás había tenido una montura así. Bastaba con mirar aquellas patas largas y limpias para saber lo veloz que podía ser.

—La crié por su belleza y su velocidad.

Dunk se giró hacia Trueno.

—No puedo aceptarla.

—¿Por qué?

—Es demasiado buen caballo para mí. No hay más que verla.

Lady Rohanne empezaba a sonrojarse. Tomó entre sus dedos la trenza y la retorció.

—Tenía que casarme, ya lo sabe. El testamento de mi padre... No sea tan tonto.

—¿Y qué pretende que sea? Más duro de entendimiento que traspasar el muro de un castillo, y encima bastardo.

—Acepte el caballo. Me niego a permitir que se marche sin un recuerdo de mí.

—La recordaré, mi señora, no tema.

—¡Acéptelo!

Dunk tomó la trenza en una mano y acercó su cara a la de lady Rohanne. Con la muleta y la diferencia de estatura le resultaba incómodo. Estuvo a punto de caerse antes de unir sus labios con los de ella. La besó con fuerza. Ella le pasó una mano por la nuca y otra por la espalda. Dunk aprendió más de besos en un solo instante que en todas sus observaciones anteriores. Cuando se separaron, sin embargo, desenfundó la daga.

—Ya sé qué recuerdo deseo de usted, mi señora.

Egg lo esperaba en la torre de entrada, montado en un nuevo y hermoso palafrén alazán, y con la cuerda de Maestre en la mano. Cuando Dunk se acercó a lomos de Trueno, el niño puso cara de sorpresa.

—Había dicho que quería regalaros un caballo, ser.

—Ni siquiera las damas de alta cuna consiguen cuanto quieren —dijo Dunk mientras cruzaban el puente levadizo—. No era un caballo lo que yo quería —el foso estaba tan lleno de agua que amenazaba con anegar sus bordes—. Me llevo otro recuerdo de ella: un mechón de su cabello pelirrojo.

Metió una mano por debajo de la capa y sonrió al sacar la trenza.

En la jaula de hierro de la encrucijada los cadáveres seguían abrazados. Inspiraban soledad y desamparo. Hasta las moscas los habían abandonado, al igual que los cuervos. Sobre los huesos de los muertos sólo quedaban algunos jirones de piel y algunos pelos.

Dunk se detuvo, muy serio. Le dolía el tobillo por el viaje, pero no importaba. Tan propio de la caballería era el dolor como las espadas y los escudos.

—¿Por dónde se va hacia el sur? —le preguntó a Egg.

Costaba saberlo en aquel mundo reducido a lluvia y barro, y bajo un cielo gris como una pared de granito.

—Por allá, ser —Egg señaló con el dedo—. Y por allá hacia el norte.

—Refugio Estival queda hacia el sur. Tu padre.

—El Muro queda al norte.

Dunk lo miró.

—Es un largo camino.

—Tengo un caballo nuevo, ser.

—Es verdad —Dunk tuvo que sonreír—. ¿Y por qué quieres ver tú el Muro?

—Bueno —dijo Egg—, dicen que es muy alto.

EL CABALLERO MISTERIOSO

Caía una suave lluvia de verano cuando Dunk y Egg se despidieron de Septo de Piedra.

Dunk iba en su viejo caballo de batalla, Trueno. A su lado, en el brioso y joven palafrén al que había puesto el nombre de Lluvia, Egg tiraba de su mula Maestre. Llevaba esta última en su lomo un fardo con la armadura de Dunk, los libros de Egg, las esterillas, tiendas y ropa de ambos, varios cortes de tasajo de buey, medio frasco de hidromiel y dos odres de agua. El viejo sombrero de paja de Egg, blando y de ala ancha, protegía de la lluvia la cabeza de la mula. El niño había hecho agujeros para las orejas de Maestre. En la cabeza de Egg estaba su nuevo sombrero de paja. Dunk los veía iguales, a excepción de los agujeros para las orejas.

Al acercarse a las puertas de la villa, Egg tiró con fuerza de las riendas. Sobre la entrada estaba la cabeza de un traidor empalada en una pica de hierro. A juzgar por su aspecto era reciente, con carne más rosada que verde, pero las cornejas ya habían empezado a dar cuenta de ella. Los labios y las mejillas del muerto estaban destrozados, y sus ojos eran dos orificios marrones que lloraban lentas lágrimas rojas, al mezclarse las gotas de lluvia con la sangre encostrada. El cadáver tenía la boca muy abierta, como si arengara a los viajeros que cruzaban las puertas bajo él. No era la primera vez que Dunk veía algo semejante.

—De pequeño, en Desembarco del Rey, robé una cabeza de su pica —le explicó a Egg.

En realidad había sido Hurón el que había escalado el muro para llevarse la cabeza, después de que Rafe y Morcilla aseguraron que no se

atrevería, pero la había soltado al ver llegar corriendo a los guardias y la cabeza había caído en manos de Dunk.

—Era algún señor rebelde o algún caballero ladrón. A menos que fuera un simple asesino de a pie... Las cabezas son cabezas. Después de unos días en una pica, todas se parecen.

Dunk y sus tres amigos habían usado la cabeza para aterrorizar a las niñas del Lecho de Pulgas. Las perseguían por los callejones y las obligaban a darle un beso antes de soltarlas. A aquella cabeza la habían besado mucho, recordaba. En Desembarco del Rey no había ninguna niña que corriera tanto como Rafe. Aquella parte, sin embargo, mejor que no la oyera Egg. "Hurón, Rafe y Morcilla. Menudos tres monstruitos. Y yo el peor de todos." Sus amigos y él habían guardado la cabeza hasta que la carne se había puesto negra y empezado a desprenderse. A partir de entonces ya no tenía gracia perseguir a las niñas, así que una noche entraron furtivamente en un tenderete y echaron los restos en un guiso.

—Los cuervos siempre empiezan por los ojos —le dijo a Egg—. Luego se hunden las mejillas, la carne se pone verde... —aguzó la mirada—. Espera. Yo esta cara la conozco.

—Es verdad, ser —dijo Egg—. Hace tres días. El septón jorobado al que oímos predicar en contra de lord Cuervo de Sangre.

Se acordó con brusquedad. "Era un hombre santo, juramentado a los Siete, aunque predicara la traición."

—Sus manos están manchadas con la sangre de un hermano, y también con la de sus jóvenes sobrinos —había dicho el jorobado ante la multitud reunida en la plaza del mercado—. Por orden suya, una sombra estranguló en el útero materno a los hijos del valeroso príncipe Valarr. ¿Dónde está ahora nuestro Príncipe Joven? ¿Dónde su hermano, el dulce Matarys? ¿A dónde fue el buen rey Daeron y el intrépido Baelor Rompelanzas? A todos se los llevó la tumba, y sin embargo él permanece, como pálido pájaro de pico ensangrentado que, subido al hombro del rey Aerys, le grazna cosas al oído. Lleva en el rostro y en la órbita vacía la marca del infierno, y nos ha traído la sequía, la peste y el asesinato. Yo les digo que se levanten y recuerden a su verdadero rey, al otro lado de las aguas. ¡Siete son los dioses, y siete los reinos, y el Dragón Negro engendró a siete hijos! Levántense,

señores y señoras. Levántense, valientes caballeros y robustos labriegos, y derroquen al vil hechicero Cuervo de Sangre si no quieren que sus hijos y los hijos de sus hijos queden malditos para siempre.

"Ni una sola palabra que no fuera traición." Aun así impactaba verlo en ese estado, con las órbitas vacías.

—Sí, es él —dijo Dunk—. Otro buen motivo para dejar atrás esta ciudad.

Tocó a Trueno con las espuelas y cruzó en compañía de Egg las puertas de Septo de Piedra, mientras escuchaban el suave ruido de la lluvia. "¿Cuántos ojos tiene lord Cuervo de Sangre?", decía el acertijo. "Mil, y uno más." Algunos decían que la mano del rey era un estudioso de la magia negra, capaz de cambiar de cara, adoptar la forma de un perro tuerto e incluso de convertirse en niebla. Se decía que a sus enemigos los perseguían jaurías de lobos grises y famélicos, y que tenía a su servicio cornejas espías que le susurraban secretos al oído. Dunk estaba seguro de que en la mayoría de los casos eran simples cuentos, pero nadie dudaba de que Cuervo de Sangre tuviera informadores en todas partes.

Dunk lo había visto una vez con sus propios ojos en Desembarco del Rey. Blancos como el hueso eran la piel y el pelo de Brynden Ríos, y su ojo —uno solo, ya que el otro se lo había quitado su hermanastro Aceroamargo en el campo de Hierba Roja—, rojo como la sangre. Llevaba en la mejilla y el cuello la marca de nacimiento color vino por la que le habían puesto su apodo.

Lejos ya de la ciudad, Dunk carraspeó.

—Mal asunto cortarles la cabeza a los septones —dijo—. Lo único que hizo fue hablar. Las palabras son aire.

—Algunas son aire, ser, y otras traición.

Egg estaba flaco como un palo y era todo costillas y codos, pero boca sí tenía.

—Ahora sí que hablas como un verdadero principito.

Egg se lo tomó como un insulto, y lo era.

—Aunque fuera septón, predicaba mentiras, ser. La sequía no es culpa de lord Cuervo de Sangre, ni la gran epidemia primaveral.

—Es posible, pero si empezamos a cortarles la cabeza a todos los insensatos y mentirosos, la mitad de las ciudades de los Siete Reinos se quedará vacía.

Seis días después la lluvia era sólo un recuerdo. Dunk se había quitado la túnica para disfrutar del calor del sol en su piel. Cuando se levantó algo de brisa, fresca y fragante como aliento de doncella, suspiró.

—Agua —anunció—. ¿La hueles? El lago ya no puede estar muy lejos.

—Yo sólo huelo a Maestre, ser. Apesta.

Egg dio un brutal estirón a la mula, que se había detenido a comer hierba en las lindes del camino, como de vez en cuando tenía por costumbre.

—A orillas del lago hay una vieja posada —Dunk se había alojado una vez en ella cuando era escudero del viejo—. Ser Arlan decía que hacían buena cerveza tostada. Tal vez podamos probarla mientras esperamos la barca.

Egg lo miró esperanzado.

—¿Para acompañar la comida, ser?

—¿A qué comida te refieres?

—¿Un trozo de asado? —dijo el niño—. ¿Un poco de pato? ¿Un cuenco de estofado? Lo que tengan, ser.

Hacía tres días que no comían nada caliente. Habían sobrevivido a base de imprevistos y tasajo de buey, duro como madera. "Estaría bien meternos en la barriga un poco de comida digna de ese nombre antes de salir hacia el norte. El Muro queda muy lejos."

—También podríamos pasar la noche —propuso Egg.

—¿Desea mi señor un lecho de plumas?

—Me conformo con paja, ser —dijo Egg, ofendido.

—No tenemos dinero para dormir en cama.

—Tenemos veintidós peniques, tres estrellas, un venado y el viejo granate mellado, ser.

Dunk se rascó la oreja.

—Creía que teníamos dos piezas de plata.

—Las teníamos hasta que compraste la tienda. Ahora sólo queda uno.

—Y si empezamos a dormir en posada no nos quedará ninguno. ¿Qué quieres, compartir la cama con un vendedor ambulante y despertarte con sus pulgas? —Dunk resopló por la nariz—. Yo no. Tengo las mías y no les gustan los desconocidos. Dormiremos bajo las estrellas.

—Están bien las estrellas —reconoció Egg—, pero el suelo es duro, ser, y a veces es bueno tener una almohada para la cabeza.

—Las almohadas son para los príncipes —no se podía desear mejor escudero que Egg, pero muy de vez en cuando le daban arrebatos principescos. "El niño tiene sangre de dragón, nunca lo olvides." Dunk la tenía de mendigo. Al menos era lo que siempre le habían contado en el Lecho de Pulgas, cuando no le auguraban con seguridad la horca—. Tal vez podamos permitirnos un poco de cerveza y una cena caliente, pero no pienso dilapidar buenas monedas en una cama. Debemos ahorrar nuestros peniques para el barquero.

La última vez que había cruzado el lago, la barca sólo costaba unos cuantos cobres, pero de eso hacía seis o siete años y desde entonces todo se había encarecido.

—Bueno —dijo Egg—, tal vez podríamos usar mi bota para el cruce.

—Podríamos —dijo Dunk—, pero no lo haremos.

Usar la bota era peligroso. "Se correría la voz. Siempre se corre la voz." Su escudero no era calvo por casualidad. Egg tenía los ojos morados de la vieja Valyria y un pelo que brillaba como oro batido entreverado de hebras de plata. Dejarse crecer un pelo así era como llevar un broche con un dragón de tres cabezas. Corrían tiempos peligrosos en Poniente, y... No valía la pena arriesgarse.

—Como vuelvas a nombrar la bota de los demonios, te daré tal golpe en la oreja que cruzarás volando el lago.

—Preferiría nadar, ser —Egg era un buen nadador, a diferencia de Dunk, que no sabía. El niño se giró en la silla de montar—. Ser, se acerca alguien por detrás en el camino. ¿Oyes los caballos?

—No soy sordo —Dunk también veía el polvo que levantaban—. Un grupo grande. Y con prisas.

—¿Crees que se trate de forajidos, ser?

Egg se levantó en los estribos, más impaciente que asustado. Así era el niño.

—Los forajidos serían más sigilosos. Los únicos que hacen tanto ruido son los señores —Dunk sacudió la empuñadura de su espada para aflojar la hoja en la vaina—. De todos modos nos apartaremos del camino para dejarlos pasar. Hay de señores a señores.

Nunca estaba de más ser cauteloso. Los caminos no eran tan seguros como cuando ocupaba el Trono de Hierro el buen rey Daeron.

Dunk y Egg se escondieron tras unas zarzas. Dunk se quitó el escudo y se lo pasó por el brazo. Era viejo, alto, pesado, en forma de cometa. Estaba hecho de madera de pino ribeteada de hierro. Lo había comprado en Septo de Piedra para sustituir el que le había hecho astillas Tres Varas al luchar contra él. Como no había tenido tiempo de pintar su olmo y su estrella fugaz, aún llevaba las armas del dueño anterior: un tétrico y gris ahorcado bajo una horca. Él no habría elegido un emblema así, pero el escudo le había salido barato.

Poco después pasaron al galope los primeros jinetes: dos jóvenes señores montados en sendos corceles. El del bayo llevaba un yelmo abierto de acero dorado, con tres grandes penachos: uno blanco, uno rojo y el otro dorado. La capizana de su caballo llevaba penachos a juego. El corcel negro de al lado tenía barda azul y oro, y el viento hizo rielar sus jaeces al pasar como una exhalación. Los jinetes, que cabalgaban uno junto al otro, gritaban y reían en una vorágine de capas largas.

Los seguía con mayor sosiego otro señor a la cabeza de una larga columna. El grupo constaba de dos docenas de hombres, entre mozos de cuadra, cocineros y criados, todos al servicio de tres caballeros, a los que se añadían soldados y ballesteros a caballo. Llevaban una docena de carromatos muy cargados de armaduras, tiendas y provisiones. El señor llevaba colgado de su silla de montar un escudo de color naranja oscuro, con tres castillos negros.

Dunk conocía aquellas armas, pero ¿de dónde? El señor que las llevaba era un hombre de cierta edad, mueca amarga y taciturna, y barba corta salpicada de canas. "Tal vez estuviera en Vado Ceniza", pensó Dunk. "A menos que sirviéramos en su castillo cuando yo era escudero de ser Arlan."

El viejo caballero errante había servido en tantas fortalezas y castillos que Dunk no se acordaba ni de la mitad.

El señor tiró con brusquedad de las riendas y miró las zarzas, ceñudo.

—Ustedes, los de la zarza. Muéstrense.

Detrás de él dos ballesteros introdujeron sendas flechas en la ranura. Los demás siguieron su camino.

Dunk salió de entre las hierbas altas con el escudo en el brazo y la mano derecha en la empuñadura de su espada. El polvo levantado por los caballos había convertido su rostro en una máscara de color marrón rojizo. Estaba desnudo de la cintura para arriba. Su aspecto, lo sabía, era de gran desaliño. Aun así lo más probable era que la cara de sorpresa del señor se debiera a su estatura.

—No buscamos problemas, mi señor. Sólo somos dos, mi escudero y yo.

Le hizo señas a Egg de que se adelantara.

—¿Escudero? ¿Pretendes ser caballero?

A Dunk no le gustó cómo lo miraba aquel hombre. "Estos ojos podrían desollarte." Le pareció prudente apartar la mano de la empuñadura.

—Soy un caballero errante en busca de servicio.

—Lo mismo decían todos los caballeros ladrones a los que he ahorcado. Tal vez su divisa sea profética, ser... si es que eres tal. ¿Son ésas tus armas?

—No, mi señor. Debo volver a pintar el escudo.

—¿Por qué? ¿Lo robaste de un cadáver?

—Lo compré, y sus buenas monedas me costó —"Tres castillos, negro sobre naranja... ¿Dónde lo he visto?"—. No soy ningún ladrón.

Los ojos del señor eran como esquirlas de pedernal.

—¿Cómo te hiciste la cicatriz de la mejilla? ¿A causa de un latigazo?

—Una daga, aunque mi rostro no es de su incumbencia, mi señor.

—Qué es de mi incumbencia lo decido yo.

Para entonces los dos caballeros más jóvenes ya habían regresado al trote, con la intención de averiguar la causa de la demora.

—Ah, Gormy, aquí estás —dijo el del corcel negro, un joven ágil y delgado, de rasgos agradables y cara bien afeitada. Le caía casi hasta los hombros un pelo negro y lustroso. Su jubón era de seda azul oscuro, con

ribetes de raso dorado. Llevaba bordadas en el pecho, con hilo de oro, una cruz angrelada con un violín de oro en el primer y tercer cuarto y una espada también de oro en el segundo y el cuarto. Sus ojos, que reflejaban el oscuro azul de su jubón, chispeaban de alborozo—. Alyn ya temía que te hubieras caído del caballo. Clara excusa, creo yo. Estaba a punto de dejarte en el polvo de mi caballo.

—¿Quiénes son estos forajidos? —preguntó el jinete del bayo.

Egg se encrespó por el insulto.

—No tiene ningún derecho a llamarnos forajidos, mi señor. Al ver su polvareda también pensamos que ustedes lo eran. Por eso nos escondimos. Aquí tiene a ser Duncan el Alto. Yo soy su escudero.

Los jóvenes señores le hicieron tan poco caso como al croar de una rana.

—Me parece que nunca había visto a un patán de tales dimensiones —declaró el caballero de los tres penachos, que bajo su pelo, rizado y de oscuro color miel, tenía una cara regordeta—. Apuesto a que supera en varios dedos los cinco codos. Menudo estruendo hará al caer.

Dunk notó que se sonrojaba. "Perderías la apuesta", pensó. La última vez que lo habían medido, Aemon, el hermano de Egg, había declarado que excedía los cinco codos, pero en un solo dedo.

—¿Aquél de allá es tu corcel, ser Gigante? —dijo el señor de los penachos—. Supongo que podríamos descuartizarlo y usarlo de comida.

—Lord Alyn se olvida a menudo de la cortesía —dijo el caballero del pelo negro—. Le ruego, ser, que olvide sus palabras groseras. Alyn, pide perdón a ser Duncan.

—Si no hay más remedio... ¿Me perdona, ser?

Hizo girar su bayo sin aguardar la respuesta y se alejó al trote por el camino.

El otro se quedó.

—¿Se dirige a la boda, ser?

Por alguna razón, su tono dio ganas a Dunk de estirarle el bucle de la frente, pero resistió el impulso.

—Nos dirigíamos a la barca, mi señor.

—Como nosotros... Pero aquí los únicos señores son Gormy y el gandul que acaba de dejarnos, Alyn Cockshaw. Yo soy un caballero errante, como usted. Me llaman ser John el Violinista.

Era el tipo de nombre que elegían los caballeros errantes. Dunk, sin embargo, nunca había visto a ninguno vestido, armado o montado con tal esplendor. "Dorada errancia", pensó.

—Mi nombre ya lo conoce. El de mi escudero es Egg.

—Bien hallado, ser. Vamos, cabalguen con nosotros hasta Muros Blancos y rompan algunas lanzas para ayudar a lord Butterwell a celebrar sus nuevas nupcias. Estoy seguro de que no quedarán en mal lugar.

Dunk no había participado en ninguna justa desde Vado Ceniza. "Si pudiera ganar algunos rescates comeríamos bien durante el viaje al Norte", pensó.

—Ser Duncan debe proseguir su viaje, al igual que nosotros —dijo, sin embargo, el señor de los tres castillos en el escudo.

John el Violinista no le hizo caso.

—Con sumo gusto cruzaría mi espada con la suya, ser. Me he medido con hombres de muchas tierras y razas, pero jamás con uno de su estatura. ¿Su padre también era alto?

—No conocí a mi padre, ser.

—Me apena saberlo. También el mío me fue arrebatado a deshora —el Violinista se volvió hacia el señor de los tres castillos—. Deberíamos pedirle a ser Duncan que se una a nuestra alegre comitiva.

—No necesitamos a los de su calaña.

Dunk no sabía qué decir. No era frecuente que los caballeros errantes y sin recursos fueran invitados a cabalgar con nobles de alta cuna. "Yo tendría más en común con sus criados." A juzgar por la longitud de su columna, lord Cockshaw y el Violinista traían mozos de cuadra para atender los caballos, cocineros para darles de comer, escuderos para limpiarles las armaduras y guardias para defenderlos. Dunk tenía a Egg.

—¿Su calaña? —rio el Violinista—. ¿Y de qué calaña se trata? ¿La alta? Fíjense en su estatura. Nos interesan hombres fuertes. A menudo he oído decir que valen más espadas jóvenes que nombres viejos.

—Se lo habrá escuchado a necios. No sabes nada de este hombre. Podría ser un bandolero, o uno de los espías de lord Cuervo de Sangre.

—Yo no espío para nadie —dijo Dunk—. Además, mi señor no tiene ningún derecho a hablar de mí como si estuviera sordo o muerto o en Dorne.

Los ojos de pedernal se le quedaron mirando.

—Dorne sería un buen lugar para usted, ser. Tiene mi permiso para hacer el viaje.

—No le haga caso —dijo el Violinista—. Es un viejo amargado que no se fía de nada. Gormy, este amigo me da buena espina. Ser Duncan, ¿nos acompaña a Muros Blancos?

—Mi señor... —¿cómo iba a unirse al campamento de una gente así? Sus criados levantarían pabellones, sus mozos de cuadra almohazarían los caballos y sus cocineros les servirían a cada uno un capón o un asado de cordero. En cambio Dunk y Egg roían trozos de tasajo de buey—. No me es posible.

—Ya lo ven —dijo el señor de los tres castillos—. Conoce su lugar y no es junto a nosotros —orientó de nuevo su caballo hacia el camino—. Lord Cockshaw ya nos lleva media legua.

—Supongo que tendré que volver a darle caza —el Violinista lanzó a Dunk una sonrisa de disculpa—. Tal vez volvamos a encontrarnos. Así lo espero. Sería un placer probar mi lanza en usted.

Dunk no supo qué decir.

—Buena suerte en la liza, ser —respondió al fin, pero ser John ya había dado media vuelta para salir en persecución de la columna.

El mayor de los señores se marchó tras él. Dunk se alegró de que se fuera. No le habían gustado sus ojos de pedernal ni la arrogancia de lord Alyn. En cuanto al Violinista, pese a su afabilidad, también tenía algo raro.

—Dos violines y dos espadas, y una cruz angrelada —le dijo a Egg mientras miraban la nube de polvo—. ¿Qué casa es ésta?

—Ninguna, ser. Nunca había visto un escudo así en los armoriales.

"Quizá sí sea un caballero errante, a fin de cuentas." Dunk había creado sus armas en Vado Ceniza, cuando una titiritera, Tanselle la Giganta, le preguntó qué quería que le pintara en el escudo.

—¿El mayor de los señores tenía algún parentesco con la casa Frey?

Los Frey llevaban castillos en sus escudos y sus tierras no quedaban a gran distancia de donde se encontraban ellos.

Egg puso los ojos en blanco.

—Las armas de los Frey son dos torres azules unidas por un puente, sobre campo gris, mientras que en este caso eran tres castillos negros sobre naranja, ser. ¿Viste algún puente?

—No —"Sólo lo hace para molestarme"—. Y la próxima vez que me pongas los ojos en blanco te daré tal golpe en la oreja que te quedará al revés.

Egg parecía arrepentido.

—No quería...

—Me da igual lo que quisieras. Tú dime quién era y punto.

—Gormon Peake, el señor de Starpike.

—Eso se localiza en el Dominio, ¿no? ¿Tiene tres castillos de verdad?

—Sólo en el escudo, ser. Es cierto que antiguamente la casa Peake tenía tres castillos, pero perdió dos de ellos.

—¿Cómo se pierden dos castillos?

—Luchando a favor del dragón negro, ser.

—Ah.

Dunk se sintió tonto. "Otra vez lo mismo."

Por doscientos años el reino había sido gobernado por los descendientes de Aegon el Conquistador y sus hermanas, los cuales habían unificado los Siete Reinos y forjado el Trono de Hierro. Sus reales estandartes llevaban el dragón de tres cabezas de la casa Targaryen en rojo sobre negro. Hacía dieciséis años que un hijo bastardo del rey Aegon IV, Daemon Fuegoscurto, se había alzado en rebeldía contra su hermano legítimo. También Daemon usaba el dragón de tres cabezas en sus estandartes, pero con los colores al revés, como muchos bastardos. Su rebelión había terminado en el campo de Hierba Roja, donde habían muerto Daemon y sus dos hijos gemelos bajo la lluvia de flechas de lord Cuervo de Sangre. A los supervivientes dispuestos a hincar la rodilla se les había perdonado, pero algunos perdieron tierras y otros títulos y otros oro. Todos entregaron rehenes en prenda de su futura lealtad.

"Tres castillos, en negro sobre naranja."

—Ahora me acuerdo. A ser Arlan nunca le gustó hablar del campo de Hierba Roja, pero una vez que estaba bebido me contó cómo había muerto el hijo de su hermana —casi volvía a oír la voz del viejo y a reconocer el olor del vino en su aliento—. Roger del Árbol de la Moneda, se llamaba. La maza de un señor que llevaba tres castillos en su escudo le aplastó la cabeza.

"Lord Gormon Peake. El viejo nunca sabía el nombre. O no quería saberlo." Lord Peake, John el Violinista y su comitiva ya eran sólo una columna de polvo rojo en la lejanía. "De eso hace dieciséis años. El Pretendiente murió, y sus seguidores fueron exiliados o perdonados. En todo caso nada tiene que ver conmigo."

Cabalgaron un rato sin hablar, oyendo el canto lastimero de los pájaros. A media legua Dunk carraspeó.

—Butterwell —dijo—. ¿Quedan cerca sus tierras?

—Al otro lado del lago, ser. Lord Butterwell fue consejero de la moneda durante el reinado del rey Aegon. El rey Daeron lo nombró mano del rey, pero no duró mucho. Sus armas son ondeadas de sinople, blanco y amarillo, ser.

A Egg le encantaba presumir de sus conocimientos de heráldica.

—¿Es amigo de tu padre?

Hizo una mueca.

—A mi padre nunca le ha caído bien. Durante la Rebelión, el segundo hijo de lord Butterwell combatió a favor del pretendiente, y el primogénito a favor del rey. Así tenía la seguridad de estar del lado ganador. Lord Butterwell no combatió por nadie.

—Algunos lo calificarían como prudente.

—Mi padre lo califica como cobarde.

"No me extraña." El príncipe Maekar era un hombre duro, orgulloso y despectivo.

—Para llegar al camino Real tenemos que pasar al lado de Muros Blancos. ¿Por qué no nos llenamos la barriga? —las tripas le sonaron de sólo pensarlo—. Quizá alguno de los invitados de la boda necesite escolta para regresar a sus tierras.

—Habías dicho que íbamos al Norte.

—El Muro lleva ocho mil años en pie. Algo más durará. Hasta allá hay mil leguas, y no nos iría mal un poco más de plata en nuestra bolsa.

Dunk se imaginaba derrotando a lomos de Trueno a aquel viejo señor con cara de vinagre, el de los tres castillos en el escudo. Sería un placer. "Cuando viniera a rescatar sus armas y su armadura, podría decirle: 'Fue derrotado por el escudero de ser Arlan, el niño que sustituyó al otro al que mató'". Al viejo le habría gustado.

—No estarás pensando entrar en liza, ser.

—Quizá vaya siendo hora.

—No lo es, ser.

—Quizá sea hora de darte un buen golpe en la oreja —"Sólo necesitaría ganar dos justas. Si pudiera cobrar dos rescates y sólo pagar uno, comeríamos como reyes durante un año"—. Podría participar en un combate cuerpo a cuerpo, si lo hubiera.

La estatura y fortaleza de Dunk le serían de más utilidad en un combate cuerpo a cuerpo que en las justas.

—No es costumbre que en las bodas haya combates cuerpo a cuerpo, ser.

—Pero sí es costumbre celebrar un banquete. Nos queda un largo camino por delante. ¿Por qué por una vez no lo emprendemos con el estómago lleno?

Con el sol en poniente, cerca del ocaso, vieron el lago y sus fulgores rojos y dorados, que lo asemejaban a una lámina de cobre batido. Una vez que vieron despuntar sobre unos sauces las torrecillas de la posada, Dunk volvió a ponerse la túnica mojada de sudor y se detuvo a refrescarse la cara. Se limpió lo mejor que pudo el polvo del camino y se pasó los dedos mojados por su mata de pelo aclarado por el sol. Su estatura no tenía remedio ni la cicatriz que marcaba su mejilla, pero quería paliar en algo su fiero aspecto de ladrón.

La posada era mayor de lo que esperaba: un laberinto gris de vigas y torres, la mitad del cual se apoyaba en pilares clavados en el agua. Una

pasarela de tablones desbastados cruzaba el barro de la orilla hasta el embarcadero, pero no se veía la barca ni a los barqueros. Al otro lado del camino había un establo con techo de paja. El patio estaba rodeado por una cerca de piedra seca, aunque la puerta estaba abierta. Dentro encontraron un pozo y un abrevadero.

—Ocúpate de los animales —le dijo Dunk a Egg— y procura que no beban demasiado. Preguntaré por la comida.

Encontró a la posadera barriendo los escalones.

—¿Viene por la barca? —preguntó ella—. Pues llega tarde. Ya se está poniendo el sol, a Ned no le gusta cruzar de noche cuando no hay luna llena. Volverá mañana a primera hora.

—¿Sabe cuánto cobra?

—Tres peniques por persona y diez por caballo.

—Nosotros llevamos dos caballos y una mula.

—Por las mulas son diez más.

Dunk sumó mentalmente y obtuvo un resultado de treinta y seis, más de lo que había tenido la esperanza de gastar.

—La última vez que pasé por aquí sólo costaba dos peniques y seis por caballo.

—Dígale eso a Ned, que no es cosa mía. Si buscan cama no me queda ninguna. Lord Shawney y lord Costayne trajeron a sus séquitos y tengo esto a reventar.

—¿También está lord Peake? —"Mató al escudero de ser Arlan"—. Iba con lord Cockshaw y John el Violinista.

—Se los llevó Ned en el último viaje —la posadera miró a Dunk de la cabeza a los pies—. ¿Era parte de su compañía?

—No, sólo nos los encontramos en el camino —por las ventanas de la posada salía un buen olor que hizo salivar a Dunk—. Nos interesaría una tajada de lo que esté asando, si no es demasiado caro.

—Jabalí —dijo ella—, con su buena pimienta. Va servido con cebolla, champiñones y puré de nabos.

—No hace falta que incluya los nabos. Nos bastaría con unas tajadas de jabalí y una jarra de esa cerveza tostada tan buena que hacen aquí. ¿Cuánto nos cobra? ¿Y por pasar la noche en el suelo del establo?

Fue un error.

—El establo, como indica su nombre, es para los caballos. Reconozco que usted es grande como un caballo, pero yo sólo veo dos patas —la posadera levantó la escoba para ahuyentarlo—. No se me puede pedir que alimente a todos los Siete Reinos. El jabalí es para mis huéspedes. Mi cerveza también. No quiero que los señores vayan diciendo que se me acabó la comida o la bebida antes de que estuvieran saciados. En el lago hay muchos peces, y allá, por los tocones, han acampado algunos vagabundos más. Bueno, caballeros errantes, según ellos —su tono dejaba claro que ella no se lo creía—. Quizá tengan comida para compartir. No es cosa mía. Y ahora márchese, que tengo trabajo.

El portazo no le dio tiempo a Dunk de preguntar dónde quedaban los tocones en cuestión.

Encontró a Egg sentado en el abrevadero, con los pies en el agua, abanicándose la cara con su gran sombrero blando.

—¿Están haciendo asado de cerdo, ser? Huele a cerdo.

—Jabalí —dijo Dunk de mal humor—, pero ¿quién quiere jabalí cuando se tiene un buen tasajo de buey?

Egg hizo una mueca.

—¿En vez de eso puedo comerme mis botas, ser, por favor? Ya me haré otro par con el tasajo, que es más duro.

—No —dijo Dunk, intentando no sonreír—. No puedes comerte tus botas. Y como digas algo más te comerás mi puño. Saca los pies del abrevadero —encontró su yelmo a lomos de la mula y se lo arrojó a Egg—. Saca agua del pozo y remoja el buey —si no se dejaba bastante tiempo en remojo podía partir los dientes. Como mejor sabía era mojado en cerveza, pero tendrían que conformarse con agua—. Y no uses la del bebedero, que no me interesa el sabor de tus pies.

—Sólo mejorarían el sabor, ser —dijo Egg moviendo los dedos de los pies, aunque obedeció.

No resultó difícil dar con los caballeros errantes. Egg vio el resplandor de su hoguera por el bosque, junto a la orilla del lago. Se acercaron y

dejaron los animales. El niño llevaba bajo el brazo el yelmo de Dunk, que a cada paso hacía ruido de agua. Para entonces el sol era un recuerdo rojo en el poniente. Pronto el bosque clareó y Dunk y Egg se encontraron en lo que debía de haber sido una antigua arboleda de arcianos. Sólo un círculo de tocones blancos y un amasijo de raíces claras, de color de hueso, guardaba el recuerdo de cuando Poniente era gobernado por los hijos del bosque.

Entre las cepas de arciano encontraron a dos hombres que se pasaban un odre de vino cerca de una hoguera. Sus caballos pacían detrás de la arboleda. Habían amontonado sus armas y armaduras con pulcritud. Apartado de ellos había otro hombre mucho más joven, con la espalda apoyada en un castaño.

—Bien hallados, señores —dijo Dunk en tono cordial. Nunca era prudente tomar por sorpresa a hombres armados—. Me llamo ser Duncan el Alto. Este niño es Egg. ¿Nos permiten disfrutar de su hoguera?

Un hombre robusto de mediana edad, con ropa de gala hecha jirones, se levantó para recibirlos. Su rostro estaba enmarcado por un florido bigote.

—Bien hallado, ser Duncan. Usted es muy alto... y muy bienvenido, por cierto, al igual que este mozo. Egg, ¿verdad? ¿Qué nombre es ése, valga la pregunta?

—Uno corto, ser.

El niño no era tan insensato como para reconocer que Egg era una abreviatura de Aegon, al menos ante desconocidos.

—Sin duda. ¿Qué te pasó en el pelo?

"Larvas" —pensó Dunk—. "Dile que fue por las larvas, muchacho."

Era la versión menos peligrosa, lo que más a menudo contaban, pero a veces a Egg se le ocurría alguna travesura infantil.

—Me lo rapé, ser. Quiero estar rapado hasta que me gane mis espuelas.

—Noble voto. Yo soy ser Kyle, el Gato del Páramo Brumoso. Bajo aquel castaño está sentado ser Glendon... Hum... Ball. Y aquí tienen al bueno de ser Maynard Plumm.

El último nombre despertó la atención de Egg.

—Plumm... ¿Es pariente de lord Viserys Plumm, ser?

—Lejano —confesó ser Maynard, un hombre alto, delgado y encorvado, de pelo largo y muy rubio—, aunque dudo que su señoría lo reconozca. Si nuestro emblema es la ciruela, podría decirse que él es de las dulces y yo de las agrias.

La capa de Plumm era morada, como las ciruelas, aunque estaba raída en los bordes y mal teñida. La ceñía en el hombro un broche con una piedra de luna del tamaño de un huevo de gallina. Por lo demás su atuendo era de tela basta de color marrón, y de cuero pardusco y lleno de manchas.

—Traemos tasajo de buey —dijo Dunk.

—Ser Maynard tiene un saco de manzanas —dijo Kyle el Gato—. Y yo encurtí huevos y cebollas. ¡Pero si entre todos tenemos para un verdadero festín! Siéntese, ser. Tenemos las mejores cepas a su disposición. Nos quedaremos aquí hasta media mañana, o mucho me equivoco. Sólo hay una barca y no tiene cabida para todos. Primero deben cruzar los señores y sus séquitos.

—Ayúdame con los caballos —le dijo Dunk a Egg.

Desensillaron a Trueno, Lluvia y Maestre.

Dunk esperó a que los animales hubieran comido y estuvieran maneados para la noche antes de aceptar el odre de vino que le ofrecía ser Maynard.

—Hasta el vino avinagrado es mejor que ninguno —dijo Kyle el Gato—. Ya beberemos mejores cosechas en Muros Blancos. Dicen que lord Butterwell tiene los mejores vinos al norte del Rejo. Fue mano del rey, al igual que el padre de su padre, y tiene fama de piadoso, además de ser muy rico.

—Toda su riqueza le viene de sus vacas —dijo Maynard Plumm—. Debería tomar una ubre hinchada como emblema. A los Butterwell les corre leche por las venas, y los Frey tampoco son mejores. Será un matrimonio de ladrones de ganado y aduaneros, un hatajo de juntamonedas uniéndose con otro. Cuando se rebeló el Dragón Negro, este señor de vacas mandó a uno de sus hijos junto a Daemon y a otro junto a Daeron, para asegurarse de que hubiera un Butterwell del lado ganador. Ambos perecieron en el campo de Hierba Roja, y su hijo menor murió en primavera. Por eso organizó este

enlace. Si su nueva esposa no le da un hijo, el nombre de Butterwell se perderá con él.

—Y bien perdido —ser Glendon Ball deslizó una vez más la piedra de afilar por su espada—. El Guerrero odia a los cobardes.

Su tono de desprecio le ganó la atención de Dunk. La ropa de ser Glendon era de buena tela, pero estaba muy gastada y desigual. Parecía de segunda mano. Por detrás de su medio yelmo de hierro asomaban mechones de color castaño oscuro. El joven en sí era bajo y robusto, con los ojos pequeños y juntos, los hombros fornidos y los brazos musculosos. Sus alborotadas cejas parecían dos orugas tras una primavera de lluvias. Su nariz era bulbosa y su barbilla belicosa. Era joven, además. "Tal vez dieciséis años. A lo sumo dieciocho." Si ser Kyle no lo hubiera llamado "ser", Dunk podría haberlo confundido con un escudero. En vez de patillas tenía granos en los cachetes.

—¿Cuánto tiempo hace que es caballero? —le preguntó Dunk.

—Bastante. Cuando cambie la luna medio año. Me armó ser Morgan Dunstable, de la Cascada del Volatinero, en presencia de dos docenas de personas, pero desde que nací me he entrenado para ser caballero. Antes de caminar ya montaba a caballo, y antes de que se me cayera un diente dejé sin dentadura a un hombre adulto. Pienso hacerme un nombre en Muros Blancos y reclamar el huevo del dragón.

—¿El huevo del dragón? ¿Será el premio del vencedor? ¿De verdad? —Hacía medio siglo que había muerto la última dragona, aunque una vez ser Arlan había visto una nidada de sus huevos. Eran duros como piedras, le había dicho el viejo a Dunk, pero hermosos a la vista—. ¿Cómo es posible que lord Butterwell haya encontrado un huevo de dragón?

—Se lo dio como obsequio el rey Aegon al padre de su padre, tras hospedarse una noche en su antiguo castillo —dijo ser Maynard Plumm.

—¿Fue en premio a algún acto de valor? —preguntó Dunk.

Ser Kyle rio, socarrón.

—Podría decirse que sí. Parece ser que cuando su majestad llegó de visita, lord Butterwell tenía tres hijas doncellas, y que por la mañana las tres tenían bastardos reales en sus barriguitas. Qué noche más ardua.

Dunk ya había oído contarlo. Aegon el Indigno se había acostado con la mitad de las doncellas del reino, y supuestamente había engendrado bastardos en cada una de ellas. Lo peor de todo, sin embargo, era que el viejo rey los había legitimado a todos en su lecho de muerte, tanto a los de baja cuna, hijos de mozas de taberna, putas y pastoras, como a los Grandes Bastardos, cuyas madres eran de alto abolengo.

—Con que fuera cierta la mitad de esas historias, todos seríamos hijos bastardos del viejo rey Aegon.

—¿Y quién dice que no es así? —bromeó ser Maynard.

—Debería venir con nosotros a Muros Blancos, ser Duncan —lo conminó ser Kyle—. Tiene garantizado el interés de algún joven señor a causa de su estatura. Tal vez encuentre un buen servicio. Sé que yo lo hallaré. A esta boda asistirá Joffrey Caswell, el señor de Puenteamargo. Le hice su primera espada cuando tenía tres años. La tallé en madera de pino para que le cupiera en la mano. En mis años mozos juramenté mi espada a su padre.

—¿También estaba tallada en madera de pino? —preguntó ser Maynard.

Kyle el Gato tuvo la gentileza de reírse.

—Le aseguro que de buen acero, y con sumo gusto volveré a manejarla al servicio del centauro. Ser Duncan, incluso si opta por no entrar en liza, acompáñenos, se lo ruego, en el festejo nupcial. Habrá bardos, músicos, juglares, volatineros y un grupo de comediantes enanos.

Dunk frunció el ceño.

—A Egg y a mí nos espera un largo viaje. Vamos al Norte, a Invernalía. Lord Beron Stark está reuniendo espadas para expulsar de una vez por todas a los krakens de sus costas.

—Demasiado frío para mí —dijo ser Maynard—. Si quiere matar krakens vaya al oeste. Los Lannister están construyendo barcos para atacar a los hombres del Hierro en sus propias islas. Es así como hay que acabar con Dagon Greyjoy; de nada sirve combatirlo en tierra firme, porque le basta con retirarse de nuevo por mar. Hay que vencerlo en el agua.

Sonaba cierto, pero la idea de luchar contra los hombres del Hierro en el mar no era muy del agrado de Dunk. Ya lo había probado en el Dama Blanca durante la travesía entre Dorne y Antigua, al ponerse la armadura

para ayudar a la tripulación a rechazar un asalto. Había sido una batalla cruenta y desesperada, que en un momento dado estuvo a punto de arrojarlo al mar, en cuyo caso no habría vivido para contarlo.

—El trono debería aprender de Stark y Lannister —declaró ser Kyle el Gato—. Al menos luchan. ¿Qué hacen los Targaryen? El rey Aerys se esconde entre sus libros, el príncipe Rhaegel se pavonea desnudo por las salas de la Fortaleza Roja y el príncipe Maekar rabia en Refugio Estival.

Egg atizaba la hoguera con un palo para levantar chispas que se perdían en la noche. A Dunk le satisfizo ver que no hacía caso a la mención del nombre de su padre. "Puede que al fin haya aprendido a frenar su lengua."

—Por mi parte la culpa se la atribuyo a Cuervo de Sangre —continuó ser Kyle—. Pese a ser la mano del rey, no hace nada mientras los krakens siembran el fuego y el terror a lo ancho del mar del Ocaso.

Ser Maynard se encogió de hombros.

—Permanece atento a Tyrosh, mientras que Aceroamargo, en el exilio, conspira con los hijos de Daemon Fuegoscurio. Por eso tiene a mano los barcos del rey, por si intentaran cruzar.

—Es posible —dijo ser Kyle—, pero más de uno agradecería el regreso de Aceroamargo. Cuervo de Sangre es la raíz de todos nuestros males, el gusano blanco que roe el corazón del reino.

Dunk, ceñudo, recordó al septón jorobado de Septo de Piedra.

—Esas palabras pueden costarle a uno la cabeza. Algunos dirían que usted habla como un traidor.

—¿Cómo puede ser traidora la verdad? —preguntó Kyle el Gato—. En tiempos del rey Daeron no había que tener miedo de decir lo que se pensaba. Ahora, en cambio... —hizo un ruido soez—. Cuervo de Sangre sentó al rey Aerys en el Trono de Hierro, pero ¿por cuánto tiempo? Aerys es débil y a su muerte habrá una guerra encarnizada entre lord Ríos y el príncipe Maekar por la corona: la mano del rey contra el heredero.

—Se olvida del príncipe Rhaegel, amigo mío —objetó ser Maynard con comedimiento—. El siguiente en la línea sucesoria no es Maekar, sino él, y lo siguen sus hijos.

—Rhaegel es de mente débil. No es que le desee ningún mal, pero se le puede dar por muerto, como a los gemelos. La única duda es si morirán por

la maza de Maekar o por los conjuros de Cuervo de Sangre.

"Que los siete nos amparen", pensó Dunk cuando intervino Egg en voz alta y estridente.

—El príncipe Maekar es hermano del príncipe Rhaegel. Lo quiere y jamás le haría daño. Tampoco a los suyos.

—Cállate, niño —gruñó Dunk—. A estos caballeros no les interesa lo que opines.

—Si quiero hablar, puedo.

—No —dijo Dunk—, no puedes —"Algún día esa boca será tu perdición. Y la mía, muy probablemente"—. Creo que el tasajo de buey ya estuvo bastante tiempo en remojo. Tráeles una tajada a todos nuestros amigos, y no tardes.

Egg se ruborizó. Durante un fugaz instante Dunk temió que replicara, pero no: optó por mostrarse enfurruñado, como sólo saben hacerlo los niños de once años.

—Sí, ser —dijo, mientras buscaba con la mano en el fondo del yelmo de Dunk.

Su cabeza rapada reflejó la luz roja de la hoguera mientras repartía el tasajo.

Dunk tomó su trozo y se entretuvo con él. El remojo había convertido la carne de madera en cuero, pero nada más. Chupó una esquina para notar el gusto de la sal, procurando no pensar en el jabalí asado de la posada, que estaría chisporroteando en su espetón y goteando grasa.

Al ir oscureciendo llegaron del lago nubes de moscas y mosquitos picadores. Las moscas preferían cebarse en los caballos. A los mosquitos, en cambio, les gustaba la carne humana. La única manera de evitar sus picaduras era estar cerca del fuego, respirando humo. "Asarte o que te devoren", pensó Dunk, cariacontecido—: "el dilema del mendigo". Se rascó los brazos y se aproximó más a la hoguera.

Pronto el odre regresó a sus manos. Era un vino áspero y avinagrado. Dunk bebió un buen trago y pasó el odre, mientras el Gato del Páramo Brumoso empezaba a explicar cómo le había salvado la vida al señor de Puenteamargo durante la rebelión de Fuegoscurio.

—Cuando se cayó el portaestandarte de lord Armond, bajé de mi caballo, rodeado de traidores...

—Ser —preguntó Glendon Ball—, ¿quiénes eran esos "traidores"?

—Me refería a los hombres de Fuegoscurio.

La luz de la hoguera se reflejó en el acero que tenía ser Glendon en la mano. Las marcas de viruela de su cara estaban rojas como llagas abiertas. Tenía los nervios tensos como una ballesta.

—Mi padre luchó por el dragón negro.

"Otra vez." Dunk resopló por la nariz. No se podía andar por el mundo preguntando "¿rojo o negro?" Siempre ocasionaba problemas.

—Estoy seguro de que ser Kyle no quiso insultar a su padre.

—En absoluto —confirmó ser Kyle—. Lo del dragón rojo y el negro es historia antigua. No tiene sentido que nos peleemos ahora por ella, muchacho. Aquí todos somos hermanos.

Ser Glendon pareció sopesar las palabras del Gato para decidir si se burlaba de él.

—Daemon Fuegoscurio no era ningún traidor. A él le dio la espada el viejo rey. Vio lo que valía Daemon pese a sus orígenes bastardos. ¿Por qué otra razón habría puesto Fuego Oscuro en su mano y no en la de Daeron? Quería que también el reino fuera suyo. Daemon era el mejor de los dos.

Nadie dijo nada. Dunk oyó cómo la hoguera crepitaba con suavidad. Notó mosquitos en su nuca y les dio un golpe con la mano abierta, mientras observaba a Egg y deseaba que no abriera la boca.

—Cuando se libró la batalla del campo de Hierba Roja —dijo cuando parecía que nadie más hablaría— yo era muy niño, pero fui escudero de un caballero que luchó por el dragón rojo y más tarde serví a otro que lo hizo por el negro. En ambos lados había valientes.

—Valientes —repitió Kyle el Gato sin mucha convicción.

—Héroes —Glendon Ball fue moviendo su escudo para que todos vieran las armas que llevaba pintadas: una bola de fuego roja y amarilla en un campo negro como la noche—. Yo tengo sangre de héroes.

—Usted es el hijo de Bola de Fuego —dijo Egg.

Fue la primera vez que vieron sonreír a ser Glendon.

Ser Kyle observó al joven con atención.

—¿Cómo es posible? ¿Pues qué edad tienes? Quentyn Ball murió...

—... antes de que naciera yo —terminó la frase ser Glendon—, pero revivió en mí —envainó ruidosamente su espada—. Se lo demostraré a todos en Muros Blancos, cuando reclame el huevo de dragón.

El día siguiente confirmó la profecía de ser Kyle. La barca de Ned estaba mucho de tener cabida para cuantos deseaban cruzar el lago, así que primero subieron lord Costayne y lord Shawney, con sus respectivos séquitos. Para ello hicieron falta varios viajes, cada uno de los cuales consumió más de una hora. Había que lidiar con zonas de marisma, hacer subir caballos y carromatos a la pasarela, cargarlos en la barca y descargarlos de nuevo al otro lado del lago. Los dos señores demoraron aún más el proceso al discutir a voces por la precedencia. Shawney era el mayor, pero Costayne se consideraba de mejor cuna.

A Dunk no le quedó más remedio que esperar y sofocarse de calor.

—Si me dejaran usar mi bota, seríamos los primeros en subir —dijo Egg.

—Podríamos —contestó Dunk—, pero no lo haremos. Lord Costayne y lord Shawney llegaron antes que nosotros, y además son señores.

Egg hizo una mueca.

—Señores rebeldes.

Dunk lo miró con mala cara.

—¿Por qué lo dices?

—Estaban a favor del dragón negro; al menos lord Shawney y el padre de lord Costayne. Aemon y yo representamos muchas veces la batalla en la mesa verde del maestre Melaquin, con soldados pintados y pequeños estandartes. Las armas de Costayne se dividen entre un cáliz plateado sobre campo negro y una rosa negra sobre campo de oro. Aquel estandarte se encontraba a la izquierda de las huestes de Daemon. Shawney estaba con Aceroamargo a la derecha, pero murió.

—Eso es agua pasada. Ahora están aquí, ¿no? Señal de que hincaron la rodilla y el rey Daeron les concedió su perdón.

—Sí, pero...

Dunk le cerró los labios al niño.

—Frena esa lengua.

Egg la frenó.

En cuanto hubo zarpado el último cargamento de hombres de Shawney, aparecieron en el embarcadero lord y lady Smallwood con su propio séquito, así que hubo que volver a esperar.

Estaba a la vista que la hermandad de los caballeros errantes no había sobrevivido a la noche. Ser Glendon, quisquilloso y taciturno, iba a la suya. En cuanto a Kyle el Gato, al considerar que no los dejarían subir a la barca antes de mediar el día, se separó de los demás para tratar de ganarse a lord Smallwood, al que conocía por algún breve encuentro. Ser Maynard mataba el tiempo chismorreando con la posadera.

—A ése no te acerques ni por asomo —le advirtió Dunk a Egg. Algo no le cuadraba en Plumm—. No podemos estar seguros de que no sea un caballero ladrón.

De lo único que sirvió la advertencia fue para que Egg se interesara más por ser Maynard.

—Nunca he conocido a un caballero ladrón. ¿Crees que se propone robar el huevo de dragón?

—Estoy seguro de que lord Butterwell lo tiene a buen resguardo —Dunk se rascó las picaduras de mosquito del cuello—. ¿Tú crees que lo expondrá en el banquete? Me gustaría ver uno.

—Le enseñaría el mío, ser, pero está en Refugio Estival.

—¿El tuyo? ¿Tu huevo de dragón? —ceñudo, Dunk miró al niño sin saber si era una broma—. ¿De dónde lo sacaste?

—De un dragón, ser. Me lo pusieron en la cuna.

—¿Quieres un golpe en la oreja? No hay dragones.

—No, pero huevos sí. El último dragón dejó una nidada de cinco, y en Rocadragón tienen más, huevos viejos de antes de la Danza. Todos mis hermanos poseen uno. El de Aerion parece de oro y plata, con venas de fuego. El mío es blanco y verde, como remolinos.

—Tu huevo de dragón —"Se lo pusieron en la cuna." Dunk estaba tan acostumbrado a Egg que a veces se le olvidaba que Aegon era príncipe.

"Pues claro que le pusieron un huevo de dragón en la cuna"—. Bueno, procura no hablar de él cuando alguien pueda oírte.

—No soy tonto, ser —Egg bajó la voz—. Algún día volverán los dragones. Lo soñó mi hermano Daeron y lo leyó el rey Aerys en una profecía. Tal vez salgan del huevo. Eso sería maravilloso.

—¿Sí?

Dunk albergaba sus dudas. Egg no.

—Aemon y yo jugábamos a que eran nuestros huevos los que se abrían. Entonces podríamos volar a lomos de dragón, como el primer Aegon y sus hermanas.

—Sí, y si se murieran todos los otros caballeros del reino yo sería lord comandante de la Guardia Real. Si tan valiosos son los huevos, ¿por qué demonios regala el suyo lord Butterwell?

—¿Para demostrarle al reino lo rico que es?

—Supongo —Dunk volvió a rascarse el cuello y echó un vistazo a ser Glendon Ball, que ajustaba las cinchas de su silla de montar mientras esperaba la barca. "Con ese caballo no se puede hacer nada." La montura de ser Glendon era un jamelgo de lomo caído, pequeño y viejo—. ¿Qué sabes de su padre? ¿Por qué lo llamaban Bola de Fuego?

—Por lo exaltado que era y por ser pelirrojo. Ser Quentyn Ball fue maestro de armas en la Fortaleza Roja. Enseñó a luchar a mi padre y a mis tíos. También a los Grandes Bastardos. Como el rey Aegon le prometió que entraría en la Guardia Real, Bola de Fuego hizo que su mujer ingresara en las hermanas silenciosas, pero cuando se produjo una vacante el rey Aegon ya había muerto y el rey Daeron nombró a ser Willem Wylde en su lugar. Mi padre dice que Bola de Fuego participó tanto como Aceroamargo en convencer a Daemon Fuegoscurto de que reclamara el trono, y que lo rescató cuando Daeron envió a la Guardia Real para que lo arrestara. Más tarde Bola de Fuego mató a lord Lefford en las puertas de Lannisport e hizo refugiarse al León Gris en la Roca. En el vado del Mander abatió uno por uno a los hijos de lady Penrose. Dicen que le perdonó la vida al menor como una atención para su madre.

—Muy caballeresco —admitió Dunk—. ¿Ser Quentyn murió en el campo de Hierba Roja?

—Antes, ser —contestó Egg—. Un arquero le atravesó la garganta cuando desmontaba junto a un arroyo para beber agua. Fue un hombre del vulgo, por motivos que nadie conoce.

—Los hombres del vulgo pueden ser peligrosos cuando se les mete en la cabeza matar a señores y héroes —Dunk vio que la barca se acercaba lentamente por el lago—. Aquí está.

—Va muy lenta. ¿Iremos a Muros Blancos, ser?

—¿Por qué no? Quiero ver el huevo de dragón. Dunk sonrió—. Si gano el torneo, los dos tendremos un huevo de dragón.

Egg lo miró con escepticismo.

—¿Qué? ¿Por qué me miras así?

—Podría decírtelo, ser —dijo el niño con solemnidad—, pero debo aprender a frenar mi lengua.

A los caballeros errantes los sentaron muy lejos de los invitados de honor, más cerca de las puertas que de la tarima.

Como castillo, Muros Blancos era casi nuevo, ya que sólo lo había construido cuarenta años atrás el abuelo del señor actual. El pueblo llano de la zona lo llamaba la Lechería, porque sus muros, torres y torreones estaban hechos con magníficos sillares de piedra blanca procedente de las canteras del Valle y traída a alto precio del otro lado de las montañas. Dentro había suelos y columnas de mármol blanco como la leche, con vetas de oro. Las vigas de los techos estaban talladas en troncos de arciano, blancos como el hueso. Dunk ni siquiera imaginaba lo que había costado.

De todos modos la sala principal no era tan grande como otras que había visto. "Al menos nos dejaron entrar", pensó al ocupar su sitio entre ser Maynard Plumm y Kyle el Gato. Aunque no estuvieran invitados, les habían dado de inmediato la bienvenida al banquete. Daba mala suerte que un novio, el día de su boda, negara su hospitalidad a un caballero.

El que no lo tuvo tan fácil fue ser Glendon, el más joven.

—Bola de Fuego no tuvo hijos varones —oyó Dunk que le decía en voz alta el mayordomo de lord Butterwell.

El mozalbete se acaloró al contestar y varias veces salió a relucir el nombre de ser Morgan Dunstable, pero el mayordomo no daba su brazo a torcer. En el mismo instante en que ser Glendon llevó la mano a la empuñadura de su espada, apareció con lanzas en la mano una docena de hombres de armas. Por un momento pareció que correría la sangre. Sólo salvó la situación la intervención de un caballero alto y rubio cuyo nombre era Kirby Pimm. Dunk estaba demasiado lejos para oírlo, pero vio que Pimm le pasaba el brazo por los hombros al mayordomo y le murmuraba algo entre risas al oído. El mayordomo frunció el ceño y le dijo algo a ser Glendon que hizo sonrojarse mucho al joven. "Parece a punto de llorar", pensó Dunk al observarlos. "O de matar a alguien." A partir de ese momento al fin franquearon al joven caballero la entrada a la sala del castillo.

Menos suerte tuvo el pobre Egg.

—La gran sala es para los señores y los caballeros —los informó con altivez un vicemayordomo en el momento en que Dunk pretendía entrar con el niño—. Montamos mesas en el patio interior para los escuderos, los mozos de cuadra y los soldados.

"Si tuvieras la menor idea de quién es, lo sentarías en un trono con cojines, sobre la tarima."

A Dunk no le gustó mucho el aspecto de los otros escuderos. Algunos tenían la edad de Egg, si bien la mayoría eran combatientes mayores y curtidos que ya habían tomado tiempo atrás la decisión de servir a un caballero en vez de serlo ellos mismos. "A menos que no tuvieran alternativa." Para ser caballero no bastaba con la cortesía y la destreza con las armas. Se necesitaban también cosas caras, como una espada y una armadura.

—Cuidado con lo que dices —le indicó a Egg antes de dejarlo en semejante compañía—. Son hombres hechos y derechos, que no se mostrarán comprensivos con tus insolencias. Siéntate, come y escucha. Quizá aprendas algo.

Por su parte Dunk se alegró mucho de refugiarse del calor del sol y de tener delante una copa de vino y la ocasión de llenarse la barriga. Hasta los caballeros errantes se cansan de mascar durante media hora hasta el último

bocado. Allá abajo no paladearía exquisiteces, pero tampoco le faltaría comida. A él le iba perfecto encontrarse lejos de las mesas de honor.

Sin embargo, como decía el viejo, el orgullo del campesino es la vergüenza del señor.

—No puede ser éste mi sitio —le dijo, acalorado, ser Glendon Ball al vicemayordomo. Para la fiesta se había puesto un jubón limpio, una prenda hermosa y antigua con encaje de oro en los puños y el cuello, y el cabrio rojo y los roeles blancos de la casa Ball cosidos en el pecho—. ¿Sabes quién era mi padre?

—No me cabe duda de que un noble caballero y poderoso señor —dijo el vicemayordomo, pero lo mismo podría decirse de muchos de los que están aquí. Tome asiento o márchese, se lo ruego. A mí me da lo mismo, ser.

Al final el muchacho se sentó con los demás con una mueca de mal humor. La sala, larga y blanca, se fue llenando con la aparición de más caballeros, que se apretaban en los bancos. Dunk no había previsto tanta gente. A juzgar por su aspecto, algunos invitados venían de muy lejos. Ni él ni Egg habían frecuentado a muchos señores y caballeros desde Vado Ceniza y era imposible adivinar quién sería el siguiente en aparecer. "Deberíamos habernos quedado en los caminos, durmiendo bajo los árboles. Como me reconozcan..."

Un criado puso una hogaza de pan negro frente a cada invitado, encima del mantel. Contento de entretenerse con algo, Dunk cortó el pan a lo largo, vació la parte inferior para usarla como tajadero y se comió la de arriba. Estaba duro, pero en comparación con su tasajo de buey parecía natilla. Al menos no había que remojarlo en cerveza, leche ni agua de modo que estuviera bastante blando para masticarlo.

—Por lo visto llama mucho la atención, ser Duncan —observó ser Maynard Plumm cuando lord Vyrwel y su séquito desfilaron hacia los puestos de honor de lo alto de la sala—. Las chicas de la tarima no apartan los ojos de su persona. Seguro que nunca habían visto a un hombre tan alto. Incluso sentado aventaja por una cabeza a todos los presentes.

Dunk encorvó los hombros. Estaba acostumbrado a que lo miraran, pero eso no quería decir que le gustara.

—Que miren.

—Aquél de allá, al pie de la tarima, es el Viejo Buey —dijo ser Maynard—. Tiene fama de ser enorme, pero a mí me parece que lo más grande que tiene es la barriga. A su lado usted es un gigante, qué demonios.

—Así es, ser —dijo uno de sus compañeros de banco, un hombre cetrino y taciturno con atuendo gris y verde. Tenía los ojos pequeños y sagaces, muy juntos bajo finas cejas arqueadas. En compensación por su incipiente calvicie, una barba negra y bien cuidada le enmarcaba la boca—. En un campo así su estatura por sí sola debería convertirlo en uno de los competidores más temibles.

—Oí que quizá venga la Bestia de Bracken —dijo otro de los ocupantes del banco, algo más lejos.

—No creo —dijo el de verde y gris—. Son unas simples justas para celebrar las nupcias de su señoría, unos choques en el patio en honor de los choques entre sábanas. Demasiada molestia para alguien como Otho Bracken.

Ser Kyle el Gato bebió algo de vino.

—Apuesto a que tampoco mi señor de Butterwell entrará en liza. Animará a sus paladines en la sombra, desde el palco de su señor.

—En tal caso los verá caer —se ufanó ser Glendon Ball—, y al final me entregará a mí su huevo.

—Ser Glendon es el hijo de Bola de Fuego —le explicó ser Kyle a su nuevo interlocutor—. ¿Tendríamos el honor de conocer su nombre, ser?

—Ser Uthor Underleaf, hijo de alguien sin importancia —pese a ser de buena tela y estar limpio y cuidado, el atuendo de Underleaf era de corte sencillo. Su capa estaba sujeta por un cierre de plata en forma de caracol—. Si su lanza está a la altura de su lengua, ser Glendon, es posible que pueda competir incluso con alguien de las dimensiones de nuestro amigo, aquí presente.

Ser Glendon echó un vistazo a Dunk mientras les servían vino.

—Si nos enfrentamos caerá él. Me da igual lo alto que sea.

Dunk vio cómo un criado le llenaba la copa de vino.

—Soy mejor con la espada que con la lanza —admitió—, y aún mejor con el hacha. ¿Habrás combate cuerpo a cuerpo?

En caso afirmativo le serían de provecho su estatura y fuerza, y podría dar lo máximo de sí. Las justas eran harina de otro costal.

—¿Combate cuerpo a cuerpo? ¿En una boda? —ser Kyle parecía escandalizado—. Sería indecoroso.

Ser Maynard rio entre dientes.

—Las bodas son combates cuerpo a cuerpo, como se lo dirá cualquier hombre casado.

También ser Uthor rio.

—Me temo que sólo habrá justas, aunque aparte del huevo de dragón lord Butterwell prometió treinta dragones de oro al que pierda el último enfrentamiento y diez a cada caballero derrotado en la ronda anterior.

"Diez dragones no están mal." Con diez dragones podría comprarse un palafrén para no tener que usar a Trueno más que en la batalla. Con diez dragones podrían comprar una armadura para Egg y una tienda digna de un caballero, con el árbol y la estrella fugaz de Dunk cosidos en ella. "Diez dragones son ganso asado y jamón y pastel de pichón."

—También habrá rescates para los que venzan en sus lides —dijo ser Uther, mientras vaciaba su tajadero—, y oí rumores de que algunos apuestan. A lord Butterwell no le gusta correr riesgos, pero entre sus invitados hay los que lo hacen fuerte.

Acababa de decirlo cuando una fanfarria de trompetas en la galería de los músicos anunció la entrada de Ambrose Butterwell. Dunk se puso en pie, al igual que el resto, mientras Butterwell, por una alfombra decorada de Myr, acompañaba del brazo a su nueva esposa a la tarima. Era una joven de quince años, recién salida de la infancia, mientras que su señor esposo tenía cincuenta años y acababa de quedarse viudo. Ella era rosada; él, gris. La novia arrastraba el manto nupcial, de colores verde, blanco y amarillo ondeados. El aspecto de la prenda era tan caluroso y pesado que a Dunk le extrañó que la soportara. También lord Butterwell presentaba un aspecto caluroso y pesado con sus grandes cachetes y su pelo rubio cada vez más escaso.

La novia iba seguida de cerca por su padre, que tomaba de la mano a su hijo pequeño. Lord Frey del Cruce era un hombre delgado y elegante, vestido de azul y gris, y su heredero un niño de cuatro años, sin barbilla,

con la nariz llena de mocos. Los siguientes eran lord Costayne y lord Risley con sus señoras esposas, hijas de lord Butterwell y su primera mujer. Los seguían las hijas de Frey con sus consortes. Detrás iban lord Gormon Peake, lord Smallwood, lord Vyrwel, lord Shawney y varios señores de menor importancia y caballeros con tierras. Dunk reconoció entre ellos a John el Violinista y Alyn Cock-shaw. Lord Alyn parecía achispado, pese a que propiamente hablando aún no hubiera empezado el banquete.

Una vez que todos llegaron, sin prisa, a la tarima, la mesa de honor quedó tan llena como los bancos. Lord Butterwell y la novia se sentaron en un doble trono de roble dorado, con mullidos cojines de plumas. El resto ocupó sillas altas, de brazos tallados en formas pintorescas. En la pared del fondo había dos enormes estandartes colgados de las vigas: las dos torres de Frey, en azul sobre gris, y el ondeado verde, blanco y amarillo de los Butterwell.

El primer brindis corrió a cargo de lord Frey.

—¡Por el rey! —dijo con toda sencillez.

Ser Glendon levantó su copa de vino por encima del cuenco del agua. Dunk hizo chocar su copa con la de él y también con las de ser Uthor y el resto. Bebieron.

—Por lord Butterwell, nuestro gentil anfitrión —proclamó a continuación Frey.

—Que el Padre le conceda larga vida y muchos hijos.

Volvieron a beber.

—Por lady Butterwell, la novia, y mi querida hija. Que la Madre la haga fértil —Frey sonrió a la muchacha—. Desearé un nieto antes de que acabe el año. Todavía me agradaría más que fueran gemelos, así que esta noche a batir bien la mantequilla, dulce mía.

Resonaron risas por las vigas. Los invitados bebieron una vez más. Era un vino tinto, dulce, aterciopelado.

—Brindo por la mano del rey —dijo a continuación lord Frey—, Brynden Ríos. Que la lámpara de la Vieja le ilumine el camino de la sabiduría.

Levantó mucho la copa y bebió junto con lord Butterwell, su novia y los otros ocupantes de la tarima. Entre los caballeros errantes, ser Glendon

volcó la copa para derramar su contenido en el suelo.

—Triste manera de desperdiciar buen vino —dijo Maynard Plumm.

—Yo no bebo por los que matan a los de su propia sangre —dijo ser Glendon—. Lord Cuervo de Sangre es un brujo y un bastardo.

—Bastardo de nacimiento —respondió ser Uthor, comedido—, pero su real padre lo legitimó antes de morir.

Tomó un buen trago, como ser Maynard y muchos otros en la sala. Fueron menos los que bajaron la copa o la volcaron como Ball. A Dunk le pesaba la suya en la mano. "¿Cuántos ojos tiene lord Cuervo de Sangre?", decía el acertijo. "Mil, y uno más."

Se sucedieron los brindis, algunos en boca de lord Frey y otros a cargo de alguien más. Brindaron por el joven lord Tully, señor de lord Butterwell, que se había disculpado por no poder asistir a la boda. Brindaron por la salud de Leo Espinalarga, señor de Altojardín, que según los rumores se encontraba a las puertas de la muerte. Brindaron por el recuerdo de sus nobles muertos. "Sí", pensó Dunk, acordándose—, "por ellos brindo encantado".

El último brindis lo pronunció ser John el Violinista.

—¡Por mis valientes hermanos! ¡Sé que esta noche están sonriendo!

Como era la víspera del torneo, Dunk no había querido beber tanto, pero después de cada brindis se volvían a llenar las copas y él se descubría sediento. "Nunca rechaces una copa de vino ni un cuerno de cerveza", le había dicho ser Arlan, "pues quizá tardes un año en ver otro".

"Habría sido una descortesía no brindar por los novios", se dijo, "y peligroso no hacerlo por el rey y su mano entre tantos desconocidos".

Por suerte el brindis del Violinista fue el último. Lord Butterwell puso en pie su corpulencia y dio a todos las gracias por haber venido. También prometió unas buenas justas la mañana siguiente.

—¡Que empiecen los festejos!

En la mesa de honor se sirvió lechón, un pavorreal asado con su plumaje y un lucio con costra de almendras molidas. De todo eso no llegó ni un solo bocado a las mesas bajas. Allá, en vez de lechón, se sirvió cerdo en salazón remojado en leche de almendras y con un agradable toque de pimienta. En vez de pavo tuvieron capones bien tostados y crujientes, con

un relleno de cebollas, hierbas, champiñones y castañas asadas. En vez de lucio comieron trozos de bacalao blanco y tierno dentro de un envoltorio de masa, con una salsa marrón y sabrosa que Dunk no supo de qué estaba hecha. El acompañamiento consistía en puré de chícharos, nabos con mantequilla, zanahorias con miel y un queso blanco muy maduro que olía tan fuerte como Bennis del Escudo Pardo. Dunk comió bien, pero sin dejar de preguntarse ni un momento qué le habrían dado a Egg en el patio. Se metió medio pollo en el bolsillo de la capa, por si acaso, además de algunos trozos de pan y un poco de queso apestoso.

Mientras comían, el aire vibró con las alegres melodías de las gaitas y los violines. La conversación se centró en el torneo de la mañana siguiente.

—Ser Franklyn Frey está bien considerado en el Forca Verde —dijo Uthor Underleaf, al parecer buen conocedor de aquellos héroes locales—. Es el que está en la tarima, el tío de la novia. De Pantano de la Bruja vino Lucas Nayland, al que no hay que descartar; tampoco a ser Mortimer Boggs, de Punta Zarpa Rota. Por lo demás, debería ser un torneo de caballeros de la casa y héroes de aldea. Entre éstos los mejores son Kirby Pimm y Galtry el Verde, aunque ninguno de los dos es rival contra el yerno de lord Butterwell, Tom Heddle el Negro. Qué mala pieza. Dicen que consiguió la mano de la hija mayor de su señoría matando a tres de los otros pretendientes y que una vez descabalgó al señor de Roca Casterly.

—¿Qué? ¿Al joven lord Tybolt? —preguntó ser Maynard.

—No, al viejo León Gris, el que murió en primavera.

Era como se referían a los que habían perecido durante la gran epidemia primaveral: "Murió en primavera". Lo habían hecho decenas de miles de personas, entre ellas un rey y dos jóvenes príncipes.

—No desprecie a ser Buford Bulwer —dijo Kyle el Gato—. El Viejo Buey acabó con cuarenta hombres en el campo de Hierba Roja.

—Y su cuenta aumenta cada año —dijo ser Maynard—. A Bulwer ya se le pasaron los buenos tiempos. Basta con verlo. Pasa de los sesenta años, está gordo y fofo y casi no ve nada con el ojo derecho.

—No se molesten en buscar al campeón por la sala —dijo una voz detrás de Dunk—. Aquí me tienen, señores. Regocíjense la vista.

Al girarse, Dunk vio ante sí a ser John el Violinista, que sonreía a medias. Su jubón de seda blanca tenía mangas acuchilladas con forro de raso rojo, tan largas que las puntas le llegaban por debajo de las rodillas. Del pecho le colgaba una pesada cadena de plata llena de grandes amatistas cuyo color hacía juego con el de sus ojos. "La cadena vale tanto como todas mis pertenencias", pensó Dunk.

El vino había coloreado las mejillas de ser Glendon e inflamado sus granos.

—¿Quién es usted para jactarse tanto?

—Me llaman John el Violinista.

—¿Músico o guerrero?

—Da la casualidad de que puedo entonar dulces melodías tanto con la lanza como con el arco de resina. Toda boda precisa a un bardo, y todo torneo a un caballero misterioso. ¿Me permiten que me una a ustedes? Butterwell tuvo la bondad de sentarme en la tarima, pero yo prefiero la compañía de los caballeros como yo a la de damas gordas y rosadas y hombres viejos —el Violinista puso una mano en el hombro de Dunk—. Sea buen compañero y hágame sitio, ser Duncan.

Dunk lo hizo.

—Llega tarde para la comida, ser.

—Da igual. Sé dónde están las cocinas de Butterwell. ¡Espero que quede algo de vino!

El Violinista olía a naranja y lima, con un toque de alguna extraña especia oriental. Clavo, tal vez. Dunk no habría sabido decirlo. ¿Qué sabía él de clavos?

—Su jactancia es indecorosa —le dijo ser Glendon al Violinista.

—¿De veras? En tal caso, ser, le suplico perdón. Nada más lejos de mi intención que ofender a un hijo de Bola de Fuego.

El joven quedó desconcertado.

—¿Sabe quién soy?

—El hijo de su padre, espero.

—Miren —dijo ser Kyle el Gato—, el pastel de boda.

Seis pinches de cocina lo empujaban por la puerta sobre un gran carro con ruedas. Era un pastel marrón, crujiente, enorme, de cuyo interior salían

ruidos: chirridos, graznidos, golpes... Lord y lady Butterwell bajaron de la tarima para recibirlo espada en mano. Cuando lo abrieron por la mitad, medio centenar de aves salió y voló por la sala. En otras bodas a las que había asistido Dunk los pasteles estaban llenos de palomas o pájaros cantores. En cambio aquel contenía arrendajos, alondras, pichones, palomas, sinsontes, ruiseñores, pequeños gorriones pardos y un gran loro rojo.

—Ciento veinte especies de pájaros —dijo ser Kyle.

—Ciento veinte tipos de excrementos —dijo ser Maynard.

—Lleva poca poesía en el corazón, ser.

—Y usted tiene mierda en el hombro.

—Así se rellenan los pasteles —dijo ser Kyle mientras hacía ruido por la nariz y se limpiaba la túnica—. El pastel representa el matrimonio, y los verdaderos matrimonios contienen muchas cosas: alegrías, tristezas, dolores, placeres, amor, deseo, fidelidad... Es adecuado, por lo tanto, que haya muchas especies de pájaros. En el fondo no hay hombre que sepa qué le deparará una nueva esposa.

—Su coño —dijo Plumm—. ¿Si no de qué serviría?

Dunk se apartó de la mesa.

—Necesito respirar aire fresco —lo que necesitaba, en realidad, era mear, pero en tan elegante compañía resultaba más cortés hablar de aire—. Les ruego que me perdonen.

—Vuelva deprisa, ser —dijo el Violinista—, que aún deben salir juglares y no querrá perderse el encamamiento.

Al salir, el viento de la noche lamió a Dunk como la lengua de un gran animal. Parecía que la tierra compactada del patio se moviera al pisarla. A menos que él se balanceara...

El palenque estaba erigido en el centro del patio exterior. Habían montado una tribuna de madera de tres pisos al pie de la muralla, para que lord Butterwell y sus invitados de noble alcurnia gozaran de sombra en sus asientos con cojines. A ambos lados del palenque había tiendas donde los caballeros podían ponerse la armadura, y donde esperaban filas de lanzas de torneo. El viento levantó fugazmente los estandartes y Dunk notó el olor de cal de la barrera del palenque. Salió en busca del patio interior. Debía

encontrar a Egg y mandarlo con el maestro de justas para que lo apuntara en la lista, como era su obligación de escudero.

Sin embargo, poco conocedor de Muros Blancos, se perdió y acabó a la entrada de la perrera, donde los perros, al olerlo, se pusieron a ladrar y aullar. "Quieren destrozarme el cuello", pensó, "si no es que quieren el capón de mi capa". Volvió por donde había venido, al lado del septo. Una mujer pasó corriendo, incapaz de respirar a causa de la risa, perseguida de cerca por un caballero calvo que todo el rato se caía, hasta que al final ella debió volver en su ayuda. "Debería entrar en el septo y pedirles a los Siete que mi primer rival sea este caballero", pensó Dunk, pero sería impío. "Lo que necesito de verdad es un retrete, no una oración". Cerca había unos arbustos, debajo de una escalera de piedra clara. "Esto me irá bien." Se abrió camino y, una vez detrás de la escalera, se desabrochó los pantalones. Tenía la vejiga a punto de reventar. Orinaba y orinaba sin parar.

Encima de él se abrió una puerta. Oyó pisadas en los escalones y una fricción de botas en la piedra.

—... banquete de mendigos que nos han organizado. Sin Aceroamargo...

—Al cuerno con Aceroamargo —replicó una voz conocida—. De los bastardos uno no se puede fiar, ni siquiera de él. Unas cuantas victorias no tardarán en traerlo del otro lado de las aguas.

"Lord Peake." Dunk aguantó la respiración... y la orina.

—Es más fácil hablar de victorias que obtenerlas —era una voz más grave que la de Peake, una voz de bajo con un matiz de enfado—. El viejo Sangre de Leche esperaba que se lo quedara el muchacho, y el resto también lo esperará. Eso no puede suplirse con labia ni con encanto.

—Pero sí con un dragón. El príncipe insiste en que el huevo se abrirá. Lo soñó, como soñó la muerte de sus hermanos. Con un dragón vivo ganaremos todas las espadas que necesitemos.

—Una cosa es un dragón y otra un sueño. Le aseguro que Cuervo de Sangre no se dedica a soñar. No necesitamos a un soñador, sino a un guerrero. ¿El muchacho es digno hijo de su padre?

—Usted cumpla lo que prometió y deje que de eso me preocupe yo. Cuando tengamos todo el oro y las espadas de la casa Frey, los siguientes

serán Harrenhal y los Bracken. Otho sabe que no tiene ninguna posibilidad contra...

Se alejaron, y con ellos las voces. La orina de Dunk volvió a correr. Se sacudió el miembro y se volvió a abrochar.

—Digno hijo de su padre —murmuró.

"¿De quién hablaban? ¿Del hijo de Bola de Fuego?"

Cuando salió de debajo de la escalera, los dos señores ya estaban lejos en el patio. Estuvo a punto de llamarlos a voces para ver sus caras, pero al final renunció. Estaba solo, desarmado, y por si fuera poco medio borracho. "O más que medio." Después de quedarse un rato donde estaba, con el ceño fruncido, regresó a la sala.

Dentro habían servido el último plato, y había empezado la juerga. Una de las hijas de lord Frey tocó, fatal, *Dos corazones que latén como uno* con el arpa alta. Un grupo de juglares se arrojó antorchas encendidas, y unos volatineros dieron volteretas por el aire. El sobrino de lord Frey empezó a cantar *El oso y la doncella*, mientras ser Kirby Pimm marcaba el ritmo en la mesa con una cuchara de madera. Otras voces se fueron sumando hasta que la sala bramaba: "¡Un oso! ¡Un oso! Era negro, era enorme, ¡cubierto de pelo horroroso!" Lord Caswell se desmayó en la mesa y cayó de bruces en un charco de vino. Lady Vyrwel rompió a llorar sin que nadie supiera con certeza la causa de su angustia.

En ningún momento dejaba de correr el vino. Los tintos aterciopelados del Rejo dejaron su sitio a otros de la zona. Al menos así lo dijo el Violinista, ya que a decir verdad Dunk no sabía diferenciarlos. También había hipocrás. De eso tenía que probar una copa. "Podría tardar un año en beber la siguiente." Los otros caballeros errantes, todos buena gente, habían empezado a hablar de las mujeres a las que habían conocido, y Dunk se sorprendió al pensar dónde estaría Tanselle aquella noche. De Lady Rohanne ya lo sabía: en el castillo de Fosa Fría, en la cama, junto al viejo ser Eustace, que estaría roncando a través del bigote. En ella, por lo tanto, intentó no pensar. "¿Pensarán alguna vez en mí?", se preguntó.

Sus melancólicas cavilaciones se vieron interrumpidas en forma grosera por un grupo de enanos pintarrajeados que, salidos de la panza de un cerdo de madera traído sobre un carro, empezaron a perseguir entre las mesas al

bufón de lord Butterwell y a pegarle con vejigas de cerdo hinchadas, que con cada golpe emitían ruidos soeces. Hacía años que Dunk no veía nada tan gracioso. Se rio con todos los demás. El hijo de lord Frey quedó tan encantado con las payasadas que se sumó a ellas y empezó a golpear a los invitados con una vejiga que le prestó un enano. El niño tenía la risa más irritante que hubiera oído Dunk en su vida, un hipo tan agudo y estridente que le dieron ganas de ponerse al niño sobre la rodilla o arrojarlo a un pozo. "Como me pegue con la vejiga es posible que lo haga."

—Ahí tienen al autor del enlace —dijo ser Maynard cuando pasó gritando el mimado pillo.

—¿Por qué? —dijo el Violinista, levantando su copa vacía para que se la llenara un criado al pasar.

Ser Maynard lanzó una mirada al estrado, donde la novia daba de comer cerezas a su esposo.

—Su señoría no será el primero que le ponga mantequilla a esa galleta. Dicen que a la novia la desfloró un pinche en Los Gemelos. Tenían encuentros furtivos en la cocina. Por desgracia una noche el hermanito la siguió sin hacer ruido, y al ver que hacían la bestia de dos lomos soltó un grito. Entonces vinieron corriendo los cocineros y los guardias, y se encontraron a mi señora y su marmitón copulando en el mármol donde amasa el cocinero, desnudos los dos como el día de su nombre, y enharinados de los pies a la cabeza.

"No puede ser verdad", pensó Dunk. Lord Butterwell tenía muchas tierras y ollas llenas de oro amarillo. ¿Por qué se casaría con una chica mancillada por un pinche de cocina y entregaría su huevo de dragón en conmemoración del enlace? Los Frey del Cruce no eran más nobles que los Butterwell. En vez de vacas tenían un puente. Era la única diferencia. Señores. No había quien los entendiera. Se comió unas cuantas nueces y reflexionó sobre lo que había oído mientras meaba. "¿Qué crees que escuchaste, borrachín?" Se tomó otra copa de hipocrás, porque la primera le había gustado. Después apoyó la cabeza en sus brazos cruzados y cerró un momento los ojos para descansar del humo.

Cuando volvió a abrirlos, la mitad de los invitados estaba de pie, gritando.

—¡A encamarlos! ¡A encamarlos!

Armaban tal barullo que lo despertaron de un agradable sueño en el cual aparecían Tanselle la Giganta y la Viuda Escarlata.

—¡A encamarlos! ¡A encamarlos! —gritaba todo el mundo.

Dunk se incorporó y se frotó los ojos.

Ser Franklyn Frey llevaba en brazos a la novia por el pasillo, rodeado de hombres y niños. Las damas de la mesa de honor habían rodeado a lord Butterwell. Lady Vyrwel, repuesta de su pena, intentaba sacar a su señoría de la silla, mientras una de sus hijas le desataba las botas y alguna Frey le estiraba la túnica. Entre risas, Butterwell oponía una resistencia inútil. Dunk vio que estaba borracho, aunque no tanto como ser Franklyn, que estuvo a punto de dejar caer a la novia. Antes de que Dunk se diera cuenta, John el Violinista lo obligó a levantarse.

—¡Aquí! —exclamó—. ¡Que la lleve el gigante!

Sin saber cómo, se encontró en la escalera de una torre, con la novia forcejeando entre sus brazos. Le resultaba inconcebible que se mantuviera de pie. No había manera de que ella se callara, rodeada por hombres que se prodigaban en bromas soeces sobre enharinarla y amasarla bien, a la vez que le quitaban la ropa. También participaban los enanos, que se agolparon en torno a las piernas de Dunk gritando, riéndose y dándole golpes en las pantorrillas con sus vejigas. Fue un milagro que no tropezara.

No tenía la menor idea de dónde estaba el dormitorio de lord Butterwell, pero los otros hombres lo empujaron y azuzaron hasta que llegó. Para entonces la novia tenía la cara roja y se reía, desnuda a excepción de la media de la pierna izquierda, que por alguna razón había sobrevivido al ascenso. También Dunk estaba rojo, y no por el esfuerzo. Su excitación habría sido evidente para cualquiera que lo mirara. Por suerte la novia era el centro de las miradas. Lady Butterwell no se parecía en nada a Tanselle, pero tener a una agitándose medio desnuda en sus brazos lo hizo pensar en la otra. "Tanselle la Giganta, se llamaba, pero para mí no era demasiado

alta." Se preguntó si volvería a encontrarla alguna vez. Algunas noches había pensado que era un sueño. "No, necio, el único sueño fue el que tuviste al pensar que le gustabas."

Por fin dio con la alcoba de lord Butterwell, grande y suntuosa, con alfombras de Myr en el suelo, un centenar de velas aromáticas por los rincones, y al lado de la puerta una armadura con incrustaciones de oro y piedras preciosas. Hasta tenía su propio retrete, en un pequeño nicho de piedra de la pared exterior.

Cuando dejó caer a la novia en el lecho nupcial, un enano aterrizó de un salto junto a ella y empezó a manosearle un pecho. Ella chilló. Los hombres se reían como locos. Dunk levantó al enano por el cuello y lo apartó a gritos de la dama. Justo cuando se lo llevaba al otro lado de la habitación para arrojarlo por la puerta, vio el huevo de dragón.

Lord Butterwell lo había colocado en un cojín de terciopelo negro, sobre un pedestal de mármol. Era mucho mayor que un huevo de gallina, aunque no tan grande como se lo había imaginado Dunk. Estaba recubierto de finas escamas rojas que a la luz de las lámparas y de las velas brillaban como joyas. Dunk soltó al enano y levantó el huevo sólo para tocarlo un momento. Pesaba más de lo esperado. "Con esto podrías partirle la cabeza a alguien sin que se rompiera la cáscara." Las escamas eran suaves al tacto. Al girar el huevo en sus manos, pareció que su oscuro color rojo se tornasolaba. "Sangre y llamas", pensó, pero también había salpicaduras doradas y remolinos negro azabache.

—¡Eh! ¿Qué cree que hace, ser?

Un caballero al que no conocía, alto, de barba muy negra, con forúnculos, lo miraba de manera hostil. Sin embargo, lo que hizo parpadear a Dunk fue la voz, grave y llena de ira. "Era él, el que iba con Peake", se dio cuenta mientras lo oía seguir hablando.

—Déjelo en su sitio. Le agradeceré que aparte sus sucios dedos de los tesoros de su señoría. Por los Siete que en caso contrario se arrepentirá.

Parecía prudente hacerle caso, ya que no estaba ni la mitad de borracho que Dunk. Depositó con gran cuidado el huevo en el cojín y se limpió los dedos en la manga.

—No fue con mala intención, ser.

Dunk el necio, más duro de entendimiento que traspasar el muro de un castillo. Apartó al de la barba negra y salió por la puerta.

En la escalera se oían ruidos, gritos de alegría y risas femeninas. Las mujeres llevaban a lord Butterwell con la novia. Dunk, que no tenía el menor deseo de encontrárselas, subió en vez de bajar y se encontró en la azotea de la torre, bajo las estrellas, rodeado por el claro resplandor del castillo a la luz de la luna.

Se apoyó en un parapeto, mareado por el vino. "¿Voy a vomitar?" ¿Por qué había tocado el huevo de dragón? Se acordó del espectáculo de marionetas de Tanselle y del dragón de madera que había provocado todos los problemas en Vado Ceniza. Como siempre, se sintió culpable al acordarse. "Tres buenos hombres muertos para salvarle el pie a un caballero errante." No tenía sentido. Nunca lo había tenido. "Que te sirva de lección, necio. A los de tu calaña no les corresponde meterse en cosas de dragones y huevos."

—Casi parece de nieve.

Se giró. Tenía detrás a John el Violinista, con su atuendo de seda e hilo de oro, y una sonrisa en los labios.

—¿Qué parece de nieve?

—El castillo. Con tantas piedras blancas reflejando la luna... ¿Alguna vez ha estado al norte del Cuello, ser Duncan? Me han dicho que hasta en verano nieva. ¿Ha visto el Muro?

—No, mi señor —"¿Por qué habla del Muro?"—. Es a donde vamos Egg y yo: al Norte, a Invernalía.

—Ojalá pudiera ir con ustedes. Podrían mostrarme la ruta.

—¿La ruta? —Dunk frunció el ceño—. Basta con seguir el camino Real. Si sigue siempre hacia el norte, sin salirse del camino, no hay modo de perderse.

El Violinista rio.

—Supongo que no... aunque tal vez lo sorprenda cómo se pierden algunos —se acercó al parapeto y miró más allá del castillo—. Dicen que los norteños son un pueblo salvaje y que sus bosques están llenos de lobos.

—¿Por qué subió, mi señor?

—Me buscaba Alyn y no quise que me encontrara. Al beber se pone pesado. Lo vi salir con disimulo de aquella alcoba de los horrores y yo también me fui. Confieso que he tomado demasiado vino, pero no tanto como para ver a Butterwell desnudo —sonrió de modo enigmático a Dunk—. Soñé con usted, ser Duncan. Antes de conocerlo. Al verlo en el camino enseguida reconocí su cara. Era como si fuéramos viejos amigos.

En ese momento Dunk tuvo una sensación rarísima, como si ya hubiera vivido todo antes. "Dice que soñó conmigo. Mis sueños no son como los suyos, ser Duncan. Los míos son reales."

—¿Que soñó conmigo? —dijo Dunk, arrastrando las palabras a causa del vino—. ¿Qué tipo de sueño?

—Pues soñé —dijo el Violinista— que iba todo de blanco, de los pies a la cabeza, con una larga capa blanca que caía flotando de sus anchos hombros. Era una Espada Blanca, un hermano juramentado de la Guardia Real, el mayor caballero de los Siete Reinos, y no vivía para nada que no fuera custodiar, servir y agradar a su rey —puso una mano en el hombro de Dunk—. Usted debe haber tenido el mismo sueño. Estoy seguro.

Era cierto. "La primera vez que el viejo me dejó tener su espada en mis manos."

—Todos los niños sueñan con servir en la Guardia Real.

—Pero sólo siete niños, al crecer, logran llevar la capa blanca. ¿Le gustaría ser uno de ellos?

—¿Yo? —Dunk movió el hombro para quitarse de encima la mano del joven señor, que había empezado a masajearle el hombro—. Tal vez sí. Y tal vez no —los caballeros de la Guardia Real lo eran de por vida y hacían el voto de no casarse ni poseer tierras. "Quizá algún día encuentre de nuevo a Tanselle. ¿Por qué no iba a tener esposa e hijos?"—. No importa lo que sueñe yo. Sólo un rey puede nombrar a un caballero de la Guardia Real.

—Entonces supongo que tendré que ocupar el trono. Preferiría con mucho enseñarle a tocar el violín.

—Está borracho.

Le dijo la sartén a la olla.

—Estupendamente, sí. El vino, ser Duncan, lo hace todo posible. Yo creo que le quedaría bien el blanco, pero si no le gusta el color, ¿preferiría

tal vez ser un señor?

Dunk se rio en su cara.

—No, preferiría que me salieran grandes alas azules y volar. Las dos cosas son igual de probables.

—Ahora se burla. Un caballero de verdad jamás se burlaría de su rey — el Violinista parecía dolido—. Espero que ponga más fe en lo que le diga cuando vea salir al dragón del huevo.

—¿Que saldrá un dragón del huevo? ¿Un dragón vivo? ¿Aquí?

—Lo soñé. Este castillo tan blanco, un dragón saliendo de un huevo... Lo soñé todo, como soñé en su día la muerte de mis hermanos. Ellos tenían doce años y yo sólo siete. Por eso se rieron de mí y murieron. Ahora tengo veintidós y me fío de mis sueños.

Dunk estaba recordando otro torneo, cuando había caminado con otro joven príncipe bajo una llovizna primaveral. "Soñé con usted y con un dragón muerto", le había dicho Daeron, el hermano de Egg, "una bestia enorme, con alas tan inmensas que cubrirían todo este prado. Le había caído encima, pero usted estaba vivo y el dragón muerto". Lo estaba, en efecto. Pobre Baelor. Los sueños eran un terreno traicionero donde construir.

—Como diga, mi señor —le dijo al Violinista—. Le ruego que me disculpe.

—¿A dónde va, ser?

—A mi cama, a dormir. Tengo una buena borrachera.

—Pues entonemos juntos, ser. La noche está plagada de promesas. Podríamos cantar y despertar a los mismísimos dioses.

—¿Qué quiere de mí?

—Su espada. Deseo que figure entre mis hombres y hacerlo llegar muy alto. Mis sueños no mienten, ser Duncan. Usted llevará la capa blanca y yo debo conseguir el huevo del dragón. Es necesario. Lo dejaron muy claro mis sueños. Quizá el huevo se abra, o bien...

Tras ellos la puerta se abrió con brusquedad.

—Aquí está, mi señor.

Salieron a la azotea dos soldados, con lord Gormon Peake detrás.

—Gormy —dijo el Violinista con voz pastosa—. ¿Pero qué está haciendo en mi alcoba, mi señor?

—Es una azotea, ser, y ha bebido demasiado vino —lord Gormon hizo un gesto brusco. Los guardias se adelantaron—. Permita que lo ayudemos a acostar. No olvide que mañana en la mañana hay un torneo, por favor. Kirby Pimm podría resultar un enemigo peligroso.

—Tenía la esperanza de justar con el bueno de ser Duncan, aquí presente.

Peake miró a Dunk sin la menor simpatía.

—Quizá después. Como primer contrincante eligió a ser Kirby Pimm.

—¡Pues entonces Pimm deberá caer! ¡Como todos! El caballero misterioso se impone a todos sus contrincantes, dejando una estela de prodigios —un guardia tomó del brazo al Violinista—. Ser Duncan, parece que debemos separarnos —dijo el joven en voz alta mientras lo ayudaban a bajar por la escalera.

El único que se quedó con Dunk en la azotea fue lord Gormon.

—Caballero errante —gruñó—, ¿no le enseñó su madre a no meter la mano en la boca del dragón?

—No conocí a mi madre, mi señor.

—Ahora me lo explico. ¿Qué le prometió?

—Un señorío. Una capa blanca. Grandes alas azules.

—He aquí mi promesa: dos codos de frío acero clavados en la barriga si dice una sola palabra sobre lo ocurrido.

Dunk sacudió la cabeza para despejársela, aunque no pareció servir de nada. Se dobló por la cintura y vomitó.

El vómito salpicó un poco las botas de Peake, que soltó una palabrota.

—Caballeros errantes —exclamó asqueado—. Éste no es lugar para ustedes. Ningún caballero de verdad tendría la descortesía de presentarse sin ser invitado, pero ustedes, hijos del camino...

—No se nos quiere en ningún sitio y aparecemos en todos, mi señor.

El vino daba audacia a Dunk, que de lo contrario se habría mordido la lengua. Se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Procure acordarse de lo que dije, ser. De lo contrario le irá mal.

Lord Peake se sacudió el vómito de la bota y se marchó. Dunk volvió a apoyarse en el parapeto mientras se preguntaba quién estaría más loco, lord Gormon o el Violinista.

Cuando encontró el camino de vuelta a la sala, el único de sus compañeros que quedaba era Maynard Plumm.

—¿Tenía harina en las tetas cuando le quitó la ropa interior? —quiso saber.

Dunk sacudió la cabeza, se sirvió otra copa de vino, lo probó y decidió que ya había bebido suficiente.

Los mayordomos de Butterwell habían encontrado habitaciones en la fortaleza para los señores y las damas, y camas en los barracones para su séquito. El resto de los invitados podían elegir entre un camastro de paja en la bodega o levantar sus pabellones en una parcela aladaña a la muralla oeste. La modesta tienda de lona adquirida por Dunk en Septo de Piedra no era ningún pabellón, aunque protegía de la lluvia y el sol. Algunos de sus vecinos seguían despiertos y las paredes de seda de sus pabellones brillaban en la noche como linternas. Dentro de un pabellón azul cubierto de girasoles se oían risas, y en otro a rayas blancas y moradas sonidos amorosos. Egg había montado su tienda un poco apartada de las otras. Maestre y los dos caballos estaban atados cerca. Las armas y la armadura de Dunk se apoyaban bien amontonadas en la muralla del castillo. Al meterse en la tienda encontró a su escudero con las piernas cruzadas en el suelo, leyendo un libro al lado de una vela. Le brillaba la cabeza.

—Te quedarás ciego por tanto leer libros a la luz de las velas.

Para Dunk la lectura seguía siendo un misterio, aunque el niño hubiera intentado enseñarle.

—Necesito la vela para distinguir las palabras, ser.

—¿Quieres un golpe en la oreja? ¿Qué libro es?

Dunk vio muchos colores en la página, pequeños escudos pintados que se escondían entre las letras.

—Un armorial, ser.

—¿Buscas al Violinista? Pues no lo encontrarás. En estos armoriales no incluyen a los caballeros errantes, sólo a los señores y los paladines.

—No lo buscaba a él, ser. He visto otros blasones en el patio... Aquí está lord Sunderland, ser. Lleva tres cabezas de damas muy blancas, sobre

un ondeado verdiazul.

—¿Un hermaneño? ¿De verdad? —las Tres Hermanas eran unas islas del Mordisco. Dunk había oído decir a los septonos que eran antros de pecado y de codicia. Villa Hermana era el nido de contrabandistas más célebre de todo Poniente—. Viene de muy lejos. Debe estar emparentado con la nueva esposa de Butterwell.

—No, ser.

—Pues entonces vinieron por el banquete. En las Tres Hermanas comen pescado, ¿no? Los hombres se hartan del pescado. ¿Comiste suficiente carne? Te traje medio capón y un poco de queso.

Dunk hurgó en el bolsillo de su capa.

—Nos dieron costillas, ser —Egg se encontraba absorto con el libro—. Lord Sunderland combatió a favor del dragón negro, ser.

—¿Como el viejo ser Eustace? ¿Verdad que no estaba tan mal?

—No, ser —dijo Egg—, pero...

—Vi el huevo de dragón —Dunk guardó la comida con el pan duro y el tasajo—. Era casi todo rojo. ¿Lord Cuervo de Sangre también posee un huevo de dragón?

Egg bajó su libro.

—¿Por qué tendría uno? Es de baja cuna.

—Bastardo, pero no de baja cuna —Cuervo de Sangre había sido concebido en la cama errónea, pero era noble por ambas partes. Dunk estuvo a punto de contarle a Egg la conversación que había sorprendido, pero de repente se fijó en su cara—. ¿Qué te pasó en el labio?

—Una pelea, ser.

—Enséñamelo.

—Sangró muy poco. Me puse algo de vino.

—¿Con quién te peleaste?

—Con otros escuderos. Dijeron que...

—Me da igual lo que hayan dicho. ¿Qué te ordené yo?

—Que tuviera cuidado con lo que dijera y no me metiera en líos —el niño se tocó el labio partido—. Pero llamaron a mi padre asesino de los de su propia sangre.

"Lo es, muchacho, aunque no creo que lo hiciera a propósito." Dunk le había dicho cincuenta veces a Egg que no se tomara tan a pecho aquel tipo de comentarios. "Tú sabes la verdad. Que te baste con eso." Ya lo habían oído decir más de una vez en tascas y tabernas de mala muerte, y en el bosque, en torno a las hogueras. Todo el reino sabía que la maza del príncipe Maekar había abatido a su hermano Baelor Rompelanzas en Vado Ceniza. Era previsible que se hablara de conjuras.

—Si supieran que el príncipe Maekar es tu padre no lo habrían dicho —"A tus espaldas sí, pero en tu cara jamás"—. Y en vez de quedarte callado, ¿qué les dijiste a los otros escuderos?

Egg puso cara de arrepentimiento.

—Que la muerte del príncipe Baelor fue un simple accidente. Luego agregué que el príncipe Maekar quería mucho a su hermano Baelor. Entonces el escudero de ser Addam dijo que hay amores que matan, y el escudero de ser Mallor que mi padre piensa querer igual a su hermano Aerys. Fue cuando lo golpeé. Y muy bien.

—A ti debería golpearte muy bien. Para que se te hinche la oreja a juego con el labio. Si tu padre estuviera aquí, haría lo mismo. ¿Qué te crees, que al príncipe Maekar le hace falta que lo defienda un crío? ¿Qué te dijo antes de que nos fuéramos juntos?

—Que te sirviera con fidelidad como escudero y no me arredrara ni ante las más duras tareas.

—¿Y qué más?

—Que obedeciera las leyes del rey, las reglas de la caballería y a ti.

—¿Y qué más?

—Que me rapara o me tiñera el pelo —dijo el niño, se notaba que a regañadientes— y no le dijera a nadie mi verdadero nombre.

Dunk asintió.

—¿Cuánto vino había bebido el chico al que golpeaste?

—Bebía cerveza de cebada.

—¿Lo ves? Era la cerveza la que hablaba por su boca. Las palabras son aire, Egg. Deja que se las lleve el viento.

—Algunas palabras son aire —si algo tenía aquel niño es que era tozudo—. Y otras traición. Esto es un torneo de traidores, ser.

—¿Cómo? ¿Todos? —Dunk sacudió la cabeza—. En todo caso hace tiempo que lo fue. El dragón negro está muerto y los que combatieron a su lado huyeron o fueron perdonados. Además, no es verdad. Los hijos de lord Butterwell lucharon en ambos bandos.

—Lo cual lo convierte en medio traidor, ser.

—Hace dieciséis años —Dunk ya no flotaba en las dulces brumas del vino. Ahora estaba enfadado y casi sobrio—. El maestro de justas es el mayordomo de lord Butterwell, un tal Cosgrove. Ve a buscarlo e inscríbeme. No, espera... No digas mi nombre —con tantos señores, tal vez alguno de ellos recordara a ser Duncan el Alto de Vado Ceniza—. Inscríbeme como el caballero de la Horca.

Al pueblo llano le encantaba ver aparecer en un torneo a un caballero misterioso.

Egg se tocó el labio hinchado.

—¿El caballero de la Horca, ser?

—Por el escudo.

—Sí, pero...

—Haz lo que te digo. Por esta noche ya leíste suficiente.

Dunk apagó la vela con el pulgar y el índice.

Se había levantado un sol ardiente, duro e implacable. De las piedras blancas del castillo emanaba el calor en oleadas. Olía a tierra cocida y hierbas arrancadas. Ni un soplo de viento movía los estandartes, que pendían de la torre del homenaje y la de entrada, verdes, blancos y amarillos.

Dunk casi nunca había visto a Trueno tan inquieto. El corcel echaba la cabeza a ambos lados mientras Egg le ajustaba la cincha de la silla, e incluso le mostró sus dientes grandes y cuadrados. "Hace tanto calor", pensó Dunk... Demasiado, tanto para los hombres como para los caballos, y los de guerra nunca son de temperamento plácido, para empezar. "Con este calor hasta la Madre estaría con un humor de perros."

En el centro del patio dio inicio otra carrera entre los justadores. Ser Herbert iba en un corcel dorado cuya barda negra ostentaba las serpientes

roja y blanca de la casa Paege. En cuanto a ser Franklyn, su alazán mostraba en la gualdrapa de seda gris las torres gemelas de Frey. En el momento del choque la lanza roja y blanca se partió limpiamente, y la azul se deshizo en astillas, pero ninguno de los jinetes cayó del caballo. Se oyeron aplausos en la tribuna de espectadores y entre los guardias que ocupaban las murallas del castillo, pero fueron cortos, tímidos, apáticos. "Hace demasiado calor para las ovaciones." Dunk se secó el sudor de la frente. "Hace demasiado calor para las justas." Tenía la cabeza como un bombo. "Gano esta liza y una más y me doy por satisfecho."

Los caballeros giraron los caballos al final del palenque y arrojaron los restos de sus lanzas, las cuartas que rompían. "Tres de más." Dunk pospuso el momento de ponerse la armadura todo el tiempo que le fue posible, y ya sentía que la ropa interior se le pegaba por debajo del acero. "Peores cosas hay que estar empapado de sudor", se dijo al recordar el combate a bordo del Dama Blanca, donde se había visto rodeado por los hombres del Hierro y había acabado el día empapado de sangre.

Empuñando nuevas lanzas, Paege y Frey volvieron a clavar las espuelas en sus caballos. A cada paso los corceles levantaban terrones secos con los cascos. El crujido de las lanzas al partirse estremeció a Dunk. "Anoche bebí demasiado vino y comí demasiado." Tuvo el vago recuerdo de haber llevado escaleras arriba a la novia y de haber hablado en una azotea con John el Violinista y lord Peake. "¿Qué hacía yo en una azotea?" Recordaba haber hablado de dragones, o de huevos de dragones, o de alguna otra cosa, pero...

Algo a medio camino entre un rugido y un gemido lo sacó de sus cavilaciones. Dunk vio que el caballo dorado trotaba sin jinete hasta el final del palenque, mientras ser Harberg Paege caía al suelo sin fuerzas. "Faltan dos para mi turno." Cuanto antes derribara a ser Uthor, antes podría quitarse la armadura, beber algo fresco y descansar. En principio al menos dispondría de una hora antes de que volvieran a llamarlo.

El corpulento heraldo de lord Butterwell subió a lo más alto de la tribuna para convocar a la siguiente pareja de justadores.

—Ser Argrave el Desafiante —proclamó—, caballero de Nunny, al servicio de lord Butterwell de Muros Blancos. Ser Glendon Flores,

caballero de Los Conejos. Adelántense y demuestren su valor.

Se alzaron risas de las tribunas.

Ser Argrave era un hombre enjuto y curtido, un avezado caballero de la casa con armadura gris mellada y caballo sin barda. Dunk había conocido a otros como él. Eran hombres duros como las raíces viejas, buenos conocedores de su oficio. Su rival era el joven ser Glendon, montado en su triste rocín y protegido por una loriga de pesada malla y un medio yelmo de hierro que dejaba el rostro al descubierto. El escudo de su brazo ostentaba el fiero blasón de su padre. "Necesita un peto y un yelmo de verdad", pensó Dunk. "Vestido así podría morir de un golpe en la cabeza o en el pecho."

Se notaba que ser Glendon estaba furioso por la forma en que lo habían presentado. Hizo girar en redondo su caballo y exclamó con enojo:

—Soy Glendon Ball, no Glendon Flores. Cuidado con burlarse de mí, heraldo. Llevo sangre de héroes.

El heraldo no se dignó en responder. Las protestas del joven caballero fueron acogidas con más risas.

—¿Por qué se ríen de él? —se preguntó Dunk en voz alta—. ¿Qué pasa, será un bastardo? —Flores era el apellido que se les daba en el Dominio a los bastardos de padres nobles—. ¿Y a qué vendrá lo de Los Conejos?

—Puedo averiguarlo, ser —dijo Egg.

—No, no es de nuestra incumbencia. ¿Tienes mi yelmo?

Ser Argrave y ser Glendon bajaron las lanzas ante lord y lady Butterwell. Dunk vio que Butterwell se inclinaba para susurrarle algo al oído a su esposa, que se puso a reír.

—Sí, ser.

Egg se había puesto el sombrero blando para protegerse los ojos y salvaguardar del sol su cabeza rapada. A Dunk le gustaba reírse de él por su sombrero, pero en aquel momento deseó tener uno. Con aquel sol más valía ir cubierto de paja que de hierro. Se apartó el pelo de los ojos, se caló el yelmo con las dos manos y se lo ajustó a la gola. El forro olía a sudor viejo. Sintió en el cuello y los hombros el peso de tanto hierro. Aún le dolía la cabeza por el vino de la noche anterior.

—Ser —dijo Egg—, no es demasiado tarde para retirarse. Si pierdes a Trueno y tu armadura...

"Sería mi final como caballero."

—¿Por qué perdería? —inquirió Dunk. Ser Argrave y ser Glendon ya estaban cada uno en un extremo del palenque—. Tampoco es que me enfrente con la Tormenta que Ríe. ¿Hay aquí algún caballero que pueda darme problemas?

—Casi todos, ser.

—Te debo un golpe en la oreja. Ser Uthor es diez años mayor que yo y la mitad de corpulento.

Ser Argrave se bajó la visera. Ser Glendon no tenía visera que bajar.

—No has participado en una justa desde Vado Ceniza, ser.

"Niño insolente..."

—He entrenado.

No con todo el desnudo posible, había que reconocerlo. Cuando había un estafermo o unas anillas a su disposición, los aprovechaba, y a veces le ordenaba a Egg que se subiera a un árbol y colgara un escudo o una duela de barril bajo una rama de altura conveniente.

—Eres mejor con la espada que con la lanza —dijo Egg—. Con el hacha o la maza existen pocos que compitan con tu fuerza.

Era bastante cierto para que Dunk se molestara.

—A espada o maza no hay torneo —señaló, mientras empezaban la carga el hijo de Bola de Fuego y ser Argrave el Desafiante—. Ve por mi escudo.

Egg hizo una mueca y fue a buscarlo.

Al fondo del patio, la lanza de ser Argrave chocó con el escudo de ser Glendon y se desvió, dejando una muesca en el cometa. En cambio el borte de Ball golpeó con tal fuerza el centro del peto de su rival, que reventó la cincha de la silla de montar y ambos, caballero y silla, rodaron por el polvo. Dunk quedó impresionado, a su pesar. "Este muchacho justa casi tan bien como habla." Se preguntó si así dejarían de reírse de él.

Sonó una trompeta, con bastante fuerza para estremecerlo. Una vez más subió el heraldo a la tribuna.

—Ser Joffrey de la casa Caswell, señor de Puenteamargo y defensor de los Vados. Ser Kyle, el Gato del Páramo Brumoso. Adelántense y demuestren su valor.

La armadura de ser Kyle era de calidad, pero estaba vieja y gastada, con muchas muescas y arañazos.

—La Madre ha sido misericordiosa conmigo, ser Duncan —les dijo a Dunk y Egg de camino al palenque—. Me enfrentan a lord Caswell, que es justo al que vine a ver.

Si esa mañana se encontraba en el campo alguien peor que Dunk, sólo podía ser lord Caswell, que en el banquete había bebido hasta perder el conocimiento.

—Parece mentira que después de lo de anoche vaya sentado en el caballo —dijo Dunk—. La victoria es suya, ser.

—No, no —ser Kyle sonrió con suavidad—. El gato que aspira a un cuenco de nata debe saber cuándo ronronear y cuándo enseñar las garras, ser Duncan. Por poco que roce mi escudo la lanza de su señoría, caeré rodando al suelo. Después, cuando le lleve mi caballo y mi armadura, lo felicitaré por cómo ha aumentado su destreza desde que le hice su primera espada. Así se acordará de mí, y antes de que se acabe el día volveré a ser de Caswell, un caballero de Puenteamargo.

"Eso no tiene nada de honroso", estuvo a punto de decir Dunk, pero se mordió la lengua. Ser Kyle no era el primer caballero errante que trocaría su honor por el calor del hogar.

—Como diga —murmuró—. Que tenga suerte. O no, si así lo prefiere.

Lord Joffrey Caswell era un joven enclenque de veinte años, aunque había que reconocer que impresionaba más con armadura que de bruces en un charco de vino, como la noche anterior. En su escudo había un centauro amarillo a punto de disparar un arco largo. El mismo centauro adornaba la gualdrapa de seda blanca de su caballo y brillaba, hecho de oro amarillo, en lo alto de su yelmo. "Debería montar mejor, teniendo en cuenta que su blasón es un centauro." Dunk no sabía si ser Kyle manejaba bien o mal la lanza, pero tal como estaba sentado lord Caswell a lomos de su caballo parecía que incluso una simple tos lo derribaría. "Al Gato sólo le haría falta pasar a su lado a gran velocidad."

Egg sujetó la brida de Trueno mientras Dunk depositaba todo su peso en la silla alta y rígida y esperaba, sintiéndose el centro de muchas miradas. "Se preguntan si el caballero errante alto vale algo." También él se lo preguntaba. No tardaría en averiguarlo.

El Gato del Páramo Brumoso hizo honor a su palabra. La lanza de lord Caswell se bamboleó por el palenque, mientras que la de ser Kyle apuntaba mal. Ninguno de los dos hizo pasar del trote al galope a su caballo. Aun así el Gato cayó al suelo cuando la punta de la lanza de ser Joffrey lo alcanzó en un hombro por casualidad. "Yo creía que los gatos siempre tenían la elegancia de caer de pie", pensó Dunk al ver rodar por el polvo al caballero errante. La lanza de lord Caswell quedó intacta. Al girar su caballo, la clavó varias veces en el aire como si acabara de derribar a Leo Espinalarga o a la Tormenta que Ríe. El Gato se quitó el yelmo y salió en persecución de su caballo.

—Mi escudo —le dijo Dunk a Egg.

El niño se lo levantó. Dunk pasó el brazo izquierdo por la correa y cerró el puño alrededor del asa. El peso del escudo cometa lo tranquilizó, aunque su longitud dificultaba su manejo y la visión del ahorcado le produjo una vez más cierta inquietud. "Es un blasón de mal agüero." Decidió repintar el escudo lo antes posible. "Que el Guerrero me conceda un buen galope y una rápida victoria", rezó mientras el heraldo de ser Butterwell trepaba una vez más por los escalones.

—Ser Uthor Underleaf —resonó su voz—. El caballero de la Horca. Adelántense y demuestren su valor.

—Ten cuidado, ser —le advirtió Egg al tenderle una lanza de torneo, un asta de madera de casi diez codos que se iba adelgazando hasta acabar en una punta redondeada de hierro en forma de puño—. Los otros escuderos dicen que ser Uthor monta bien. Y es rápido.

—¿Rápido? —dijo Dunk con desprecio—. Lleva un caracol en el escudo. ¿Qué tan rápido puede ser?

Hincó los talones en los flancos de Trueno y, con la lanza en alto, hizo que el caballo avanzara con lentitud. "Una victoria y no habré perdido nada. Dos me situarán muy por delante. Con esta compañía dos no es demasiado esperar." Al menos había tenido suerte en el sorteo. Podría haberle tocado el

Viejo Buey o ser Kirby Pimm, o algún otro héroe de la zona. Se preguntó si el maestro de justas enfrentaba adrede a los caballeros errantes entre sí para que ningún joven señor tuviera que sufrir la ignominia de caer en la primera ronda ante alguno de ellos. "Da igual. Paso a paso, rival por rival, como decía siempre el viejo. Ahora en el único que debo pensar es en ser Uthor."

Se reunieron al pie de la tribuna donde estaban lord y lady Butterwell, sentados en cojines a la sombra de la muralla del castillo. Junto a ellos se encontraba lord Frey, columpiando en una rodilla al mocoso de su hijo. Una hilera de criadas con abanicos no impedía que lord Butterwell tuviera manchas bajo de los brazos en su túnica de damasco ni su señora el pelo lacio de sudor. Se le veía acalorada, aburrida e incómoda. No obstante, al ver a Dunk irguió el pecho de tal modo que él se sonrojó por debajo del yelmo. Inclino la lanza hacia ella y su señor esposo. Lo mismo hizo ser Uthor. Butterwell les deseó una buena justa. Su mujer sacó la lengua.

Había llegado la hora. Dunk volvió al trote al extremo sur del palenque. A ochenta metros su rival también tomaba posiciones. Su corcel gris era menor que Trueno, pero también más joven y brioso. Ser Uthor llevaba la armadura esmaltada de verde y una cota plateada. De su bacinete redondeado colgaban tiras de seda verdes y grises, y su escudo verde ostentaba un caracol plateado. "Una buena armadura y un buen caballo equivalen a un buen rescate si lo derribo."

Sonó una trompeta.

Trueno empezó a trotar despacio. Dunk desplazó su lanza hacia la izquierda y la inclinó hacia abajo, cruzada sobre la cabeza del caballo y la barrera de madera que lo separaba de su contrincante. Su escudo le protegía la parte izquierda del cuerpo. Se encorvó y tensó las piernas mientras Trueno recorría el palenque. "Somos uno solo. Hombre, caballo y lanza formamos un solo animal de sangre, madera y hierro."

Ser Uthor cargaba a gran velocidad, levantando nubes de polvo con los cascos de su corcel gris. A cuarenta varas de distancia Dunk espoleó a Trueno para que galopara y apuntó directamente hacia el caracol plateado con la punta de su lanza. El duro sol, el polvo, el calor, el castillo, lord Butterwell y su esposa, el Violinista y ser Maynard, los caballeros, los escuderos, los mozos de cuadra, el pueblo llano... Todo desapareció. Sólo

quedaba el contrincante. Otro golpe de espuelas. Trueno echó a correr. El caracol se aproximaba a gran velocidad, creciendo a cada paso de las largas patas del caballo gris... pero delante estaba la lanza de ser Uthor, con su puño de hierro. "Mi escudo es fuerte. Mi escudo absorberá el impacto. Sólo importa el caracol. Si acierto en el caracol, la justa será mía."

Cuando quedaban diez varas entre ambos, ser Uthor levantó la punta de su lanza.

Un chasquido resonó en los oídos de Dunk en el momento del impacto. Lo sintió en el brazo y el hombro, pero no llegó a ver el golpe. El puño de hierro de Uthor lo alcanzó justo entre los ojos con toda la fuerza del hombre y el caballo que iban detrás.

Dunk se despertó de espaldas, mirando los arcos de una bóveda de cañón. Al principio no supo dónde estaba ni cómo había llegado allí.

En su cabeza resonaban voces y pasaban rostros: el viejo ser Arlan, Tanselle la Giganta, Dennis del Escudo Pardo, la Viuda Escarlata, Baelor Rompelanzas, Aerion el Príncipe Brillante y la triste y loca lady Vaith. De golpe y sopetón se acordó de la justa: el calor, el caracol, el puño de hierro acercándose a su cara... Gimió y se apoyó en un hombro, movimiento que hizo que su cráneo se convirtiera en una especie de monstruoso tambor de guerra.

Al menos parecía que los dos ojos le respondían. Tampoco se palpaba ningún agujero en la cabeza, lo cual era una suerte. Vio que estaba en una especie de bodega con barricas de vino y de cerveza en todas partes. "Como sea aquí dentro se está fresco", pensó, "y hay bebida a la mano". La boca le sabía a sangre. Tuvo una punzada de miedo. Si se había cortado la lengua con los dientes se habría quedado mudo, además de ser un necio.

—Buenos días —graznó sólo para oír su voz.

Las palabras rebotaron en la bóveda. Trató de levantarse, pero el esfuerzo hizo que la bodega empezara a dar vueltas.

—Despacio, despacio —dijo a su lado una voz trémula.

Junto a la cama apareció un anciano encorvado, con unas vestiduras tan grises como su largo pelo. Llevaba al cuello una cadena de maestre, hecha

de muchos metales. Su rostro provecto estaba lleno de arrugas, sobre todo a ambos lados de su gran nariz de pico.

—Quédese quieto y deje que le revise los ojos.

Primero escudriñó el ojo izquierdo de Dunk y después el derecho, abriéndolos bien con el pulgar y el índice.

—Me duele la cabeza.

El maestro resopló por la nariz.

—Agradezca que aún la tiene sobre los hombros, ser. Tome esto, que tal vez lo ayude. Beba.

Dunk hizo el esfuerzo de no dejar ni una gota de aquella horrible pócima, que logró no escupir.

—El torneo —dijo al pasarse el dorso de la mano por la boca—. Dígame, ¿qué pasó?

—Las mismas tonterías de siempre en estas riñas. Hombres que se derriban a palos de sus caballos. El sobrino de lord Smallwood se rompió la muñeca y a ser Eden Risley su caballo le aplastó una pierna, pero de momento nadie ha muerto. Aunque en su caso tenía mis temores, ser.

—¿Me descabalaron?

Aún se notaba la cabeza como llena de lana. De lo contrario no habría hecho una pregunta tan tonta. Se arrepintió nada más decirlo.

—Con una caída que sacudió hasta las más altas almenas. Los que habían apostado sus buenas monedas por usted quedaron consternados, y su escudero estaba fuera de sí. Si no lo hubiera echado seguiría aquí, a su lado. No quiero niños que me estorben. Le recordé su deber.

Dunk se dio cuenta de que también a él debían recordárselo.

—¿Cuál deber?

—Su montura, ser. Sus armas y su armadura.

—Sí —dijo Dunk al acordarse.

El niño era buen escudero. Sabía cuál era su obligación. "Perdí la espada del viejo y la armadura que me forjó Pate, el armero."

—Otro que preguntaba por usted era su amigo el del violín. Me pidió que lo cuidara lo mejor posible. A él también lo eché.

—¿Cuánto tiempo hace que me está cuidando?

Dunk flexionó los dedos de la mano con que empuñaba la espada. Por lo visto aún funcionaban todos. "Sólo me hice daño en la cabeza, y ya decía ser Arlan que de todos modos no la usaba."

—Según el reloj de sol, cuatro horas.

Cuatro horas no era tan grave. Había oído hablar de un caballero que había sufrido un golpe tan duro que había dormido cuarenta años y al despertar se había encontrado viejo y marchito.

—¿Sabe si ser Uthor ganó su segunda justa?

Quizá el vencedor del torneo fuera el Caracol. Si Dunk podía decirse que había perdido contra el mejor caballero en liza, tal vez la derrota le escociera menos.

—¿Que si ganó? ¡Y cómo! Contra ser Addam Frey, primo de la novia y muy prometedor con la lanza. Al caer ser Addam, mi señora se desmayó y debieron llevarla a sus aposentos.

Dunk hizo el esfuerzo de ponerse en pie. Todo le daba vueltas, pero el maestre lo ayudó a no perder el equilibrio.

—¿Dónde está mi ropa? Debo irme. Debo... Tengo que...

—Si no se acuerda significa que no es tan urgente —el maestre hizo un gesto irritado—. Le aconsejo que no coma nada muy graso ni tome bebidas fuertes, y que evite más golpes entre los ojos... aunque hace tiempo aprendí que los caballeros no atienden a la sensatez. Márchese, que tengo más necios que atender.

Al salir vio un halcón que daba vueltas en lo alto del resplandeciente cielo azul y sintió envidia. Al este se juntaban algunas nubes, negras como el ánimo de Dunk. Encontró el camino de regreso al palenque, mientras el sol le golpeaba la cabeza como un martillo en un yunque. Tuvo la impresión de que el suelo se movía. También podía ser él quien se tambaleara. Al subir de la bodega había estado a punto de tropezar dos veces con los escalones. "Debí hacerle caso a Egg."

Cruzó con lentitud el patio exterior, bordeando la multitud. El orondo lord Alyn Cockshaw abandonaba el campo entre dos escuderos, última y

coja conquista del joven Glendon Ball. Otro escudero llevaba su yelmo, rotos ya los orgullosos tres penachos.

—Ser John el Violinista —proclamó el heraldo—. Ser Franklyn de la casa Frey, un caballero juramentado de Los Gemelos al señor del Cruce. Adelántense y demuestren su valor.

Dunk no pudo sino ver cómo entraba al trote en el palenque el gran corcel negro del Violinista, entre un remolino de seda azul y espadas y violines dorados. También su peto estaba esmaltado de azul, al igual que sus rodilleras, codales, grebas y gola. Debajo, la malla era dorada. Ser Franklyn iba montado en un caballo pinto de larga crin plateada, a juego con el color gris de las sedas de su dueño, y con el plata de su armadura. Tanto el escudo como la sobreveste y la gualdrapa del caballo llevaban las torres gemelas de Frey. Se embistieron varias veces. Dunk lo presencié sin verlo. "Dunk el necio, más duro de entendimiento que traspasar el muro de un castillo", se reprendió. "Tenía un caracol en el escudo. ¿Cómo se puede perder contra un hombre que lleva un caracol en el escudo?"

Todo eran aplausos alrededor. Al levantar la vista vio que Franklyn Frey era derribado. El Violinista había desmontado para ayudar a levantarse a su rival caído. "Un paso más hacia su huevo de dragón", pensó Dunk. "¿Y dónde estoy yo?"

Al acercarse a la poterna se encontró con el grupo de enanos de la fiesta, que se disponía a marcharse. Estaban enganchando ponis a su cerdo de madera con ruedas y a otro carromato de diseño más convencional. Vio que eran seis, a cual más pequeño y mal formado. Había unos cuantos que tal vez fueran niños, aunque todos eran tan bajos que no resultaba fácil verlo. A la luz del día, con pantalones de cuero de caballo y capas de tela basta con capuchas, parecían menos joviales que con su ropa de colores.

—Buenos días —dijo Dunk por buena educación—. ¿Se preparan a emprender el camino? Al este hay nubes. Podría ser señal de lluvia.

La única respuesta que obtuvo fue una mirada hostil del más feo de los enanos. "¿Será el que le quité de encima anoche a lady Butterwell?" De cerca el hombrecillo olía como un retrete. Una vaharada bastó para que Dunk acelerara el paso.

Tuvo la sensación de que tardaba tanto en cruzar la Lechería como en atravesar con Egg las arenas de Dorne. Iba siguiendo la muralla. De vez en cuando se apoyaba en ella. Cada vez que giraba la cabeza todo le daba vueltas. Bebida, pensó. "Necesito beber agua o me caeré."

Se cruzó con un mozo de cuadra que le explicó dónde estaba el pozo más cercano. Allí descubrió a Kyle el Gato hablando en voz baja con Maynard Plumm. Ser Kyle estaba abatido, caído de hombros. No obstante, al ver a Dunk se animó.

—¿Ser Duncan? Nos habían dicho que estaba muerto o moribundo.

Dunk se frotó las sienes.

—Eso me gustaría.

—Conozco bien la sensación —ser Kyle suspiró—. Lord Caswell no me reconoció. Cuando le expliqué que le tallé su primera espada, se me quedó mirando como si no estuviera en mi sano juicio. Dijo que en Puenteamargo no hay sitio para caballeros tan débiles como demostré ser yo —el Gato se rio con amargura—. Aun así se quedó mis armas y mi armadura. También mi caballo. ¿Ahora qué haré?

Dunk no supo qué contestar. Hasta un jinete libre necesitaba un caballo para montar. Los mercenarios requerían una espada.

—Ya encontrará otro caballo —dijo al levantar el cubo—. En los Siete Reinos hay muchos. Encontrará algún otro señor que le dé armas.

Ahucó las manos, se las llenó de agua y bebió.

—Algún otro señor. Claro. ¿Conoce a alguno? Yo no soy tan joven y fuerte como usted. Tampoco tan alto. Para los altos siempre hay demanda. A lord Butterwell, sin ir más lejos, le gusta que sus caballeros sean así. Fíjese en Tom Heddle. ¿Lo ha visto justar? Derribó a todos sus rivales. Claro que el hijo de Bola de Fuego también. Y el Violinista. Ojalá que me hubiera derribado él. No quiere rescates. Dice que lo único que busca es el huevo de dragón... aparte de la amistad de sus rivales caídos. Es un dechado de caballería.

Maynard Plumm se rio.

—De armonía, querrá decir. Está tejiendo algo en verdad grande con sus cuerdas de violín y todos haríamos bien en irnos antes de que estalle la tormenta.

—¿No quiere rescates? —dijo Dunk—. Noble gesto.

—Es fácil mostrar gestos nobles con la bolsa llena de oro —dijo ser Maynard—. He aquí una enseñanza para usted, si es bastante sensato para seguirla, ser Duncan. Aún no es demasiado tarde para que se vaya.

—¿Irme? ¿A dónde?

Ser Maynard se encogió de hombros.

—A cualquier sitio. Invernalía, Refugio Estival, Asshai de la Sombra... Cualquier lugar es bueno menos éste. Tome su caballo y armadura y salga por la poterna sin ser visto. No se le echará de menos. El Caracol piensa en su siguiente justa y los demás sólo tienen ojos para el torneo.

Por un breve instante Dunk estuvo tentado de hacerlo. Mientras tuviera armas y caballo, en cierto modo seguiría siendo un caballero, mientras que sin ninguna de ambas cosas era un simple mendigo. "Un mendigo alto, pero un mendigo." Ahora, sin embargo, sus armas y su armadura pertenecían a ser Uthor, al igual que Trueno. "Mejor mendigo que ladrón." En el Lecho de Pulgas había sido ambas cosas, durante los tiempos en que corrió con Hurón, Rafe y Morcilla, pero el viejo lo había salvado de esa vida. Sabía la opinión que habría merecido la propuesta de Plumm a Arlan del Árbol de la Moneda. Muerto ser Arlan, Dunk la expresó.

—Hasta un caballero errante tiene su honor.

—¿Qué prefiere, tener intacto su honor y morir, o tenerlo mancillado y vivir? No, ahórreme la respuesta, que ya me la imagino. Llévase a su escudero y huya, caballero de la Horca, antes de que su blasón se convierta en destino.

Dunk se encrespó.

—¿Qué sabe usted de mi destino? ¿Tuvo un sueño como John el Violinista? ¿Qué sabe de Egg?

—Sé que a los huevos no les conviene acercarse a las sartenes —dijo Plumm—. Muros Blancos no es lugar seguro para el niño.

—¿Cómo le fue a usted en su justa, ser? —le preguntó Dunk.

—Pero si no me arriesgué a entrar en liza. Los augurios no eran buenos. ¿Quién se imagina que pedirá el huevo de dragón?

"Yo no", pensó Dunk.

—Eso lo saben los Siete, no yo.

—Intente adivinarlo, ser. Tiene dos ojos.

Pensó un momento.

—¿El Violinista?

—Muy bien. ¿Le importaría explicar su razonamiento?

—Sólo es... una corazonada.

—También lo es en mi caso —dijo Maynard Plumm—: un mal presagio para cualquier hombre o niño que cometa la imprudencia de interponerse en el camino de nuestro Violinista.

Egg estaba fuera de la tienda, cepillando el pelaje de Trueno, con la mirada perdida.

"Le sentó muy mal que me derribaran."

—Ya está bien —le dijo Dunk en voz alta—. Si sigues dejarás a Trueno tan calvo como tú.

—¿Ser? —Egg soltó el cepillo—. ¡Sabía que no ningún ridículo caracol podría matarte, ser!

Le echó los brazos al cuello.

Dunk recogió del suelo el sombrero blando de paja del muchacho y lo usó para cubrirse la cabeza.

—Me dijo el maestro que te llevaste mi armadura.

Egg le arrebató el sombrero, indignado.

—Limpié tu cota de malla y pulí tus grebas, tu gola y tu peto, ser, pero el yelmo está partido y mellado por el golpe de la punta de la lanza de ser Uthor. Tendrá que arreglarlo un armero.

—Que mande arreglarlo ser Uthor, pues ahora es suyo —"Sin caballo, espada ni armadura. Quizá los enanos me dejen unirme a su compañía. Sería un espectáculo gracioso: seis enanos golpeando a un gigante con vejigas de cerdo"—. También es suyo Trueno. Ven, se los llevaremos y le desearemos suerte en sus próximas lizas.

—¿Ahora, ser? ¿No piensas pagar el rescate de Trueno?

—¿Cón qué, muchacho? ¿Con piedras y caca de oveja?

—Lo he estado pensando, ser. Si pidieras un préstamo...

Dunk lo interrumpió.

—Tanto dinero no me lo daría nadie, Egg. ¿Por qué iban a prestármelo? ¿Qué soy yo sino un gran necio que se hacía llamar caballero hasta que estuvo a punto de atravesarle la cabeza un caracol con un palo?

—Bueno —dijo Egg—, podrías quedarte con Lluvia. Yo volveré a montar en Maestre. Iremos a Refugio Estival. Puedes entrar al servicio de mi padre. Sus establos están llenos de caballos. Tendrías un corcel y también un palafrén.

La intención de Egg era buena, pero Dunk no podía volver a Refugio Estival con la cola entre las piernas y menos sin plata, derrotado, buscando a quién servir sin una triste espada.

—Muchacho —dijo—, eres muy bueno, pero no quiero las migajas de la mesa de tu señor padre ni las de sus establos. Tal vez haya llegado la hora de que nos separemos.

Dunk siempre podía ingresar en la Guardia de la Ciudad de Lannisport o Antigua, donde los hombres altos eran bien recibidos. "Me he dado golpes en la coronilla con todas las vigas de todas las posadas entre Lannisport y Desembarco del Rey. Tal vez vaya siendo hora de que mi estatura me haga ganar unas monedas y no sólo unos chichones." Sin embargo, los guardias carecían de escuderos.

—Ya te enseñé todo lo que podía, que no era mucho. Te irá mejor si un verdadero maestro de armas supervisa tu formación, algún viejo y temible caballero que sepa de qué lado se empuñan las lanzas.

—Yo no quiero ningún maestro de armas —dijo Egg—. Te quiero a ti. ¿Y si uso mi...?

—No, de eso nada. Ni hablar. Ve a recoger mis armas, que se las presentaremos a ser Uthor junto con mi enhorabuena. Aplazar lo difícil sólo sirve para hacerlo más difícil.

Egg lanzó patadas contra el suelo, tan decaído en su expresión como el gran sombrero de paja.

—Sí, señor, lo que digas.

Vista por fuera, la tienda de ser Uthor era muy sencilla: un gran cubo de lona parda clavada al suelo con estacas y cuerdas de cáñamo. El poste

central estaba adornado con un caracol plateado, sobre un largo pendón gris, pero no había ninguna otra decoración.

—Tú espera aquí —le dijo Dunk a Egg. El niño sujetaba las riendas de Trueno. El gran corcel marrón iba cargado con las armas y la armadura de Dunk, incluido el nuevo escudo viejo. "El caballero de la Horca. Qué caballero misterioso más pobre he resultado ser"—. No tardaré mucho.

Agachó la cabeza y se inclinó para pasar por la abertura.

El exterior de la tienda no lo había preparado para las comodidades que encontró en el interior. Bajo sus pies, el suelo estaba cubierto con alfombras trenzadas de Myr, muy coloridas. Había una mesa de caballete rica en adornos, con sillas de campamento alrededor. El lecho de plumas estaba cubierto de blandos cojines, y en un brasero de hierro ardía incienso perfumado.

Sentado a la mesa, frente a un montón de oro y plata y un frasco de vino, ser Uthor contaba monedas con su escudero, un individuo desgarrado que andaría cerca de la edad de Dunk. De vez en cuando el Caracol mordía o apartaba una moneda.

—Aún tengo mucho que enseñarte, Will —lo oyó decir Dunk—. Esta moneda está cortada y esta otra, afeitada. ¿Y ésta? —hizo bailar una pieza de oro entre los dedos—. Fíjate en las monedas antes de aceptarlas. A ver, dime qué ves.

El dragón giró en el aire. Will intentó atraparlo, pero le rebotó en los dedos y cayó al suelo. Tuvo que arrodillarse para buscarlo. Al encontrarlo lo giró dos veces antes de contestar.

—Ésta es buena, mi señor. En un lado hay un dragón y en la otra un rey...

Underleaf echó un vistazo a Dunk.

—El Ahorcado. Me alegro de verlo caminar, ser. Temía haberlo matado. ¿Tendría la bondad de instruir a mi escudero sobre la naturaleza de los dragones? Will, dale la moneda a ser Duncan.

Dunk no tuvo más remedio que tomarla. "Me tiró del caballo. ¿Es necesario que también me haga hacer payasadas?" Ceñudo, sopesó la moneda en la palma de la mano. Después examinó ambos lados y la probó.

—Es oro, sin cortar ni afeitar. Parece que pesa lo que debe pesar. Yo también la habría aceptado, mi señor. ¿Qué tiene de malo?

—El rey.

Dunk se fijó. La efigie de la moneda era joven, apuesta y sin barba. El rey Aerys aparecía con barba en sus monedas, al igual que el rey Aegon. El rey Daeron, que había ocupado el trono entre ambos, no llevaba barba, pero aquel rostro no era el suyo. No parecía una moneda bastante gastada para ser anterior a Aegon el Indigno. Miró con intensidad la palabra debajo de la efigie. "Seis letras." Parecían las mismas que había visto en otros dragones. Formaban el nombre DAERON. Dunk, no obstante, conocía el rostro de Daeron el Bueno y no era aquél. Al volver a mirarlo vio algo raro en la forma de la cuarta letra. No era...

—Daemon —dijo a bocajarro—. Se lee Daemon, pero nunca ha habido un rey que se llamara Daemon, sólo...

—... el Pretendiente. Daemon Fuegoscurro acuñó moneda propia durante la rebelión.

—Bueno, pero es oro —alegó Will—, así que debería servir igual que los otros dragones, mi señor.

El Caracol le dio un golpe en un lado de la cabeza.

—Cretino. Es oro, sí: oro de rebeldes. Oro de traidores. Es traición poseer estas monedas, y doble traición entregárselas a alguien. Tendré que fundirlas —volvió a golpear a su escudero—. Fuera de mi vista, que este buen caballero y yo necesitamos hablar.

Will salió de la tienda sin perder ni un momento.

—Siéntese —dijo ser Uthor con educación—. ¿Quiere un poco de vino?

Dentro de su propia tienda Underleaf parecía otra persona que en el banquete. "Los caracoles se esconden dentro de sus conchas", recordó Dunk.

—No, gracias.

Volvió a darle a ser Uthor la moneda de oro. "Oro de traidores. Oro de Fuegoscurro. Egg dijo que era un torneo de traidores, pero yo no le presté atención." Le debía disculpas al muchacho.

—Media copa —insistió Underleaf—. Tal como lo oigo, la necesita —llenó dos copas de vino y le dio una a Dunk. Sin armadura parecía más un

mercader que un caballero—. Supongo que viene por el rescate.

—Sí —Dunk aceptó el vino. Quizá lo ayudara a no sentir tanto dolor de cabeza—. Traje mi caballo, mis armas y mi armadura. Acéptelos junto con mi enhorabuena.

—Ahora es cuando le digo que combatió con galantería.

Dunk se preguntó si "galantería" era una manera caballeresca de decir "torpeza".

—Muy amable de su parte, pero...

—Creo que no me oyó bien, ser. ¿Me excedo si le pregunto cómo fue armado caballero, ser?

—Me encontró ser Arlan del Árbol de la Moneda en el Lecho de Pulgas, persiguiendo cerdos. Como su escudero había muerto en el campo de Hierba Roja, necesitaba a alguien que cuidara su caballo y limpiara su cota de malla. Prometió enseñarme a usar la espada y la lanza, y a montar a caballo, a cambio de que me pusiera a su servicio, y acepté.

—Bonita historia... aunque en su lugar yo obviaría la parte de los cerdos. ¿Y dónde está ahora ser Arlan, dígame?

—Murió. Lo enterré yo.

—Comprendo. ¿Lo llevó hasta Árbol de la Moneda, su hogar?

—No sabía dónde quedaba —Dunk nunca había visto el Árbol de la Moneda. Ser Arlan casi nunca hablaba de su lugar de origen, del mismo modo que tampoco Dunk solía hablar del Lecho de Pulgas—. Lo enterré en una ladera, hacia poniente, para que desde allí vea la puesta de sol.

La silla de campamento crujió de modo alarmante bajo su peso. Ser Uthor volvió a su asiento.

—Yo ya tengo armadura y un caballo superior al suyo. ¿Para qué querría un viejo penco y un saco de placas melladas y malla oxidada?

—La armadura la hizo el armero Pate —dijo Dunk con un toque de rabia—. Egg la ha cuidado bien. En mi malla no hay ni rastro de herrumbre, y el acero es fuerte y de buena calidad.

—Fuerte, pesado —se quejó ser Uthor— y demasiado grande para cualquier persona de estatura normal. Su corpulencia es desusada, Duncan el Alto. En lo que a su caballo se refiere, es demasiado viejo para montarlo y demasiado duro para comerlo.

—Trueno ya no es tan joven como antes —admitió Dunk—, y mi armadura es grande, como bien dice, pero podría venderla. En Lannisport y Desembarco del Rey hay muchos herreros que se la quitarían de las manos.

—Por una décima parte de su valor, quizá —dijo ser Uthor—, y sólo para fundir el metal. No. Lo que necesito es plata de la buena, no hierro del viejo. La moneda del reino. Bueno, ¿desea recuperar sus armas mediante el pago de un rescate o no?

Dunk, ceñudo, giró entre las manos la copa de vino. Estaba hecha de plata maciza, con una hilera de caracoles de oro incrustada en el borde. También el vino era bueno, que se subía a la cabeza.

—Si fuera por mí le pagaría, sí, y con mucho gusto, pero...

—... no tiene ni dos venados para que se embistan.

—Si aceptara... prestarme de nuevo mi caballo y mi armadura, podría pagar el rescate más tarde. En cuanto haya encontrado las monedas.

El Caracol parecía divertido.

—Y dígame, ¿dónde las encontraría?

—Podría entrar al servicio de algún señor, o... —las palabras se le resistían y lo hacían sentir como un mendigo—. Quizá tarde unos años, pero le pagaría. Lo juro.

—¿Por su honor de caballero?

Dunk se ruborizó.

—Podría dejar mi marca en un pergamino.

—¿Un rasguño de caballero errante en un trozo de papel? —ser Uthor puso los ojos en blanco—. A lo sumo me serviría para limpiarme el culo.

—Usted también es un caballero errante.

—Me está insultando. Yo cabalgo a donde quiero y no sirvo a nadie más que a mí mismo, es cierto... pero han pasado muchos años desde la última vez que dormí en un seto. Me parecen mucho más cómodas las posadas. Soy un caballero de torneos, acaso el mejor que conocerá en su vida.

—¿El mejor? —su arrogancia irritó a Dunk—. Quizá no esté de acuerdo la Tormenta que Ríe, ser. Ni Leo Espinalarga ni la Bestia de Bracken. En Vado Ceniza nadie habló de caracoles. ¿A qué se debe, si tan famoso es ganando torneos?

—¿Me oyó decir que los gane? Por ese camino se obtiene renombre, y antes preferiría yo la viruela al renombre. No, gracias. Ganaré mi próxima justa, sí, pero al final caeré. Butterwell tiene treinta dragones para el caballero que quede en segundo puesto. A mí me basta... además de algunos rescates sustanciosos y las ganancias de mis apuestas —señaló con un gesto las montañas de venados de plata y de dragones de oro de la mesa—. Parece un hombre sano y muy grande. El tamaño siempre impresiona a los necios, aunque en las justas carezca de importancia. Will consiguió tres contra uno a su favor. El tonto de lord Shawney pagó cinco contra uno —tomó un venado de plata y lo hizo girar con un chasquido de sus largos dedos—. El siguiente en caer será el Viejo Buey. Después el caballero de Los Conejos, si sobrevive hasta entonces. En vista de que así son los sentimientos, debería conseguir buenas apuestas a favor de ambos. El pueblo llano quiere mucho a sus héroes de aldea.

—Ser Glendon tiene sangre de héroes —soltó Dunk.

—¡Eso espero! La sangre de héroe debería valer dos contra uno. La de puta no consigue tan buenas apuestas. Ser Glendon habla siempre que puede de su supuesto padre, pero ¿se ha fijado en que nunca menciona a su madre? Y con razón. Es hijo de una cantinera. Su nombre era Jenny, y hasta el campo de Hierba Roja la llamaban Jenny a Penique. La noche anterior a la batalla se folló a tantos hombres que a partir de entonces la llamaron Jenny Hierba Roja. No dudo que Bola de Fuego la poseyera, pero fue uno entre cien. Mucho da por supuesto nuestro amigo Glendon, me parece a mí. Ni siquiera es pelirrojo.

"Sangre de héroe", pensó Dunk.

—Él dice que es caballero.

—Bueno, eso sí es verdad. Él y su hermana pasaron su infancia en un burdel que se llamaba Los Conejos. Al morir Jenny, las otras putas los tomaron a su cargo y le contaron al niño lo que se había inventado su madre de que era hijo de Bola de Fuego. La formación la recibió de un viejo escudero que vivía cerca, a cambio de cerveza y coño, pero al ser sólo escudero y no caballero, no logró armar al pequeño bastardo. Dio la casualidad de que hace medio año pasó por el burdel un grupo de caballeros, y un tal ser Morgan Dunstable se encaprichó en plena borrachera

con la hermana de ser Glendon. Resultó que ella aún era virgen y Dunstable no tenía con qué pagar su doncellez, así que hicieron un trato: ser Morgan armó caballero al hermano de ella, allí mismo, en Los Conejos, con veinte testigos, y después la hermanita se lo llevó al piso de arriba y se dejó desflorar. Listo.

Armar era un derecho de cualquier caballero. En los tiempos de escudero de ser Arlan, Dunk había oído anécdotas sobre hombres que habían comprado su condición de caballeros mediante un favor o una amenaza o una bolsa de monedas de plata, pero nunca con la virginidad de una hermana.

—Eso son cuentos —se oyó decir—. No puede ser verdad.

—Me lo dijo Kirby Pimm, que asegura haber sido uno de los testigos de la ceremonia —ser Uthor se encogió de hombros—. Hijo de héroe o de puta, o las dos cosas a la vez, da lo mismo: caerá al enfrentarse conmigo.

—Quizá le toque en suerte otro rival.

Ser Uthor arqueó una ceja.

—A Cosgrave le gusta la plata como al que más. Le prometo que el siguiente que me toque será el Viejo Buey y luego el muchacho. ¿Quiere apostar?

—No me queda nada que apostar —Dunk no supo qué lo afligía más: enterarse de que el Caracol estaba sobornando al maestro de justas para conseguir los emparejamientos deseados o comprender que lo había querido a él. Se levantó—. Ya dije lo que tenía que decir. Mi caballo y mi espada son suyos, y toda mi armadura.

El Caracol juntó las puntas de los dedos para formar un triángulo.

—Quizá exista otra manera. Usted no carece del todo de talento. Cae de maravilla —a ser Uthor le brillaron los labios al sonreír—. Le devuelvo en préstamo su corcel y la armadura... si entra a mi servicio.

—¿Servicio? —Dunk no lo entendía—. ¿Qué tipo de servicio? Ya tiene escudero. ¿Necesita guarnecer algún castillo?

—Si tuviera alguno podría necesitarlo, pero lo cierto es que prefiero una buena posada. Mantener los castillos cuesta demasiado. No, el servicio que requiero de usted es que se enfrente a mí en algunos torneos más. Con veinte bastaría. Seguro que podrá hacerlo. Se quedará una décima parte de

mis ganancias y en lo venidero prometo no darle en la cabeza, sino en ese pecho tan ancho.

—¿Me haría viajar con usted para ser derribado?

Ser Uthor rio con afabilidad.

—Es un espécimen de tal prestancia que nadie creería que un viejo de hombros caídos y con un caracol en el escudo sea capaz de derrotarlo —se frotó la barbilla—. Por cierto, necesita un nuevo blasón. Reconozco que el ahorcado impone lo suyo, pero... está ahorcado, ¿no? Muerto y vencido. Se necesita algo más feroz. Tal vez una cabeza de oso. Una calavera. No, mejor aún: tres calaveras. Un bebé empalado en una lanza. También debería llevar el pelo largo y dejarse barba, cuanto más frondosa y descuidada mejor. No se imagina cuántos torneos hay como éste. Con las posibilidades que obtendría yo, ganaríamos bastante para comprar un huevo de dragón antes...

—¿... de que corra la voz de que no valgo para nada? Perdí la armadura, no el honor. Se quedará con Trueno y mis armas. Nada más.

—A los mendigos no les conviene el orgullo. Hay cosas mucho peores que acompañarme. Al menos podría enseñarle un par de cosas sobre justas, tema que de momento ignora por completo.

—Me haría quedar como un tonto.

—Eso ya lo hice. E incluso los tontos necesitan comer.

Dunk tenía ganas de borrarle la sonrisa.

—Ahora entiendo que lleve un caracol en su escudo. No es un caballero de verdad.

—Palabras dignas de un auténtico zoquete. ¿Tan ciego es que no se da cuenta del peligro que corre? —ser Uthor dejó la copa—. ¿Sabe por qué le di justo allí? —se levantó y tocó con suavidad a Dunk en medio del pecho—. Poner aquí la punta de la lanza lo habría derribado con la misma rapidez. La cabeza es un blanco más pequeño. Es más difícil acertar... pero existen más posibilidades de que el golpe sea mortal. Me pagaron por que fuera allí.

—¿Pagaron? —Dunk se apartó de él—. ¿A qué se refiere?

—Seis dragones por anticipado y la promesa de otros cuatro cuando muriera. Mísera suma por la vida de un caballero. Agradezca por ello. Si

me hubieran ofrecido más, tal vez habría metido la punta de mi lanza por uno de los orificios de la visera.

Dunk volvió a marearse. "¿Por qué iba a pagar alguien para que me maten? Yo no le he hecho daño a nadie en Muros Blancos." Nadie podía odiarlo tanto, salvo Aerion, el hermano de Egg, y el Príncipe Brillante estaba exiliado al otro lado del mar Angosto.

—¿Quién le pagó?

—El oro me lo trajo al alba un criado, poco después de que el maestro de justas colgó la lista de rivales. Iba encapuchado y no pronunció el nombre de su señor.

—Pero ¿por qué? —dijo Dunk.

—No se lo pregunté —ser Uthor volvió a llenarse la copa—. Creo que tiene más enemigos de lo que cree, ser Duncan. ¿Y cómo no? Hay quien diría que fue la causa de todos nuestros males.

Dunk sintió una mano fría en el corazón.

—Explíquese.

El Caracol se encogió de hombros.

—Aunque yo no estuviera en Vado Ceniza, me gano la vida con las justas. Sigo de lejos los torneos con el mismo ahínco con que los maestros siguen las estrellas. Sé que cierto caballero errante se convirtió en causante del juicio de siete en Vado Ceniza, cuya consecuencia fue la muerte de Baelor Rompelanzas a manos de su hermano Maekar —ser Uthor tomó asiento y estiró las piernas—. El príncipe Baelor era muy querido. También el Príncipe Brillante tenía amigos que no olvidan la causa de su exilio. Piense en mi oferta, ser. Quizá el caracol deje un rastro de baba, pero a nadie le perjudica algo de baba... En cambio, si baila con dragones es de esperar que se queme.

Cuando Dunk salió de la tienda del Caracol, el día parecía más oscuro que antes. Las nubes del este se habían vuelto más grandes y más negras, y al oeste ya se ponía el sol, proyectando largas sombras en el patio. Se encontró con Will, el escudero, que inspeccionaba las patas de Trueno.

—¿Dónde está Egg? —le preguntó.

—¿El niño calvo? ¿Cómo voy a saberlo? Se habrá escapado a alguna parte.

"No fue capaz de despedirse de Trueno", fue la conclusión de Dunk. "Estará en la tienda, con sus libros."

Pero no, no estaba allí. Sí estaban los libros, pulcramente apilados y atados junto a la esterilla de Egg. De él, en cambio, no había ni rastro. Algo raro pasaba. Dunk se dio cuenta. Habría sido impropio de Egg marcharse sin permiso.

A pocos metros, junto a un pabellón de rayas, bebían cerveza de cebada dos soldados canosos.

—... al demonio. Con una vez ya tuve suficiente —murmuraba uno—. Al salir el sol la hierba era verde... —no se dio cuenta de que no estaban solos hasta que el otro lo interrumpió con un codazo—. ¿Ser?

—¿Han visto a mi escudero? Se llama Egg.

El hombre se rascó los pelos grises de la barba bajo una oreja.

—Sí, me acuerdo. Menos pelo que yo y una boca como el triple de grande que él. Lo zarandearon un poco algunos de los otros chicos, pero eso fue anoche. Desde entonces no lo he visto, ser.

—Se habrá asustado —dijo su compañero.

Dunk lo miró con mala cara.

—Si vuelve, díganle que me espere aquí.

—Sí, ser, descuide.

"Puede que solo haya ido a ver las justas." Dunk regresó hacia el palenque. Al pasar al lado de los establos, se encontró con ser Glendon Ball, que cepillaba a un bonito alazán.

—¿Ha visto a Egg? —le preguntó.

—Pasó corriendo hace un momento —ser Glendon se sacó una zanahoria del bolsillo y se la dio de comer al alazán—. ¿Le gusta mi nuevo caballo? Lord Costayne mandó a su escudero para rescatarlo, pero yo le dije que se ahorre el oro. Pienso quedármelo.

—A su señoría no le gustará.

—Su señoría dijo que no tenía derecho a poner una bola de fuego en mi escudo. Me dijo que mis armas deberían ser unos conejos. Su señoría puede

irse al cuerno.

A Dunk se le escapó una sonrisa. De esa agua también había bebido él, del agua amarga que le habían servido gente como el Príncipe Brillante y ser Steffon Fossoway, y que se le había atragantado. Sentía cierta afinidad con aquel suspicaz y joven caballero. "Que yo sepa, mi madre también podría haber sido una puta."

—¿Cuántos caballos ha ganado?

Ser Glendon se encogió de hombros.

—Perdí la cuenta. Mortimer Boggs aún me debe uno. Dijo que preferiría comerse su caballo que dejar que lo monte el hijo bastardo de una puta. Y antes de enviarme la armadura le dio golpes con un martillo. Está llena de agujeros. Supongo que aún podré sacar algo por el metal —sonaba más triste que enfadado—. Al lado de la... de la posada donde crecí había un establo en el que trabajé de niño. Siempre que podía me escapaba con los caballos, mientras sus dueños estaban ocupados. Siempre se me han dado bien los caballos. Pencos, rocines, palafrenes, caballos de tiro, de arar, de guerra... En todos he montado. Hasta en uno de Dorne. Conocía a un viejo que me enseñó a hacer mis propias lanzas. Pensaba que si les demostraba a todos lo bien que lo hago, no tendrían más remedio que reconocer que soy hijo de mi padre, pero no lo reconocen. Ni siquiera ahora. No hay manera.

—Es que con algunos no hay manera —le dijo Dunk—. Da igual lo que haga. En cambio con otros... no todos son iguales. He conocido a algunos buenos —pensó un momento—. Al final del torneo Egg y yo tenemos pensado ir hacia el norte, ponernos al servicio de Invernalía y luchar contra los hombres del Hierro para los Stark. Podría acompañarnos.

Ser Arlan siempre había dicho que el Norte era otro mundo. Parecía difícil que allá arriba se supiera la historia de Jenny a Penique y el caballero de Los Conejos. "Allá arriba nadie se burlará de ti. Sólo te conocerán por tu espada y sólo te juzgarán por lo que vales."

Ser Glendon lo miró con recelo.

—¿Por qué iba a hacerlo? ¿Me está diciendo que debo escaparme y esconderme?

—No. Sólo se me ocurrió... que más valen dos espadas que una. Los caminos ya no son tan seguros como antes.

—Eso es verdad —dijo a regañadientes el muchacho—, pero a mi padre le habían prometido un puesto en la Guardia Real, y tengo la intención de reclamar la capa blanca que no llegó a vestir.

"Tienes tantas posibilidades de llevar capa blanca como yo", estuvo a punto de decir Dunk. "A ti te parió una cantinera y yo salí del arroyo del Lecho de Pulgas. A la gente como tú y yo no los colma el rey de honores." Sin embargo, el joven no se habría tomado bien aquella verdad, así que Dunk se la calló.

—Bueno, pues fuerza al brazo.

Sólo se había alejado unos metros cuando ser Glendon lo llamó.

—Espere, ser Duncan. No... no hice bien en ser tan brusco. Mi madre siempre decía que los caballeros deben ser corteses —parecía que le costara encontrar las palabras—. Después de mi última justa vino a verme lord Peake y me ofreció un puesto en Starpike. Dijo que se avecina una tormenta como no se ha visto en Poniente desde hace una generación, y que necesitarían espadas y hombres que las empuñen. Hombres leales que sepan obedecer.

A Dunk le costó creerlo. Gormon Peake había dejado muy claro su desprecio por los caballeros errantes, tanto en el camino como en la azotea. La oferta, sin embargo, era generosa.

—Peake es un gran señor —dijo con cautela—, pero... pero no creo que me fiaría de él.

—No —el joven se ruborizó—. Había un precio. Dijo que me tomaría a su servicio... pero que primero tendría que probar mi lealtad. Él se encargaría de que mi próximo rival fuera su amigo el Violinista, y quiso que le prometiera que perdería.

Dunk le creyó. Sabía que debería escandalizarse, pero por alguna razón no lo hizo.

—¿Y usted qué contestó?

—Le dije que aunque me propusiera perder contra el Violinista quizá no lo lograra. Le dije que ya he derribado a hombres mucho mejores y que antes de que acabe el día el huevo de dragón será mío —Ball esbozó una

sonrisa—. No era la respuesta que él esperaba. Me llamó tonto y me dijo que me ande con cuidado, que el Violinista tiene muchos amigos y yo ninguno.

Dunk le puso una mano en el hombro y se lo apretó.

—Tiene uno, ser. Dos en cuanto encuentre a Egg.

El muchacho lo miró a los ojos y asintió.

—Da gusto saber que aún quedan caballeros de verdad.

Mientras buscaba a Egg entre la multitud que rodeaba el palenque, Dunk tuvo ocasión de ver bien por primera vez a ser Tomnard Heddle. Fornido y ancho, con un pecho como un tonel, el yerno de lord Butterwell llevaba placas negras sobre cuero hervido, y un yelmo en forma de una especie de demonio con escamas y la lengua de fuera. Su caballo superaba a Trueno en casi dos palmos de altura y una arroba de peso. Era un verdadero monstruo, protegido por una cota de malla. Tanto hierro lo obligaba a ir despacio y por eso Heddle no superó el medio galope en el palenque, lo cual no le impidió despachar en un abrir y cerrar de ojos a ser Clarence Charlton. Mientras se llevaban a Charlton en camilla, Heddle se quitó su yelmo demoniaco. Tenía la cabeza ancha y calva, y una barba negra y cuadrada. En sus mejillas y su cuello había forúnculos muy rojos.

Dunk conocía aquella cara. Heddle era el caballero que le había gritado al tocar el huevo de dragón, el hombre de voz grave al que había oído hablar con lord Peake.

Se le atropellaron las palabras en la memoria: "...banquete de mendigos que nos han organizado... es digno hijo de su padre, el muchacho... Aceroamargo... necesita la espada... el viejo Sangre de Leche esperaba... es digno hijo de su padre, el muchacho... Le aseguro que Cuervo de Sangre no se dedica a soñar... ¿Es digno hijo de su padre, el muchacho?"

Clavó la vista en la tribuna de espectadores, mientras se preguntaba si Egg se las había ingeniado para ocupar el lugar que le correspondía por derecho entre los notables, pero no se veía al niño en ninguna parte. Tampoco estaban Butterwell ni Frey, aunque la esposa del primero seguía en su sitio, aburrida y descontenta. "Qué raro", se dijo. Era el castillo de

Butterwell y su boda. Frey era el padre de la novia. Aquellas justas se hacían en honor de ambos. ¿A dónde podrían haber ido?

—Ser Uthor Underleaf —tronó el heraldo. Por la cara de Dunk pasó una sombra, mientras una nube se tragaba el sol—. Ser Theomore de la casa Bulwer, el Viejo Buey, caballero de Corona Negra. Adelántense y demuestren su valor.

Daba miedo el Viejo Buey con su armadura rojo sangre y los cuernos negros de toro que sobresalían de su yelmo, pero necesitó la ayuda de un escudero musculoso para subir a su caballo, y el hecho de que girara la cabeza en forma constante mientras avanzaba parecía indicar que ser Maynard estaba en lo cierto respecto a su ojo. Aun así recibió una sonora ovación al salir al palenque.

No así el Caracol, que sin duda lo prefería. En la primera pasada se desviaron mutuamente los golpes. En la segunda el Viejo Buey partió su lanza en el escudo de ser Uthor, mientras que el Caracol erró el blanco por completo. Lo mismo ocurrió en la tercera pasada. Esta vez ser Uthor se tambaleó, como si se fuera a caer. "Finge", comprendió Dunk. "Está alargando el combate para que la próxima vez aumenten las apuestas." Le bastó echar un vistazo alrededor para ver a Will manos a la obra, apostando por su señor. Hasta entonces no se le había ocurrido que él pudiera haber engordado su propia bolsa con una o dos monedas a costa del Caracol. "Dunk el necio, más duro de entendimiento que traspasar el muro de un castillo."

El Viejo Buey cayó a la quinta pasada, arrojado a un lado por una punta de lanza que resbaló con destreza en su escudo para alcanzarlo en el pecho. Al caer se le enredó un pie en el estribo y fue arrastrado cuarenta varas por el palenque antes de que sus hombres controlaran el caballo. Una vez más salió la litera para llevarlo con el maestro. Mientras se alejaba Bulwer empezaron a caer algunas gotas de lluvia que le dejaron manchas oscuras en la sobreveste. Dunk lo observaba todo sin alterarse. Pensaba en Egg. "¿Y si está en poder de mi enemigo secreto?" No era ningún disparate. "El niño no tiene la culpa de nada. Si alguien tiene algo contra mí no debería ser Egg el que responda."

Cuando encontró a ser John el Violinista, lo estaban armando para la siguiente justa. Lo atendían nada menos que tres escuderos, ocupados en abrochar las hebillas de su armadura y colocar la barda de su caballo. Cerca de ellos lord Alyn Cockshaw bebía vino aguado, con aspecto maltrecho y taciturno. Al ver a Dunk farfulló algo y se manchó de vino la pechera.

—¿Cómo es posible que siga de pie, si el Caracol le hundió la cara?

—El armero Pate me hizo un yelmo muy resistente, mi señor. Además, ya decía ser Arlan que tengo la cabeza más dura que la piedra.

El Violinista se rio.

—No le haga caso a Alyn. El bastardo de Bola de Fuego lo descabalgó y desde que su mullido traserito chocó contra el suelo, decidió que odia a todos los caballeros errantes.

—Ese horrible individuo lleno de granos no es hijo de Quentyn Ball —insistió Alyn Cockshaw—. No deberían haberle permitido competir. Si esto fuera mi boda lo habría mandado azotar por su atrevimiento.

—¿Qué doncella se casaría con usted? —dijo ser John—. Además, el atrevimiento de Ball es mucho menos irritante que su pataleta. Ser Duncan, ¿por casualidad es amigo de Galtry el Verde? Dentro de poco tendré que separarlo de su caballo.

Dunk no lo dudó.

—No lo conozco, mi señor.

—¿Desea una copa de vino? ¿Pan con aceitunas?

—Sólo unas palabras con usted, mi señor.

—Todas las que quiera. Pasemos a mi pabellón —el Violinista le levantó la solapa—. Usted no, Alyn. A decir verdad no le iría mal comer menos aceitunas.

Una vez dentro el Violinista se giró hacia Dunk.

—Ya sabía yo que ser Uthor no lo había matado. Mis sueños jamás me engañan. Pronto el Caracol deberá enfrentarse conmigo. Después de derribarlo le exigiré que le devuelva sus armas y armadura. También su

corcel, aunque se merece una mejor montura. ¿Aceptaría que le regale un caballo?

—Pues... no... no podría —la idea incomodó a Dunk—. No es que quiera ser desagradecido, pero...

—Si lo que le preocupa es la deuda, quítesela de la cabeza. Yo no necesito su plata, ser. Sólo su amistad. ¿Cómo podría convertirse en uno de mis caballeros sin caballo?

Ser John se puso los guanteletes de acero articulados y flexionó los dedos.

—Desapareció mi escudero.

—¿Se habrá fugado con alguna chica?

—Egg es demasiado joven para chicas, mi señor. Nunca se iría por su propio pie. Aun cuando yo me estuviera muriendo, se quedaría hasta que mi cadáver estuviera frío. Sigue aquí su caballo, y también nuestra mula.

—Si quiere puedo pedirles a mis hombres que lo busquen.

"Mis hombres." A Dunk no le gustó cómo sonaba. "Un torneo de traidores", pensó.

—Usted no es caballero errante.

—No —la sonrisa del Violinista poseía un gran encanto juvenil—. Pero eso siempre lo ha sabido. Desde nuestro primer encuentro en el camino me llama "mi señor". ¿Por qué?

—Por su manera de hablar. Y su aspecto. Y sus actos —"Dunk el necio, más duro de entendimiento que traspasar el muro de un castillo"—. Anoche, en la azotea, dijo algunas cosas...

—El vino me hace hablar demasiado, pero lo dije todo en serio. Usted y yo estamos hechos el uno para el otro. Mis sueños no mienten.

—Sus sueños no mienten —dijo Dunk—, pero usted sí. John no es su auténtico nombre, ¿verdad?

—No.

Los ojos del Violinista brillaron, traviesos. "Tiene los mismos ojos que Egg."

—Pronto se revelará su verdadero nombre a los que deban conocerlo —lord Gormon Peake había entrado en el pabellón—. Le aviso, caballero errante... —dijo, ceñudo.

—Vamos, Gormy, déjelo ya —dijo el Violinista—. Ser Duncan es de los nuestros o lo será pronto. Ya le dije que soñé con él —fuera sonó la trompeta de un heraldo. El Violinista giró la cabeza—. Me llaman al palenque. Discúlpeme, ser Duncan, por favor. Podremos reanudar nuestra conversación una vez que haya despachado a ser Galtry el Verde.

—Fuerza al brazo —dijo Dunk, por simple cortesía.

Lord Gormon se quedó después de que partió ser John.

—Nos matarán a todos por culpa de sus sueños.

—¿Qué hizo falta para comprar a ser Galtry? —se oyó decir Dunk—. ¿Bastó con plata o habrá pedido oro?

—Veo que alguien se fue de la boca —Peake se sentó en una silla de campamento—. Tengo una docena de hombres fuera. Debería llamarlos y hacer que le rebanasen el cuello, ser.

—¿Por qué no lo hace?

—Porque a su alteza le sentaría mal.

"Su alteza. Dunk tuvo la sensación de haber recibido un puñetazo en la barriga. Otra rebelión de los Fuegoscurio. Y pronto otro campo de Hierba Roja. Cuando salió el sol la hierba no era roja."

—¿Por qué se celebró esta boda?

—Lord Butterwell quería que le calentara la cama una mujer nueva y joven, y lord Frey tenía una hija un poco mancillada. Su enlace era un pretexto verosímil para que se reunieran unos cuantos señores con ideas afines. La mayoría de los invitados combatieron a favor del dragón negro. El resto tiene motivos de resentimiento contra el poder de Cuervo de Sangre o albergan sus propios rencores y ambiciones. Muchos teníamos hijos e hijas que fueron llevados a Desembarco del Rey como prenda de nuestra futura lealtad, pero la mayoría de los rehenes perecieron en la gran epidemia primaveral. Ya no estamos atados de manos. Llegó nuestra hora. Aerys es débil. No es un guerrero, sino un hombre de libros. El pueblo llano apenas lo conoce y lo que sabe no le gusta. Sus señores todavía lo aman menos. Es verdad que su padre también era débil, pero cuando su trono peligró, tuvo hijos que salieron por él al campo de batalla. Baelor y Maekar, el martillo y el yunque... Pero Baelor Rompelanzas ya no existe, y el

príncipe Maekar rabia en Refugio Estival, enemistado con el rey y con su mano.

"Sí", pensó Dunk, "y ahora un caballero errante necio ha puesto a su hijo favorito en manos de sus enemigos. ¿Qué mejor manera de asegurarse de que el príncipe nunca se mueva de Refugio Estival?"

—También está Cuervo de Sangre, que no es débil —dijo.

—No —reconoció lord Peake—, pero los hechiceros no le gustan a nadie, y el que mata a los de su propia sangre resulta igual de detestable a los dioses que a los hombres. A la primera señal de debilidad o derrota, los hombres de Cuervo de Sangre se derretirán como las nieves de verano. Y si se cumple lo que soñó el príncipe, si aquí en Muros Blancos aparece un dragón vivo...

Dunk acabó la frase.

—... el trono será suyo.

—Suyo —dijo lord Gormon Peake—. Yo sólo soy un humilde servidor —se levantó—. No intente marcharse del castillo, ser. En caso contrario lo interpretaré como una prueba de traición y responderá con la vida. Hemos llegado demasiado lejos para que haya vuelta atrás.

Cuando John el Violinista y ser Galtry el Verde tomaron nuevas lanzas en ambos extremos del palenque, el cielo plomizo escupía lluvia de la auténtica. Algunos de los invitados a la boda se refugiaban en la gran sala, protegidos por sus capas.

Ser Galtry montaba un corcel blanco. Su yelmo estaba adornado con un lánguido penacho verde, igual al de la crin de su caballo. La capa se componía de retales de distintos tonos de verde. Sus grebas y sus guanteletes tenían incrustaciones de oro que las hacían brillar, y su escudo ostentaba nueve salmonetes de jade sobre un campo verde puerro. Hasta su barba estaba teñida de verde, a la manera de los hombres de Tyrosh, al otro lado del mar Angosto.

Nueve veces cargaron uno contra el otro, lanza en ristre, ser Galtry y el Violinista, el caballero de los retales verdes y el joven señor de las espadas y violines dorados, y nueve veces se partieron sus lanzas. En la octava

pasada el suelo ya estaba un poco blando y los grandes corceles cruzaron charcos de lluvia. A la novena el Violinista estuvo a punto de caer de su silla, pero se recuperó antes de caer.

—Buen golpe —proclamó entre risas—. Estuvo a punto de derribarme, ser.

—No tardaré —dijo el caballero verde a través de la lluvia.

—Lo dudo.

El Violinista arrojó los trozos de su lanza. Un escudero puso otra en su mano.

La siguiente pasada fue la última. La lanza de ser Galtry resbaló, inofensiva, en el escudo del Violinista. En cambio ser John golpeó al caballero verde justo en medio del pecho, y al arrojarlo de la silla lo hizo salpicar barro marrón. Dunk vio un relámpago lejano al este.

Las tribunas se estaban vaciando a gran velocidad. Pueblo llano y señores corrían para no mojarse.

—Mire cómo corren —murmuró Alyn Cockshaw al aparecer junto a Dunk—. Unas gotitas de lluvia y todos estos señores tan valientes se refugian entre gritos. Me gustaría saber qué harán cuando estalle la tormenta de verdad.

"La tormenta de verdad." Dunk supo que lord Alyn no se refería al tiempo. "¿Y éste qué quiere? ¿Habrá 'decidido ser mi amigo' de repente?"

El heraldo subió una vez más a su plataforma.

—Ser Tommard Heddle, caballero de Muros Blancos al servicio de lord Butterwell —voceó mientras tronaba a lo lejos—. Ser Uthor Underleaf. Adelántense y demuestren su valor.

Dunk miró a ser Uthor justo a tiempo para ver que el Caracol torcía el gesto. "No es el rival por el que pagó." El maestro de justas lo había desairado, pero ¿por qué? "Intervino otra persona a la que Cosgrove estima más que a Uthor Underleaf." Lo rumió un momento. "No saben que Uthor no quiere ganar", comprendió de golpe. "Lo ven como una amenaza, y por eso quieren que Tom el Negro lo aparte del camino del Violinista." Heddle formaba parte de la conspiración de Peake. Podían confiar en que perdería cuando fuera necesario. Por lo tanto, no quedaba nadie más que...

De repente lord Peake corrió por el campo embarrado y subió por la escalera de la plataforma del heraldo, haciendo ondear su capa.

—¡Nos traicionaron! —exclamó—. Cuervo de Sangre tiene un espía entre nosotros. ¡Robaron el huevo de dragón!

Ser John el Violinista hizo girar su montura.

—¿Mi huevo? ¿Cómo es posible? Lord Butterwell tiene guardias apostados día y noche a la entrada de su dormitorio.

—Los mataron —declaró lord Peake—, pero uno de ellos dijo el nombre del asesino antes de morir.

"¿Pretenderá acusarme a mí?", se preguntó Dunk.

Anoche una docena de hombres lo había visto tocar el huevo de dragón, al llevar a lady Butterwell al lecho de su esposo.

Lord Gormon extendió un dedo acusador.

—Allí está. El hijo de puta. Captúrenlo.

Ser Glendon Ball, que estaba al final del palenque, levantó la vista, desconcertado. Al principio pareció que no entendía qué ocurría, hasta que vio acudir a hombres desde varios puntos. Entonces se movió a mayor velocidad de lo que Dunk habría considerado posible. Cuando el primer hombre le puso un brazo en el cuello, él ya había desenvainado a medias su espada. Logró soltarse, pero ya tenía encima a dos hombres más, que se lanzaron contra él y lo arrojaron al barro. Los rodearon muchos hombres más, gritando y pegando patadas. "Podría haber sido yo", comprendió Dunk con la misma sensación de impotencia que en Vado Ceniza el día en que le dijeron que tendrían que cortarle una mano y un pie.

Alyn Cockshaw lo retuvo.

—Si quiere encontrar a su escudero, no se meta.

Dunk se giró hacia él.

—¿Qué quiere decir?

—Es posible que yo sepa dónde encontrar al niño.

Dunk no estaba de humor para bromas.

—¿Dónde?

Al final del palenque ser Glendon fue obligado a levantarse, encajado entre dos soldados con cota de malla y medio yelmo. Estaba cubierto de barro marrón desde la cintura hasta el tobillo, y le corría sangre y lluvia por

las mejillas. "Sangre de héroe", pensó Dunk mientras Tom el Negro desmontaba ante el cautivo.

—¿Dónde está el huevo?

De la boca de Ball salía un hilo de sangre.

—¿Por qué lo robaría, si estaba a punto de ganarlo?

"Sí", pensó Dunk, "y no podían consentirlo".

Tom el Negro golpeó a Ball en la cara con un puño envuelto en malla.

—Registren sus alforjas —ordenó lord Peake—. Apuesto a que encontraremos el huevo de dragón envuelto y escondido.

Lord Alyn bajó la voz.

—Lo encontrarán. Si quiere hallar a su escudero, sígame. Es el mejor momento, mientras están ocupados.

No esperó la respuesta.

Dunk tuvo que seguirlo. En tres zancadas alcanzó al joven señor.

—Como le hayan hecho daño a Egg...

—No tengo inclinación por los niños. Por aquí. Más deprisa.

Dunk fue tras él, cruzando un arco y varios escalones enfangados antes de girar por una esquina. Iban pisando charcos bajo la lluvia, protegidos por la oscuridad de las paredes. Al fin se detuvieron en un patio cerrado, pavimentado con losas planas y resbaladizas. Estaban rodeados de edificaciones. Arriba había ventanas con los postigos cerrados, y en el centro del patio un pozo rodeado por un muro bajo de piedra.

"Qué lugar más solitario", pensó Dunk. Le daba mala espina. Un antiguo instinto lo hizo tratar de empuñar la espada, hasta que se acordó de que se la había ganado el Caracol. Mientras movía la mano en el cinto, donde debería haber estado la funda, sintió la punta de un cuchillo en la base de la espalda.

—Si intenta atacarme le saco un riñón y se lo doy a los cocineros de Butterwell para que lo sirvan frito en el banquete —el cuchillo se hincó en el jubón de Dunk con insistencia—. Al pozo. Y nada de movimientos bruscos, ser.

"Como haya tirado a Egg al pozo necesitará algo más que un cuchillo de juguete para salvarse." Dunk avanzó despacio, sintiendo crecer la rabia en sus entrañas.

Dejó de sentir el cuchillo en la espalda.

—Ya puede girarse, caballero errante.

Dunk dio media vuelta.

—Mi señor, ¿es por el huevo de dragón?

—No, por el dragón. ¿Qué creía, que me quedaría al margen mientras lo robaba? —ser Alyn hizo una mueca—. Hice mal en confiar en que lo mataría el desgraciado del Caracol. Recuperaré hasta la última de mis monedas de oro.

"¿Él?", pensó Dunk. "¿Este señoritingo gordo, pálido y perfumado es mi enemigo secreto?" No supo si reírse o llorar.

—Ser Uthor se ganó su oro. Lo que ocurre es que tengo la cabeza dura.

—Eso parece. Retroceda.

Dunk dio un paso hacia atrás.

—Más. Más. Uno más.

El siguiente paso lo hizo topar con el pozo, cuyas duras piedras presionaron la base de su espalda.

—Siéntese en el borde. ¡No le dará miedo un pequeño baño! Mucho más mojado que ahora no podría estar.

—No sé nadar.

Dunk apoyó una mano en el pozo. Las piedras estaban mojadas. Una se movió bajo la presión de la palma de su mano.

—Es una pena. ¿Saltará o tendré que pincharlo?

Dunk miró hacia abajo y vio las marcas de las gotas de lluvia en el agua, a unas siete varas. Las paredes estaban cubiertas de algas cenagosas.

—Yo nunca le he hecho nada.

—Ni me lo hará. Daemon es mío. Yo seré el que mande en su Guardia Real. Usted no es digno de la capa blanca.

—Nunca dije que lo fuera —"Daemon." El nombre resonó en su cabeza. "No es John, sino Daemon, en honor a su padre... Dunk el necio, más duro de entendimiento que traspasar el muro de un castillo"—. Daemon Fuegoscurto tuvo siete hijos. Dos de ellos, gemelos, murieron en el campo de Hierba Roja.

—Aegon y Aemon. Unos pobres bravucones sin cerebro, como usted. Cuando éramos pequeños se divertían torturándonos a Daemon y a mí.

Cuando Aceroamargo se lo llevó al exilio, yo lloré, y volví a llorar cuando lord Peake me dijo que regresaba. Entonces él lo vio a usted en el camino y se olvidó de mi existencia —Cockshaw hizo un gesto amenazador con la daga—. Puede meterse en el agua tal como está o sangrando. ¿Qué elige?

Dunk cerró la mano alrededor de la piedra suelta, que resultó no estarlo tanto como esperaba. Antes de que lograra desprenderla ser Alyn se abalanzó sobre él. Dunk se apartó lo suficiente para que la punta de la cuchilla le hiciera un corte en el brazo del escudo. Entonces sí se desprendió la piedra. Dunk se la dio de comer a su señoría, cuyos dientes oyó partirse por el golpe.

—El pozo, ¿eh? —dio otro golpe en la boca del joven señor. Después soltó la piedra, tomó a Cockshaw por la muñeca y se la retorció hasta partir el hueso. La daga rebotó por las piedras—. Usted primero, mi señor.

Se echó a un lado, tiró del brazo del joven señor y le dio una patada en los riñones. Lord Alyn cayó de cabeza en el pozo. Se oyó un chapuzón.

—Muy bien, ser.

Dunk dio la media vuelta. Lo único que distinguió a través de la lluvia fue una silueta encapuchada y un solo ojo blanquecino. Sólo en el momento que el desconocido se acercó, el rostro oculto bajo la capucha tomó los rasgos conocidos de ser Maynard Plumm. El ojo pálido no era más que el broche de piedra de luna que sujetaba la capa en uno de sus hombros.

Abajo, en el pozo, lord Alyn se debatía, chapoteaba y pedía ayuda a gritos.

—¡Al asesino! ¡Que alguien me ayude!

—Intentó matarme —dijo Dunk.

—Ahora me explico la sangre.

—¿Sangre? —Dunk miró hacia abajo: el brazo izquierdo en toda su extensión, la túnica pegada a la piel—. Ah...

No recordaba haberse caído, pero de repente estaba en el suelo, con la cara mojada de lluvia. Oía quejarse a lord Alyn en el pozo, pero ya no chapoteaba con la misma fuerza.

—Debemos entablillar este brazo —ser Maynard pasó uno de los suyos por debajo de Dunk—. Arriba. Yo solo no puedo levantarlo. Use las piernas.

Dunk las usó.

—Lord Alyn, se va a ahogar.

—No lo echarán de menos, el Violinista menos que nadie.

—No es... —dijo Dunk sin aliento, blanco de dolor—. Violinista.

—No. Es Daemon de la casa Fuegoscurio, el segundo de su nombre. Al menos es como querría ser llamado, si llega a alcanzar alguna vez el Trono de Hierro. Le sorprendería saber cuántos señores prefieren que sus reyes sean valientes y tontos. Daemon es joven y gallardo, y queda bien a caballo.

Los sonidos del pozo casi eran inaudibles de tan débiles.

—¿No deberíamos echarle una cuerda a su señoría?

—¿Salvarlo ahora para ejecutarlo después? No creo. Que se coma lo que pensaba servirle a usted. Apóyese en mí —Plumm lo guió por el patio. Desde tan cerca las facciones de ser Maynard tenían algo anómalo. Cuanto más lo miraba Dunk, menos le parecía ver—. Recordará que lo conminé a huir, pero tuvo en más estima su honor que la vida. Está bien morir con honra, pero ¿y si la vida que está en jaque no es la suya? ¿Sería igual su respuesta, ser?

—¿La vida de quién? —se oyó un último chapoteo en el pozo—. ¿Egg? ¿Se refiere a Egg? —Dunk le apretó el brazo a Plumm—. ¿Dónde está?

—Con los dioses. Y creo que sabrá por qué.

El dolor que retorció las entrañas de Dunk lo hizo olvidarse de su brazo. Gimió.

—Intentó usar su bota.

—Eso me imagino. Le mostró el anillo al maestro Lothar, el cual lo entregó a Butterwell, que de seguro se orinó en los pantalones al verlo y habrá empezado a preguntarse si se equivocó de bando y hasta qué punto está al corriente Cuervo de Sangre de esta conspiración. La respuesta a lo último es "bastante".

Plumm rio.

—¿Quién es usted?

—Un amigo —dijo Maynard Plumm—. Alguien que lo ha estado observando y se extrañó de su presencia en este nido de víboras. Y ahora calle hasta que lo hayamos curado.

Se acogieron a las sombras para regresar a la pequeña tienda de Dunk. Una vez dentro, Ser Maynard encendió fuego, llenó un cuenco de vino y lo puso a hervir sobre las llamas.

—El tajo es limpio, y al menos no es el brazo con que empuña la espada —dijo al cortar la manga de la túnica ensangrentada de Dunk—. Al parecer la estocada no llegó al hueso. Aun así tendremos que lavar la herida. De lo contrario podría perder el brazo.

—Da igual —a Dunk le daba vueltas el estómago. Tenía la sensación de estar a punto de vomitar—. Si Egg está muerto...

—... la culpa será suya. Debería haberlo mantenido a distancia de aquí. De todos modos, en ningún momento dije que el niño esté muerto, sino que está con los dioses. ¿Tienen tela limpia? ¿Seda?

—Mi túnica. La buena que me dieron en Dorne. ¿Qué significa que está con los dioses?

—Todo a su debido tiempo. Primero su brazo.

El vino no tardó en desprender vapor. Ser Maynard encontró la túnica de seda de Dunk, la olió con recelo, sacó una daga y empezó a cortarla. Dunk se tragó su protesta.

—Ambrose Butterwell nunca ha sido lo que podríamos llamar resuelto —dijo Ser Maynard al doblar tres tiras de seda y dejarlas caer en el vino—. Desde el principio albergó dudas sobre esta conjura, y esas dudas se exacerbaban al enterarse de que el niño no llevaba la espada. Esta mañana, con el huevo de dragón, desaparecieron sus últimos restos de valentía.

—El huevo no lo robó Ser Glendon —dijo Dunk—. Él estuvo todo el día en el patio, justando o viendo justar.

—Aun así Peake encontrará el huevo en sus alforjas —el vino hervía. Plumm se enfundó un guante de cuero—. Procure no gritar —dijo.

Sacó del vino una tira de seda y empezó a limpiar la herida.

Dunk no gritó. Apretó los dientes, se mordió la lengua y se dio puñetazos en el muslo con bastante fuerza para dejar moretones, pero no gritó.

Ser Maynard usó el resto de su buena túnica para hacer un vendaje que le ató alrededor del brazo.

—Horroroso —Dunk se estremeció—. ¿Dónde demonios está Egg?

—Ya se lo dije, con los dioses.

Levantó el brazo y rodeó el cuello de Plumm con su mano ilesa.

—Hable claro. Estoy harto de insinuaciones y de guiños. O me dice dónde puedo hallar al niño o le parto el pescuezo, aunque sea amigo.

—En el septo. Sería aconsejable que vaya armado —ser Maynard sonrió—. ¿Le parece bastante claro, Dunk?

Su primera parada fue el pabellón de ser Uthor Underleaf. Al entrar sólo encontró a Will, el escudero, inclinado hacia una tina en la que lavaba la ropa interior de su señor.

—¿Otra vez usted? Ser Uthor está en el banquete. ¿Qué quiere?

—Mi espada y mi escudo.

—¿Trae el rescate?

—No.

—¿Pues entonces por qué lo dejaría que se lleve sus armas?

—Porque las necesito.

—No es una buena razón.

—¿Qué tal ésta? Si intenta impedirlo, lo mataré.

Will se quedó boquiabierto.

—Están allá.

Dunk se detuvo a la entrada del septo del castillo. "Quieran los dioses que no llegue tarde." Había devuelto el cinto a su lugar acostumbrado, bien apretado en su cintura. También se había atado al brazo herido el escudo de la horca, cuyo peso provocaba punzadas de dolor a cada paso que daba. Tenía miedo de gritar sólo con que alguien lo rozara. Empujó la puerta con la mano buena.

Dentro del septo reinaban la penumbra y el silencio. La única luz eran las velas que parpadeaban en los altares de los Siete. El que más velas encendidas tenía era el Guerrero, algo previsible durante un torneo. De seguro habían venido muchos caballeros a pedir fuerza y valor antes de entrar en liza. El altar del Desconocido estaba a oscuras, con una sola vela. Tanto la Madre como el Padre las tenían a docenas, y el Herrero y la Doncella algunas menos. Bajo el resplandeciente farol de la Vieja estaba

arrodillado lord Ambrose Butterwell, con la cabeza inclinada, rezando por tener sabiduría.

No estaba solo. En cuanto Dunk se acercó a lord Ambrose le salieron al paso dos soldados de semblante serio bajo el medio yelmo. Ambos llevaban cota de malla bajo unas sobrevestes con el ondeado verde, blanco y amarillo de la casa Butterwell.

—Deténgase, ser —dijo uno de los dos—. No tiene por qué entrar.

—Al contrario. Ya les dije que me encontraría.

Era la voz de Egg.

En el momento que el niño salió de la penumbra, bajo el Padre, su cabeza rapada reflejando la luz de las velas, Dunk estuvo a punto de correr hacia él para tomarlo en sus brazos con un grito de alegría y estrujarlo, pero el tono de Egg lo hizo vacilar. "Parece más enfadado que asustado, y nunca lo había visto tan serio. Encima Butterwell está de rodillas. Algo raro pasa aquí."

Lord Butterwell volvió a ponerse de pie. Incluso a la débil luz de las velas su piel presentaba un aspecto pálido y pringoso.

—Déjenlo pasar —les dijo a sus guardias. Cuando se apartaron hizo señas a Dunk de que se aproximara—. No le hice nada al niño. Conocí bien a su padre en la época en que fui mano del rey. Es necesario que el príncipe Maekar sepa que no fue idea mía.

—Lo sabrá —prometió Dunk.

"¿Qué está pasando aquí?"

—Peake. Él organizó todo. Lo juro por los Siete —lord Butterwell apoyó una mano en el altar—. Que me maten los dioses ahora mismo si miento. Me dijo a quién debía invitar y a quién excluir, y trajo al muchacho, al pretendiente. Yo nunca he querido participar en ninguna traición. Tiene que creerme. Que me haya incitado Tom Heddle no lo niego. Es mi yerno, el marido de mi hija mayor, pero no le mentaré: es uno de los implicados.

—Es su paladín —dijo Egg—. Si él está implicado, usted también.

"¡Cállate!", tuvo ganas de bramar Dunk. "Harás que nos maten con esa lengua tan suelta." Butterwell, no obstante, parecía asustado.

—No lo entiende, mi señor. Heddle está al frente de mi guarnición.

—Seguro que entre sus guardias habrá alguno fiel —dijo Egg.

—Estos hombres de aquí —dijo lord Butterwell—, y algunos más. No niego que haya sido demasiado laxo, pero traidor jamás. Desde el principio Frey y yo tuvimos dudas sobre el pretendiente de lord Peake. ¡No lleva la espada! Si fuera hijo de su padre, Aceroamargo lo habría armado con Fuego Oscuro. Y tanto hablar de un dragón... Locura, locura e insensatez —su señoría se secó el sudor de la cara con la manga—. Y ahora se llevaron el huevo, el huevo de dragón que recibí mi abuelo del rey en recompensa por su lealtad. Esta mañana, cuando me desperté, estaba en su sitio, y mis guardias aseguran que nadie entró ni salió de la alcoba. Es posible que los haya sobornado lord Peake. No lo sé, pero el huevo desapareció. O lo tienen ellos o...

"O salió el dragón", pensó Dunk.

Si volvía a aparecer un dragón vivo en Poniente, tanto los señores como el pueblo llano acudirían en masa al príncipe con el derecho a reivindicarlo.

—Mi señor —dijo Dunk—, quisiera hablar con mi... con mi escudero, si tiene la bondad.

—Como quiera, ser.

Lord Butterwell se arrodilló de nuevo para rezar. Dunk se llevó a Egg a un lado y se puso de rodillas para hablar cara a cara con él.

—Te daré tal golpe en la oreja que la cabeza se te girará y pasarás el resto de la vida viendo por dónde vienes.

—Sería lo justo, ser —Egg tuvo la gentileza de mostrarse avergonzado—. Lo siento. Sólo quería mandarle un cuervo a mi padre.

"Para que yo pudiera seguir siendo caballero. La intención era buena." Dunk miró de reojo a Butterwell, que rezaba.

—¿Qué le hiciste?

—Asustarlo, ser.

—Eso ya lo veo. Antes de que anochezca tendrá costras en las rodillas.

—No se me ocurría nada más que hacer, ser. Al ver el anillo de mi padre, el maestro me llevó con ellos.

—¿Ellos?

—Lord Butterwell y lord Frey, ser. También había unos cuantos guardias. Estaban todos muy disgustados. Alguien robó el huevo de dragón.

—Espero que no hayas sido tú.

Egg sacudió la cabeza.

—No, ser. Al ver que el maestre le enseñaba mi anillo a lord Butterwell, me di cuenta de que me había metido en un lío. Se me ocurrió decir que era robado, pero me pareció que no se lo creerían. Entonces me acordé de cuando oí hablar a mi padre de algo que había dicho lord Cuervo de Sangre, que era mejor dar miedo que tenerlo, y les dije que nos había enviado mi padre a espiarlos, que estaba a punto de llegar con un ejército y que más le valía a lord Butterwell soltarme y renunciar a su traición para que no le cortaran la cabeza —sonrió con timidez—. Salió mejor de lo que me esperaba, ser.

Dunk tuvo ganas de agarrar al niño por los hombros y zarandearlo hasta que le temblaran los dientes. "Esto no es un juego", podría haber gritado. "Esto es a vida o muerte."

—¿También lo oyó lord Frey?

—Sí. Le deseó a lord Butterwell mucha felicidad en su matrimonio y anunció su inmediato regreso a Los Gemelos. Entonces su señoría nos trajo aquí a rezar.

"Frey podía huir", pensó Dunk, "pero no es una opción que tenga Butterwell, y tarde o temprano empezará a extrañarse de que no aparezcan el príncipe Maekar y su ejército."

—Si se entera lord Peake de que estás en el castillo...

Las puertas del septo se abrieron con brusquedad y, al girarse, Dunk vio a Tom Heddle el Negro en cota de malla y armadura, con los pies en el agua que caía de su capa empapada por la lluvia. Junto a Heddle, muy serio, había una docena de soldados armados con lanzas y hachas. Tras ellos un relámpago azul y blanco rasgó el cielo, y de un momento a otro llenó de sombras el suelo de piedra clara. Una ráfaga de viento húmedo hizo temblar todas las velas del septo.

"Por los siete infiernos", fue lo único que tuvo tiempo de pensar Dunk antes de que hablara Heddle.

—Aquí está el niño. Captúrenlo.

Lord Butterwell se había levantado.

—No, quietos. Al niño no hay que molestarlo. ¿Qué significa esto, Tormard?

Heddle hizo una mueca de desprecio.

—No todos tenemos leche en las venas, señoría. Capturaré al niño.

—No lo entiende —la voz de Butterwell se había vuelto aguda y trémula—. Estamos perdidos. Lord Frey se marchó y pronto se irán otros. El príncipe Maekar está a punto de llegar con un ejército.

—Razón de más para tomar al niño como rehén.

—No, no —dijo Butterwell—, ya no quiero saber nada de lord Peake ni de su pretendiente. No lucharé.

Tom el Negro miró a su señor con frialdad.

—Cobarde —escupió—. Diga lo que quiera. O lucha, mi señor, o morirá —señaló a Egg—. Un venado para el primero que haga sangre.

—No, no —Butterwell se giró hacia sus guardias—. Deténgalos. ¿Me oyeron? Se los ordeno. Deténgalos.

Todos los guardias, sin embargo, se habían quedado quietos y perplejos, sin saber a quién obedecer.

—¿Tendré que hacerlo yo mismo?

Tom el Negro desenvainó su espada. Lo mismo hizo Dunk.

—Detrás de mí, Egg.

—¡Suelten ambos los aceros! —chilló Butterwell—. ¡No permitiré que se derrame sangre en el septo! Ser Tormard, este hombre es el escudo juramentado del príncipe. ¡Lo matará!

—Sólo si cae encima de mí —Tom el Negro sonrió con dureza, enseñando los dientes—. Lo he visto intentar justar.

—Se me da mejor la espada —le avisó Dunk.

Heddle contestó con un bufido y se lanzó sobre él.

Dunk empujó a Egg hacia atrás sin contemplaciones y se giró para enfrentarse al acero de Tom el Negro. Paró bien la primera estocada, pero el impacto de la hoja en el escudo y en la herida vendada de detrás traspasaron su brazo de dolor. Intentó replicar con una estocada en la cabeza de Heddle, pero Tom el Negro se apartó y atacó de nuevo. A duras penas Dunk logró girar su escudo a tiempo. Volaron astillas de pino y Heddle rio mientras seguía lanzando golpes a lo bajo y a lo alto. Dunk los paraba todos con su escudo, pero cada golpe era una agonía y constató que empezaba a ceder terreno.

—¡A por él, ser, a por él! —oyó decir a Egg—. ¡Ya lo tienes!

Dunk sentía un regusto a sangre en la boca, pero lo peor era que se le había reabierto la herida. Tuvo un mareo. La espada de Tom el Negro estaba haciendo añicos el largo escudo cometa. "Protéjanme, roble y hierro, o acabaré en el infierno", pensó antes de recordar que aquel escudo era de pino. Al chocar de espaldas contra un altar cayó sobre una rodilla y se dio cuenta de que no tenía más terreno que ceder.

—Tú no eres caballero —dijo Tom el Negro—. ¿Son lágrimas las que hay en tus ojos, necio?

"Lágrimas de dolor." Dunk se levantó y se arrojó contra su enemigo con el escudo por delante.

Tom el Negro perdió el equilibrio, pero consiguió no caer hacia atrás. Dunk se le echó encima y lo golpeó sin tregua con el escudo, usando su tamaño y su fuerza para dejar tirado a Heddle en medio del septo. Después soltó el escudo y atacó con la espada. Heddle gritó cuando el acero se le clavó en lo más profundo del muslo, seccionando lana y músculos. Él también lanzó una estocada salvaje, pero fue un golpe tan desesperado como torpe. Dunk lo absorbió de nuevo con el escudo antes de responder con todo su peso.

Tom el Negro dio un paso hacia atrás y quedó horrorizado al ver caer su antebrazo junto al altar del Desconocido.

—Usted es... —balbuceó—. Es...

—Se lo advertí —Dunk le atravesó el cuello—. Se me da mejor la espada.

Dos de los soldados huyeron bajo la lluvia, mientras del cadáver de Tom el Negro salía un charco de sangre. Los otros vacilaron, aferrados a sus lanzas, y esperaron a que hablara su señor, mientras lanzaban miradas recelosas a Dunk.

—No... no estuvo bien —logró decir al fin Butterwell. Se giró hacia Dunk y Egg—. Tenemos que irnos de Muros Blancos antes de que los dos soldados den la noticia a Gormon Peake, que tiene más amigos que yo entre los invitados. La poterna de la muralla norte. Saldremos sin ser vistos por ahí. Vamos, que no hay tiempo que perder.

Dunk envainó la espada con rudeza.

—Egg, ve con lord Butterwell —le pasó un brazo al niño por la espalda y bajó la voz—. No te quedes con él más tiempo de lo necesario. Da rienda suelta a Lluvia y márchate antes de que su señoría vuelva a cambiar de bando. Ve hacia Poza de la Doncella, que está más cerca que Desembarco del Rey.

—¿Y tú, ser?

—De mí no te preocupes.

—Soy tu escudero.

—Sí —dijo Dunk—, y si no haces lo que te digo recibirás un buen golpe en la oreja.

Un grupo de hombres abandonaba la gran sala, deteniéndose lo justo para ponerse la capucha antes de exponerse a la lluvia. Entre ellos figuraban el Viejo Buey y el enclenque lord Caswell, borracho una vez más. Ambos evitaron a Dunk. Ser Mortimer Boggs le hizo el honor de mirarlo con curiosidad, pero no cometió la imprudencia de dirigirle la palabra. Menos tímido fue Uthor Underleaf.

—Llega tarde al banquete, ser —dijo mientras se ponía los guantes—. Y veo que vuelve a llevar espada.

—Si lo único que le preocupa es el rescate, lo tendrá —Dunk se había despojado de su maltrecho escudo y se había envuelto el brazo herido con la capa para esconder la sangre—. Salvo si muero. Entonces tendrá mi permiso para saquear mi cadáver.

Ser Uthor se rio.

—¿Lo que huelo es gallardía o simple estupidez? Que yo recuerde son dos olores que se parecen mucho. No es demasiado tarde para aceptar mi oferta, ser.

—Es más tarde de lo que piensa —le advirtió Dunk.

Pasó de largo sin esperar la respuesta de Underleaf y cruzó la doble puerta. La gran sala olía a cerveza, humo y lana mojada. En la galería superior algunos músicos tocaban con suavidad. Llegaba un eco de risas de las mesas de honor, donde ser Kirby Pimm y ser Lucas Nayland jugaban a

quién bebía más. En la tarima lord Peake hablaba serio con lord Costayne, dejando abandonada en su sitio a la nueva esposa de Ambrose Butterwell.

Dunk encontró en las mesas bajas a ser Kyle, que ahogaba sus penas en la cerveza de lord Butterwell. Su tajadero estaba lleno de un denso estofado hecho con los restos de la noche anterior. Era lo que llamaban "cuenco" en los tenderetes de comida de Desembarco del Rey. Se notaba que no era del agrado de ser Kyle, ya que se había enfriado sin que lo tocara y tenía una capa brillante de grasa solidificada.

Dunk se sentó a su lado en el banco.

—Ser Kyle.

El Gato lo saludó con la cabeza.

—Ser Duncan. ¿Quiere un poco de cerveza?

—No.

Lo que menos le convenía era tomar cerveza.

—¿No se encuentra bien, ser? Discúlpeme, pero lo veo...

"...mejor de como me siento."

—¿Qué fue de Glendon Ball?

—Se lo llevaron a las mazmorras —ser Kyle sacudió la cabeza—. No sé si sea un hijo de puta, pero no me parece un ladrón.

—No lo es.

Ser Kyle lo miró con agudeza.

—Su brazo... ¿Cómo se...?

—Una daga.

Ceñudo, Dunk se giró hacia la tarima. En un día se había salvado dos veces de morir. Sabía que a la mayoría de los hombres eso les habría bastado. "Dunk el necio, más duro de entendimiento que traspasar el muro de un castillo." Se puso de pie.

—Alteza —dijo en voz alta.

En los bancos más próximos, algunos hombres dejaron las cucharas e interrumpieron sus conversaciones para mirarlo.

—Alteza —repitió Dunk con más fuerza. Fue hacia la tarima dando zancadas por la alfombra de Myr—. Daemon.

El silencio se extendió a la mitad de la sala. En la mesa de honor, el hombre que se había hecho llamar el Violinista se giró a sonreírle. Dunk vio

que para el banquete se había puesto una túnica morada. "Para realzar el color de sus ojos."

—Ser Duncan. Me complace contar con su compañía. ¿Qué desea de mí?

—Justicia —dijo Dunk— para Glendon Ball.

El nombre reverberó entre las paredes y por breves instantes pareció que todos los hombres, mujeres y niños de la sala se hubieran convertido en piedra. Después lord Costayne estampó el puño en la mesa.

—Ése no merece justicia —bramó—, sino la muerte.

Una docena de voces se hicieron eco de sus palabras.

—Es de origen bastardo —declaró ser Harbert Paege—. Todos los bastardos son unos ladrones o algo peor. La sangre manda.

Por un momento Dunk perdió la esperanza. "Aquí estoy solo." Sin embargo, Kyle el Gato logró ponerse de pie casi sin tambalearse.

—Quizá sea bastardo, mis señores, pero lo es de Bola de Fuego. Ya lo dijo ser Harbert: la sangre manda.

Daemon frunció el entrecejo.

—Nadie honra más a Bola de Fuego que yo —dijo—, y no estoy dispuesto a creer que este falso caballero sea de su simiente. Robó el huevo de dragón y para ello mató a tres buenos hombres.

—No robó nada ni mató a nadie —insistió Dunk—. Si hubo tres muertes, busquen al asesino en otra parte. Su alteza sabe tan bien como yo que ser Glendon estuvo todo el día en el patio, encadenando justas.

—Sí, es verdad —reconoció Daemon—. A mí también me extrañó, pero hallaron el huevo de dragón entre sus pertenencias.

—¿Seguro? ¿Ahora dónde está?

Lord Gormon Peake se levantó, imperioso, mirando con frialdad.

—A buen recaudo. ¿En qué es de su incumbencia, ser?

—Muéstrelo —dijo Dunk—. Quisiera volver a verlo, mi señor. La otra noche sólo lo vi un momento.

La mirada de Peake se llenó de recelo.

—Alteza —le dijo a Daemon—, ahora que lo pienso este caballero errante llegó a Muros Blancos con ser Glendon sin que lo hubieran invitado. Quizá sea su cómplice.

Dunk no le hizo caso.

—Alteza, el huevo de dragón que encontró lord Peake entre las pertenencias de ser Glendon lo puso allí él mismo. Que lo muestre, si es que puede. Examínelo usted. Apuesto a que sólo es una piedra pintada.

Se hizo el caos en la sala. Cien voces empezaron a hablar al mismo tiempo y una docena de caballeros se levantaron de un salto. Daemon casi parecía tan joven y perdido como ser Glendon al ser acusado.

—¿Está borracho, amigo mío?

"Ojalá lo estuviera."

—Perdí algo de sangre —admitió Dunk—, pero no la cabeza. A ser Glendon se le acusa injustamente.

—¿Por qué? —inquirió Daemon, perplejo—. Si, como insiste, Ball no hizo nada malo, ¿por qué diría su señoría lo contrario e intentaría demostrarlo con una piedra pintada?

—Para apartarlo de su camino. Su señoría compró al resto de sus rivales con oro y promesas, pero Ball no estaba en venta.

El Violinista se ruborizó.

—No es verdad.

—Sí lo es. Mande traer a ser Glendon y pregúnteselo usted mismo.

—Es lo que haré. Lord Peake, que traigan ahora mismo al bastardo. Y el huevo de dragón también. Quiero verlo más de cerca.

Gormon Peake lanzó una mirada hostil a Dunk.

—Alteza, el bastardo está siendo interrogado. No tengo la menor duda de que dentro de pocas horas tendremos una confesión.

—Lo que entiende mi señor por "interrogado" es torturado —dijo Dunk—. Dentro de pocas horas ser Glendon confesará haber matado al padre de su alteza y también a sus dos hermanos.

—¡Basta! —La cara de lord Peake casi estaba morada—. Una palabra más y le arranco la lengua de tajo.

—Está mintiendo —dijo Dunk—. Son dos palabras.

—Y de las dos se arrepentirá —prometió Peake—. Llévense a este hombre y encadénenlo en las mazmorras.

—No —la voz de Daemon tenía un tono inquietante de serenidad—. Quiero saber la verdad. Sunderland, Vyrwel, Smallwood, vayan con sus

hombres a buscar a ser Glendon a las mazmorras. Tráiganlo sin tardanza y asegúrense de que no le pase nada. Si alguien trata de ponerles algún obstáculo, díganle que son órdenes del rey.

—Como mande —respondió lord Vyrwel.

—Lo resolveré como lo habría resuelto mi padre —dijo el Violinista—. Se acusa a ser Glendon de delitos muy graves. Como caballero tiene derecho a defenderse con la fuerza de las armas. Me enfrentaré con él en el palenque. Y que los dioses determinen su culpabilidad o inocencia.

"Sea de héroe o de puta su sangre", pensó Dunk cuando dos hombres de lord Vyrwel arrojaron desnudo a sus pies a ser Glendon, "ahora tiene bastante menos que antes".

Le habían pegado una paliza tremebunda. Tenía la cara hinchada, llena de moretones, varios dientes rotos o caídos, el ojo derecho ensangrentado y el pecho lleno de franjas de piel roja y agrietada, por la aplicación de hierros candentes.

—Ya no corre peligro —murmuró ser Kyle—. Aquí sólo hay caballeros errantes y saben los dioses que somos inofensivos.

Daemon les había asignado los aposentos del maestre, con orden de curar las lesiones que pudiera haber sufrido ser Glendon y asegurarse de que estuviera preparado para la justa.

Al lavar de sangre la cara y las manos del muchacho, Dunk vio que le habían arrancado tres uñas de la mano izquierda.

Fue lo que más le preocupó.

—¿Puede sujetar una lanza?

—¿Una lanza? —cuando ser Glendon intentaba hablar babeaba sangre y saliva—. ¿Tengo todos los dedos?

—Diez —dijo Dunk—, pero sólo siete uñas.

Ball asintió con la cabeza.

—Tom el Negro se disponía a cortarme los dedos, pero lo llamaron. ¿Con él tendré que combatir?

—No. Lo maté.

La respuesta lo hizo sonreír.

—Alguien tenía que hacerlo.

—Deberá enfrentar al Violinista, aunque su auténtico nombre...

—... es Daemon. Sí, ya me lo dijeron. El Dragón Negro —ser Glendon rio—. Mi padre murió por el suyo. Con gusto me habría puesto a su servicio. Habría combatido por él y matado por él y muerto por él, pero no puedo perder por él —giró la cabeza y escupió un diente roto—. ¿Puedo beber una copa de vino?

—Ser Kyle, traiga el odre.

El muchacho bebió un buen trago y se limpió la boca.

—Míreme. Tiemblo como una doncella.

Dunk frunció el ceño.

—¿Todavía puede montar a caballo?

—Ayúdeme a lavarme y traiga mi escudo, mi lanza y mi silla —dijo ser Glendon—. Veremos qué puedo hacer.

Casi había amanecido cuando la lluvia amainó suficiente para que se celebrara el combate. El patio del castillo era un cenagal de lodo blando que brillaba, húmedo, a la luz de cien antorchas. Al fondo del campo se levantaba una neblina gris cuyos dedos fantasmagóricos subían por los muros de piedra blanca para enroscarse en las almenas del castillo. Durante las últimas horas habían desaparecido muchos de los invitados a la boda, pero los que quedaban volvieron a subir a la tribuna de espectadores y se sentaron en tablones de pino empapado. Uno de ellos era ser Gormon Peake, rodeado de señores de poca monta y caballeros de la casa.

Hacía pocos años que Dunk había sido escudero de ser Arlan y no se le había olvidado en qué consistía el oficio. Abrochó las hebillas de la armadura de ser Glendon, que no era de su talla, ajustó el yelmo a la gola, lo ayudó a montar y le tendió el escudo. Las justas anteriores habían dejado hondas muescas en la madera, pero aún se veía la bola de fuego.

"Parece tan niño como Egg", pensó Dunk. "Un niño asustado, y feroz." Su yegua alazana no llevaba barda y también estaba inquieta. "Debería haberse quedado su montura. Quizá este alazán sea de mejor raza, y más

veloz, pero como mejor cabalgan los jinetes es en los caballos que conocen, y éste le es desconocido."

—Necesitaré una lanza —dijo ser Glendon—, una lanza de guerra.

Dunk fue a la armería. Las lanzas de guerra eran más cortas y pesadas que las de torneo, que eran las que se habían usado antes en las justas: seis codos de duro fresno y una punta de hierro. Eligió una, la sacó y le pasó la mano de un extremo al otro para cerciorarse de que no estuviera resquebrajada.

En la otra punta del palenque uno de los escuderos de Daemon le tendía una lanza del mismo tipo. Ya no era violinista. Ahora, en vez de espadas y violines, la gualdrapa de su caballo de guerra ostentaba el dragón de tres cabezas de la casa Fuegoscurio, negro sobre campo rojo. El príncipe también se había quitado el tinte negro del pelo, que ahora le caía hasta el cuello en una cascada plateada y dorada que a la luz de las antorchas parecía metal batido. "Si Egg se lo dejara crecer lo tendría igual", se dio cuenta Dunk. Aunque le costara imaginarlo así, sabía que tendría que hacerlo algún día, en caso de que ambos vivieran hasta entonces.

El heraldo subió una vez más a su plataforma.

—Ser Glendon el Bastardo está acusado de robo y asesinato —proclamó—, y comparece ahora para demostrar su inocencia a riesgo de su propio cuerpo. Daemon de la casa Fuegoscurio, el segundo de su nombre, rey legítimo de los ándalos y los rhoynar y los primeros hombres, señor de los Siete Reinos y Protector del Reino, comparece para demostrar la veracidad de las acusaciones contra el bastardo Glendon.

De pronto se borró un año entero y Dunk volvió a encontrarse en Vado Ceniza, oyendo a Baelor Rompelanzas justo antes de que se enfrentaran por su vida. Dejó la lanza de guerra en su sitio y sacó una de torneo del siguiente bastidor: nueve codos de longitud, fina, elegante...

—Use ésta —le dijo a ser Glendon—. Fue lo que usamos en Vado Ceniza, en el juicio de siete.

—El Violinista eligió una lanza de guerra. Piensa matarme.

—Primero debe acertar. Si apunta bien no lo tocará su punta.

—No sé.

—Yo sí.

Ser Glendon le arrebató la lanza, dio media vuelta y trotó hacia el palenque.

—Pues que nos salven los Siete a los dos.

Al este, un relámpago zigzagueó en el cielo rosa claro. Daemon clavó las espuelas de oro en los flancos de su corcel y echó a galopar como un trueno, a la vez que bajaba la lanza, con su mortífera punta de hierro. Ser Glendon levantó el escudo y se apresuró a ir a su encuentro, balanceando su lanza, más larga que la de su rival, a la altura de la cabeza de la yegua, a fin de dirigirla hacia el pecho del joven pretendiente. Uno y otro caballo hacían saltar el barro con sus cascos. Al pasar los caballeros pareció que el fuego de las antorchas se avivaba.

Dunk cerró los ojos. Oyó un chasquido, un grito y un golpe sordo.

—¡No! —oyó gritar a lord Peake con angustia—. ¡Nooo!

Por un fugaz instante Dunk casi se compadeció de él. Volvió a abrir los ojos. Ya sin jinete, el gran corcel negro pasaba del galope al trote. Dunk se acercó de un salto y lo asió por las riendas. En el otro extremo del palenque ser Glendon Ball hizo girar la yegua y levantó su lanza rota. Varios hombres corrieron por el campo hacia donde se había quedado inmóvil el Violinista, con la cara hundida en el barro. Lo ayudaron a levantarse, cubierto de barro de pies a cabeza.

—¡El Dragón Marrón! —exclamó alguien.

Se oyeron risas por el patio, mientras amanecía en Muros Blancos.

Muy poco después, mientras Dunk y ser Kyle ayudaban a desmontar a Glendon Ball, sonó la primera trompeta y los centinelas de la muralla dieron la voz de alarma. Había aparecido un ejército a los pies del castillo, surgido de las nieblas matinales.

—Así que Egg no mentía —le dijo asombrado Dunk a ser Kyle.

De Poza de la Doncella había acudido lord Mooton, del Árbol de Cuervos lord Blackwood, y de Valle Oscuro lord Darklyn. Las heredades reales de la zona de Desembarco del Rey enviaban a los Hayford, Rosby, Stokeworth, Massey y a las espadas juramentadas del propio rey, encabezadas por tres caballeros de la Guardia Real y reforzadas

por trescientos Dientes de Cuervo con largos arcos de arciano blanco. De las hechizadas torres de Harrenhal venía la mismísima Danielle la Loca, de la casa Lothston, con grandes efectivos y una armadura negra que le iba como un guante, sin olvidar su roja cabellera al viento.

La primera luz del sol se reflejaba en las puntas de quinientas picas y diez veces más lanzas. Los estandartes grises de la noche renacían en medio centenar de vivos colores. Y sobre todos ellos ondeaban dos regios dragones sobre campos negro azabache: el gran animal de tres cabezas del rey Aerys I Targaryen, rojo como el fuego, y una furia de alas blancas con rojo aliento de llamas.

"Al final no es Maekar", supo Dunk al ver los estandartes. Los del príncipe de Refugio Estival tenían cuatro dragones de tres cabezas, en dos pares, armas del cuarto hijo del difunto rey Daeron II Targaryen.

Un solo dragón blanco anunciaba la presencia de la mano del rey, lord Brynden Ríos.

Cuervo de Sangre venía a Muros Blancos en persona.

La primera rebelión de Fuegoscurio había perecido en el campo de Hierba Roja con sangre y gloria. La segunda murió con un quejido.

—No podrán acobardarnos —proclamó el joven Daemon desde las almenas del castillo tras mirar el anillo de hierro que los rodeaba—, pues nuestra causa es justa. ¡Nos abriremos paso y cabalgaremos sin descanso hacia Desembarco del Rey! ¡Que suenen las trompetas!

Lo que se oyó fueron murmullos, intercambiados por los señores y los caballeros, algunos de los cuales empezaron a alejarse con sigilo hacia los establos, hacia alguna poterna o hacia algún escondite donde tuvieran la esperanza de quedar a salvo. Y cuando Daemon desenvainó su espada y la levantó por encima de la cabeza, todos sin excepción se percataron de que no era Fuegoscurio.

—Hoy haremos otro campo de Hierba Roja —prometió el pretendiente.

—Me meo en lo que dices, Violinista —replicó a gritos un canoso escudero—. Prefiero vivir.

Al final el segundo Daemon Fuegoscurio partió solo en su caballo, se detuvo ante el regio invitado y desafió a lord Cuervo de Sangre a singular combate.

—Me enfrentaré con usted o con el cobarde de Aerys, o con cualquier paladín a quien desee nombrar.

No fue eso lo que sucedió, sino que los hombres de Cuervo de Sangre lo rodearon, lo bajaron del caballo y le pusieron grilletes de oro. El estandarte que había llevado Daemon quedó clavado en el barro y se le prendió fuego. Ardió bastante tiempo, mientras desprendía una cinta retorcida de humo, la cual se distinguía desde varias leguas.

El único derramamiento de sangre de aquel día se produjo cuando un hombre al servicio de lord Vyrwel empezó a presumir de haber sido uno de los ojos de Cuervo de Sangre.

—Con la próxima luna estaré follando con putas y bebiendo tintos de Dorne —se dijo que había proclamado justo antes de que uno de los caballeros de lord Costayne le rebanara el cuello.

—Bébetelo esto —dijo el caballero mientras el hombre de Vyrwel se ahogaba en su propia sangre—. De Dorne no es, pero sí tinta.

Por lo demás reinó un hosco silencio en la columna que cruzó las puertas de Muros Blancos para arrojar sus armas a un reluciente montón, antes de que se los llevaran atados a esperar el juicio de lord Cuervo de Sangre. Dunk salió con los demás, junto a ser Kyle el Gato y Glendon Ball. Habían buscado a ser Maynard para que se uniera a ellos, pero Plumm se había esfumado en algún momento de la noche.

Estaba bien avanzada la tarde cuando ser Roland Crakehall, de la Guardia Real, encontró a Dunk entre los prisioneros.

—Ser Duncan. ¿Dónde se escondía, por los siete infiernos? Hace horas que lord Ríos pregunta por usted. Le ruego que me acompañe.

Dunk se colocó a su lado. La larga capa de Crakehall ondeaba a sus espaldas a cada nueva ráfaga de viento, blanca como el reflejo de la luna en la nieve. Al verla Dunk se acordó de lo que le había dicho en la azotea el Violinista. "Soñé que iba todo de blanco, de los pies a la cabeza, con una larga capa blanca que caía flotando de sus anchos hombros." Dunk resopló por la nariz. "Sí, y soñó con dragones que salían de huevos de piedra. Tan probable es lo uno como lo otro."

El pabellón de la mano del rey estaba a mil pasos del castillo, a la sombra de un gran olmo. Cerca había una docena de vacas que pacían. "Los

reyes van y vienen", pensó Dunk, "y las vacas y el pueblo llano van a la suya". El viejo siempre lo había dicho.

—¿Qué será de ellos? —le preguntó a ser Roland al pasar junto a un grupo de cautivos sentados en la hierba.

—Serán llevados a Desembarco del Rey para juzgarlos. Dudo que los caballeros y los soldados reciban un gran castigo. No hicieron más que seguir a sus legítimos señores.

—¿Y los señores?

—Algunos serán perdonados, siempre y cuando digan la verdad sobre lo que saben y entreguen a un hijo o hija en prenda de su lealtad futura. Los peor parados serán los que recibieron el perdón después del campo de Hierba Roja. Irán a prisión o serán deshonorados. Los peores perderán la cabeza.

Al llegar al pabellón de lord Cuervo de Sangre, Dunk vio que este último ya había puesto manos a la obra. A ambos lados de la entrada estaban las cabezas de Gormon Peake y Tom Heddle el Negro, clavadas en sendas lanzas, con sus respectivos escudos en el suelo. "Tres castillos, negro sobre naranja. El hombre que mató a Roger del Árbol de la Moneda."

Incluso en la muerte los ojos de lord Gormon eran duros como pedernales. Dunk se los cerró con los dedos.

—¿Por qué hizo eso? —preguntó uno de los guardias—. Pronto se los comerán los cuervos.

—Se lo debía.

Si aquel día Roger no hubiera muerto, el viejo nunca se habría fijado en Dunk al verlo perseguir un cerdo por los callejones de Desembarco del Rey. "Todo empezó cuando un viejo rey, ya muerto, le dio una espada a un hijo en vez de a otro. Y ahora yo estoy aquí, y el pobre Roger en la tumba."

—La mano espera —le ordenó Roland Crakehall.

Dunk pasó a su lado y se presentó ante lord Brynden Ríos, bastardo, brujo y mano del rey.

Se encontró ante Egg, recién bañado y con galas principescas, como correspondía a un sobrino del rey. Cerca de él estaba lord Frey, sentado en una silla de campamento, con una copa de vino en la mano y su horrible

heredero retozando en su regazo. También se hallaba presente lord Butterwell... de rodillas, pálido y tembloroso.

—No es menos vil la traición porque el traidor resulte un cobarde —decía lord Ríos—. Escuché sus quejas, lord Ambrose, y sólo me creo una palabra de cada diez. Por eso le permitiré conservar una décima parte de su fortuna. También puede quedarse con su esposa. Le deseo que la disfrute.

—¿Y Muros Blancos? —preguntó Butterwell con la voz trémula.

—Confiscada por el Trono de Hierro. Pienso derruirla piedra a piedra y echar sal en sus terrenos. Dentro de veinte años nadie recordará su existencia. Todavía hay viejos tontos y jóvenes descontentos que peregrinan al campo de Hierba Roja para plantar flores donde cayó Daemon Fuegoscurio. No toleraré que Muros Blancos se convierta en otro monumento al dragón negro —movió una mano pálida—. Y ahora arrástrate a otro sitio, cucaracha.

—La mano es bondadosa.

Butterwell se marchó a trompicones, tan ciego de dolor que no pareció reconocer a Dunk al pasar a su lado.

—También usted tiene mi permiso de marcharse, lord Frey —ordenó Ríos—. Ya hablaremos más tarde.

—Como ordene, mi señor.

Frey se llevó a su hijo del pabellón.

Sólo entonces la mano del rey se giró hacia Dunk.

Era más viejo de como lo recordaba Dunk, con facciones duras y arrugadas, aunque seguía teniendo la piel blanca como el hueso, y en su mejilla y cuello la fea mancha de nacimiento que a algunos les recordaba un cuervo. Sus botas eran negras y su túnica, escarlata. Llevaba por encima de ella una capa de color humo ceñida con un broche en forma de mano de hierro. Llevaba el pelo hasta los hombros, largo, blanco y lacio, peinado hacia delante para disimular la falta de un ojo, aquél que le había sacado Aceroamargo en el campo de Hierba Roja. El ojo restante era muy rojo. "¿Cuántos ojos tiene Cuervo de Sangre? Mil, y uno más."

—Sin duda el príncipe Maekar tendría sus motivos para permitir que su hijo sirviera como escudero a un caballero errante —dijo—, aunque me resulta inconcebible que incluyeran entregarlo en un castillo lleno de

traidores que urdían una rebelión. ¿A qué se debe que haya encontrado a mi primo en este nido de víboras, ser? Lord Butterwell pretende convencerme de que el príncipe Maekar lo envió para destapar la rebelión al hacerse pasar por un caballero misterioso. ¿Es cierto?

Dunk apoyó una rodilla en el suelo.

—No, mi señor. Bueno... sí, mi señor. Fue lo que le dijo Egg. Perdón, Aegon. El príncipe Aegon. Es decir que esa parte es verdad, pero no lo que llamaríamos verdad.

—Comprendo. De modo que usted y el príncipe se enteraron de la conjura contra la corona y decidieron frustrarla por sus propios medios. ¿Es así?

—No, tampoco. Supongo que podría decirse que nos... tropezamos con ella.

Egg cruzó los brazos.

—Y ser Duncan y yo lo teníamos todo bien encarrilado antes de que apareciera usted con su ejército.

—Nos ayudaron, mi señor —añadió Dunk.

—Caballeros errantes.

—Así es, mi señor. Ser Kyle el Gato y Maynard Plumm. Y Glendon Ball. Él derribó al Violi... al Pretendiente.

—Sí, eso ya lo escuché de medio centenar de bocas. El Bastardo de Los Conejos, descendiente de una puta y un traidor.

—Descendiente de héroes —insistió Egg—. Si se encuentra entre los cautivos, quiero que se le busque y se le libere. Y se le recompense.

—¿Quién eres tú para decirle a la mano del rey lo que debe hacer?

Egg no se arredró.

—Ya sabes quién soy, primo.

—Su escudero es un impertinente, ser —le dijo lord Ríos a Dunk—. Debería quitarle esa costumbre a golpes.

—Lo he intentado, mi señor, pero es un príncipe.

—Lo que es —dijo Cuervo de Sangre— es un dragón. Levántese, ser.

Dunk se levantó.

—Siempre ha habido Targaryen que soñaban con el porvenir, mucho antes de la Conquista —dijo Cuervo de Sangre—, de modo que no es de

extrañar que de vez en cuando un Fuegoscurio haga ostentación del mismo don. Daemon soñó con que en Muros Blancos nacería un dragón, y así fue. En lo único que se equivocó fue en el color, el muy tonto.

Dunk miró a Egg. "El anillo", vio. "El anillo de su padre. Lo lleva en el dedo, no metido en la bota."

—Me inclino porque vuelvas con nosotros a Desembarco del Rey —le dijo lord Ríos a Egg—, y por tenerte en mi corte como... huésped.

—A mi padre no le sentaría bien.

—Supongo que no. El príncipe Maekar es de carácter... digamos... difícil. Quizá sea mejor devolverte a Refugio Estival.

—Mi lugar está junto a ser Duncan. Soy su escudero.

—Que los Siete los salven. Como gustes. Eres libres de marcharte.

—Así lo haremos —dijo Egg—, pero antes necesitamos algo de oro. Ser Duncan debe pagarle su rescate al Caracol.

Cuervo de Sangre se rio.

—¿Dónde está el niño pudoroso que conocí en Desembarco del Rey? Como digas, mi príncipe. Daré órdenes a mi bolsero de que les entregue el oro que quieran... Dentro de lo razonable.

—Sólo como préstamo —insistió Dunk—. Lo devolveré.

—Cuando aprenda a justar, sin duda.

Lord Ríos los despachó con un gesto de los dedos, antes de desenrollar un pergamino y empezar a marcar nombres con una pluma.

"Está marcando a los que morirán", comprendió Dunk.

—Mi señor —dijo—, vimos las cabezas en la entrada. ¿Será...? ¿El Violinista...? ¿Daemon...? ¿También van a cortarle la cabeza?

Lord Cuervo de Sangre levantó la vista de su pergamino.

—Eso lo decidirá el rey Aerys, pero... Daemon tiene cuatro hermanos pequeños, y también hermanas. Si yo cometiera la imprudencia de despojarlo de su bonita cabeza, su madre estaría de luto, sus amigos me maldecirían por matar a los de mi propia sangre y Aceroamargo coronaría a su hermano Haegon. Muerto, el joven Daemon es un héroe. Vivo es un obstáculo en el camino de mi hermanastro. Parece difícil que se convierta en tercer rey Fuegoscurio mientras siga con vida el segundo, con las molestias que ello implica. Además, un cautivo tan noble será de ornato en

nuestra corte y un testamento vivo de la clemencia y misericordia de su majestad el rey Aerys.

—Yo también tengo una pregunta —dijo Egg.

—Empiezo a entender que tu padre estuviera tan dispuesto a librarse de ti. ¿Qué más quieres de mí, primo?

—¿Quién se llevó el huevo de dragón? Había guardias en la puerta y también en la escalera. Era imposible que alguien entrara en la alcoba de lord Butterwell sin ser visto.

Lord Ríos sonrió.

—Puestos a hacer conjeturas, yo diría que alguien escaló por el tiro del retrete.

—En el tiro del retrete no cabría nadie.

—Un hombre no, pero sí un niño.

—O un enano —dijo Dunk de sopetón.

"Mil ojos, y uno más. ¿Por qué no iban a pertenecer algunos de esos ojos a una compañía de comediantes enanos?"

Notas

[*] Libélula en inglés es *dragonfly*. <<

[*] Es decir, "Huevo". Por tratarse de una abreviación, como se verá más tarde, se prefirió mantener la palabra inglesa. (N. del T.). <<

[*] Con una sola "n", significa "cisne". <<

[*] Juego de palabras: en vez de "ser Eustace", se refiere a él como "ser Useless" (ser Inútil), cuya pronunciación en inglés es casi homófona. (N. del T.). <<